

MARÍA CARMEN ALONSO MORALES

**RELIGIOSIDAD Y ANTICLERICALISMO EN LA SAGA
DE *LOS ROUGON-MACQUART* Y *LA REGENTA***

Tesis de doctorado del Departamento de Lingüística
General y Teoría de la Literatura de la Universidad de
Granada dirigida por el Doctor Francisco Linares Alés

GRANADA, 1996

INTRODUCCIÓN

Nuestro objeto de estudio, el tema del cura y la religiosidad a través de la obra de Zola y de Clarín, está abordado desde una consideración histórico-social, tratando de ver el enraizamiento de estas ideas en una sociedad concreta, la del Segundo Imperio francés y la Restauración española, que respectivamente vivieron cada uno de estos dos escritores.

Tras la Revolución de 1789 se va imponiendo desde Francia por todo el mundo occidental un nuevo sistema de relaciones sociales que altera profundamente la estructura piramidal mantenida durante más de un milenio. Esta sociedad jerárquicamente dividida en clases o estamentos sólo en teoría va a seguir los ideales de libertad, igualdad y fraternidad impulsores de todo el proceso revolucionario; el modelo de divisiones escalonadas entre los grupos sociales se perpetúa aunque, como es bien sabido, transformado de manera considerable. Tal alteración afecta particularmente a uno de estos sectores perteneciente a las llamadas clases favorecidas, dominantes de hecho tanto en la esfera económica como política, nos estamos refiriendo al estamento clerical.

Efectivamente, la Iglesia aparece como perdedora al finalizar la primera etapa del proceso revolucionario. Esta institución se ve despojada de una serie de privilegios que durante siglos habían constituido su patrimonio y le habían otorgado una capacidad omnimoda para oponerse a cualquier otro poder en la órbita del mundo católico, mediante, por ejemplo, la amenaza de excomunión. Si bien la institución eclesiástica había pasado por graves crisis internas, sobre todo las que terminaron en las sucesivas divisiones de la cristiandad, no es hasta finales del siglo XVIII cuando se cuestiona el poder temporal de la Iglesia y no es hasta el XIX cuando lo pierde prácticamente por completo. Es un proceso muy lento en el que, por una parte, es cierto que los pontífices quedan despojados de sus atribuciones en cuanto a príncipes o monarcas sobre unos territorios concretos, los Estados Pontificios; pero por otra, conforme se reducen las fronteras físicas y palpables de sus dominios, el sector eclesiástico, por medio de sus ministros, va estableciendo una serie de relaciones con la nueva clase dominante a través de concepciones ideológicas que van a dar lugar en el siglo XIX a una identificación de sistemas de moralidad, de forma que el ciudadano modelico para los nuevos gobiernos de los países de la Europa postrevolucionaria coincide con el arquetipo del buen cristiano según los

dogmas de la religión, en concreto la cristiana, especialmente en su versión católica.

Pero esta fusión de códigos morales va a ser denunciada por otros grupos que continúan ocupando los sectores más desfavorecidos de la sociedad o por otros elementos que, incluso perteneciendo o estando próximos a las clases económicamente dominantes, tienen que rechazar tales presupuestos porque su razón o sus conocimientos empíricos no pueden aceptarlos; o incluso la propia concepción de la religiosidad de algunos de estos intelectuales o científicos está refida con la que se considera oficial, y por ende, a partir de la cual se elabora la norma de conducta.

No es de extrañar que en un ambiente en ebullición de los sistemas ideológicos y de moralidad, la figura del sacerdote se ponga de moda como máximo representante de una de estas tendencias, nada menos que la de la clase dominante. Y tampoco es de extrañar que una novelística como es la de la segunda mitad del XIX, basada en la observación directa de la realidad y su descripción, se dedique al estudio y exposición de estos tipos humanos defensores, controladores y continuadores de un determinado modelo de orden social.

La novela de cura se convierte pues en un género habitual en este momento. Esta denominación de novela de cura se debe, como es obvio, a la relevancia de algún personaje sacerdote en el relato en cuestión; no obstante el clérigo no tiene que ser necesariamente el protagonista principal, a pesar de que en muchos casos lo sea. Novelas de este tipo son escritas por muchos autores, incluso los más famosos en ese periodo en cada uno de los países europeos. *Madame Gervaisais*, de los hermanos Goncourt, *Le Curé de Tours*, de Balzac; *Doña Luz y Pepita Jiménez*, de Valera, *El doctor Centeno y Tormento*, de Galdós; *Los Pazos de Ulloa*, de Pardo Bazán; o *O crime do padre Amaro*, de Eça de Queiroz, son ejemplos más que evidentes de lo que acabamos de escribir.

Al mismo grupo pertenecen *La conquête de Plassans* y *La Faute de L'abbé Mouret* de Émile Zola y *La Regenta* de Leopoldo Alas. En el caso de Zola, la dos novelas citadas, tienen por protagonista masculino a un sacerdote, l'abbé Faujas y l'abbé Mouret, respectivamente; pero también es cierto que, en mayor o menor medida, como podrá verse a lo largo de este estudio, la figura del cura está presente en casi todas (excepto una) de las veinte novelas del ciclo de los *Rougon-Macquart*, la saga familiar a través de la cual su autor hace un análisis de la sociedad del Segundo Imperio francés. En *La Regenta* Fermín De Pas, Magistral, Provisor y Vicario General de la diócesis de Vetusta, tiene también el papel de personaje masculino principal.

La elección de la saga de los *Rougon-Macquart* y de *La Regenta* como objeto central de nuestro trabajo se debe a que ambas obras quedan muy bien localizadas en unos periodos

históricos concretos, el Segundo Imperio y la Restauración, que Zola y Clarín respectivamente observan, analizan y describen. El propósito de estudio y exposición de la sociedad en un momento histórico es el objetivo manifestado por el propio Zola al hablar del plan general de su magna empresa literaria en el prólogo a *La fortune des Rougon*, la primera novela del grupo. Aunque por parte de Alas no tengamos abiertamente expuesta una declaración de intenciones en este sentido, es obvio en la lectura de *La Regenta* que hay una descripción de la situación de la sociedad surgida de la Restauración, periodo que, si bien no es cronológicamente simultáneo al Imperio de Napoleón III, presenta coincidencias en gran medida en el sistema de las relaciones interclases y los valores que los gobiernan.

Pero, a la hora de enfocar nuestra investigación, no hemos buscado establecer paralelismos entre los personajes y las situaciones descritas en la obra francesa y la española de esos que han dado lugar a tantos estudios comparativos en los que se pretende demostrar la deuda contraída por Alas con Flaubert o con Zola, en cuanto a que en *La Regenta* haya una "copia" de las obras de los citados autores.

En efecto, desde la publicación de su novela, Alas fue acusado de plagio por algunos críticos contemporáneos, que establecieron en aquel entonces relaciones entre Ana Ozores y Mme. Bovary. Los paralelismos con la obra zoliana son más recientes y vienen referidos sobre todo al tema del sacerdote, ahora se trata de comparar al protagonista masculino, don Fermín De Pas, con l'abbé Mouret, de la novela *La faute de l'abbé Mouret*, cuando se está hablando del cura enamorado; o con l'abbé Faujas, de *La conquête de Plassans*, cuando se destaca al clérigo ambicioso de poder. Las equivalencias entre Zola y Clarín han dado lugar a estudios muy interesantes, aunque no tan conocidos como los más antiguos de comparación con Flaubert, y, a partir de la breve referencia que Werner Küpper (1958) hizo a las semejanzas entre *La Regenta* y *La conquête de Plassans* en su tesis, pueden rastrearse varias publicaciones en este sentido, como los trabajos de Pérez de la Dehesa (1971), Valis (1979), Ontañón de Lope (1981) y los más recientes de Gross-Castilla (1984) y López Jiménez (1984).

En nuestra investigación se trata de analizar la representación novelesca de la repercusión de la Iglesia en la sociedad a través de su doctrina y de sus ministros; los diferentes papeles o funciones desempeñados por éstos en contacto con los grupos humanos con los que se relacionan y, recíprocamente, los especiales lazos que los miembros laicos de la sociedad, sobre todo las mujeres, establecen con la institución eclesiástica a partir de un particular sentimiento surgido de la manera de entender el fenómeno religioso. Todo lo que acabamos de mencionar queda literariamente representado en los *Rougon-Macquart* y en *La Regenta*, aunque desde una postura crítica que cuestiona el sistema pues ni Zola ni Alas participaban de

las ideas y la moral dominante durante el nuevo bonapartismo y el regreso de los Borbones. Que se proponga una alternativa a la espiritualidad y moralidad vigente, como hace Zola en los *Rougon-Macquart*; o que, simplemente, se cuestione y critique sin dar una opción de cambio clara al sistema oficial de valores, como hace Clarín en *La Regenta*, es otro asunto al que sólo nos dedicamos brevemente en nuestro trabajo en especial en los capítulos IV y VII.

no nos interesa

El objetivo principal de nuestro estudio es la localización y análisis de las diferentes presentaciones con que el tema del cura es tratado en Zola y en Clarín, así como dejar clara la repercusión del fenómeno de los religiosos en otras esferas, no precisamente espirituales, del corpus social tal y como ambos autores pretendieron en sus obras. Para llevar a cabo el trabajo hemos seguido unos principios teórico-metodológicos que se resumen en lo que sigue a continuación.

En primer lugar podemos partir de la definición que nos ofrece Segre en su exposición "Temas/Motivo" (Segre, 1985) donde, en sus últimas páginas, deriva hacia una visión personal sobre la cuestión:

"Tema y motivo son, por tanto, unidades de significado estereotipadas, recurrentes en un texto o en un grupo de textos y capaces de caracterizar áreas semánticas determinantes." (Segre, 1985, pág. 357). De la glosa que hace de esta definición el crítico italiano, destaca que bien se trate de palabras, frases, grupos de frases o incluso paráfrasis de partes del texto constituyentes de un significado autónomo, estas unidades de significación tienen algún grado de convencionalidad cultural y, por tanto, son repetibles en una sucesión de textos dentro de una cultura, caracterizando áreas semánticas determinantes.

El concepto de tema y motivo nos permite adentrarnos en aspectos del texto literario que tradicionalmente venimos asociando con el contenido. En cualquier caso, dice Segre, sirven para la formalización -en la medida de lo posible- en segmentos de diversa medida y a diferentes niveles; pero ¿de qué modo afecta el estudio temático al trabajo que nos proponemos con esta tesis? Dado que no pretendemos usar estos conceptos de forma estricta o técnica -en este sentido no encajará la tesis dentro de los modelos de estudio temático que nos suelen presentar los manuales de literatura comparada- conviene que comencemos recordando el tipo de texto con que nos encontramos y el estudio al que las últimas tendencias de la crítica, influidas por la narratología, los ha venido sometiendo.

Nuestro análisis versa sobre textos narrativos, concretamente novelas, sobre éstas los estudios de orientación narratológica pueden hallar la correspondencia entre el encadenamiento de las acciones -o más aún de las funciones- y la sucesión cronológica y lógica de los hechos humanos, sean estos reales o inventados, cosa que da igual ya que la lógica de los hechos

inventados es la deducible de los hechos reales. En este terreno la formalización es relativamente fácil. Ahora bien, dado que el fin último de la representación de los hechos no queda en la mera representación verosímil de la lógica de los mismos, sino que busca consolidar con ellos una experiencia o una concepción del mundo, debemos atender otra perspectiva que es la de las ideas subyacentes. "El discurso sobre hechos y acciones desarrolla, por tanto, implícitamente otro discurso, el de las ideas" (Segre, 1985, pág. 355). Esta perspectiva es la que a nosotros nos interesa aquí. Conviene, no obstante, tener presente que el discurso de las ideas, frente al de los hechos no es formalizable, con lo cual, dicho sea de paso, nos apartamos de una metodología inequívoca del tipo de la que usan los narratólogos aunque no podemos dejar de prestar atención a las estructuras y lógica de las acciones.

Segre hace algunas consideraciones referidas al discurso sobre las ideas. Cabe destacar lo siguiente de ellas:

- El discurso sobre las ideas es una deducción a partir de los hechos; son abstracciones que tienen como referente los comportamientos y sentimientos humanos, remiten a lo vivido.

- Este discurso sobre las ideas es una deducción no expresada generalmente en el texto (sólo se expresa en aquellos en que se da explícitamente la moraleja) sino que la lleva a cabo el usuario del texto. El usuario en el desciframiento del texto (de cualquier texto) basándose en los datos que éste le ofrece, sean reales o pseudoreales y generalizando sobre ellos, tiene que especificar cuáles son las áreas semánticas determinantes. Con ello delimita la significabilidad de los tipos de contacto, de tensión, de neutralización y desarrollo entre las diversas áreas.

Los temas-motivos, como se ha dicho en la definición, son capaces de caracterizar áreas semánticas determinantes, más aún, son unidades que permiten el paso de la lógica de las acciones (por esta razón no nos debemos olvidar de los estudios narratológicos) a la lógica de las ideas (por esta razón no podemos perder de vista el complejo temático global del texto, ya que, como se ha indicado antes, dentro de él interpretamos). La formalización temática "simplifica y acelera la comprensión del discurso de las ideas, pues suministra pequeños bloques compactos de realidad existencial o conceptual estructurada semióticamente" (Segre, 1985, pág. 358).

En conclusión, utilizamos los planteamientos relativos al tema-motivo en cuanto a su utilidad para el estudio del "contenido" de las novelas, pero no entramos en distinciones teórico-metodológicas como la de tema frente a motivo, ni las de contenido frente a argumento e idea inspiradora. Por otro lado, no utilizamos el concepto de tema como plasmación de arquetipos sino del lado del tratamiento cultural que una época y obras singulares hacen de

ciertas percepciones de la realidad -sobre el cura, su sociedad, etc.-. Percepciones culturalmente localizadas a cuyo acercamiento y tratamiento literario no deja de ayudarnos el concepto de tema (Segre, 1985, pág. 360-361).

El estudio temático tiene una fase descriptiva y otra interpretativa. Con respecto a la descripción, el primer planteamiento que cabe hacerse es el relativo a la posibilidad de segmentar los temas. Sobre esto es necesario tener presente, en primer lugar, que los temas no son adscribibles a un nivel o aspecto del texto exclusivamente, y, en segundo, que los temas no son propiamente textuales.

Dice Segre sobre el particular:

Por lo que respecta a los temas descriptivos, la identificación de unidades de contenido sintetizables de memoria evidencia la serie de hechos y situaciones de las cuales, luego, se elegirá la serie más limitada y más inmediatamente consecuente de acciones sobre las cuales se construye el modelo de la trama y la fábula. Pero mientras trama y fábula están ya orientadas según la lógica de la acción, los temas descriptivos pueden comprender también elementos situacionales, e incluso potenciarlos. Si el análisis de la narración tiende a separar, distinguiéndolas, acciones y situaciones, el análisis de los temas recubre a unas y a otras, sin buscar un modelo distribucional, puesto que en los temas (y en los motivos) la conexión de situaciones y acciones está determinada histórica y culturalmente antes de que el texto haya sido compuesto. (Segre, 1985, 364).

Con respecto a la primera cuestión, no tenemos modelos descriptivos para las situaciones, acciones y sus conexiones. Insistiendo en ello Segre escribe:

"Aquí repetimos de nuevo que acciones, situaciones, personajes, etc., mantienen, en la temática, una parte de sus vibraciones como cosas vividas; esta especificidad suya es la que rechaza esquemas funcionales que la disiparían." (Segre, 1985, pág. 364). Además no existe un nivel previo sobre el que se sitúen las unidades temáticas. Pueden ser desde vocablos hasta unidades extensas no separables si no es a partir de paráfrasis. Como se ha dicho antes, se trata de extraer las ideas que subyacen en situaciones y acciones, personajes, lugares, etc., sin las distinciones analíticas que habitualmente se hacen.

El modelo Greimas a partir de la semántica puede ser interesante a este respecto, debido a su exhaustividad deja de ser operativo para nuestro análisis, ya que tendremos en cuenta reacciones del texto más amplias.

La segunda cuestión es que el estudio temático, al tener que ver con "la experiencia de lo real" escapa al estudio propiamente literario. Por esta conexión entre los temas y la experiencia de lo vivido (más o menos culturalmente mediatizada) el estudio de los temas va

más allá de lo literario.

Se hace así necesario pensar en la importancia que tiene la interpretación para el estudio de los temas. Es necesario que apelemos a nuestra memoria cultural, o lo que es lo mismo, a nuestros conocimientos de partida sobre el tema (Segre, 1985, 365) y hacer inevitablemente una interpretación al tiempo que la descripción.

A pesar de las premisas teóricas de las que partimos, por la amplitud de los textos considerados, el resultado de nuestro trabajo se aproxima al resultado de una intervención lectora. Es una interpretación como la del lector con un grado mayor de conocimiento sobre el tema. No es necesario insistir en los motivos que nos han llevado a detenernos en este asunto.

Con respecto a la aproximación temática a estas novelas no podemos dejar de tener presente que el tema es simbolización y, por tanto alusión, pero también es al mismo tiempo estructuración u organización. La obra literaria se puede poner en relación con el mundo pero esto habrá de hacerse considerándola en las leyes de su constitución y la vinculación de éstas con las leyes de la literatura. En general no vemos el mundo sino bajo leyes discursivas y esto es aún más cierto para el discurso llamado literatura.

Dicho desde otra perspectiva, las formas tienden a unir y las cosas diversificar; el escritor en muchas ocasiones recurre a los temas para enfrentarse a la profusión de lo vivido. El tema literario tiene también una dimensión estructuradora que propicia una escritura y lectura literarias.

En el estudio del tema clerical, por tanto, hay que tener en cuenta las convenciones literarias, en este caso las de la novela decimonónica realista. Por eso, desde el punto de vista narrativo, como es característico de la novelística de la segunda mitad del XIX nos encontramos con un narrador omnisciente. En el objeto de nuestro estudio los narradores de cada una de las novelas de los *Rougon-Macquart* y de *La Regenta* expresan directamente las ideas de Zola y Alas en cada uno de los casos, incluso queda evidenciada la crítica o el desacuerdo con algunas tesis o acciones de algunos de los personajes de las obras en cuestión por la descripción que hace el narrador del particular; es decir, constantemente hay una coincidencia entre los puntos de vista del autor y del narrador.

Hay que tener también en cuenta que los distintos aspectos de la historia narrada, actantes, acciones, estados, lugares, etc., no nos han llevado a seguir esta compartimentación a la hora de estudiar el tema clerical en la novela, sino que la investigación se ha dirigido al establecimiento de las interrelaciones, o, lo que es lo mismo, a una visión de la referida temática considerando en conjunto los aspectos técnicos mencionados.

Por otro lado también está la voluntad de la literatura realista de referirse a una "realidad", que en la práctica es la reproducción de una o varias ideas vigentes en una sociedad sobre lo que para ella es esa realidad.

Inevitablemente, hemos de salir de las cuestiones técnicas e interpretar las novelas, aun siendo conscientes de su dimensión técnico-artística, considerando las obras estudiadas fundamentalmente como representación de ideas.

Toda esta investigación la hemos realizado con el convencimiento de que nuestra tesis puede ser un apoyo para adentrarse aún más en el estudio de una temática que consideramos de notable importancia en el sistema de valores ideológicos de una determinada sociedad tal y como queda descrito en unas obras literarias concretas. Pero toda nuestra labor no habría sido posible sin la aportación previa de todos aquellos estudios en los que está basada. Hacemos aquí constancia de nuestro agradecimiento a sus autores, al director de este trabajo y a todos los que nos han ayudado en alguna manera.

I. ZOLA Y CLARÍN. SUS OBRAS

Émile Zola: notas sobre su biografía intelectual.

Émile Zola (1840-1902) está considerado como el máximo exponente del Naturalismo literario. Además de este encasillamiento como jefe de escuela hay que tener muy en cuenta que este autor representa la figura del escritor socialmente comprometido con una ideología, que podemos identificar con el socialismo histórico, y que va a quedar plasmada en toda la producción zoliana, tanto narrativa como crítica e incluso en sus desafortunadas experiencias dramáticas. Este compromiso lleva al de Médan a la oposición contra otros sectores de diferente ideario y práctica política, especialmente el Segundo Imperio de Napoleón III, pero también contra los sectores conservadores y reaccionarios que se suceden en la III República francesa, nacida tras la derrota bonapartista en la guerra franco-prusiana; y en los posteriores enfrentamientos entre los diferentes grupos de la derecha, ya se tratara de monárquicos, ultranacionalistas o católicos, a los que Zola combatirá como intelectual progresista de izquierda.

Zola es hijo de un brillante ingeniero de origen veneciano y de una muchacha de veintiún años hija de artesanos. La familia vive en la capital hasta 1843, cuando el padre, Francisco Zola, recibe el encargo de construir un canal para distribución de agua (el Canal Zola, inaugurado en 1854) en Aix, en Provenza; precisamente controlando la evolución de su proyecto al aire libre, el ingeniero contrae una pulmonía y muere (1847); Émile Zola y su hijo quedan en una pésima situación económica. Este mismo años, los abuelos Aubert se trasladan a Aix para acompañar y ayudar a su hija viuda y a a su nieto. Los problemas financieros aumentan y Émile Zola con su hijo y sus padres cambia varias veces de domicilio en Aix a lugares cada vez más humildes, pero, a pesar de la precariedad de su vida, tanto la madre como los abuelos quieren que el joven Émile reciba una educación como la de un hijo de buena familia e ingresan al muchacho en el pensionado de Notre-Dame (1848) donde conocerá a Roux y Solari, cuya amistad continuará Zola hasta sus últimos años de vida. En 1852 entra en el Colegio Bourbon, donde conoce a otros dos futuros grandes y trascendentales amigos, Baille y, sobre todo, Cézanne. Sabemos que en la etapa de colegial ya demuestra Zola un gran interés literario, tal y como lo relata en sus *Nouveaux Contes à Ninon*: le entusiasma leer a

Musset y a Hugo y asistir a representaciones de dramas románticos; ya en este tiempo empieza a escribir versos, sobre todo, pero también una novela acerca de las cruzadas y una comedia en verso en tres actos; lógicamente sigue los modelos románticos, en especial los citados. En 1857, la abuela, Henriette Aubert muere. Louis Aubert, su hijo y su nieto vuelven a París al año siguiente.

Recién llegado a París, en 1858, Zola ingresa como becario en el liceo Saint-Louis, con una recomendación de un amigo de su padre, el abogado del Consejo de Estado Alexandre Labot. El joven Zola no se adapta con facilidad a su nuevo ambiente, echa de menos la vida al aire libre y a los amigos que han quedado en Provenza. No tiene buenos resultados en los estudios. Pasa una temporada en Aix con los amigos durante el verano y, de regreso, cae enfermo de gravedad. Al año siguiente, 1859, coincidiendo con la guerra del Imperio Napoleónico contra Austria por los intereses italianos, vuelve a fracasar al intentar superar el bachillerato, esta vez en Marsella. Tras esta segunda derrota escolar, Zola abandona los estudios. Su situación es bastante penosa ya que no tiene las posibilidades económicas que sus amigos del Sur o sus compañeros parisinos para dedicarse a actividades típicas de los hijos de la clase media; además, en 1860 muere su abuelo y Zola tiene que buscar trabajo urgentemente. Una nueva recomendación de Labot le permite entrar como empleado de la administración de los muelles de París, puesto en el que sólo durará dos meses.

El periodo de casi dos años que sigue a continuación resulta poco conocido, pero sabemos que es muy duro ya que el futuro escritor tiene que dedicarse a la búsqueda inútil de trabajo para subsistir en la precaria existencia de la bohemia. En compañía de Cézanne, también desplazado a París, frecuenta los ambientes de los pintores vanguardistas del momento y se familiariza con las nuevas técnicas de las artes plásticas, al mismo tiempo que continúa con la lectura de los clásicos, en especial Molière y Montaigne, pero se va abriendo a otras tendencias a partir de las teorías que oye en sus conversaciones con los artistas y en los paseos de observación de la naturaleza y de reflexión en solitario.

En 1862 entra a trabajar en la librería Hachette, primero como empleado de la sección de facturación, después en el departamento de publicidad. En este mismo año consigue la nacionalidad francesa, que había solicitado al ser hijo de extranjero nacido en Francia. Durante esta época se aleja de la poesía y escribe tres cuentos, aparecidos después en *Contes à Ninon*. Pero lo más importante de este periodo es el interés que el editor Hachette muestra por el joven Zola, a quien va encomendando una serie de actividades periodísticas que, simultáneamente, lo forman como escritor y lo ponen en contacto con autores de renombre. En 1863 publica dos cuentos en la *Revue du mois*, en Lille y empieza a colaborar con el

Journal populaire de Lille. Desde este momento comienza a ejercer su actividad en el grupo de oposición a la política napoleónica en la etapa final del Segundo Imperio. Durante los dos años siguientes, 1864 y 1865, se afirma Zola en diferentes actividades, por una parte llega a ser jefe de publicidad de Hachette; como periodista recoge para la *Revue de l'Instruction publique* las conferencias que el sector de la oposición liberal al Imperio hace de Le Sage, Shakespeare, Aristophane, La Bruyère y Molière; colabora con otras muchas publicaciones: *La Nouvelle Revue de Paris*, *L'Entreacte*, *Petit Journal*, *Salut Public de Lyon*, *La Revue française*, *Le Figaro*, *Le Grand Journal*, etc. Como lector se inclina por el realismo tras la lectura apasionada y reflexiva que hace de Stendhal y Flaubert, siempre de forma autodidacta. Como escritor empieza a tener publicaciones serias en las que se evidencia el influjo de sus últimas lecturas, en 1864, Lacroix, el editor de Hugo, edita los *Contes à Ninon* y en 1865 sale su primera novela, *La Confession de Claude*. También escribe en este año dos obras dramáticas, *La Laide* y *Madeleine*.

En 1866 Zola deja la librería Hachette para vivir exclusivamente de su trabajo como escritor y periodista. La publicación de *La Confession de Claude* ha levantado una serie de polémicas en turno suyo, sobre todo por parte de Barbey d'Aurevilly. Posteriormente la polémica será mayor cuando publique en *L'Événement* sus gustos artísticos, en los artículos "Mon Salon" y "Mes Haines", en ellos hace una defensa de la pintura nueva frente a la académica. Lo mismo ocurre con sus preferencias literarias, Zola se decanta por los Goncourt, Balzac y Flaubert; y en *La Revue contemporaine* hace un amplio estudio de Taine, al que ha leído en profundidad. El año siguiente Zola escribe menos en los periódicos ya que muchas de estas publicaciones desaparecen por completo o son sustituidas por otras de periodicidad más amplia, pero si bien sus ingresos decrecen, en 1867 consigue sacar a la luz su primera obra maestra, *Thérèse Raquin*, además, aparece por entregas en *L'Événement illustré*, *Madeleine Ferat*. También en este año ha ampliado su círculo de amistades entre los artistas plásticos y continúa en la defensa de la nueva escuela del arte y las ideas literarias. En el año siguiente entabla amistad con los Goncourt y se cartea con Taine y Saint-Beuve; la relación con esta serie de escritores e intelectuales coincide con las lecturas que hace Émile Zola de obras de medicina, en especial las que estudian la herencia genética y la fisiología; y es en esta época cuando, a partir de una metodología basada en el positivismo científico y estas nuevas lecturas y relaciones, Zola se plantea el primer boceto de una *Histoire d'une famille*, concebida en diez volúmenes. Una vez tenido el proyecto, es necesario la búsqueda de un editor que se comprometa a garantizar los ingresos suficientes para que Zola pueda dedicarse a aplicar sus nuevas teorías de actuación literaria científica basadas en el análisis psicológico,

fisiológico y social de un grupo de individuos pertenecientes al mismo clan familiar.

Como periodista, en 1868, Zola ha empezado a escribir en *La Tribune*, publicación de la oposición republicana que nace gracias a la ley de este mismo año de liberación de la prensa. En 1869 la oposición a Napoleón III crece y Zola arrecia su crítica desde *La Tribune* y *Le Rappel*, este último cercano a Víctor Hugo. Este año también, el editor Lacroix acepta el plan de los *Rougon-Macquart* cuando Zola ya ha escrito el primer libro de la saga, *La Fortune des Rougon*, y tiene en preparación el segundo, *La Curée*. Durante el año siguiente, 1870, Zola periodista aumenta aún más su crítica al Imperio en los periódicos republicanos *Le Rappel* y *La Cloche*. En junio empieza a publicarse por entregas, en *Le Siècle*, *La Fortune des Rougon* pero se interrumpe en agosto a causa del estallido de la guerra franco-prusiana (julio). La gravedad del conflicto bélico obliga a los Zola a buscar un lugar seguro lejos de París y se trasladan a Marsella. Zola espera recibir un puesto del Gobierno de Defensa Nacional como premio a la actividad antinapoleónica vertida en los periódicos republicanos, pero las aspiraciones del escritor no se cumplen. En Marsella, junto con el amigo de la infancia Roux fundan un periódico, *La Marseillaise*, de muy corta vida. Tras el armisticio de 1871 la Asamblea nacional es elegida en Burdeos y Zola se convierte en el cronista parlamentario para *La Cloche* y *Le Sémaphore de Marseille*. La colaboración con el republicanismo moderado de *La Cloche* hace sospechoso a Zola durante los días de la Comuna y la república conservadora que la sucede también muestra cierta desconfianza y lo vigila.

En 1872 Zola deja *La Cloche*, pero continúa con *Le Sémaphore*, es decir, conjuga con su actividad literaria la de cronista político; pero un artículo aparecido en *Le Corsaire*, en diciembre de este mismo año, en el que ataca con acritud al sector mayoritario monárquico de la República levanta una gran polémica y Zola se ve alejado de la prensa parisina, a no ser que se trate de algunas críticas dramáticas en *L'Avenir national*; además colabora con la revista mensual rusa *Le Messager de L'Europe*. Como escritor tiene bastante éxito; el editor Charpentier toma los derechos de Lacroix y reedita *La Curée* y *La Fortune des Rougon*. En 1873 aparece *Le Ventre de Paris* y en 1874 *La Conquête de Plassans* y *Nouveaux Contes à Ninon*; en 1875 se publica *La Faute de l'abbé Mouret*. El éxito como autor teatral no corre parejo al obtenido como novelista: la adaptación teatral de *Thérèse Raquin* (1873) y la obra *Les Héretiers Rabourdin* (1874) son un fracaso rotundo. Por otro lado son años de fecundas relaciones sociales y de amistad con Flaubert, Daudet y Turgueniev; ampliadas poco después con el conocimiento de Mallarmé y Maupassant y posteriormente con Huysmans, Céard y Hennique.

En 1876 aparece *Son Excellence Eugène Rougon*, y poco después, de esta obra, en el

periódico republicano *Le Bien public*, comienza a publicarse por entregas *L'Assommoir*. El escándalo a que da lugar esta novela hace necesario que se termine su edición en una revista, *La République des Lettres*. La polémica que trae consigo esta novela sobre la clase trabajadora hacen a Zola el escritor más leído y discutido del momento y va consolidando el nuevo sesgo de la vanguardia literaria de manera que en los tres años siguientes durante el gobierno conservador de Mac-Mahon se va formando el gusto de la nueva burguesía que toma el poder tras la caída del citado presidente y la instauración sólida de una república parlamentaria. A esta nueva clase económicamente dominante pertenece ahora Zola, pero se trata de una burguesía con unas ideas políticas, ideológicas y estéticas muy progresistas. En el campo de la literatura significa la consolidación del Naturalismo como nueva escuela.

En 1878 Zola publica *Une page d'amour* y trabaja para *Le Voltaire*, sustituto de *Le Bien public*, y para la revista rusa mencionada. También a este año corresponde otro fracaso teatral con *Le Bouton de Rose* y una adaptación dramática de *L'Assommoir*, que da lugar a constantes discusiones y caricaturas sobre la obra y las tesis naturalistas, lo que lleva a Zola a escribir *Le Roman expérimental*, síntesis de sus ideas sobre la producción artística basada en el método científico de la observación positivista sobre los temas míticos permanentes de la novela. La polémica entre Zola y sus partidarios naturalistas y los opositores se acentúa desde diversas publicaciones, y los naturalistas se constituyen en el llamado "Círculo de Médan", residencia campestre de los Zola, donde se reúnen entre otros Alexis, Céard, Huysmans, Hennique y Maupassant. Zola abandona el periodismo y en los años siguientes hace una recopilación de artículos de crítica en *Les Romanciers naturalistes*, *Le Naturalisme au théâtre*, *Documents littéraires*. En 1882 publica *Une Campagne*, donde se recogen artículos aparecidos en *Le Figaro*, y otra novela de los *Rougon-Macquart*, *Pot-Bouille*; al año siguiente, sale *Au Bonheur des Dames*. En 1884 se publica *La Joie de vivre* y, en este mismo año 84, Zola prepara su otra gran novela de masas, *Germinal*, basada en la vida en el mundo de la minería, y para ello encuesta a los mineros de la cuenca de Anzin que estaban en huelga; esta novela sobre el proletariado aparece en 1885 y le permite ocupar a Zola de manera indiscutible un puesto entre los autores consagrados de la literatura francesa, claro está que en la posición más progresista. Con todo, la puesta en escena de *Germinal*, conseguida, después de una serie de dificultades, en 1888 es otro desastre. En 1886 *El amigo de la infancia*, Cézanne, rompe con el novelista al sentirse identificado con el protagonista de *L'Oeuvre*, el pintor Claude Lantier.

En 1887 aparece *La Terre*, para cuya preparación Zola se había desplazado a la Beauce, cuna de su familia materna. Pretende en esta obra, y lo consigue, los mismos efectos

conseguidos sobre el mundo del trabajo en la mina, referidos ahora a la agricultura. La crudeza de la novela levanta nuevas críticas por parte de Anatole France y de algunos escritores próximos a los Goncourt que hablan de la necesidad de acabar con el Naturalismo. La nueva polémica está servida. Justo en este momento y aprovechando las circunstancias y la nueva moda del misticismo que la lectura de Renan ha levantado, Zola escribe una novela "comme il faut" para acallar a toda la crítica que tan duramente acaba de atacarlo y conseguir ponerla de su parte, se trata de la curiosa novela *Le Reve* en la que de manera ingeniosa se adapta el escritor a la nueva circunstancia sin para nada traicionar el plan inicial trazado al diseñar las características de la saga *Rougon-Macquart*.

En 1890 Zola publica *La Bête humaine* y presenta su candidatura a la Academia francesa, propósito en el que fracasa todas las veces que lo intenta. En 1891 Zola termina *L'Argent* y, para estudiar sobre el terreno las circunstancias, hace el mismo recorrido realizado por el ejército francés desde Châlons hasta Sedan veinte años antes; la novela en la que se trata este asunto, *La Débâcle*, es de 1892. En 1893, con la publicación del *Doctor Pascal*, Zola termina la magna obra de los *Rougon-Macquart* y, en el banquete literario para celebrar el acontecimiento recibe la Legión de Honor.

Durante el último tiempo de redacción de la saga, habían ocurrido una serie de hechos sociales que han llevado a pensar a Zola en una trilogía, *Les trois villes*, en la que se hace referencia a esta serie de acontecimientos: los milagros de Lourdes, la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, la situación política en París caracterizada por la pugna entre el sector católico y grupo republicano moderado de Méline, así como los asuntos del canal del Panamá. Todo ello da lugar a un cambio obvio de las circunstancias históricas y sociales que hacen muy diferentes los últimos años del siglo de los de la época del Segundo Imperio, sobre todo por la inquietud social y la pésima situación de la masa de la clase trabajadora; desde el punto de vista del pensamiento a las ideologías progresistas de signo marxista o anarquista se oponen nuevas corrientes basadas en el misticismo o el nacionalismo y el catolicismo. La trilogía compuesta por *Lourdes* (1894), *Rome* (1896) y *Paris* (1898), trata de esta nueva sociedad, sus problemas y la solución que a Zola le parece más adecuada, todo ello a través de la vida del protagonista, Pierre Froment, un religioso que acabará por abandonar la Iglesia y fundar una familia.

Fuera del campo de lo literario, pero en consonancia con la función social del intelectual, a la que hemos hecho referencia al principio de este apartado biográfico, Zola se convierte en un defensor de la verdad y de la moralidad racional, en 1898 en *L'Aurore*, nuestro novelista publica su célebre carta "J'accuse" al presidente de la República a propósito de la

inocencia del capitán Alfred Dreyfus, acusado de espionaje y traición a la patria y condenado (Villacorta Baños, 1993, pág. 157). El asunto en realidad superaba la fronteras de la simple falsa acusación a un individuo y, en realidad, se convierte en la oposición total entre los sectores contrarios de la derecha y la izquierda política y social francesa, representada la primera por los nacionalistas, militares y católicos radicales, y la segunda por los sectores socialistas, librepensadores y la extrema izquierda. La dureza del ataque contra Zola es enorme ya que su figura se ha convertido en el centro de miras de uno y otro de los grupos ideológicos contrincantes; son cuatro años largos y difíciles que van a llevar a Zola incluso al exilio durante varios meses en Gran Bretaña para evitar la cárcel. El caso terminará con la rehabilitación final de Dreyfus y su reintegración al ejército, pero eso no lo verá Zola porque tendrá lugar años después de su muerte, en 1906.

Durante el destierro inglés Zola escribe *Fécondité*, publicada en 1899 y primera novela de la serie titulada *Les Quatre Évangiles*, su último ciclo, en el que Zola intenta trazar cómo será la sociedad del siglo futuro a través de la descendencia y la línea que el protagonista de la saga anterior, Pierre Fromentin, había establecido. La segunda novela, *Travail*, se publica en 1901, y *Vérité*, la tercera, inspirada precisamente en el "Asunto Dreyfus", será publicada al año siguiente a la muerte de Zola. De *Justice*, el cuarto y último libro del cuarteto sólo se conocen las notas de preparación.

La muerte repentina impide el final de *Les Quatre Évangiles*. En efecto, de regreso de Médan, en el piso de París, la noche del 28 al 29 de septiembre de 1902 el matrimonio Zola sufre un percance a causa de una chimenea que no funciona bien: Zola muere asfixiado, su esposa Alexandrine consigue recuperarse. Aún no se sabe si se trató de un accidente fortuito o de un asesinato premeditado, de hecho Zola había recibido frecuentes amenazas de muerte. Para los apuntes biográficos sobre este autor cfr. (Mitterand, 1982).

Como corresponde a un autor comprometido como Zola su fama está siempre rodeada de simpatías y antipatías de marcado signo ideológico, pero que claramente lo sitúan en la esfera de la izquierda, lo que no ha impedido el interés por la lectura de su obra, cualquiera que sea la ideología dominante en cada momento, y han hecho de Zola un escritor clásico.

Leopoldo Alas: notas sobre su biografía intelectual.

Leopoldo Enrique García-Alas Ureña nace en 1952 en Zamora, donde era gobernador civil su padre, perteneciente a una antigua familia asturiana. Desde su nacimiento y hasta 1865, cuando regresan a Oviedo, los García-Alas Ureña viven por diferentes ciudades españolas donde el

cabeza de familia es sucesivamente trasladado, siempre como gobernador civil; en León, una de estas ciudades, asiste Leopoldo al colegio de los jesuitas. De vuelta a Asturias, en 1863 comienza Alas su bachillerato en Oviedo y entabla amistad con Armando Palacio Valdés, una relación que durará toda la vida.

En 1868, cuando Alas tiene 16 años, estalla la Revolución Septembrina o "La Gloriosa", y al parecer el joven futuro escritor participa de alguna forma en las algaradas callejeras que se desencadenan en la capital del principado. En 1869 el gobierno provisional surgido tras La Gloriosa establece la libertad de enseñanza y en este mismo año comienza Clarín los estudios de Derecho en Oviedo. Una vez finalizados los estudios en Asturias, Leopoldo marcha a Madrid para doctorarse en Leyes y cursar la carrera de Filosofía y Letras. A la capital marchan también los amigos de provincia: Palacio Valdés, Turo, Rubín, etc., que junto con Alas y otros forman el círculo asturiano; es gente joven con muchas inquietudes que frecuentan las tertulias y el Ateneo, aparte de la asistencia a las clases y conferencias de ilustres intelectuales del momento. Son años de mucha actividad en la vida política española: el rey Amadeo de Saboya, a su llegada a España en 1870 se encontró con la muerte en atentado del general Prim, su máximo valedor; los intentos de Saboya en favor de una monarquía liberal, según el modelo del Segundo Imperio francés, son un fracaso en la compleja situación económica y política de la España del XIX, mucho más fragmentada y problemática que la Francia de Napoleón III. En estos mismos años de inquietud y efervescencia ideológica inicia Alas sus colaboraciones periodísticas. Es también la época de influencias trascendentales en la formación intelectual del joven periodista; en Madrid sigue las enseñanzas de intelectuales cercanos a la Institución Libre de Enseñanza y seguidores de las ideas del filósofo alemán Krause, partidarios de una especial implantación de la doctrina krausista para superar los gravísimos problemas de España; tal es la postura defendida sobre todo por Giner de los Ríos, profesor y posterior director de la tesis doctoral de Alas en la Universidad Central madrileña. Pero también Alas y su círculo de amigos asisten a las clases y conferencias de Salmerón, Camús, Canalejas, Amador de los Ríos y Castelar. Es el tiempo en el que, pese a la constante contradicción ideológica clariniana, hay una decantación hacia el libre examen y el espíritu crítico reformador, pero sin abandonar jamás un sentimiento de lo religioso muy fuerte que acompañará a Leopoldo a lo largo de toda su vida, y que da lugar a reacciones inexplicables si nos atenemos sólo a los criterios filosóficos que por su actividad intelectual ha empezado desde muy joven a desarrollar.

Más constante es la actitud clariniana en lo que a actividad o a credo político se refiere, pues este autor no duda en declararse republicano desde la Revolución del 68, con la

monarquía de Saboya, en el periodo de la breve I República española, y con la Restauración Borbónica. En 1873, tras dimitir Amadeo I, se proclama la efímera I República, que no sobrepasará los diez meses de duración. Una serie de hechos dejan clara la precaria situación de España: el desencadenamiento de la tercera guerra carlista, la sublevación cantonal, la sublevación obrera de Alcoy y la huelga general de Barcelona, todos estos sucesos no hacen más que reafirmar las convicciones políticas de Alas que si bien continúa, como hará hasta el final, apegado al catolicismo tradicional de su casa, en lo que a la actividad política se refiere se aleja de las enseñanzas paternas acercándose mucho más a la doctrina de sus maestros madrileños. Este periodo hasta 1875, cuando tiene lugar la Restauración en la persona de Alfonso XII, es muy prolífico para el Alas periodista que empieza a escribir artículos con el pseudónimo de "Clarín", el primer artículo en *El Solfeo* del 2 de abril de 1875; también colabora en *La Unión*, en la *Revista de Asturias* y en *La Ilustración Gallega y Asturiana*.

En 1878 Alas defiende su tesis sobre El Derecho y la Moralidad. En las oposiciones a la cátedra de Economía Política y Estadística vacante en la Universidad de Salamanca saca el número uno, pero no le sirve de nada por el veto del ministro Toreno, que ya sabía algunas cosas de Alas pero que, sencillamente, muy en consonancia con la imagen de la España de las recomendaciones descrita por Galdós, ya tenía otro candidato protegido; Alas se resigna con amargura a este fracaso por el sistema de influencias y, en esta época, empieza la amistad con otro gran escritor del norte, el cántabro José María de Pereda.

Continúa Clarín estudiando para opositar y escribiendo para diferentes publicaciones periódicas hasta que, en 1881, aparece el volumen *Solos de Clarín*, en el que de forma libre se recoge parte de los artículos de crítica periodística que hasta ahora había escrito. No para en este año la sucesión de acontecimientos sociales: legalización de sindicatos y asociaciones obreras, fundación del Partido Democrático Socialista Obrero Español; primera huelga en la cuenca minera asturiana, Congreso Anarquista en Londres y muerte en atentado anarquista del Zar Alejandro II.

En 1882 oposita Alas otra vez a la cátedra de Economía Política y Estadística, en esta ocasión de la Universidad de Zaragoza, y gana la plaza. Publica, en colaboración con Palacio Valdés, *La literatuta en 1881*, donde hay un análisis y toma de posturas ante el hecho literario. Un viaje a Andalucía de recién casado con su mujer le impresiona intensamente por la situación pésima del campesinado andaluz. Durante la estancia en Zaragoza empieza a escribir algunos cuentos que después aparecerán en *Pipá*.

En 1883 Clarín consigue la cátedra de Derecho Romano en la Universidad de Oviedo, y no se moverá ya de esta ciudad, querida y odiada, en toda su vida, aunque probablemente

se hubiera marchado con gusto a Madrid de haber conseguido allí un puesto acorde con sus intereses; de todas formas hace algunos viajes a la capital y pasa algunos veranos en la costa asturiana, por lo demás Alas no se aleja de la circunscripción ovetense.

Hasta este momento la labor de escritor clariniano ha sido básicamente de crítica: artística, política, de costumbres, siguiendo siempre de cerca a Larra, en el fondo y en la forma de sus artículos, y con una influencia muy clara de autores clásicos que admira: Cervantes, Quevedo y Moratín. En los artículos de crítica literaria demuestra que no sólo es un avidísimo lector y conocedor de la literatura española del momento, sino que también sabe perfectamente qué pasa en el marco de la literatura internacional, tanto de los autores como de las nuevas ideas artísticas y literarias, muy especialmente de la corriente naturalista, la psicologista rusa, el misticismo y el modernismo; de esta manera junto a los artículos que dedica a su querido y admirado Galdós, a Pereda, Valera, Campoamor, etc., Alas critica a lo largo de su vida las obras y teoría de Zola, Baudelaire, Verlaine, Ibsen, Renan, etc.

El único proyecto de novela larga que hasta ahora había hecho Clarín era el *Speraindeo*, del que se habían publicado tres capítulos en la *Revista de Asturias* (en 1880), y que así había quedado aunque Alas comentó en varias ocasiones su intención de terminarlo. En esta obra se encuentran algunos precedentes en cuanto a personajes y temas que pasarán a *La Regenta*, novela que empieza a redactar Clarín justo en este año de 1883; esta escritura de su obra más importante la realiza desde la estética naturalista, pero no se trata de seguir tanto los presupuestos zolianos sobre cómo ha de realizarse la nueva novela, sino más bien con la adaptación de esta corriente francesa a la literatura española teniendo muy en cuenta la prosa cervantina, la picaresca y el precedente directo de la corriente del realismo español, tal y como Galdós lo había entendido y llevado a cabo en algunas novelas, sobre todo tras la publicación de *La desheredada* (1881).

En 1884 sale el primer volumen de *La Regenta* y en 1885 el segundo. Al parecer Clarín había trabajado en esta novela durante dos años. La publicación de la obra causa un gran escándalo entre los círculos conservadores y moderados que no quieren ver en *La Regenta* más que el ataque al catolicismo y al sistema de moralidad vigente en la Restauración. Así lo entiende sobre todo el Padre Blanco García en su edición crítica de los autores contemporáneos, que al hacer referencia a Alas no duda en tratarlo de engendro nauseabundo seguidor de las tesis pecaminosas del naturalismo zoliano (Blanco García, 1891). Pero esta polémica no asusta a Clarín sobre todo cuando se trata de oponentes de la categoría del anterior, lo que sí parece afectarle mucho más son los enfrentamientos como el que mantuvo con el Obispo de Oviedo a causa de malentendidos como, por ejemplo, que se le acuse de

distribuir la novela entre sus alumnos. De todas maneras la publicación de *La Regenta* es el justificante que necesitaba un cierto sector para colgar la etiqueta de anticlerical y antirreligioso a un autor que si bien podía, y sólo con ciertas salvedades si nos atenemos a lo que Clarín deja escrito en algunos artículos, ser acusado de lo primero, choca que sea tildado de lo segundo, de antirreligioso, alguien que, como el propio Alas escribe en una carta a Menéndez Pelayo, "pasa la mitad de la vida pensando en Dios."

En 1888 ocupa la cátedra de Derecho Natural, disciplina que impartirá hasta su muerte. Precisamente es en este año cuando su salud, habitualmente frágil, empieza a sufrir un deterioro considerable.

En 1890 publica Alas *Su único hijo*. En 1893 aparece *El Señor y lo demás son cuentos*, y en el mismo año colabora en la preparación de la elección de Menéndez Pelayo como senador por la Universidad de Oviedo.

En 1895 estrena en Madrid el drama *Teresa* que, como le ocurría a Zola también siempre que se trataba de teatro, es un fracaso. La tensión política y la inestabilidad socioeconómica ha ido aumentando en España durante en estos años y ya en 1895 la insurrección de Cuba llega a extremos alarmantes. Un artículo en *El Heraldo* de Madrid sobre la Armada crea una serie de complicaciones a Clarín.

En 1896 el levantamiento independentista colonial se extiende a Filipinas y la represión antianarquista en España culmina con los procesos de Montjuic. Este año publica Clarín los *Cuentos Morales* y muere su madre, a la que estaba muy unido y que había sido tan determinante en la religiosidad y el catolicismo clariniano.

En 1897 muere Cánovas en atentado terrorista y en 1898, en pleno desastre por la pérdida total de los territorios coloniales, empieza a funcionar la Extensión Universitaria, se trata de cursos realizados por profesores de la Universidad para difundir la cultura entre la clase trabajadora, muy en consonancia con las ideas de la Institución Libre de Enseñanza en las que se había formado en Madrid Alas, que participará activamente, a pesar de su enfermedad cada vez más grave, en este intento de acercar la universidad a los sectores populares.

En 1901 Leopoldo Alas muere en Oviedo. Para la biografía de Clarín cfr. (Posada, 1946).

Como indica Sobejano en su edición a *La Regenta*:

La personalidad de Leopoldo Alas como escritor es la de un moralista en doble sentido: observador penetrante de la vida social, y defensor de un ideal de justicia y verdad, cuya falta de efectividad en el mundo le lleva a la irritación y a la melancolía

[...] Espíritu religioso, mena necesitada de nutrición filosófica, excelente educador, infatigable lector y espectador del desenvolvimiento literario europeo desde su retiro provinciano, Clarín cumplió su vocación de novelista en la crítica, en el cuento y en la novela. (Sobejano, 1981, vol. I, pág. 9).

Frente a la continuidad evolutiva zoliana dentro de la línea del positivismo y la experimentación científica que confluyen en el naturalismo, y el mantenimiento por parte del escritor de Médan de postulados del socialismo histórico, en cuyas filas militó; Clarín aparece sobre todo como una personalidad contradictoria, y no porque su discurso resulte incoherente sino por la diversidad de temáticas y campos a los que la reflexión intelectual le lleva (Maresca, 1985). Efectivamente, la actitud y los temas expuestos y defendidos por Alas pueden resultar opuestos entre sí si se estudian separados del hilo conductor, es decir, de la especial manera clariniana de interpretar diferentes códigos filosóficos, sólo explicables si se respeta a este autor como uno más de los grandes clásicos heterodoxos españoles, por utilizar las palabras de Menéndez de Pelayo.

Los Rougon-Macquart.

La traducción literal que reproducimos seguidamente de las palabras de Zola explica con toda claridad y concisión el propósito del autor al dedicarse a escribir esta saga familiar: "Esta obra, que dará lugar a muchos episodios es pues en mi pensamiento, la historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio. Y el primer episodio: *La Fortune des Rougon*, debe llamarse con un título científico: *Los Orígenes*" (*La fortune*, pág. 16).

De esta manera, por lo que acabamos de escribir, si por una parte Zola estudia la evolución de los comportamientos genéticos de una familia determinada, por otra, el medio social y los diferentes ambientes así como el tiempo histórico en que se suceden los veinte volúmenes constituyentes de la saga, quedan estudiados también; el método o la técnica literaria que Zola se esfuerza en seguir no es otro que el naturalismo.

La Fortune des Rougon, (en adelante aparecerá citada como *La fortune*).

Es la novela de los orígenes. Los orígenes familiares, o mejor del clan Rougon-

Macquart. Conocemos a Adélaïde Fouque, familiarmente llamada "tante Dide", primer eslabón del árbol genealógico, nacida en 1770, hija de un acomodado propietario que muere viudo y medio loco. Los desequilibrios nerviosos, en una mezcla de depresión y manía activa, acompañarán constantemente a la joven huérfana, heredera de una mediana fortuna que la hace apetecible a los jóvenes de las familias burguesas de propietarios de Plassans, la ciudad natal; pero la muchacha, lejos de escoger entre los pretendientes locales, va a fijarse en el forastero François Rougon, a quien ha empleado para que le cultive la tierra. A los catorce meses de casados nace Pierre Rougon y François muere. La joven viuda, de sensibilidad especial, prefiere la soledad de su casa al trato con sus vecinos de clase y establece un complejo amor con un hombre de mala fama, Macquart, contrabandista y cazador furtivo; esta unión durará varios años y de ella se sabe bien poco en el pueblo pero se murmura por la extraña preferencia en la elección de compañeros hecha por la hija de Fouque: primero un campesino pobre, después un fuera de la ley que no parece tratarla muy cariñosamente cuando vuelve de sus correrías por los montes. De esta segunda e inestable relación le nacerán a Adélaïde otros dos hijos, Antoine y Ursule. Macquart morirá en uno de los frecuentes enfrentamientos mantenidos con los gendarmes. Adélaïde se refugia totalmente en la soledad de su casa y rompe cualquier tipo de trato con el vecindario, vive de lo que le da la tierra que arrienda a administradores poco honrados y deja crecer a sus tres hijos en un ambiente semisalvaje, apenas preocupada por la formación y educación de los tres niños entre los cuales queda muy claro desde el principio, por los comentarios que les hacen las personas que encuentran en el pueblo, que hay una relación de legitimidad y bastardía. Aunque esta ilegitimidad no sea tenida en cuenta por Adélaïde, los vecinos están prestos a recordar quién es el hijo legítimo y quiénes son los intrusos ilegales. Conforme los tres muchachos van creciendo, la desigualdad de origen da lugar a divisiones y al odio mortal entre los hermanos quienes, ya adultos, y cuando su madre está incapacitada para poder administrar sus ahora exiguas propiedades, se separan. Como es lógico, la ley está de parte de Pierre Rougon, el hijo legítimo, este rompe las relaciones con Antoine y Ursule sin compartir con ellos la propiedad. Así tenemos la rama Rougon y la rama Macquart que salen de ese tronco común, Adélaïde.

En este volumen se presentan también las familias de los tres hijos de la tante Dide. En la rama Rougon, Pierre, una curiosa mezcla de temperamentos entre su padre, campesino simple y el carácter nervioso de su madre, se ha casado con Felicité, una muchacha hija de pequeños comerciantes arruinados, muy ambiciosa y "mujer fuerte" de toda la saga; de este matrimonio nacen cinco hijos: Eugéne, Aristide, Pascal, Sidonie y Marthe.

Antoine Macquart, muy parecido también a su padre y a su madre, pero con

predominio del carácter paterno, borracho, vagabundo y haragán, va a tener con su esposa, Fine Gavaudan, a Gervaise, Lise, y Jean Macquart. La hija de Adélaïde, Ursule, se parece sobre todo a su madre, de la que hereda la debilidad física y el desequilibrio nervioso; morirá joven después de haber tenido dos hijos, François y Silvère, de su matrimonio con el pequeño comerciante Firmin Mouret, que se suicida al no poder soportar su viudedad.

Algunos de todos estos personajes que acabamos de citar, formadores de las primeras ramas del árbol genealógico Rougon-Macquart, van a ser estudiados de manera particular en una obra concreta que Zola les dedica en la saga. Algunos de ellos serán protagonistas principales en varias novelas en tanto que otros, aunque tenga el primer papel en alguna historia, no aparecieran en ninguna otra por diversas circunstancias.

En *La fortune* además del origen genético de los miembros del clan queda descrito el principio de la fortuna, o del infortunio, de los tres hijos de Adélaïde y la división entre los hermanos, continuada a lo largo de la obra. Pero al mismo tiempo que se nos presentan los orígenes de esta familia, Zola relata en esta novela su versión del nacimiento del Segundo Imperio de Napoleón III a partir del golpe de estado de Diciembre de 1851. Y podemos establecer a partir de ahí una serie de relaciones simbólicas entre los orígenes del clan y del sistema político que gobierna en Francia durante casi el tercer cuarto de siglo del XIX. Un gobierno ilegítimo nacido como consecuencia de un golpe de estado contra la República elegida democráticamente, un gobierno que podemos calificar de bastardo en cuanto ilegal; pero de la misma forma que el gobierno ilegítimo de Napoleón III queda comparado con la situación de bastardía de los hijos del primer Macquart, Pierre Rougon simboliza a la burguesía triunfante que ha traicionado los ideales verdaderos de la Revolución del 89 al haberse limitado simplemente a ocupar el poder, volviendo la espalda a los otros grupos sociales del Tercer Estado, representados en *La fortune* por los protagonistas Silvère y Miette, es decir el pueblo víctima de las alianzas inmorales entre los sectores de poder tradicionales, nobleza e iglesia, y la nueva burguesía ostentadora del nuevo poder.

El joven obrero Silvère, al morir sus padres, vive con su abuela Adélaïde en la ruinosa casa patrimonial. Apenas si tiene relación con sus tíos, Pierre Rougon y Antoine Macquart, pero está muy unido a la demente matriarca, la cual siente por el nieto un enorme amor al compararlo, en su imaginación enfermiza, con el abuelo contrabandista del muchacho, al que la anciana tan extraña pero apasionadamente había amado en su juventud. Silvère, por su parte tendrá una relación totalmente intensa y platónica con otra muchacha huérfana vecina, Miette, víctima también de la injusticia familiar y social. Los dos jóvenes enamorados son los héroes protagonistas de la novela, ambos morirán víctimas en las jornadas del Golpe de Estado de

1851, donde estaban participando activamente en el sector republicano. El efecto que logra Zola es de gran fuerza al dividir por una parte a los miembros de la familia y, al mismo tiempo, al dejar explicado cómo el inicio del poderío de la rama Rougon y del Segundo Imperio coincide con la muerte de los dos románticos y el fin de la esperanza de la clase obrera tras la aniquilación de la República.

Por lo que a nosotros respecta, *La fortune* es una novela fundamental del grupo Rougon-Macquart porque en ella queda establecida la importancia de la Iglesia en todas las maniobras políticas por el poder, y, además, por la descripción de la Plassans provinciana, donde la Curia tiene una gran presencia y fuerza y es uno de los elementos representativos de la población. Zola insiste en el valor de la Iglesia al referir datos históricos, como la reacción clerical de 1849 por la cual el clero consigue la fusión de los grandes burgueses con la nobleza y en contra de la República, un clero tremendamente activo cuando se trata de conseguir sus fines. De esta forma el sector eclesiástico se esconde tras la nobleza y lleva la dirección de la reacción; poco a poco conseguirá atraerse el elemento burgués, y después a los pequeños comerciantes; no importa que se mezclen las más diversas ideologías (liberales insatisfechos, orleanistas, bonapartistas, clericales) el objetivo es único y se cumple: "tuer la republique". La entronización definitiva de Bonaparte, a quién al principio este sector aliado de la reacción había considerado como mero instrumento, va a unir más a una nobleza y clero resignados ya que la República ha terminado y ambos sectores se vengan de su descontento uniéndose a los triunfantes bonapartistas.

La muerte de Silvère y Miette es la simbolización de la caída del republicanismo frente al Segundo Imperio en el que vencen y se consolida la rama de Pierre y Felicité Rougon.

La Curée.

De la misma manera que *La fortune* es la novela de los orígenes, según palabras de Zola, la *Curée* "est la note de l'or et de la chair." Efectivamente, en esta obra se nos narra la decadencia de costumbres del reinado de Napoleón III y Eugenia de Montijo en todo su apogeo y degradación a través de varios protagonistas principales de la rama Rougon. Pero, a la par que se nos pinta un cuadro de la relajación de la nueva clase dominante burguesa, que ha llegado al poder después del golpe de diciembre y que ha traicionado incluso los propios ideales burgueses de la Revolución del 89, también nos encontramos con más información sobre los manejos, bastantes oscuros, de los Rougon trasladados a París para hacerse con el poder.

Eugène Rougon, el mayor de los hermanos, sabemos por la novela anterior que ha hecho unos mediocres estudios de Derecho y, ya abogado, se mueve en medio de una existencia penosa, en los círculos cercanos al futuro emperador, donde se hace imprescindible por su eficacia en la preparación de acontecimientos de masas y de actividades de cierta clandestinidad política que requieran gente sin muchos escrúpulos. Consolidado Eugène Rougon en la corte napoleónica, donde llega a ser ministro del Interior, otros dos hermanos suyos vivirán bajo su sombra forjándose su propia fortuna y colaborando también al fortalecimiento del primogénito Rougon, a la par que el suyo propio. Nos referimos a Sidonie y Aristide Rougon. La primera se ha ido a París a regentar con su marido, M. Touche, un doble negocio en un mismo edificio: una especie de almacén de pianos y una tienda de artículos de mercería y droguería, que llevarán a la inquieta señora a cargar con sus mercancías en un bolso y a venderlas por las casas de sus clientas, actividad en la cual acumula una considerable y variadísima información útil para sí misma y sus hermanos.

Aristide Rougon, periodista fracasado en Plassans, se traslada a París en compañía de su mujer, Angèle y de su pequeña hija Clotilde; su hijo, Maxime, se quedará en un pensionado de Plassans con los abuelos Pierre y Felicité Rougon. Los primeros tiempos de Aristide y su familia son verdaderamente duros por falta de medios; aunque el ambicioso protagonista está lleno de brillantes ideas relacionadas con la especulación inmobiliaria, fundamental en el París de este tiempo, sin embargo carece de capital para empezar su actividad. La ocasión para prosperar se presenta cuando Angèle enferma mortalmente y Sidonie, incluso antes de la muerte de su cuñada, habla con su hermano sobre una oportunidad muy importante si acepta casarse con una hija de un acomodado magistrado viudo, que ha quedado embarazada tras una vergonzosa historia, y con cuya unión sacaría unos cuantiosos beneficios. Aristide acepta la proposición de su hermana ante la impotente mirada de la agonizante Angèle. Muerta la esposa, la niña Clotilde es enviada a casa del otro hermano, el doctor Pascal a Plassans. Aristide cambia su apellido por el de Saccard, para evitar que se pueda rastrear su procedencia y se le pueda relacionar con su todo poderoso hermano mayor, y, ahora viudo, sin hijos y con residencia en un aparente apartamento que la eficaz Sidonie ha conseguido de un amigo sacerdote que acaba de marchar a Roma, Aristide Saccard empieza a hacer fortuna a partir del dinero que recibe de la dote su mujer, Renée.

Con estos antecedentes concretos y, al mismo tiempo que va narrando el desarrollo de los mismos, Zola va estableciendo un cuadro de la decadencia total de las costumbres de la alta burguesía, pero concretamente de esa burguesía en la que se apoya el Segundo Imperio, un régimen de orígenes bastardos y basado en un afán por la apariencia y el lujo desmedidos,

muy lejos de los sentimientos de la burguesía que hizo posible el 89 con sus ideales de trabajo y orden, decencia y eficacia (cfr. Ripoll, 1974). Como ejemplo de esta antigua burguesía tenemos a M. Béraud, el viejo magistrado padre de Renée, la cual, huérfana desde muy niña de madre ha sido llevada a un internado, cuya educación hipócrita e inadecuada para el temperamento inquieto y aventurero de la muchacha ha llevado a la chica a una situación crítica al quedar embarazada después de ser objeto de una violación por el familiar de una compañera cuando Renée estaba pasando unas vacaciones en casa de aquella.

El embarazo de Renée no saldrá adelante, como era de esperar y como Sidonie había predicho a su hermano Aristide. Una vez casada, Renée dispone de toda libertad ya que su matrimonio ha sido un arreglo de conveniencia mutua entre los esposos, y lleva una vida completamente disipada en medio del mayor lujo, dedicada a una serie de perversiones sexuales aprendidas en el internado junto a sus compañeras y que, en el caso de Renée, la aproximarán al lesbianismo o a la bisexualidad. En cuanto a Saccard no parece dar gran importancia a estas diversiones de su mujer, al contrario, le proporciona todo el dinero que desea, e incluso más del que puede gastar, pues el lujo desmedido y el exhibicionismo de Renée se convierten en una eficaz propaganda del nuevo tipo de vida de la apariencia y el consumo de lo bello, tan típicos del Segundo Imperio, que el propio Aristide necesita para sus especulaciones.

Pasan unos pocos años y la pareja continúa su vida de gran mundo. Aumentan las descripciones zolianas de una sociedad corrompida encaminada a la hecatombe por haber perdido una verdadera moral honrada a cambio de la moral de la conveniencia de la nueva burguesía. La degeneración de Renée alcanza la cima con la llegada de Maxime, el hijo de Saccard que había continuado en el internado de Plassans hasta los trece años, edad en la que ahora piensa el padre es muy oportuno tenerlo a su lado por la buena imagen que añade a su estatus de viudo vuelto a casar, rico y con un hijo hermoso e inteligente. La personalidad de Maxime es tan problemática como la de su jovencísima madrastra y, muy pronto, cómplice y amiga inseparable: el temperamento del muchacho, curiosa mezcla de la molición de su madre Angèle y de la ambición nerviosa de su padre ha dado lugar, incrementado con la nefasta influencia del colegio, a una personalidad desarrollada ambiguamente en la indefinición psíquica y sexual del chico, de manera que madrastra e hijastro se convierten en ejemplares representativos de una sociedad completamente decadente y que ha alterado los valores naturales propios de las sociedades fuertes y luchadoras; una descripción curiosa la que hace Zola al considerar a este tipo de mujer, a la que él califica de emancipada, y al hombre joven afeminado como precedentes de la destrucción de la vida basada en el ciclo del nacimiento,

desarrollo, reproducción y muerte. Como era de esperar, Renée y Maxime terminan siendo amantes y tampoco Saccard parece inmutarse mucho por lo que pasa en su casa.

Efectivamente, Aristide Rougon está enfrascado por completo en el mundo de la especulación. La documentación sobre este asunto y la descripción que hace Zola de todos los aspectos de la remodelación de París exigida por el nuevo régimen y llevada a cabo por Haussmann, es el otro gran tema de *La curée*. Saccard es un gran especulador, pero no un acumulador de capital, parece que a él lo que le interesa de verdad es la pasión de los movimientos y los intercambios mercantiles como un juego de colocaciones de grandes masas de dinero aplicadas al sector inmobiliario. Cuando, para conseguir una fuerte inyección de capital con que continuar sus negocios, Aristide necesita casar a Maxime con la rica y enfermiza heredera Louise de Mareuil, no pensará en ningún otro tipo de consideraciones que las de su propio interés cercano, del que no está muy alejado el hijo, cansado ya de la rutina perversa de su relación con Renée y deseoso de mayores cantidades de dinero que el matrimonio con la enferma le puede aportar. El problema es que, en medio de esta situación de relajación de costumbres, Renée se ha enamorado de su hijastro, o por lo menos algo en ella le hace repugnante, ya sea por celos, asco o desengaño, el abandono del hijastro-amante por la joven enferma que, por cierto, no se queda muy atrás en lo que a costumbres inmorales se refiere. Tampoco Renée puede aceptar la tierna amistad que se entabla entre Aristide y Maxime, que para ella es antinatural ya que, aunque se trate de padre e hijo, deberían, según ella, ser rivales por su amor. Renée termina encerrándose en la protectora casa familiar de su padre, símbolo de aquella burguesía de costumbres sólidas y firmes que hizo la Revolución; allí, en medio de una existencia completamente solitaria muere al año siguiente de una meningitis.

Para el estudio que llevamos a cabo *La curée* resulta especialmente interesante en dos aspectos. Por una parte, la exposición y crítica que Zola hace de la educación de los jóvenes burgueses basada en una moral de la apariencia, en la conveniencia, que más que formar corrompe la personalidad, teniendo en cuenta que se trata de instituciones religiosas las que se encargan principalmente de esta tarea.

El otro aspecto de esta novela objeto de nuestra atención son las peculiares relaciones de la viuda Sidonie Rougon, curioso espécimen de beata lesbiana y alcahueta, concertadora de matrimonios lo mismo que interruptora de embarazos. La relación viscosa y silenciosa de Sidonie con los curas es una de las principales fuentes de información de esta terrible y eficaz mujer que gusta de actuar bajo un manto hipócrita de supuesta bondad y piedad cristiana que le granjea la confianza de todos sus conocidos. Aunque sin relación directa con nuestro tema

de trabajo, es interesante el estudio sobre el tema de la mujer en la obra zoliana, para ello véase (Krakowski, 1974).

Le ventre.

Tercera novela de la saga *Rougon-Macquart*. En esta obra hay un exhaustivo estudio del gran mercado de las Halles, el centro del consumo de París. Pero junto al gran escenario de esta gigantesca área comercial de la alimentación, Zola va narrando la problemática de una serie de personas que, como colectivo, hacen funcionar esta especial maquinaria imprescindible de todos los días. Si en *La curée*, Zola había opuesto la moral de la nueva alta burguesía del Segundo Imperio a los valores de la burguesía revolucionaria del 89, en *Le ventre* también hay una crítica a la moralidad de la pequeña burguesía de artesanos y comerciantes, verdadera sustentadora de aquella otra gran burguesía de la ostentación y el placer desmedido. Para este sector de la clase media baja el mantenimiento del orden, por ser garante de su pequeña propiedad, es necesario a cualquier precio, incluso el de hipotecar una moral íntegra, pero no llegan a crearse conflictos ni grandes crisis ya que ha habido una identificación de principios, y la moral de esta clase media se identifica con el mismo orden que ha legislado unas leyes ateniéndose a esta igualdad con objeto de mantener propiedad y poder. La exposición de estos valores es llevada a cabo en la novela por la protagonista Mme. Quenu, de soltera Lise Macquart, hija de Antoine Macquart, y, por tanto, miembro de la rama bastarda de la saga. Lise, de joven, se ha marchado a París y allí trabaja en el negocio de carnicería y charcutería que regenta M. Gradelle, con cuyo sobrino, Quenu, acabará casándose. Lisa es el prototipo de ama de casa y comerciante egoísta cuya felicidad y ambición se encierra en el bienestar de su familia, y la conservación de este capital ha de realizarse a toda costa, lo cual no resulta problemático una vez que firmemente esta mujer ha basado su seguridad en la perduración del orden burgués que se la garantiza. Pero hay una gran perturbación en la calma ordenada y feliz en la que transcurre la vida de la bella charcutera: su marido, Quenu, tiene un hermano de madre al que debe todo al haber quedado huérfano a los doce años. Se trata de Florent. Este hermano mayor, una vez muerta la madre, se ve obligado a abandonar los estudios para mantenerse él y mantener a Quenu, y por su natural inclinación a la bondad y a la justicia social se va acercando a los círculos republicanos radicales. En los acontecimientos del golpe de Estado de diciembre del 51, Florent ha actuado en favor de la República repartiendo

propaganda, es detenido y confinado en Cayena a perpetuidad; pero después de varios años consigue evadirse del penal y tras pasar otros dos años en la Guyana holandesa decide, arrastrado por la añoranza, volver a París, donde poder retomar de incógnito la vida tranquila que había llevado antes de meterse en asuntos políticos.

Este es el momento en que empieza a transcurrir realmente *Le ventre*. Cuando Florent encuentra a su hermano, ve que el matrimonio Quenu ha prosperado notablemente: Lisa había descubierto una considerable suma de dinero que el difunto M. Gradelle, al que Quenu había heredado, había escondido en la pila de salazón de carne. El matrimonio, padres de la pequeña y responsable Pauline, se consideran en deuda con el evadido, que no quiere aceptar la parte de dinero que le corresponde por herencia pero que sí se ve obligado a pedir la hospitalidad familiar. Florent consigue un trabajo de vigilante del mercado de Les Halles, y justamente al ver la complicación e injusticia que en ese centro del consumo alimentario se produce, Florent empieza a retomar algunos de sus ideales republicanos antiguos. Lise, que por su honradez de buena burguesa, aunque de mala gana, ha aceptado compartir y ayudar al cuñado, empieza a ponerse en guardia contra él cuando ve las ideas que vuelve a expresar Florent y la gente que frecuenta, sobre todo sus rivales, dos hermanas pescaderas con las que compite en belleza y buen hacer profesional la hermosa charcutera. La evolución de una serie de hechos sociopolíticos así como la dificultad que tiene el nuevo vigilante del mercado para mantener su integridad en el cumplimiento de su trabajo, hacen que la carnicera pase del recelo hacia su cuñado a la consideración de que este hombre de ideas tan extrañas a las suyas ponga en peligro el bienestar de los Quenu. Lisa termina delatando a Florent, que es detenido y confinado otra vez en prisión definitivamente.

En nuestro estudio de esta obra es de importancia que Lisa, para asesorarse sobre la actuación que planea, consulta la opinión de l'abbé Roustan, párroco de Saint-Eustache, al cual recurre en todos aquellos asuntos que requieren el consejo de un hombre de superior juicio. El cura aconseja a su feligresa sin mezclar para nada las cuestiones religiosas, haciéndolo sólo como hombre de preparación superior, pero se trata de una ayuda mutua porque Lisa, como vemos en la descripción de algunas pequeñas discusiones con Quenu, a quien los curas no hacen mucha gracia, defiende siempre el valor de la Iglesia porque representa la moral y ésta, a su vez, ese orden que para un pequeño comerciante es tan necesario. Lisa defiende la idea de la existencia de Dios y sus ministros porque si no existieran habría que inventarlos para garantizar seguridad, por eso, aunque ella no frecuenta el templo más que en los acontecimientos de precepto señalados, considera que la religión es una necesidad social. De la misma manera, l'abbé Roustan se sirve de Lisa para obtener

informaciones que la bella charcutera puede proporcionarle dado el ascendente que, como mujer de pro, tiene en el barrio. En el caso concreto del problema de Florent, el cura no habla directamente a Lise de la delación, pero le aconseja que actúe de acuerdo con una moral basada en un orden que puede ser perturbado si ella calla.

Toda esta moralidad de *Le Ventre* hace que un primo de Lise, el pintor Claude Lantier (a quien veremos como protagonista de *L'oeuvre*), cuya ideología tiene poco que ver con la de su familiar y que ha entablado amistad con Florent, cuando éste último es nuevamente encarcelado, exclama colérico

"Quels gredins que les honnêtes gens!"

última frase de esta novela.

La conquête de Plassans. (En adelante aparecerá citada como *La conquête*).

Primera "novela de cura" de la saga en orden de aparición. La denominamos de tal manera ya que su protagonista masculino principal es un sacerdote: l'abbé Faujas. La utilización del sacerdote como protagonista se debe a la intención zoliana de dejar clara la participación de la Iglesia en la lucha por la conquista del poder político y la fuerza que esta institución ejerce en una sociedad teóricamente laica pero que aún no sólo no ha logrado la separación real de la Iglesia y Estado en el Segundo Imperio, sino que consigue una comunidad de intereses al hacer coincidir la moral católica con la moral burguesa dominante y llegar a un pacto de poder por el que una y otra institución se fortalecen mutuamente al apoyarse la una en la otra. Además de esta constatación del poder civil de la iglesia *La conquête* es la novela de las intrigas políticas y los sórdidos intereses a que dan lugar. Pero al mismo tiempo que este estudio del panorama de los partidos en la época de Napoleón III, Zola en esta novela analiza la personalidad de una mujer neurótica consecuencia de su herencia biológica y de la influencia de una sociedad viciada, algunos de cuyos elementos utilizan a la protagonista como instrumento para conseguir poder sin ninguna clase de escrúpulos.

La novela tiene lugar en Plassans, la ciudad origen del clan Rougon-Macquart. La protagonista principal es Marthe Mouret, de soltera, Rougon. Efectivamente Marthe, hija de Pierre y Felicité Rougon, contrajo matrimonio con su primo François Mouret, hijo de Ursule Macquart; la pareja se instaló en Marselia y allí se hizo con un pequeño capital en el comercio que les permitió después regresar a Plassans y vivir de las rentas y del negocio del aceite, típica actividad de la zona. La palabra que define la vida de este matrimonio es tranquilidad; François

y Marthe han dejado muy atrás las luchas de familia y viven en buena armonía disfrutando de lo conseguido en el trabajo duro de los primeros años en Marsella y viendo crecer a sus tres hijos, Octave, Serge y Désirée; de hecho Marthe, una vez vuelta a Plassans, apenas si tiene relación con su familia paterna, ni siquiera está muy unida a su madre, la poderosa y temida Mme. Felicité Rougon, tampoco se le conoce actividad social, vive voluntariamente enclaustrada entregada a su labor de ama de casa y con la única preocupación de la educación y desarrollo de sus hijos, especialmente Désirée, discapacitada mental, la única causa de tristeza en el ambiente ordenado y apacible de una familia acomodada de provincias. El único temor de Marthe es la locura, le aterroriza recordar a su abuela, Adélaïde Fouque, la matriarca del clan, confinada en el cercano manicomio de Les Tulettes; Marthe procura enfrascarse en sus actividades domésticas y evitar pensar en cosas trascendentales por temor a cualquier tipo de trastorno psíquico. En cuanto a François Mouret es el típico mediano comerciante triunfador por su propio esfuerzo que se siente orgulloso de sí mismo y un tanto despreciativo de los Rougon, sus parientes por partida doble, la sangre y el matrimonio; la relación de Mouret con su propia familia es la que se considera normal en esa época entre los de su clase, él ejerce la autoridad patriarcal pero tiene un gran cariño por su esposa y sus hijos, aunque tenga un carácter dado a la chanza que, en ocasiones, molesta a cuantos lo rodean por la constancia de sus burlas; políticamente prefiere no definirse por los partidos conservadores mayoritarios de la villa, entre los que se encuentran sus propios vecinos y la familia Rougon; pero tampoco quiere saber nada de los obreros republicanos de las pequeñas fábricas que han ido creándose en la ciudad; si tiene que definirse a Mouret le gusta denominarse librepensador y un poco anticlerical porque piensa que entre los curas puede haber buena gente pero en ellos ve algo misterioso que no encuentra en los demás hombres. A pesar de este recelo por los curas, compartido por su esposa, Mouret alquila las habitaciones superiores de su bonita casa a un cura recién llegado a la ciudad con su madre.

En este punto es donde verdaderamente arranca *La conquête*, tras la breve descripción de la familia Mouret, la llegada del sacerdote Faujas y su madre interrumpe la tranquila rutina familiar desde el primer momento. Los Faujas no son precisamente el modelo típico del cura y la madre del cura, o por lo menos es así para los Mouret: la extrema pobreza de los recién llegados, perceptible inmediatamente por su vestimenta, en especial la sotana raída del sacerdote, y la carencia de los más mínimos enseres, supuestos necesarios en cualquier mudanza, junto con la altivez educada y distancia fría y silenciosa de los Faujas, despierta la curiosidad de todos los Mouret, en especial de François, que encuentra una diversión en su monotonía de rentista espiando y haciendo espiar por la cocinera Rose, cotilla oficial,

cualquier acción de los inquilinos del piso superior.

Si la llegada de Faujas causa conmoción en la familia Mouret, en la Curia de Plassans habría pasado casi inadvertida de no haber sido por la apariencia dura y brusca del sacerdote y, sobre todo, por su ropa tan vieja y descuidada. De todas maneras Ovide Faujas no parece un elemento peligroso que vaya a trastornar la diócesis de Plassans, dominada por la mano férrea del Gran Vicario Fenil, verdadero poder efectivo ya que el obispo, Mgr. Rousselot, prefiere estar enfrascado junto a su jovencísimo secretario padre Surin en el estudio de los autores clásicos griegos y latinos, verdadera pasión del prelado que no quiere saber nada de los manejos del día a día de la diócesis y, para conseguir lo cual, no pone ninguna objeción a la autoridad absoluta de Fenil, temido de todos los que no militan en su bando. El Gran Vicario representa justamente a la tradicional iglesia galicana francesa, aliada del partido orleanista, que, si en un primer momento había llegado a la alianza con los sectores próximos al bonapartismo con el objetivo de acabar con la república, una vez entronizado Napoleón III, representa junto con la antigua aristocracia la oposición conservadora al Segundo Imperio; un Bonaparte que ha pactado una serie de relaciones con Roma, ratificadas en un concordato, que prefiere la nueva Iglesia con sólida unión romana a los problemas internos de la reacción absolutista. La actitud de Mgr. Rousselot hasta la llegada de Faujas era la de la diplomacia oficial entre Roma y París por su parte personal, pero toleraba toda maquinación del Vicario Fenil para conseguir en las elecciones el triunfo del sector orleanista, y de hecho, que el diputado por Plassans sea el reaccionario Marqués de Lagrifoul en el momento de la entrada de Faujas.

En *La conquête* Zola presenta al cura Faujas como un agente político de Eugène Rougon, cuya actividad y buenos oficios en París junto a los bonapartistas le han llevado a ser elegido Ministro del Interior. El Segundo Imperio necesita que la alianza conservadora entre la reacción absolutista y la nueva clase burguesa dominante continúe frente al verdadero peligro que Napoleón III ve en los sectores republicanos. Aquí es donde el novelista deja ver la influencia de la Iglesia en toda la trama política de esta época porque es esta institución la que tiene que servir de cohesión entre los sectores conservadores limando las diferencias ideológicas que pudieran existir en nombre de una moral común que, como no nos cansaremos de repetir, se basa en la moral católica. Zola nos muestra las diferentes familias y personajes que militan en uno y otro bando del sector conservador de Plassans con las aspiraciones, virtudes (más bien pocas) y vicios de cada uno ya sean del sector reaccionario o del sector bonapartista, encabezado en esta ciudad provinciana nada menos que por el alcalde Pierre Rougon y su esposa, Felicité, padres del Ministro. La activa e inteligente Mme. Rougon es el

elemento más eficaz del bonapartismo en Plassans; siguiendo las órdenes de su hijo instruye a Faujas para que triunfe y con él su propia causa. Son muy interesantes los consejos de Mme. Felicite al cura basados principalmente en que éste sepa atraerse a las mujeres, pues a través de ellas llegará a todos los rincones del electorado por conquistar.

Faujas hubiera tenido muy difícil poner en práctica el magnífico consejo de Mme. Rougon de agradar a las mujeres de no haber sido por Marthe Mouret. La esposa de su huésped empieza a sentir una atracción por el sacerdote que termina en pasión amorosa sin control y, a través de esta mujer, que hasta entonces no había tenido ningún tipo de vida social y que, justo por eso mismo, está libre de toda sospecha de ambición en clara oposición a la actitud de sus padres, Faujas consigue un grupo de seguidoras incondicionales base de la victoria del candidato bonapartista en las siguientes elecciones.

Así es el desarrollo del tema político y la influencia de la Iglesia en *La conquête*, pero paralelo a él Zola va analizando el drama personal de la heroína, Marthe Mouret, y del cura Faujas. Son muchos los estudiosos de *La Regenta* que consideran la importancia de la obra zoliana en la gestación de la novela de Clarín. El influjo es innegable cuando se trata de analizar la ambición de un personaje que es sacerdote y la inmiscusión de la Iglesia en el poder político; pero a la hora de estudiar el personaje de la mujer enamorada de un cura y de la actuación del cura en el asunto, las figuras tanto de Marthe Mouret y Ana Ozores como las de los curas Faujas y De Pas respectivamente tienen mucho más de diferente que de común, aparte del hecho de ser una pasión amorosa de una mujer por un sacerdote. Nos centraremos en los protagonistas de *La conquête* ahora, como después lo haremos con los de *LR*, y muy brevemente hemos de decir que la característica principal de diferencia entre Marthe y Ana es que la primera es madre de tres hijos mientras que la segunda no tiene descendencia; por otro lado la pasión que Mme. Mouret llega a tener por Faujas la hará ir dejando en un segundo plano a sus hijos y a su marido; de hecho el abandono del orden doméstico va a disolver a la familia Mouret: el hijo mayor, Octave, se traslada a Marsella para iniciarse en el aprendizaje de la actividad comercial; el hijo segundo, Serge, ingresa en el Seminario; en cuanto a la hija discapacitada, el padre, François Mouret, al verla totalmente desatendida por la madre, decide llevarla a casa de su antigua ama de cría. Por lo que respecta a al propio François será sometido a un minucioso y cruel proceso por su esposa, la criada Rose y el clan Faujas (aumentado con la llegada a Plassans de la hermana y el cuñado del cura), que terminará en el enloquecimiento del excomerciante y su encierro en el fatídico manicomio de Les Tulettes, lugar que tanto temor causa a Marthe, que es quien verdaderamente es víctima de una crisis nerviosa extrema, complicada por una tisis crónica que padece.

Otro factor importante es que el cura Faujas es un misógino declarado. Ha despertado el interés, el respeto y la admiración primero, y, después, la pasión amorosa de Marthe de forma calculada y fría para poder utilizar a Mme. Mouret como instrumento de su causa política; cuando ha conseguido triunfar plenamente y los sentimientos de Marthe la han llevado al extremo de declararle ella su amor y pedirle una correspondencia, Faujas la ha despreciado esgrimiendo toda su misoginia y culpando en Marthe a todas las mujeres de perversión. La pasión de Faujas es la pasión del poder, no conoce ninguna otra, es el poder por el poder en sí mismo, independiente de cualquier otro beneficio que pueda traer aparejado. Jamás ha sentido el cura ningún tipo de sentimiento de atracción por Marthe, sólo la quiere como esclava sumisa de sus intenciones, la rebelión del instrumento ya innecesario le produce el desprecio.

Pero Faujas no ha contado con otro personaje que ambiciona el poder, y también lo que trae consigo, tanto como él mismo, se trata de Mme. Félicité Rougon, que no ha dudado en sacrificar a su propia hija al triunfo de la causa, conocedora como ha sido de todos los manejos del eclesiástico. Mme. Rougon no está dispuesta a dejarse arrebar lo conseguido por este sacerdote que sin su consejo no habría logrado nada. Por otra parte el grupo de partidarios conseguido por Faujas empieza a arrepentirse del dictador impuesto a sí mismo; al no tener el cura ya ninguna necesidad de aparentar una vez conseguido el objetivo, Faujas vuelve al comportamiento brutal y al descuido de la apariencia característicos de los tiempos de su llegada a la ciudad

Los acontecimientos se precipitan con un desenlace de extraordinaria fuerza dramática. Marthe, con su tisis muy agravada, despechada y arrepentida visita a su marido en el manicomio y queda impresionada al contemplar cómo la temida locura se ha adueñado de Mouret. La depresión es el desenlace a su crisis pulmonar: Marthe muere en casa de su madre; su hijo Serge, traído del Seminario para acompañarla en los últimos momentos, es la última visión de la enferma, que queda horrorizada al contemplar la sotana a la luz del crepúsculo como si se tratara de algo infernal.

Por otro lado, Mouret escapa del manicomio por la puerta que el guardián había dejado abierta, asunto al que Fenil y Antoine Macquart no son ajenos. El loco llega hasta su casa a media noche, todos duermen, no encuentra ni a su esposa ni a sus hijos sino el campo de saqueo en que el clan Faujas había convertido el jardín y la vivienda. Mouret comprende y actúa: prende fuego a la casa y se esconde bajo las escaleras cuando oye a Mme. Faujas bajar con su hijo Octave, desmayado por el humo, acuestas; el demente salta sobre el cura para estrangularlo y Mme. Faujas le responde mordiendo en el cuello a François; los tres quedan

sepultados bajo las llamas.

Los miembros de la buena sociedad, que han contemplado desde sus jardines el final del incendio, respiran aliviados por el fin de su dictador y los Rougon pueden empezar a gobernar Plassans de manera absoluta con toda tranquilidad.

Esta novela de cura no fue precisamente de las más leídas de la saga *Rougon-Macquart* a pesar del preciso y acertado análisis que hace Zola de la lucha entre los grupos políticos, así como de las pasiones del amor y del poder que respectivamente dominan a los protagonistas.

La faute de l'abbé Mouret. (La faute, en adelante)

Se presenta este relato clarísimamente como una continuación de la novela anterior, *La conquête*. Por el plan general de la obra que Zola había presentado al editor Lacroix en 1868, sabemos que ya había pensado en escribir una novela sobre los curas para denunciar lo que para Zola había de antinatural e ilógico en el estado clerical. La gestación de la figura de l'abbé Mouret es muy anterior a la de l'abbé Faujas, es decir, Zola tenía pensado la elaboración del sacerdote como sujeto digno de estudio en sus características individuales previamente a la figura del cura como agente de la actividad social de la Iglesia.

El protagonista de *La faute* es el joven cura Serge Mouret. Para el lector que haya seguido una lectura ordenada por la publicación de la saga zoliana, Serge no es un desconocido y, aunque *La faute* tiene una entidad total en sí misma, hay una serie de datos importantísimos en *La conquête* que determinan por completo a l'abbé Mouret. Serge es hijo de François Mouret y de Marthe Rougon, ambos primos hermanos descendientes de las ramas Macquart y Rougon de la misma familia; es este un detalle importante puesto que Zola hace duplicar la problemática de la herencia genética con la consanguinidad, por lo que los efectos en el temperamento de los descendientes del matrimonio Mouret serán especialmente graves, y la consecuencia más clara es Désirée, la hija menor discapacitada, de quien el joven sacerdote se hace cargo tras la muerte violenta de sus padres.

Serge Mouret es un cura muy joven, de unos veinticinco años, recién salido del Seminario y destinado a la parroquia de Artaud, una aldehuela de gente pobre y zafia, un lugar bastante duro dado el clima de relajación de costumbres en el que viven los campesinos de la zona, que apenas pueden sobrevivir de lo que arrancan a la tierra de pésima calidad que poseen.

En la parte primera de la novela Zola relata con todo detalle la personalidad

introvertida y extremadamente sensible de Serge, muy similar a la de su madre, como ya quedó claro en *La conquête*. Se recuerda la tendencia del muchacho a la soledad y a la cotemplación de la naturaleza y su afición a coleccionar estampas de la Virgen María, a la que considera primero como compañera de juegos y como única amiga en quien confiar, después. La estancia en el Seminario desequilibra aún más el temperamento de Serge hacia una espiritualidad exagerada que le hace desear el aniquilamiento del propio cuerpo para poder fundirse con Dios y llegar al éxtasis místico. En toda esta parte de la novela hay una crítica de la educación en general y en particular de la de los sacerdotes al formarlos de una manera completamente antinatural que sólo puede llevar al disimulo o a las desviaciones neuróticas en personalidades complejas como la del protagonista.

En oposición al ansia de la vida del espíritu sobre la materia por parte del sacerdote, Désirée, la hermana discapacitada es un ejemplo de toda la fuerza de la vida siguiendo el ciclo de la naturaleza. La muchacha vive rodeada de su pequeña granja de animales, a los que trata como si fueran de su propia familia con desvelos de madre que premia y castiga según sea el comportamiento de las bestias, pero siguiendo una lógica del buen funcionamiento en el que el proceso vital de nacimiento, desarrollo, reproducción y muerte constituye una cadena fundamental, inexorable y hermosa ya que la vida y la muerte tienen una dinámica que se decantan por la supervivencia. De Désirée brota la vida, de ella y de sus animales; la fuerza espontánea de la naturaleza es tan grande que, con frecuencia, el propio Serge se trastorna cuando sus sentidos quedan expuestos a la alegría instintiva del pequeño mundo de su hermana.

El doctor Pascal, tío de los dos anteriores, es el otro personaje del clan Rougon-Macquart que interviene en esta novela. Pascal representa el equilibrio de la razón entre el espiritualismo del sobrino cura y el materialismo sin trabas de la existencia alegre y natural de la sobrina enferma.

La vida ascética de Mouret choca con la existencia de todos los habitantes de su parroquia, que no pueden levantar los ojos y ver más allá de la tierra que cultivan en la que están totalmente integrados. Por eso la espiritualidad del sacerdote es considerada contraproducente por el otro religioso que aparece en la obra, el hermano Archangias, miserable paranoico misógino que ve maldad en la acción más intrascendente y natural y que sospecha de la espiritualidad de Serge, a quien considera incapacitado por tanto misticismo para ser un verdadero soldado de la doctrina de la Iglesia: sólo con mano dura y con la enseñanza del temor al infierno se puede tratar con los miserables campesinos de la parroquia, a quienes no se debe diferenciar para nada de sus propias bestias, cualquier otra consideración sobra o incluso puede ser peligrosa, especialmente en lo que respecta a las mujeres: todas son

perversas y buscan la corrupción de la pureza de los hombres; Archangias hace saber a Serge que incluso hay que desconfiar de esa devoción que el joven siente por la Virgen, mujer también en suma.

En la misma demarcación parroquial pero distanciadísimos por su forma de ser y manera de vivir, se presentan otros dos personajes fundamentales de la novela: el viejo Jeanbernat y su sobrina Albine. El anciano es el guardián de una magnífica finca aristocrática, completamente descuidada tras un grave incendio por sus propietarios, los descendientes del conde de Corbière; el abandono de la casa y, sobre todo, del enorme jardín han hecho de aquel lugar un paraíso apartado del resto del mundo como indica el mismo nombre de la propiedad, Le Paradou. Jeanbernat está próximo a la centuria pero mantiene la fuerza y la vitalidad de los espíritus incorruptibles, autodidacta lector de los libros del ilustrado propietario de la finca, se ha convertido en un librepensador a la manera de los enciclopedistas. No es de extrañar que su sobrina Albine lleve una existencia rousseauniana en medio de la selva que es realmente el jardín cumpliéndose en la muchacha el principio de que "el hombre es bueno por naturaleza y la sociedad lo corrompe."

En cierta ocasión Serge acompaña a su tío Pascal en una visita al Paradou y allí, tras una discusión tranquila con el guardián filósofo, conoce a Albine. De regreso a casa Serge cae enfermo; la delicada complexión física del joven, muy debilitada a pesar de los desvelos del ama La Teuse al vivir el sacerdote en total descuido concentrado en sus plegarias y pensamientos místicos, no puede resistir esta existencia de privación y sacrificio, contraria por otro lado a la inquietud física que en un organismo joven se desencadena a causa de la misma juventud. Serge ha quedado impresionado por Albine, pero no sabe exactamente por qué, aunque intuye algo que pone en peligro su vida de recogimiento, el terror instintivo a perder su estado de pureza total es el desencadenante de una crisis nerviosa muy seria. Así termina la primera parte del libro.

En la segunda parte nos encontramos con un Serge muy enfermo, amnésico y totalmente débil a quien el doctor Pascal ha llevado en secreto al Paradou para intentar la recuperación, basada en el contacto directo con la naturaleza y manteniéndolo lo más alejado posible de las obligaciones propias de su condición clerical. Albine es la paciente y tenaz encargada de la curación día a día del muchacho, el cual consigue recuperarse completamente con la excepción de su amnesia. Poco a poco Serge ha vuelto a tener fuerza, pero no recuerda nada de su pasado y mucho menos de su estado sacerdotal; Albine, por su parte, no sabe tampoco nada del pasado de su amigo y ella piensa que cuando lo dejaron a su cuidado había dejado de ser cura.

Toda la segunda parte de la novela tiene lugar ahora en el Paradou; el jardín salvaje abandonado es convertido por Zola en una representación del Paraíso Terrenal, y Albine y Serge son Eva y Adán en los inicios de su amor en comunión con la naturaleza que les rodea y que los invita a la unión. Hay que tener en cuenta cómo en los esfuerzos que hace el cerebro de Serge para levantar la cortina de ese pasado que no logra recordar, la imagen de Albine, convertida en su compañera, le hace recordar la imagen de otra mujer o de un sentimiento de una mujer en el pasado que es claramente el recuerdo de su devoción a la Virgen, pero la amnesia continúa a pesar de ese vago recuerdo de una mujer lejana. Toda esta parte del libro se convierte en un poema de exaltación a la naturaleza en el idílico y mítico jardín escondido. Pero como, según la tradición bíblica, la serpiente es la causante de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso primitivo; el Paradou también tiene su serpiente: el hermano Archangias ha logrado descubrir el retiro secreto de l'abbé Mouret, penetra en el jardín a través de una grieta del muro que lo aísla del mundo exterior y localiza a la pareja de enamorados desnudos en brazos el uno del otro, los gritos escandalizados del religioso devuelven a la realidad a Serge, además Archangias arranca al joven del lado de Albine y lo arrastra tras de sí al mismo tiempo que insulta a la muchacha de corruptora y perversa hembra. Archangias hace tomar conciencia del pecado a Serge; es, pues, demonio pero también el Dios-Ángel que castiga: reúne la mitología de la Iglesia.

En la tercera parte, Serge ha recuperado la total conciencia de quién es y ha aceptado por completo su condición sacerdotal y, al aceptarla ha reconocido que había pecado contra el celibato por su relación con Albine, aunque, es obligado recordar que aquella relación tuvo lugar cuando el joven estaba amnésico y, por tanto, no sabía nada de sus promesas sacerdotales. Pero l'abbé Mouret no puede perdonarse lo que el considera su falta. Piensa que se ha roto por completo la posibilidad de la fusión con Dios; ahora a la antigua devoción por la Virgen opone la devoción por el Cristo crucificado de su humilde parroquia, ante el que no deja de rezar. Albine, víctima completamente inocente de la situación, no logra comprender lo que ha pasado y llega a acudir en busca de su amante dentro de la misma iglesia, pero Serge la rechaza en un esfuerzo supremo contra los deseos de su voluntad de marcharse con la muchacha y dejar muy atrás la tortura que su estado sacerdotal le impone. Serge consigue vencer la tentación, pero Albine no consigue entender la realidad que la rodea y que es tan cruel, ni entiende al Dios extraño y malvado que le roba su amor a cambio de muerte; para la muchacha, Serge se ha vuelto loco y ella no puede continuar una existencia vacía y, sencillamente, se muere de amor refugiándose en el Paradou, tras haber llenado por completo de flores su habitación.

A todo lo largo de la novela y en contrapunto con la descripción de la espiritualidad mística de Serge en el primer capítulo, y de la penitencia rigurosa de la última parte de la novela, Zola va narrando las peripecias de los personajes de la parroquia, en especial las jóvenes que acuden a las ceremonias del mes de mayo y que escandalizan a la Teuse con su comportamiento grosero y sus chanzas sexuales y, sobre todo, la terrible Rosalie, una joven soltera cuyo embarazo es difícil de ocultar y que, con todo desparpajo, sigue formando parte del grupo de hijas de la Virgen a pesar de su estado. En la última parte de la novela la descripción de la boda de Rosalie, cuando su niño ya ha cumplido varios meses, sirve a Zola para describir todo el ritual del matrimonio católico, símbolo de la unión de Cristo con su Iglesia. En la homilía Serge explica el significado de la liturgia a los novios, pero más bien lo hace para sí mismo, como confirmación de la elección que ha hecho al abandonar a Albine.

En la parte tercera también es donde se puede estudiar el carácter del ama del cura, la Teuse; ella, aunque odia Albine por ser la muchacha rebelde criada por un loco ateo, si es la causa de salud del sacerdote, no duda en permitirle entrar en la Iglesia para que hable con él, y así lo dice la sirvienta al estupefacto Archangias que, frente a esta mujer resuelta, no tiene ningún alegato misógino que esgrimir. La Teuse comprende y perdona de todo corazón el desliz del cura, lo ve como algo natural, algo que no está bien pero que tiene solución, y cuenta a Serge que su predecesor, l'abbé Caffin, había tenido un problema similar y que se había retirado con la sanción del obispo a aquella parroquia perdida. La Teuse recuerda las confidencias que el cura viejo le hacía de su pecado y para el ama era algo comprensible, algo que no es igual que matar o robar, algo, en resumidas cuentas, explicable.

Pero quien no ve explicación ni perdón para el trágico fin de Albine, del que se considera en gran medida responsable, es el doctor Pascal. El médico lamenta haber llevado a su sobrino al Paradou sin prever para nada un resultado posible, dada la juventud e inocencia de los muchachos dejados libres a vivir su vida en medio de la naturaleza. Pascal visita a l'abbé Mouret en diversas ocasiones incitándole a ir a ver a Albine durante la grave enfermedad contraída por la muchacha, pero sólo obtiene por respuesta del sobrino que sólo es posible la oración para pedir perdón tanto para él como para la joven. El doctor Pascal está furioso, sobre todo el día en que va a comunicar al cura la muerte de la muchacha y le informa también de que estaba embarazada. Esta es precisamente la falta de l'abbé Mouret según Zola, no se trata de la falta por la relación mantenida con la chica, totalmente explicable y comprensible, el pecado de Serge es ser el causante de la muerte de Albine y de la esperanza de vida que empezaba a nacer en ella.

El día del entierro de la joven, realizado en el cementerio pese a las objeciones de

Archangias, al mismo tiempo de descender el ferétro a la tierra se oye la voz loca de júbilo de Desirée que llega corriendo al camposanto para informar que su vaca acaba de parir un hermoso ternero: la muerte es engendradora de vida en una sucesión constante, tal y como le gusta presentar a Zola la fuerza de la naturaleza.

Son Excellence Eugène Rougon. (Citada como *Son Excellence*).

Con esta novela Zola regresa otra vez al mundo de la intriga y la alta política del Segundo Imperio (cfr. Dupuy, 1953). El protagonista está claro por el título de la obra, se trata de Eugène Rougon, el hijo mayor de Pierre y Felicité Rougon, el cual ha visto recompensados todos los malos momentos vividos y todos los trabajos peligrosos y duros realizados para colaborar en la entronización de Napoleón III. Recibir como pago a tan buenos servicios un ministerio no es nada despreciable, pero tampoco se trata de un fin último para una naturaleza tan ambiciosa como la de Eugène, que necesita la actividad constante para poder sobrevivir. Ahora bien, una vez que Rougon está en el poder como premio a sus desvelos, él mismo tiene que pagar de alguna forma a todos aquellos que lo apoyaron en su carrera desde otros niveles más bajos, bien se trate de personajes que lo ayudaron a él directamente o que colaboraron con los suyos, como es el caso de algunos conocidos de sus padres allá en Plassans: el matrimonio Charbonnell, que buscan la recomendación del ministro para solventar un pleito mantenido con unas monjas a causa de una herencia, o poderosos industriales y empresarios, como M. Kahn, que necesitan la participación de Rougon para dar con su nombre más garantía de seguridad al proyecto de construcción de un ferrocarril.

Son Excellence es la novela de los intereses creados y los compromisos adquiridos por los que detentan el poder del Segundo Imperio. Pero también es la novela del proceso de consolidación política de una nueva clase y las pautas por las que se rige y de las que la Iglesia no es ajena. Resulta interesante ver cómo Zola dedica todo el capítulo IV de la novela a la descripción del bautizo del príncipe imperial, hijo de Napoleón III y Eugenia de Montijo. El lujo desmedido, la grandiosidad majestuosa de la catedral, el aparato desplegado por las calles y plazas circundantes al lugar del acontecimiento, llenas de gente expectante de tan trascendente ceremonia, tiene su razón de ser ya que el bautizo es el pretexto utilizado para manifestar públicamente el nacimiento y cimentación del nuevo régimen.

Un nuevo régimen que necesita rodearse de una corte en consonancia con los nuevos tiempos, y para lo cual crea toda una serie de nuevas titulaciones, entre las que las referentes a los eclesiásticos no son pocas, y es lógico que ocurra así si se tiene en cuenta que para

consolidar el poder hay que contar con una base moral fuerte, como queda mostrado justo al final de la novela cuando Rougon, recuperado otra vez el favor imperial tras una serie de intrigas palaciegas que lo habían alejado del poder durante tres años, declara abiertamente en la Cámara de Diputados la necesidad de seguir a la Iglesia para el buen funcionamiento del sistema:

On nous a accusé d'irréligion. On a menti! Nous sommes l'enfant respectueux de l'Église et nous avons le bonheur de croire... Oui, messieurs, la foi est notre guide et notre soutien, dans cette tâche du gouvernement, si lourde parfois à porter. Qu'advierait-il de nous, si nous ne nous abandonnions pas aux mains de la Providence? (*Son Excellence*, 427).

Este es el planteamiento general de la novela, pero toda la argumentación central transcurre entreteñida con el relato de la relación que el ministro Rougon tiene con una intrigante joven italiana, que llegará a ser la dama favorita de la corte, incluso con una insinuación a unos amores de esta mujer con el emperador, cosa nada extraña dada la moralidad laxa que caracterizaba al círculo imperial y de la que participaba, como es bien sabido, el propio emperador. La dama en cuestión, Clorinde Balbi, es un pretexto doble para hacer referencia a dos asuntos; por una parte el estudio de la personalidad fría y calculadora de Rougon: el ministro sabe dominar su pasión amorosa en pos de la consecución de sus objetivos políticos, para conseguir los cuales demuestra una inteligencia y actividad poco comunes al mismo tiempo que un control de todo lo que pueda desviarlo de su fin. Por otra parte, al analizar a Clorinde, Zola muestra el enfrentamiento de una inteligencia femenina, vencedora en un primer momento del hábil ministro con sus intrigas, pues Balbi es un agente político cercana a Cavour y a los círculos italianos conectados con la idea de la unificación nacional de aquella península. Clorinde es otra personalidad capaz de dominar sus pasiones, llega a aniquilar la atracción que siente por Rougon cuando ve que con él no puede cumplir sus objetivos si se le une como amante y, entonces, le declara la guerra abierta como rival político: se casa con un hombre gris, Delestan, a quien puede dominar y dirigir; después, como favorita del emperador, consigue nombrar a su marido Ministro del Interior, desplazando temporalmente a Rougon.

La novela termina con una vuelta a la vida política de Rougon, que ha conseguido cínicamente lavar el oscuro historial de su etapa en el Ministerio y vuelve con energías renovadas y con la nueva concepción de moralidad a la que hace referencia el fragmento que hemos citado anteriormente. Clorinde también se mantiene en el poder por medio de sus

hombres de paja. *Son Excellence* termina con un equilibrio necesario de dos temperamentos en la continuación del gobierno del Segundo Imperio.

L'Assommoir.

Una de las novelas de más éxito de los *Rougon-Macquart*. La publicación de esta obra consagra a Zola como escritor escandaloso, creador de violentas polémicas y, consecuentemente, uno de los más leídos de Francia. El escándalo se desencadena en una dirección doble, pues, de una parte, los círculos literarios conservadores ven en *L'Assommoir* una obra que va en contra de la moralidad más elemental y el concepto de lo que debe ser el buen gusto literario, sobre todo por el tratamiento especial que hace Zola del lenguaje al introducir una serie de expresiones de la jerga de los sectores más marginados de la sociedad como hasta entonces no se había conocido en la literatura francesa. Pero, por otro lado, *L'Assommoir* va a recibir también la crítica de los sectores de izquierda que consideran esta novela como un alegato burgués abiertamente degradante de la condición de la clase trabajadora por el tratamiento que da a sus protagonistas. En efecto, la novela narra de forma cruda la historia de una lavandera y un albañil cinquero; ahora bien, como el mismo Zola explica en la defensa que hace de su obra ante el sector crítico progresista, la descripción del ambiente de corrupción física y psíquica de los protagonistas de la novela es la exposición de hasta dónde puede llevar, en lógica evolución, la miseria material y moral y las enfermedades que le son anejas, como el alcoholismo; no se trata, por tanto, de una pintura global de la clase trabajadora, sino de un cuadro de hacia dónde es conducido el sector marginado por las condiciones de su existencia, (Place, 1974).

Como protagonista de la novela Zola ha escogido a una de las hijas de Antoine Macquart, Gervaise. De ella ya sabemos algunos datos por novelas anteriores, como *La Fortune*, de la vida desgraciada de explotación paterna a la que, juntamente con su madre y hermanos, estaba sometida en Plassans. En un intento de rebeldía y de liberación del constante maltrato de Macquart, Gervaise se marcha a vivir con su novio, Lantier, un hombre vago y vividor de quien tendrá dos hijos, Claude y Étienne. La pareja, en un intento de mejorar de vida, se marcha a París y allí recién instalados es donde los encontramos en *L'Assommoir*. La mala vida que Macquart daba a su hija no es muy diferente de la que le da su compañero, el cual la explota robándole el escaso dinero que esta mujer valiente consigue en su trabajo de lavandera y que terminará dejándola por otra. Ante esta situación de abandono, Gervaise, con un fondo de honradez y de sentido común, decide trabajar duro para sacar adelante a sus dos

niños y rechazar la posibilidad de una unión con otro hombre dada la experiencia que ha tenido; pero este deseo de vida en solitario tras la marcha de Lantier, de quien sigue enamorada, y que, sobre todo, es el padre de sus hijos, no dura mucho ya que esta gran mujer comienza a ser cortejada por un vecino del inmueble en que vive, Coupeau, un albañil trabajador y ordenado que se ha fijado en la agradable vecina, atractiva pese su cojera, y en su temperamento fuerte para afrontar los malos tiempos. A pesar de las múltiples peticiones de matrimonio hechas por el cinquero, Gervaise se resiste por su mala experiencia y por su sentido de fidelidad hacia el hombre del que ha tenido dos hijos, pero, finalmente, la lavandera acepta la unión. Para ella es muy importante el hecho de que Coupeau haya querido que una ceremonia oficial, civil y eclesiástica legitime el nuevo estado de la pareja, es pues una situación muy diferente a la de amancebamiento y explotación de Lantier, porque el nuevo matrimonio une sus fuerzas en el intento de prosperar en todos los aspectos.

Los Coupeau comienzan una vida de estabilidad y prosperidad económica dedicados a su duro trabajo: él continúa de albañil y ella ha alquilado un local donde pone una lavandería que funciona tan bien que hasta se puede permitir tener varias asalariadas. La vida de la familia empieza a transcurrir plácidamente en medio del reconocimiento y la envidia de los vecinos, según sea su naturaleza; por ejemplo, el herrero Goujet, quien junto con su madre comparte planta con los Coupeau en el mismo edificio, siente un gran respeto y admiración por Gervaise, sentimiento compartido por esta hacia el obrero; sin embargo, los cuñados de los Coupeau, los Lorilleux, y algunas otras vecinas no pueden soportar el progreso y la felicidad de la pareja. Pero continúan los buenos tiempos, hasta que nace Nana. Parecía que la llegada de la niña iba a colmar la felicidad de la pareja por tener un hijo en común, y así ocurre al principio, hasta que un día Gervaise se dirige con su niña de pocos meses a recoger a Coupeau a la salida del trabajo; el albañil, que estaba encaramado en lo alto de un tejado, al ver a su niña, intenta hacer una gracia a modo de pirueta para saludarla desde la altura, pierde el equilibrio y cae al suelo. El accidente es muy grave y se teme por la suerte del trabajador, durante meses se debate entre la vida y la muerte, después pasa por un largo periodo de convalecencia en el cual Coupeau empieza a aumentar su afición a la bebida para llenar todas las horas de inactividad y aburrimiento en que se ha convertido su existencia. La situación empieza a degradarse poco a poco, el albañil ha perdido todo el interés por el trabajo y vive de su mujer quien, con el espíritu fuerte que la caracteriza, consigue ir saliendo adelante, aunque la entrada de un sólo jornal en la casa hace resentir la economía doméstica y de la lavandería y la cosas empiezan a funcionar mal. Todo empeora cuando en cierta ocasión, tras una tarde de bebida, Coupeau se presenta en la casa con su antiguo vecino Lantier, el anterior compañero de

Gervaise y padre de sus dos hijos, la lavandera siente un vuelco en el corazón pues aún hay algo que la une a aquel amor de su juventud y causante de toda su desgracia; las visitas de Lantier a los Coupeau son cada vez más frecuentes y la situación económica y moral de la familia se desborda. Gervaise decide poner al hijo menor, Claude, a estudiar en pensión; al mayor, Étienne, lo coloca de aprendiz en la fundición donde trabaja el vecino Goujet que, conforme avanza la crisis de la familia, se hace cada vez más solidario con la desgracia de la lavandera a la que ama en silencio y a la que junto con su madre quisiera ayudar de alguna manera a salir de la explotación en que su marido y su ex-amante la tienen sometida. Pero es muy difícil para Gervaise mantenerse en orden cuando el dinero empieza a ser más escaso y el poco que entra es bebido inmediatamente por Coupeau, el cual no duda en maltratar de palabra, y si pudiera también lo haría de obra, a su mujer y a su hija. Por otra parte la presión de Lantier arrecia y Gervaise acaba cediendo a convertirse otra vez en la amante del chulo, a pesar de saber que éste continúa con su antigua amiga Virginie, también lavandera, por quien la había dejado a poco de llegar a París. El proceso de destrucción es imparable, Gervaise cae también en el alcohol y junto con Coupeau se dedican a beber y golpearse mutuamente; Nana, la única hija que queda en casa, desaparece y, con el desarrollo precoz adquirido en aquel ambiente familiar sin ninguna moral, la encontramos empezando a ejercer la prostitución. La lavandera es traspasada a Virginie, que contrata ahora como fregona a su rival y quiere hacer ver el hecho públicamente como una obra de caridad para que pueda subsistir. Coupeau, alcohólico sin solución, pasa por las crisis del delirium tremens y vive entre el hospital y el manicomio donde muere bajo la mirada estúpida de una Gervaise embrutecida que ve en las convulsiones de su esposo el preludio de lo que le espera a ella, pues pocos meses después también muere abandonada por completo en un cuarto, más bien pocilga miserable, víctima del alcohol, el hambre y la depresión.

Para el objeto de nuestro estudio resulta muy interesante en esta obra analizar todas las referencias a los curas y a las ceremonias religiosas que aparecen. Los primeros son representados como mercaderes que comercian y rinden servicios según el dinero recibido. En cuanto a las actividades religiosas, concretadas a la administración de sacramentos, son bien consideradas por algunos personajes los cuales, por su posición de relativo privilegio, se creen superiores a otros miembros de la clase trabajadora. Para los protagonistas, Gervaise y Coupeau, sin embargo, carecen de sentido no sólo porque su religiosidad es nula sino porque la utilización de la religión como toque de distinción no les atrae ni les afecta en absoluto ya que no tienen ninguna necesidad de aparentar nada, ni en los momentos buenos ni en los tiempos de la degradación.

Une page d'amour. (En adelante la citamos como *Une page*).

El propio Zola calificó esta obra de "entreacte sentimental" a la gran novela *Nana* que junto con su predecesora, *L'Assommoir*, son las dos más leídas y causantes de escándalo por la crítica que hace Zola de los valores morales vigentes de la burguesía. *Une page* es todo lo contrario, si sorprende al público lector no es por la escabrosidad o rudeza del argumento o la exposición del mismo, sino porque es una novela muy dentro de la línea sentimental y psicológica de moda a partir de la publicación de *Madame Bovary* y *L'Éducation sentimentale*. Hay, en efecto, una puesta en cuestión de la moralidad tradicional pero el final de la obra si no es precisamente convencional, no se aleja mucho de serlo, y representa, hasta cierto punto, una aceptación de un orden de cosas establecido. De todas maneras, *Une page* responde al plan trazado por Zola en el cual entre dos novelas de gran carga emocional y fuerza expresiva, introduce a modo de balanza equilibradora otro relato de un asunto tranquilo y de discurrir lento y suave. Aunque la nota de pasión no se excluya de estas otras novelas, no es más que un huracán pequeño que, si bien produce graves trastornos a su paso, rápidamente permite el regreso a situaciones similares al principio.

La protagonista de la novela es Hélène Mouret, hija de Ursule Macquart y su marido, el sombrerero Mouret con el que vivía en Marsella. Hélène se casa muy joven, a los diecisiete años, con un hombre que le doblaba la edad, un Grandjean, de una rica familia marsellesa opuesta radicalmente a un eniace desigual. El matrimonio había llevado una vida modesta y solitaria hasta que la muerte de un tío de Grandjean los hizo herederos de una cantidad respetable con la que deciden trasladarse a París. Recién llegados a la capital, Grandjean muere repentinamente en el hotel donde acababan de alojarse, dejando a Hélène y a la hija que han tenido, Jeanne, de once años, sin otro conocido que L'abbé Jouve, antiguo amigo de Marsella. Este sacerdote, junto con su hermano, M. Rambaud, va a ser providencial para Mme. Grandjean, completamente anonadada y sin saber qué hacer y dónde instalarse para vivir de su modesta renta y que, además, está bastante preocupada por la delicada salud de Jeanne. Este tipo de cura puede desentonar para aquellos lectores que vean a Zola como un anticlerical declarado; y, efectivamente, lo era cuando se trata de cuestionar a la Iglesia como institución de poder temporal y al sacerdote como un agente de la misma infiltrado y manipulador del orden social. Pero en el caso de l'abbé Jouve y en otros curas, de los que hablaremos al exponer el argumento de otras novelas, Zola tiene la intención de presentar a una buena persona simplemente, matizando en palabras puestas en boca del propio sacerdote que en él predomina más el buen amigo comprensivo y consejero que el eclesiástico.

L'abbé Jouve se ha encargado de buscar alojamiento a la viuda y su hija y ha elegido una casita propiedad de un médico, el doctor Deberle, que vive con su mujer y su hijo de nueve años en una hermosa residencia colindante. Los Deberle son una joven familia burguesa, la mujer, Juliette, es una encantadora señora, un tanto frívola pero maravillosamente educada, cordial y sencilla dentro de su posición. El médico, Henri, no tiene otra creencia más que la ciencia, y es una excelente persona, así lo piensa el propio abbé Jouve para quien el supuesto ateísmo del médico se suple ampliamente por su humanidad desbordada.

Poco tiempo después de estar viviendo en la casa, a medianoche Mme. Grandjean acude al doctor en busca de ayuda para su hija que pasa por una grave crisis en su afección pulmonar. A partir de este dramático primer contacto, las dos familias se acercan y la encantadora Mme. Deberle encuentra una buena amiga en Héléne, quien no tiene sus ideas ni su frivolidad pero que agradece la simpatía y amabilidad con que la vecina la acoge; este trato es una distracción para Héléne y Jeanne, la cual a su vez ha intimado con el pequeño Deberle. El conocimiento de la familia del médico ha ampliado el reducidísimo círculo de amistades de la viuda. Hasta entonces no era otro que el cura y su hermano, invitados periódicos a la cena de los martes, y a algunas veladas en las que Jouve habla a la caritativa Héléne de la gente necesitada del barrio. La viuda empieza a ayudar a estos marginados con limosnas o con su compañía, todo ello en la más absoluta reserva, sin ningún tipo de consideración religiosa ya que Mme. Grandjean no es una típica mujer de iglesia, su socorro a los desvalidos es simplemente una cuestión de humanidad. Este humanitarismo altruista es compartido igualmente por el médico; en una ocasión el doctor y la viuda se encuentran en la casa de una enferma pobre; esta coincidencia en intereses filantrópicos y en sensibilidad va a desencadenar un fuerte pasión entre Henri y Héléne.

L'abbé Jouve es consciente del trastorno que se ha producido en la vida de Héléne e incluso conoce la causa y le aconseja directamente contraer nuevamente matrimonio, lo conveniente para una mujer de su edad y de sus características, e incluso le habla de un pretendiente, su propio hermano, M. Rambaud. Héléne se sincera con el cura, pero aún no le dice el nombre de la persona amada aunque sí reconoce que está sufriendo. En este momento Jeanne recae mortalmente en su dolencia y Héléne se siente totalmente culpable, rompe su relación con el médico, que experimenta también un cierto tipo de culpabilidad. Cuando la niña agoniza, Héléne, desesperada y totalmente acomplexada por la culpa, cuenta su relación con Deberle a Jouve, el cual no se sorprende lo más mínimo, sino que la compadece y la perdona como cura y la comprende como amigo y le reitera como solución a su estado el matrimonio con M. Rambaud; cuando Héléne comenta que no ama al hermano del cura, el sacerdote

contesta que acabará queriéndolo. La niña muere. Hélène accede a la proposición de Rambaud y se marcha con su comprensivo y cariñoso marido de París. Cuando regresa un año después a visitar la tumba de la hija, Mme. Rambaud no se reconoce en la persona que había sido un año antes y que había vivido una pasión, es como si hubiera sido otra, sólo queda el cariflo y el dolor inmenso de la muerte de Jeanne y la existencia de tranquilidad resignada, y hasta feliz, con su marido en Marsella.

Estudiamos la figura de l'abbé Jouve en otros apartados de este trabajo teniendo en cuenta la valoración positiva que hace Zola de este tipo de sacerdote. También es interesante destacar en esta novela el proceso de misticismo que mueve el espíritu de Hélène hacia un sentimiento estético de la religión cuando acompaña a su hija durante las ceremonias del mes de mayo, a este asunto haremos referencia también más adelante.

Nana.

Esta es otra de las novelas más conocidas de Zola. Es una continuación de *L'Assommoir*, donde hemos visto nacer a Nana, hija de la lavandera Gervaise Macquart y del cinquero Coupeau. Los orígenes genéticos de la muchacha han quedado aclarados en *L'Assommoir* y también el ambiente en que se cría, determinante para el papel de prostituta del gran mundo ejercido por Nana convertida ya en protagonista de la novela que lleva su nombre. (Para la moral sexual de este periodo cfr. Villacorta Baños, 1993, pág. 165).

Nana es el relato de la corrupción y la decadencia moral de la época de Napoleón III, en la que sabemos participe hasta el propio emperador. Pero también se da a través de la prostituta la descripción de la venganza de la clase proletaria, origen: la heroína, sobre la clase dominante del Segundo Imperio: Nana gobierna a los hombres que a su vez dominan a todos y todo en una época de predominio mundial francés. El mismísimo chambelán del emperador, el conde Muffat, está totalmente esclavizado por la cortesana, quien no duda en tratarlo como a un animal haciéndole andar por el suelo aullando. Nana es la revancha en sí misma pero también el símbolo de la destrucción al que esta clase dominante, totalmente decadente y corrompida, está abocada, como ocurre con la muerte de la protagonista al final de la novela. Pero hemos de recordar que en contadas ocasiones a Nana le gustaba hablar de su creencia en Dios y en la necesidad de la religión para asegurar el orden y la respetabilidad, y que cuando nace su hijo piensa darle una educación religiosa estricta, como habían hecho otras compañeras con los suyos, con el fin de garantizarles de este modo un lugar destacado en una sociedad que se rige por este código de moralidad enseñado en los centros religiosos.

Por otro lado, *Nana* es la novela donde queda reflejada la grandeza aparente y la degradación de los prohombres. El conde Muffat, descendiente de una antigua familia aristocrática, lleva una vida en el más aparente puritanismo, de hecho las relaciones mantenidas con su esposa están en esta línea, pero, tras conocer a Nana, la pasión por la muchacha lo ciega de tal forma hasta convertirlo en un muñeco en manos de la prostituta; además, Muffat vive debatiéndose entre dos obligaciones opuestas: su necesidad vital por Nana y la sólida educación católica en la que había sido educado, que le hace pensar siempre en que arrastra una existencia pecaminosa, y de la que le han quedado una serie de hábitos instintivos sin los cuales no puede vivir, como por ejemplo, la costumbre de rezar antes de acostarse, considerada una manía loca y estúpida por Nana al comentar burlescamente con unos amigos las prácticas privadas de Muffat.

También, aunque brevemente, la sombra del sacerdote puede rastrearse en *Nana*. En este caso se trata de los jesuitas, uno de los cuales visita a la cortesana haciéndole ver la gravedad de su acción por estar con un hombre casado, Muffat, cuyo matrimonio y familia va a destruir; pero después vamos a ver también al mismo personaje encargado de arreglar el pacto de perdón mutuo que los esposos Muffat se hacen no tanto por la sinceridad de una reanudación pacífica de la vida en común, sino por la imagen que una familia como la suya proyecta sobre la sociedad desde su elevada posición así como por cuestiones económicas. Más adelante, cuando el pacto entre los Muffat no funcione y la condesa se haya marchado con el dependiente de una tienda de novedades, será también el jesuita quien comunique al marido, burlador burlado, la realidad de su situación. Muffat, sintiéndose abandonado se refugia en la oración buscando la protección de los jesuitas, pero no por mucho tiempo, cuando se entera de la enfermedad incurable de Nana y su muerte posterior sabemos que el conde no ha dejado de acudir todos los días a interesarse, por medio del portero, del estado de salud de la mujer amada, al mismo tiempo que recitaba sus oraciones y se sometía a rígidas penitencias en una masoquista necesidad de buscar el perdón a través de infligirse castigos.

La elección de Zola precisamente de jesuitas para hablar del grupo religioso que más se movía entre la alta clase del Segundo Imperio no es inocente, tiene su base en la realidad y en el pensamiento, casi universal, de considerar a la Compañía el brazo derecho de la Iglesia; entre otras cosas por el elevado origen de muchos de sus miembros.

Pot-Bouille.

Otra novela de estudio de una clase social concreta, pero, si mientras en *L'Assommoir* el tema era el proletariado urbano, en *Pot-Bouille* se analiza a la mediana burguesía de París (Nelson, 1981). En esta obra Zola presenta las características de este grupo humano a través de una serie de personas vecinas de un mismo edificio, situado en la zona céntrica de París pero recién edificado dentro de los planes arquitectónicos del Segundo Imperio. Estas medidas urbanísticas cambiaron completamente el aspecto de la capital de Francia dándole una grandeza y una suntuosidad nueva coincidente con la modernidad y la nueva ideología situada en el poder, la cual necesita manifestar su nueva estética basada en el lujo, la grandiosidad y la apariencias.

Las tres últimas palabras que acabamos de citar son las que definen el inmueble centro de acción de la novela que estudiamos, muy diferente de la casa de vecinos de *L'Assommoir* donde la característica principal era el llevarse la vida públicamente los unos a los otros, sin haber fronteras estrictas sobre dónde empezaba y terminaba el espacio público y privado de cada familia. El edificio de *Pot-Bouille*, por el contrario, indica una clara diferenciación con respecto a los edificios colindantes, pero, al mismo tiempo, establece claras fronteras entre las diferentes plantas, y, en cada una de éstas, entre cada vivienda y las otras: subir de planta es cambiar de ambiente y entrar en un dominio determinado, mucho más estricto aún cuando se traspasa cada una de las puertas exteriores tras de las que habita una familia. La moqueta que sube a lo largo de toda la escalera, la elegante baranda, la quietud y silencio reinantes en los espacios comunes, son una nota de distinción que no puede ser rota, para evitarlo está el portero, M. Gourd, antiguo criado de un duque, uniformado de terciopelo y con un aire de superioridad que impone respeto a cualquier elemento desconocido que franquee el umbral al mismo tiempo que obliga a los propios inquilinos a mantener un orden impuesto a priori, sin necesidad de normativa escrita, cuando han comprado o alquilado alguna de las viviendas. Nada debe traspasar al exterior de lo que ocurre en todo el edificio de calma imperturbable.

Otra cosa es el patio de vecinos, donde comunican las cocinas de cada casa, aquí hay una confusión de espacios privados, sobre todo por parte de los sirvientes pero los mismos propietarios, en ocasiones, olvidan la frontera interior de su hogar, de manera que a través de ese espacio común se saben todos los dramas y alegrías de cada familia. Es a través de esta zona humilde, sin la decoración de la fachada exterior o la suntuosidad de la elegante escalera con su historiada baranda y su alfombra, por donde se observan las grietas de esta burguesía que pretende mostrar al mundo lo que sueña ser con lo que verdaderamente es. Pero, aunque oficialmente todos se tienen los unos a los otros por personas respetables, ya que esto garantiza la propia honorabilidad, como cada uno conoce su propio juego de las apariencias,

se desvive por lograr saber cuál es la verdad que los otros quieren disfrazar, por eso todos se llevan la vida unos a otros sin admitirlo.

En el edificio hay una jerarquización en forma de pirámide invertida pues a partir de la planta noble, la primera, donde vive el notario M. Vabre, propietario del edificio, se va subiendo y perdiendo categoría: en el segundo piso viven el arquitecto diocesano Campardon y su familia, la felizmente desgraciada Mme. Juzeur, que vive de las rentas, y en la misma planta un señor muy distinguido que va a la casa una vez por semana y nadie sabe lo que hace. Más arriba los Josserand, los Pichon, etc., una serie de familias de jóvenes empleados y funcionarios, aún no establecidos totalmente pero preparados para lograrlo con una educación perfecta. Hasta llegar a las buhardillas o las viviendas de un solo cuarto donde viven las criadas de las familias de la casa y algún obrero u hortera de alguna tienda que consigue, previas absolutas garantías de moralidad, alquilar alguno de estos diminutos lugares. Esta es la descripción del edificio que el arquitecto Campardon hace a su joven conocido Octave Mouret, recién llegado de Marsella con el objetivo de buscar fortuna en el comercio.

El protagonista central de esta novela de múltiples vecinos es el hijo mayor de François y Marthe Mouret, que ya conocimos en *La conquête* y al que habíamos dejado en Marsella teóricamente preparándose para ser comerciante, pero en realidad gastando el dinero paterno en fiestas y en mujeres. Tras la trágica muerte de sus padres, Mouret parece dispuesto a empezar una verdadera actividad profesional y para ello se traslada a París. La vida del joven en *Pot-Bouille* es la de un aprendiz de prohombre burgués tanto en el mundo de los negocios como en el ámbito de la vida privada. Octave no tiene mucho dinero y se dedica a trabajar como empleado en varios negocios, pero, al mismo tiempo, frecuenta los teatros, las bibliotecas y asiste a algunas tertulias de París con amigos jóvenes de su trabajo o que le han sido presentados por Campardon; de la misma manera, y como inquilino distinguido, joven y agraciado del inmueble, Octave es invitado por cada una de las familias protagonistas tanto a veladas privadas como a algunas fiestas para celebrar algún acontecimiento. A través del acercamiento que hace Mouret a cada casa, vamos conociendo un tipo de problemas y caracteres: las dificultades económicas, los dramas matrimoniales, el trauma de las hijas solteras que no logran encontrar novio, la rutina mecánica de los pequeños empleados, los adulterios de diferentes señoras del inmueble, en varios de los cuales el propio Octave está inmiscuido, etc. Es decir, se asiste a un teatro de pasiones de un grupo social que tendría muy poca diferencia con el de *L'Assommoir* de no ser por la obligación, autoimpuesta por cada uno de los personajes, de mantener unas ciertas formas, de aparentar.

El personaje que a nosotros nos interesa más es l'abbé Mauduit, el párroco, encargado

de salvaguardar la moralidad de las diferentes personas del edificio, cuyas historias conoce con todo detalle, y participe, junto con el doctor Juillerat, del binomio médico del espíritu y médico del cuerpo. Mauduit y Juillerat, ambos especialistas en su materia, son los únicos cercanos al conocimiento de la verdad total de cada uno de los pacientes, por encima de todas las trampas de la apariencia. El problema para el cura es que se siente responsable de la inmoralidad real escondida en cada casa y, a veces, piensa que su postura de tolerar todo mientras no sea causa de escándalo puede terminar ofendiendo a Dios, de aquí todas las crisis del sacerdote (cfr. el estudio sobre este sacerdote de Hamon, 1972).

Au Bonheur des Dames. (Aparecerá citada como *Au Bonheur* en adelante).

Continuación directa de la novela anterior. Vemos los primeros pasos seguros de Octave Mouret en el mundo del comercio y la importancia de la alianza de la suerte con el cálculo inteligente para triunfar en este campo. Octave ha llegado a convertirse en el propietario del almacén de novedades más poderoso y conocido de todo París: *Au Bonheur des Dames*, el verdadero protagonista de la obra a la que da nombre.

Zola plantea en esta novela la guerra abierta del pequeño comercio especializado y artesanal de toda la vida contra las primeras grandes superficies comerciales, las cuales permiten poder adquirir cualquier producto en el mismo establecimiento y a unos precios mucho más bajos que en las tiendas tradicionales, dedicadas a uno o varios tipos de mercancías complementarias. Las tesis sobre la ventaja del nuevo gran comercio quedan expuestas desde el punto de vista del capitalismo triunfante del Segundo Imperio, pero Zola encuentra una justificación a las nuevas relaciones mercantiles del liberalismo exponiendo que el aumento en producción y consumo no debe repercutir exclusivamente en el empresario sino que, desde una óptica de un socialismo idealista, ha de beneficiar al conjunto de la sociedad en todas sus diferentes capas sociales, pudiendo las menos favorecidas acceder a la compra de lo que hasta entonces era exclusivo de sectores privilegiados y, al mismo tiempo, conseguir una mejora en las condiciones de vida de los trabajadores con la creación de una serie de novedades (escuelas de formación profesional, clubs de empleados, racionalización de los turnos de trabajo, etc.). El planteamiento de Mouret es el del empresario capitalista inteligente conocedor de que un empleado motivado rinde mucho más que el que no lo está, por eso crea un discreto sistema de competencia entre sus trabajadores. La humanización del monstruo en que se ha convertido este ejemplo del gran comercio corre a cargo de las ideas de Dénise, la heroína de la novela, joven huérfana con dos hermanos pequeños a su cargo que empieza a trabajar con su tío en una

tradicional tienda de tejidos para terminar trabajando en Au Bonheur des Dames, y que, tras una serie de desgracias y malos ratos, acabará por casarse con Octave.

Un factor que Zola resalta en la novela es la importancia de la publicidad para el triunfo comercial. Una multiplicidad de recursos publicitarios aparecen descritos en la obra hasta el punto de hacernos pensar que actualmente no hay nada nuevo inventado como estrategia vendedora. Es, curiosamente, a propósito de esta cuestión cuando Zola hace algunas referencias que son de nuestro interés. Por ejemplo destaca el golpe de efecto que ha conseguido el empresario Bouthemont haciendo bendecir su nuevo almacén por el párroco, tras de lo cual Mouret sueña con poder contar él con el obispo en persona, dada la efectividad del recurso por la apariencia de moralidad y santificación que con dicho acto se consigue:

[...]une cérémonie étonnante, une pompe religieuse proménée de la soierie à la ganterie, Dieu tombé dans les pantalons de femme et dans les corsets; ce qui n'avait pas empêché le tout de brûler, mais ce que valait un million d'annonces, tellement le coup était porté sur la clientèle mondaine. (*Au Bonheur*, 482).

De la misma manera cuando Zola describe los decorados que Mouret ha preparado para su temporada de primavera-verano, el objetivo que el comerciante había perseguido con todo su montaje era producir en los clientes la sensación de entrar en una iglesia, el templo de la moda, engalanado con toda la belleza de las celebraciones del Mes de María, en medio de una atmósfera de blancura virginal de novedad.

La joie de vivre. (En adelante *La joie*).

Una novela con título irónico pues, más que de la vida, en *La joie* se habla de la muerte, el pesimismo y la resignación. Es una obra donde el componente autobiográfico desempeña un papel muy peculiar: durante su redacción Zola sufrió la enfermedad y muerte de su madre y también durante este tiempo fallece su amigo Flaubert, su padre literario. Además de estos dos acontecimientos negativos señalados, Zola pasa por una época de depresión personal, "la crisis de los cuarenta", agravada por las circunstancias citadas, y, en este tiempo, Zola se enfrasca también en la lectura de Schopenhauer, el filósofo de moda del momento, cuyo influjo queda presente en *La joie* a través del protagonista masculino Lazare, seguidor de esta corriente de pensamiento.

La joie es por otra parte la novela de la costa y del mar en su constante movimiento de flujo y reflujo, magnífico símbolo de los altibajos en todos los acontecimientos y fuerzas

de la vida. Toda la acción transcurre en Bonneville, una pequeña localidad de la costa atlántica en cuya descripción va a influir indudablemente la estancia de vacaciones que los Zola tuvieron durante varios meses en Bénodet, una villa de la costa bretona. Es la novela de la vida simbolizada en el mar contemplado desde la orilla, un mar en continuo movimiento ascendente y descendente pero inacabable en un proceso de repetición, como es el de la vida entendida como continuación de unos seres y unos acontecimientos a otros, (Berger, 1985).

La protagonista femenina es Pauline, a quien conocimos siendo muy pequeña en París, en la tienda de sus padres, el matrimonio charcutero Quenu. Muertos éstos y con una herencia considerable, Pauline es recogida por su tía y tutora Mme. Chanteau, y con ella marcha al pequeño pueblo costero donde vive retirada la familia Chanteau, integrada, además de la tía de la niña, por su marido, enfermo de gota, que termina dejándolo completamente inválido, y el hijo de la pareja, Lazare, un joven tan inteligente y creativo como falto de energía y constancia. Cuando Pauline llega a la casa de su nueva familia tiene nueve años y tendrá veinticuatro al concluir la novela

El personaje representado por la muchacha es el de la paciencia virtuosa en un ambiente hostil a causa de la constante frustración. Los Chanteau, enclaustrados en el mísero pueblo, porque sus rentas no les permiten la vida más cara de la ciudad, han ido viendo desmoronarse cada uno de sus sueños, como los trozos de tierra que el mar constantemente arranca de los acantilados cercanos. Mme. Chanteau empieza a ir pidiendo parte del dinero administrado a su sobrina, al principio con la honradez burguesa de tratarse sólo de un préstamo, posteriormente, diciéndose a sí misma que está en su derecho al gastar el dinero de la joven sin consultarla ni pedir su autorización. De todas formas la palabra que define a Pauline desde su llegada a Bonneville es la generosidad y bondad para con todos, una personalidad de santa con el único defecto de los celos y de una necesidad de ahorro y de control muy burguesa, heredada de sus padres comerciantes, que ejerce sólo para con ella misma, ya que siempre actúa con largueza tanto con su familia como con los pilluelos del pueblo, a quienes acoge para dar limosna. Hay un lento proceso de degradación moral de la tía paralelo a la irreversible y dolorosa enfermedad del tío, y Pauline soporta ambos comportamientos con una resignación convertida en ella en naturalidad, intentando únicamente colaborar para que la vida discurra lo más agradablemente posible. Por su parte, el primo Lazare es el compañero ideal de la muchacha, pero se trata de una naturaleza opuesta, caracterizada por la falta de constancia y de energía para llevar a cabo por lo menos uno de todos los proyectos iniciados: la carrera de medicina, abandonada tras dos años de estudio, el intento de crear una fábrica para tratamiento de algas, tan abundantes en la zona; o la

fabricación de espigones para contener a fuerza del mar . Proyectos condenados al fracaso como la posterior dedicación de Lazare a la música, los negocios o el comercio. La financiación de todas las actividades del emprendedor pero inconstante primo es llevada a cabo por Pauline, que lo ve como algo normal, sólo en contadas ocasiones se rebela la protagonista ante la ingratitude de la familia, sobre todo de la tía, para la cual Pauline, con su llegada y con su dinero, ha roto todo el equilibrio de la vida de Bonneville; Mme. Chanteau acaba odiando a la sobrina justamente por estar en deuda, con ella tanto económica como moralmente. La mala disposición de la tía no impide que Pauline continúe prestando sus servicios durante la enfermedad del corazón que termina con la muerte de Mme. Chanteau. Pero no es este el único fallecimiento de la novela, que, no debemos olvidarlo, empieza a causa de la muerte de los padres de Pauline; también muere, suicidándose sin un motivo aparente, la vieja criada de la familia. Por otro lado, la existencia que arrastra el viejo tío gotoso, totalmente inválido, sin poder hacer ningún uso de sus extremidades, es claramente una muerte en vida en medio de dolores terribles.

Pero todo este ambiente de frustración, que nadie parece soportar, no sólo es sobrellevado por la joven sino que le sirve de medio de perfección y de conocimiento de sí misma, porque Pauline, a la que su tía, enemiga tanto por razones económicas como de moralidad de los internados, había empezado a instruir en casa en los preceptos más elementales de lo que Mme. Chanteau entendía que debería ser la educación de una señorita, termina convertida en una aprovechada autodidacta a partir de las lecturas que, a escondidas, hacía de los libros de medicina de su primo. Pauline aprende a aceptar con su generosidad incluso lo inaceptable, como fue el matrimonio de su amado Lazare con una joven rica, Louise, que puede aportar más dinero al joven Chanteau cuando el de la prima empieza a ser escaso. Pauline terminará no sólo siendo amiga de Louise e intentando poner paz en las constantes crisis matrimoniales entre ésta y Lazare, sino que cuando nazca Paul, hijo de la pareja, un niño muy débil constantemente al borde de la muerte, será la madrina Pauline la que con sus cuidados consiga que el pequeño logre sobrevivir.

Como vemos, se trata de una novela en la que lo destacable es lo psicológico y lo filosófico, y para nada se hace referencia a los avatares del Segundo Imperio. *La joie*, como otros relatos zolianos de la saga, sirve de contrapeso entre obras de fuerte análisis social o político, como es el caso de las precedentes, *Au bonheur* y *Pot-Bouille*, y la siguiente, *Germinal*.

Al igual que en *Pot-Bouille*, la figura del cura, l'abbé Horteur, es presentada junto a la del médico, Cazenove; no obstante ser el medio en que se mueven muy contrario al ambiente

burgués del inmueble parisino al que hemos hecho referencia; ahora nos encontramos en una aldea misera junto al mar cuyos habitantes apenas tienen para mantenerse y viven atemorizados ante un mar que avanza terreno y amenaza con engullirlos. L'abbé Horteur es un cura campesino cuya situación económica difiere bien poco de la de sus feligreses, con quienes comparte su exigua paga, tocándole a él cultivar el miserable huerto que posee sin cuya producción no podría ni alimentarse. La actitud del cura ante las inmoralidades de sus parroquianos es parecida a la tolerancia de l'abbé Mauduit, pero en este caso parece estar justificada por la imposibilidad de cambiar el curso de la existencia con sus emociones alegres y depresivas en el flujo de la vida que pasa inevitablemente arrastrándose. En lugar de tolerancia, en Horteur encontramos comprensión y justificación de cualquier actitud.

Germinal.

La tercera novela zoliana más conocida. Junto con *L'Assommoir* y *Nana*. *Germinal* consagra definitivamente a Zola como gran escritor; además, la aparición de esta obra con Flaubert muerto recientemente convierte a Zola en el patriarca de la literatura francesa del momento. Pero si *L'Assommoir* y *Nana* han hecho de Zola el gran maestro, aunque polémico, *Germinal* es la afiliación definitiva y sin fisuras del autor de Médan a la ideología progresista; además esta novela da lugar a que la izquierda reconozca a su autor como adalid y representante literario de la lucha reivindicativa de la clase trabajadora, tras la crítica que en cierto sector había suscitado *L'Assommoir* por la degradación allí relatada de la clase obrera.

Para la elaboración de *Germinal* Zola volvió a ejercer la actividad periodística intensa que, si bien nunca la había abandonado en cuanto a labor de documentación exhaustiva ejecutada para la composición de cualquiera de sus novelas, ahora le lleva a convertirse en reportero directo de la huelga del carbón de la cuenca de Anzin. La estancia durante cinco días entre los mineros y haberlos acompañado en su descenso a las fosas marcan a Zola de manera decisiva más que todos los informes acumulados sobre la problemática de este colectivo; esta experiencia es determinante y queda plasmada en la narración de *Germinal*, con la que a su vez se identifica toda la minería, la cual utilizará el nombre de la obra zoliana como consigna en las posteriores demostraciones de lucha del sector (Vial, 1975).

Por su ubicación en el conjunto de los *Rougon-Macquart*, *Germinal* sucede a una novela de reflexión filosófica y psicológica, *La joie*, con el contraste conscientemente buscado por el autor de ser una novela de tesis social y política abierta. La narración de la lucha de los dos bloques antagónicos, burguesía y proletariado, no está exenta del estudio de las fisuras y

divisiones internas de cada sector. La vida del colectivo minero se sigue a través de la familia protagonista, el clan Maheu, atado a la mina desde tiempos inmemoriales; de hecho, en la novela coexisten tres generaciones que viven de la principal fosa de la cuenca de Montsou. Parece que la secular unión a la mina hace imposible a los trabajadores poder encontrar una alternativa al constante empeoramiento de las condiciones de trabajo y de vida, las cuales evolucionan en proporción contraria a los beneficios de la gran compañía anónima explotadora del mineral. Los problemas coyunturales del sector provocan un descenso en los salarios, ya no dan realmente para vivir; es en este momento cuando arranca la novela con la llegada de Étienne Lantier, obrero maquinista de la ciudad, desempleado por la crisis general que atraviesa la economía francesa y que consigue ser contratado en la mina.

Étienne es el hijo mayor de Gervaise Macquart y de su amante Lantier, lo hemos visto nacer en *La Fortune* y lo hemos vuelto a encontrar en *L'Assommoir*, donde ha empezado como aprendiz en la fundición donde trabajaba el prototipo de obrero Goujet, su vecino. Aunque no mucho, la preparación de Lantier es superior a la de sus nuevos compañeros y empieza a adoctrinarlos en las tesis de la Internacional socialista al mismo tiempo que se prepara a sí mismo con una serie de lecturas de las obras progresistas en boga. Aunque no logra entender los libros totalmente, lo llenan de una fuerza capaz de hacerlo arrastrar tras sí a los discípulos de la nueva religión del socialismo a la que se convierten los mineros, en la peor coyuntura de su vida laboral, en una imprescindible y desgarrada demanda de justicia social.

Frente al grupo obrero mayoritario el sector burgués está representado por tres familias, la del ingeniero Hennebeau, director de la mina; la de los Grégoire, accionistas que, curiosamente, prefieren vivir junto al lugar que les produce sus respetables rentas a hacerlo en la ciudad y que llevan una idílica e idiotizada vida en la creencia de ser benefactores de los mineros a quienes suponen regalar la oportunidad del trabajo. Por último, Deneulin, propietario privado de una pequeña mina que representa en *Germinal* el papel del empresario tradicional frente al gran capital de las sociedades anónimas, abocado a la ruina por su falta de efectivo para hacer frente a la especulación bursátil, como ocurría en *Au Bonheur* con el pequeño comercio ante las grandes superficies.

La novela narra una trágica huelga mantenida por los mineros hasta el límite saldada con un alto coste de vidas por parte de los trabajadores, pero también con una cierta pérdida del sector empresarial, al menos en cuanto a su nivel de credibilidad (para la importancia del asociacionismo cfr. Villacorta Baños, 1993, pág. 164). La gran figura dramática de la Maheude, la madre de la familia protagonista, que vuelve a entrar en la mina tras la huelga, en la que han muerto su marido y sus hijos mayores, para mantener a los hijos pequeños, se erige

en el símbolo de la clase obrera, con su regreso al trabajo resignada pero no vencida aunque haya sido derrotada en esta ocasión pero que mantiene para un enfrentamiento futuro todo el potencial de fuerza que da la creencia en la vida. Frente a esta mujer valiente, también en el sector proletario, se destaca con tintes sombríos la figura del anarquista Sauvarine, autor del sabotaje en la mina, cuya labor destructiva no es compartida por el vitalismo de las tesis zolianas.

El elemento clerical está presente aunque de forma breve pero muy claramente definida en dos descripciones opuestas, en las figuras de l'abbé Joire y de l'abbé Ranvier. El primero es el cura tradicional identificado con la misma moral de la burguesía con la que ha pactado y que, diplomáticamente, intenta esquivar cualquier demanda de socorro y ayuda de los mineros. Ranvier representa a una vanguardia de la rama de la Iglesia deseosa de la aplicación de las ideas de las encíclicas de León XIII; pero esta vuelta al cristianismo comunitario primitivo con la Iglesia a la cabeza preconizada por el fanatismo ardiente del cura joven, no logra captar a los mineros que no entienden este nuevo discurso por parte de un eclesiástico.

L'oeuvre.

Una novela de especial significación personal para Zola, su publicación significó la ruptura de la relación que desde la infancia en Provenza había mantenido con Cézanne, el cual se vio identificado en Claude, el pintor protagonista de *L'oeuvre*. Después de treinta años de unión estrecha de Zola con los pintores preconizadores de la revolución impresionista: Cézanne, el amigo de toda la vida, Monet y Manet principalmente, con los que había compartido una serie de vivencias y creencias, nuestro novelista no parece estar de acuerdo con los postulados sobre la creación artística hacia donde han ido evolucionando sus compañeros, ya que se mueven desde concepciones vitales que, si bien no son opuestas, son distintas a la suya. El pintor aparece en la obra zoliana como un magnífico creador pero desconectado de una sociedad que no lo comprende sin que al artista le afecte mucho este rechazo, consagrado al culto de la religión del arte.

El protagonista de la obra es Claude Lantier, el hijo pequeño de Gervaise y Lantier. Referencias a este personaje se encuentran en *La fortune*, *Le ventre* y *L'Assommoir*. Toda la novela *L'oeuvre* es la historia de la vida de este personaje, trasunto de Cézanne y de las crisis de creación de un artista. La relación familiar de Claude es secundaria si se compara con la que mantiene con su obra, su verdadera vida; su mujer, Christine, aparece como la principal admiradora y después como el típico sostén práctico de la familia, desesperada por la total

carencia de realismo del pintor.

Es justo a través de Christine por donde hemos hallado algunas referencias al tema religioso aunque de forma muy breve. En primer lugar la crítica a la educación en las instituciones religiosas, como el colegio de monjas donde es educada la protagonista. Cuando nace Jacques, Christine propondrá a Claude que el niño sea bautizado teniendo por padrino al amigo Sandoz, hombre rico y práctico que le parece a la madre una especie de garantía para el porvenir precario que teme esperar a su hijo; Christine no es practicante pero este regreso a un rito católico tradicional es una vuelta a la religión de la clase media de la que está tan alejada la familia del bohemio; Claude, por su parte, aunque extrañado por la proposición de su mujer, la acepta con indiferencia; para él, desde luego, no hay otra religión que el arte.

Otra alusión interesante a lo religioso y a los curas es a través de una de las modelos de los pintores, Mathilde, una curiosa mujer propietaria de una tienda, supuestamente herbolario, en donde recibe a una gran cantidad de curas, de los que es buena amiga, y a una clientela de mujeres piadosas que dan un aire de moralidad cristiana a un lugar donde se realizan de hecho una serie de prácticas aberrantes. El retrato de Mathilde es una copia de Sidonie Rougon, uno de los miembros del clan de la famosa saga, a la cual hemos visto ya en varias novelas, sobre todo en *Son Excellence*, realizando una serie de eficaces y productivas gestiones que su condición de beata le procura, y a quien volveremos a encontrar en plena faena en *L'argent*. A través de este tipo de mujeres de iglesia hay una crítica declarada a la religión católica y a sus ministros por la hipocresía total de la moral vigente que representan.

L'oeuvre termina con el suicidio de Claude Lantier, éste parece ser el final al que, según Zola, anda abocado el artista y el arte por las nuevas directrices que la creación ha tomado. A Cézanne no le gustó nada esta conclusión, errónea como se ha podido comprobar con el paso del tiempo y que en realidad representa la visión diferente de dos grandes innovadores del arte y la literatura (cfr. Villacorta Baños, 1993, pág. 158 para la problemática del artista incomprendido).

La terre.

Otra novela estudio de las características de un colectivo, el campesinado. Hasta cierto punto tenía un precedente en el tratamiento de las costumbres de la gente del campo que Zola hace en *La faune*, pero en *La terre* queda más claro el lazo indestructible que liga al agricultor a la tierra, cuya propiedad se convierte en el único factor determinante en torno al cual gira subordinado todo lo demás (Donnard, 1975).

La acción transcurre en la fértil llanura de la Beauce, de donde eran originarios los abuelos maternos de Zola, región muy familiar al autor pues. Los personajes principales son el nutrido clan de los Fouan, desgajado en diversas ramas familiares desmembradoras de la heredad original, puesto que después de la Revolución era obligatoria la partición entre los herederos frente a los derechos del primogénito. A través del matrimonio de dos de los descendientes de diferentes ramas se llega a una serie de alianzas por la posesión de la tierra, preparatorias, tras una serie de dramas, de un final trágico. La primera generación mayor de los Fouan que aparece en *La terre* está formada por tres ancianos: la hermana mayor, con casi noventa años y una fuerza y vitalidad tan extraordinarias como su avaricia y capacidad de explotación de toda la gente a su servicio, en especial, sus nietos, descendientes de una hija suya, ya muerta, a la que había desheredado por una desobediencia; el anciano viudo Mouche, con sus dos hijas Lise y Françoise, dueño de la casa patrimonial. El otro varón anciano es el conocido justamente como Fouan, el cual, al verse ya imposibilitado para trabajar la tierra, considera preferible cederla a sus hijos a cambio de una renta antes que arrendarla a un extraño, cosa que para el campesino es algo semejante a ceder la mujer a otro hombre. Los beneficiados hijos Fouan son tres: Fanny, casada con el mediano terrateniente Delhomme defensora de sus derechos legítimos frente a sus hermanos varones que intentan excluirla del reparto; Hyacinthe, el mayor, un haragán completamente alcoholizado, vive en un barracón en compañía de su hija, educada como un animal salvaje, tras la marcha de la madre, una aventurera que se fue como había llegado; todo el pueblo ha dado a Hyacinthe irónicamente el nombre de Jésus-Christ, el cual vive de sablear a su familia y vecinos y de alguna actividad esporádica que no exija mucho esfuerzo. El hijo menor, Buteau, cuya avaricia, egoísmo e inmoralidad general no parecen tener límite, es el personaje masculino central en oposición al héroe, Jean Macquart, por la relación que le une a sus primas, las hijas de Mouche, con la mayor de las cuales, Lise, ha tenido un hijo sin pensar para nada en casarse y ayudarla, aunque sigue manteniendo relaciones con ella que acabarán en un segundo embarazo; a la joven Françoise también la considera su propiedad, y cuando acaba casándose con Lise, Buteau se piensa el dueño de sus dos primas y de la tierra de ambas.

La complicación de relaciones personales que acabamos de citar va aumentando progresivamente conforme transcurre la novela, dando lugar a una serie de asesinatos y otra clase de crímenes de una crueldad extrema, tras de los cuales siempre está presente el ansia de posesión de la tierra y el deseo sexual entremezclados en una misma pasión.

Además de la familia protagonista hay una serie de personajes que no difieren prácticamente en nada de los Fouan, aunque algunos, los más acomodados, muestran la idea

de justicia burguesa de los Delhomme en el deseo de estar siempre en buenas relaciones con la ley y el orden dominante. Frente a este grupo de pequeños y medianos propietarios Zola opone, como ya había hecho con el mundo del comercio y la minería en *Au Bonheur* y en *Germinal* respectivamente, al gran capital en manos del terrateniente Hourdequin, que contrariamente a lo esperado en un miembro de su clase, se desvive por hacer producir su propiedad modernizándola en todos los aspectos posibles, y en este intento de rentabilizar la tierra con las nuevas investigaciones y tecnología avanzada, el propietario encontrará su ruina; hay un desengaño zoliano en toda la obra sobre la posibilidad de progreso en el sector agrícola, atado a la tierra que parece permanecer inmutable.

El miembro de los Rougon-Macquart que aparece en esta novela es Jean Macquart, hijo de Antoine y hermano de Gervaise, el cual, ya en la treintena, tras haber estado sirviendo una serie de años en el ejército, decide terminar con la milicia y buscar una vida más tranquila y estable. Entra a trabajar en la granja del terrateniente Hourdequin y después se casa con la pequeña Françoise, a quien casi le dobla la edad. Su mujer, en los últimos meses de embarazo es asesinada por su hermana y su cuñado sin más testigos que el viejo Fouan, éste guardará silencio por temor a ser matado él también por sus hijos. Jean no tiene ningún derecho sobre las propiedades de su esposa las cuales pasan inmediatamente a Lise y Buteau, los asesinos; ellos no dudan en expulsar violentamente a Macquart de la casa que había compartido con su mujer sin llevarse siquiera ni su propia ropa.

Desde el punto de vista religioso, los campesinos se caracterizan por el escepticismo pero consideran imprescindible la práctica del ritual católico preceptivo; por ello necesitan la presencia constante de un párroco que les garantice esos servicios necesarios para confirmar la vida de gente de buenas maneras que la religión parece otorgarles. Aquí es donde surge el problema para la comunidad de *La terre*, según las disposiciones del último concordato, la municipalidad debe costear una casa para el párroco, pero los contribuyentes no están dispuestos a pagar por tener los servicios de un cura, para ellos se trata de una obligación del obispado; para solucionar la situación temporalmente el prelado de la diócesis decide que el párroco de la localidad vecina, l'abbé Godard, lleve a cabo las actividades preceptivas y las necesarias para el cumplimiento de la práctica católica en el pueblo, Rognes. Todo ello dará lugar a una serie de enfrentamientos entre el sacerdote y sus feligreses temporales que analizamos en diferentes capítulos de este estudio, y que terminan, al final de la novela, con el triunfo de los campesinos sobre el cura, que recibe todo tipo de ultrajes y vejaciones, y en esta victoria parece que los personajes de *La terre* consideran que han vencido a Dios.

De todos los grupos sociales que Zola presenta en los *Rougon-Macquart* es el de los

campesinos el descrito como el peor. Zola crea una imagen de la gente del campo completamente opuesta a la visión idealizada de algunos escritores precedentes, especialmente George Sand, pero si la de esta autora es en exceso positiva, la de Zola es injusta.

Le rêve.

Esta curiosa novela es una especie de cuento de hadas. Otra vez nos encontramos con el buscado contraste entre dos novelas de violentos choques pasionales, como son *La terre* y *La bête*. *Le rêve* es una singular novela en la que Zola se dedica al análisis de cómo la herencia genética puede dar lugar a seres desequilibrados, violentos, maniáticos y voluntades de hierro dominadas por grandes pasiones positivas y negativas; pero también por una serie de diversas combinaciones puede dar lugar a temperamentos místicos como el de Angélique, la protagonista de esta obra. Además del estudio psicológico de este tipo de personaje en consonancia con el estudio prometido en el plan general de la obra, la aparición de *Le rêve* es muy oportuna para su autor por dos circunstancias. Por una parte paga su tributo a la corriente de neomedievalismo y misticismo puesta de moda en toda Europa por la lectura de Renan; por otro lado, con esta novela de moralidad tan conveniente Zola logra que el considerado novelista más duro y sucio por sus argumentos y estilo, pueda ser recomendado incluso a las hijas de familia o a las pupilas de los pensionados de monjas. Esta segunda razón es muy importante para un Zola que en ese momento de gestación y publicación de la obra anda interesado con entraña en la Academia francesa, deseo en cuya consecución fracasará repetidas veces, (Mitterand, 1986).

Elaborar este tipo de novela conveniente para unas determinadas circunstancias no es problemático para un escritor como el de Médan, lo difícil es conseguir una obra que tenga éxito en el sentido apetecido y que, al mismo tiempo, no traicione toda una ideología y un planteamiento general. Pero Zola consigue ambas cosas. El pretexto justificativo de esta novela en la que la religión y su estética es el argumento central es que es lo narrado es el producto de la imaginación mística de la protagonista que vive en unos sueños en los que es posible hacer real la evocación de otros tiempos, donde el orden social y sus valores eran muy diferentes a los de la segunda mitad del siglo XIX. A partir de este, aparentemente débil, pretexto Zola empieza una narración en la que la capacidad de fantasía, siempre posible, hace real lo que sólo puede existir en sueños, de aquí que, más que en ninguna otra novela, el nombre de la obra, *Le rêve*, y la protagonista, Angélique, estén cargados de especial significado.

Angélique es una niña de nueve años huérfana a quien la asistencia social ha confiado a diversas personas en calidad de tutores, los cuales, en su mayoría, le han dado malos tratos, en especial la última pareja, unos alcohólicos, de cuya casa ha escapado el día de Navidad. Angélique ha pasado la noche refugiada en la puerta de una casa colindante con la catedral, en esa casa vive el matrimonio formado por Hubert y Hubertine, artesanos bordadores de tejidos y vestidos religiosos. Los esposos, al encontrarse por la mañana con la pequeña en la puerta de su casa, han considerado el hecho como una bendición de Dios que los premiaba tras haberlos castigado sin descendencia por haberse escapado juntos ante la oposición de las familias de ambos a un matrimonio. La felicidad para las tres personas es completa, para los Hubert es el fin del complejo de culpa y la tristeza vivida durante tanto tiempo, para Angélique es haber conseguido por fin unos padres. Al realizar el proceso de adopción nos enteramos de que Angélique es hija de Sidonie Rougon, el nacimiento se ha producido en secreto y la hija beata de los Rougon decide no hacerse cargo de la pequeña y la abandona a la asistencia pública.

El mundo en el que vive la nueva familia está muy alejado de la realidad cotidiana, los artesanos trabajan exclusivamente para la rica diócesis de Beaumont-l'Église, aristocrático enclave donde durante más de quinientos años los señores feudales Hautecoeur han ejercido su poder, entremezclado con una especial gracia divina que les ha otorgado el don milagroso de poder curar a los enfermos. Los Hubert no tienen ningún otro tipo de relaciones mercantiles como no sea con sus proveedores; además, el círculo de sus amistades es pequeño y está integrado por gente que, como ellos, se mantiene fiel a sus creencias religiosas de toda la vida, transmitidas de generación en generación sin haber sufrido aún la contaminación de las nuevas ideas que acabaron con un régimen, el Absolutismo, en el que era posible esta identificación de las clases dominantes, aristocracia e Iglesia, como había ocurrido en las localidades vecinas, especialmente en la homónima rival industrial Beaumont-la-Ville. Ya tenemos el primer punto zoliano de crear un mundo aparte encerrado en un tiempo legendario, sin conexión con la realidad.

La educación que recibe Angélique se realiza en la casa, donde los padres la van formando para trabajar en la misma actividad que ellos, para la que muestra unas dotes extraordinarias, e incluso capaz de perfeccionarla con la calidad de sus dibujos. Pero también Hubertine se encarga de enseñarla las reglas elementales de una cultura básica, en especial la lectura, a la que se consagra Angélique en sus momentos libres, en especial a obras religiosas medievales sobre las epopeyas y las vidas heroicas o sencillas de los santos y santos de todo el panteón católico francés, que, junto con las leyendas aristocráticas de la ciudad, hacen que la imaginación de Angélique viva muchos siglos atrás y consiga vivir más realmente en ese

mundo de sueños que en el que le rodea y sin embargo es tan lejano aunque sólo le separa la verja de su casa.

Angélique llega a la adolescencia y sueña con un príncipe azul. Un día un joven con las características que la muchacha imagina se presenta ante sus ojos, Félicien, un pintor de vidrieras que trabaja en las ventanas de la catedral. Un obrero no es precisamente un príncipe, pero resulta que Félicien es realmente el hijo del noble obispo Hautecoeur, el activo descendiente de los familia feudal de la villa. Antes de ordenarse el obispo había sido un militar con todos los honores y atributos que por sangre había heredado, pero su vida se destrozó el día en que su mujer murió al nacer Félicien, al que Hautecoeur considera responsable de la muerte de su amada esposa y del que no quiere saber nada por lo que lo manda a un convento para que los frailes se ocupen de él.

Los años pasan y el obispo envejecido siente la necesidad de encontrarse con su hijo; esta es la razón por la que el joven está en el palacio diocesano, y, como en el monasterio ha aprendido el difícil arte de la restauración de vidrieras, sin ningún orgullo por su rango, el sencillo Félicien se ha subido a una escalera para trabajar en las ventanas de la catedral, que miran sobre el jardín de los Hubert.

El sentimiento amoroso es mutuo entre Angélique y Félicien. Como en los cuentos de hadas, habrán de salvar una serie de dificultades para conseguir su objetivo, el matrimonio, especialmente las derivadas de la desigualdad de clase, que el obispo no está dispuesto a consentir y que entristece a los Hubert recordándoles la oposición que tuvieron ellos a su unión y cómo la desobedecieron y recibieron el castigo de la Providencia.

Pero, como en los cuentos de hadas, todo tiene que acabar bien. Angélique, que había enfermado por todas las desgracias que le ha traído su amor, está al borde de la muerte, entonces el obispo Hautecoeur después de un violento enfrentamiento con su hijo autoriza el matrimonio y decide utilizar el don milagroso que Dios había concedido a su familia para sanar a la joven después de haberle administrado la Extremaunción:

"Si Dieu veut, je veux"

Angélique se cura y se casa, aunque su cuerpo está muy debilitado pero ella es inmensamente feliz porque ha logrado lo que tanto quería, felicidad que es común a toda la familia y a toda la gente de la ciudad que asiste por completo al enlace. A la salida de la catedral del brazo de su marido, el verdadero príncipe azul, Angélique cae muerta en brazos de Félicien al recibir el primer beso de casada en la escalinata del templo, pero a pesar de la lógica tristeza todos tienen la alegría del sueño cumplido.

[...] Ce n'était qu'une apparence, qui s'effaçait, après avoir créé une illusion. tout n'est que rêve. Et, au sommet du bonheur, Angélique avait disparu, dans le petit souffle d'un baiser. (*Le rêve*, 233).

Son las últimas frases con que Zola termina esta novela, el lector, si quiere, puede comprender.

La bête humaine. (En adelante es citada como *La bête*).

En esta obra Zola marca aún más la oposición temática y estilística que tanto gusta establecer entre sus producciones para crear un ritmo interno de equilibrio. Si *Le rêve* era la novela de la pasión amorosa casta y espiritual, *La bête* es el relato de la pasión desbordada que lleva a la locura y el asesinato por la fuerza irreprimible del instinto; por la misma razón, *Le rêve* es la novela del espíritu, *La bête* la del cuerpo. En *Le rêve* el tiempo transcurría lentamente desde una particular paralización en la Edad Media; en *La bête* la locomotora protagonista anuncia el ritmo imparable del progreso devorador de cuanto encuentra a su paso. Pero lo más importante para nuestro trabajo es que mientras en *Le rêve* una especial religiosidad mística y mítica invadía el escenario, los actores y las acciones, en *La bête* no existe la menor referencia al fenómeno religioso en ninguno de sus aspectos espirituales o clericales. Mientras que en las novelas de los *Rougon-Macquart* a las que hemos hecho referencia hasta ahora encontramos, por insignificante que sea, algo relativo a nuestro tema de estudio como ocurre igualmente en las posteriores a *Le rêve*, la originalidad de *La bête*, para nosotros radica, entre otras cosas en que no hay ninguna alusión al fenómeno religioso, y esto no debe extrañarnos una vez que conocemos la búsqueda zoliana de los contrarios sucesivos en la saga y la saturación de la temática religiosa en la novela precedente.

La bête hemos dicho que es la novela de la pasión amorosa desenfrenada hasta acabar en el asesinato. El crimen es también el pretexto para estudiar no sólo la patología del asesino sino del mundo de los tribunales de justicia en general.

El protagonista de esta novela es Jacques Lantier, un imprevisto hijo de Gervaise y su amante Lantier, creado por Zola debido a las necesidades de desarrollo de la saga una vez que los otros hijos de esta trágica unión, Étienne y Claude, ya había desempeñado el papel protagonista en *Germinal* y *L'oeuvre* respectivamente.

Este nuevo personaje, Jacques, es el que padece más los desequilibrios heredados por

la sangre, pues está poseído por un deseo irreprímible de matar al tener una relación sexual con una mujer. Jacques conoce esta tendencia asesina y por eso ha evitado siempre la posibilidad de una relación íntima rehuendo todas las ocasiones que se le han presentado. Por lo demás, Lantier es un personaje muy apreciado por todos los que le conocen, a pesar de su búsqueda constante de la soledad refugiándose en el trabajo, donde destaca en su puesto de maquinista de locomotoras.

La protagonista femenina es Séverine, una atractiva muchacha de origen muy humilde que en su primera juventud había sido seducida por el todopoderoso Grandmorin, el anciano presidente de la Compagnie de L'Ouest, la principal empresa de trenes. Convertida en una mujer, el seductor había decidido buscarle un marido, un honrado trabajador de los ferrocarriles, Roubaud, bastante mayor que Séverine e ignorante de todo lo que había ocurrido entre ésta y su jefe, quien, encariñado con la joven y para hacerle la vida más cómoda la había dotado magníficamente al casarla y procurado un buen puesto al esposo, al cual ayuda siempre que hay alguna complicación en el trabajo. Una estúpida indiscreción de Séverine hace comprender a Roubaud el turbio pasado de su mujer, algo que no puede soportar porque los celos son su verdadero problema. Destrozado su matrimonio, Roubaud planea el asesinato de Grandmorin y hace a Séverine cómplice del mismo. El crimen tiene lugar en un vagón cuando el tren atraviesa un túnel y es presenciado casualmente por Lantier que estaba paseando junto a la vía en una estación apartada disfrutando un permiso. Lantier se presenta como testigo del asesinato pero no reconoce a los ejecutores, el matrimonio Roubaud; éstos empiezan a sentirse muy nerviosos y consideran que Jacques lo sabe todo y quiere algo, quizá chantajearlos. Aprovechando que trabajan en el mismo sitio, el jefe de estación entabla amistad con el maquinista a quien lleva a su casa para saber qué intenciones tiene; cuando los Roubaud descubren que Jacques es sincero e ignora toda la tragedia es demasiado tarde: Séverine y Lantier se han enamorado, Mme. Roubaud cuenta al amante toda la historia y es ella ahora la que pide a Jacques que asesine a su marido a quien no soporta y que la atemoriza constantemente. Los acontecimientos se desencadenan con rapidez, como a imitación de la locomotora conducida por Lantier: el maquinista mata al jefe de estación y después, al recobrar la locura de la que se creía curado, a Séverine. Por encadenamiento de tragedias, su compañero de trabajo, el fogonero Pecqueux, celoso de Jacques, a quien cree amante de su esposa, se enzarza en una discusión con el maquinista mientras viajan hacia Rouen, la discusión se calienta y Pecqueux y Lantier llegan a las manos, golpéandose uno al otro caen de la máquina y todo el resto del convoy pasa por encima de sus cuerpos destrozándolos por completo.

La última imagen descrita en la novela es la del tren, lleno de soldados enviados al frente de Sedan, marchando en una loca carrera sin control como símbolo del desastre previsto para el Segundo Imperio.

L'argent.

El proyecto para hacer esta novela sobre el mundo del dinero es tardío, no aparece en el plan primitivo sino hacia 1877 tras la publicación de *Son Excellence* y en coherencia temática con los asuntos tratados en este relato y en *La curée*, pues Zola quiere dejar muy clara la relación directa entre el mundo de la especulación, tanto inmobiliaria como bursátil, con la política de Napoleón III.

El protagonista de *L'argent* es Aristide Rougon, el mismo de *La curée*, personaje heredero de la ambición, la inquietud nerviosa y actividad febril de su madre, la terrible y famosa Felicité Rougon. En *La curée* vimos a Aristide adoptar el apellido Saccard tanto para aparecer ante la sociedad como un hombre nuevo, sin pasado comprometedor, como para dificultar el establecimiento de relaciones entre sus actividades y las de su hermano Eugène Rougon, el poderoso ministro de Interior, al amparo del cual Aristide construye toda su gran fortuna. En *La curée*, la especulación realizada por Saccard era la inmobiliaria, se aprovechaba de las informaciones obtenidas merced al cargo de comisario supervisor, otorgado por su hermano el ministro, para controlar todo el proyecto de renovación urbanística del Segundo Imperio; tras enriquecerse hasta unos límites fuera de lo imaginable le sobreviene la catástrofe y la ruina, pero sólo temporal, porque nos volvemos a encontrar a Aristide de nuevo en *L'argent*, dedicado ahora a especular en la Bolsa.

El tema central de la novela en cuestión es el análisis del nuevo desarrollo del capital inmobiliario a partir de la expansión del liberalismo económico de la segunda mitad del XIX que hace necesaria la acumulación de grandes depósitos dinerarios para ser invertidos en la infraestructura de los consolidados estados burgueses. El enfoque de esta temática se realiza de forma curiosa pero muy explicativa a través de la oposición de dos tipos de bancas, tras de las cuales hay unos intereses sociopolíticos, e incluso religiosos, muy evidentes; nos estamos refiriendo al enfrentamiento entre la tradicional banca judía, fusionada en Francia con el capital de procedencia protestante, y la banca de los círculos católicos. El primero de estos dos grupos está centralizado en torno al conocido clan Rothschild, familia judía que precisamente en esta época consolida su hegemonía total en el sector económico, y que en la novela zoliana está representada por Gudermann, el banquero judío paciente, tenaz e

implacable; el segundo grupo es el que lidera Saccard con su Banque Universelle, aglutinadora del sector católico, como de hecho había ocurrido con la verdadera Union Générale del banquero Bontoux, acumuladora del capital de los legitimistas y la Iglesia, la cual a partir de todas las circunstancias derivadas de la llamada "Cuestión de Roma", con la autorización vaticana había trabajado para conseguir la acumulación de fondos a través de las parroquias en nombre de dos valores tradicionales: Dios y el Rey. Establecidas así las fuerzas económicas francesas era evidente que al Imperio le interesaba el triunfo del grupo capitaneado por Rothschild y los protestantes, a pesar de su carácter republicano, frente al grupo católico, representante de la reacción e integrado por los principales nombres de la antigua aristocracia. El gobierno de Gambetta, de matiz tímidamente republicano, facilitó las cosas para que mediante una serie de operaciones, basadas en la información que desde los centros políticos había pasado a los bursátiles, se produjera una grave tormenta de alzas y bajas totalmente inesperadas que dio al traste con L'Union Générale, tal y como ocurre con la Banque Universelle de Saccard en la novela, (Lanoux, 1982).

Zola, al describir toda esta historia del mundo del dinero, resalta el disfraz religioso católico urdido por Saccard para encubrir sus verdaderos fines aprovechando la circunstancia política coyuntural entre París y Roma. La novela llega a convertirse en el enfrentamiento abierto entre dos hombres, Saccard y Gundermann, rodeado el primero de un ejército de mujeres, los agentes más activos en una interesante guerra de informaciones en la que se evidencia el poder femenino actuando en la sombra.

La débâcle.

Otra novela que vuelve a suscitar la polémica con respecto a la intención que Zola tenía al publicarla. Esta obra es el relato de la guerra y la barbarie universal, concretado en el desastre francés de Sedán, liquidador del Segundo Imperio.

La causa del debate entre los seguidores y contrarios de Zola por esta novela se debe a la descripción negativa que hace el de Médan de la mayoría de los combatientes franceses, en particular de los altos mandos del ejército, a quienes presenta como personas desorganizadas, cobardes e ineficaces, causantes directos de la catástrofe militar y de sacrificar gran cantidad de soldados, los cuales, por su parte, tampoco tienen un comportamiento muy adecuado a las circunstancias, pero quedan exentos de culpa al tratarse de subordinados que han de cumplir las órdenes de responsables superiores. Esta pintura de unos acontecimientos tan decisivos para la conciencia nacional francesa colectiva no gustó para nada a los círculos

conservadores y mucho menos a los militares, para ellos el patriotismo de Zola quedaba cuestionado con este libro. La discusión sobre el asunto tuvo tanta repercusión que incluso un oficial alemán, Tanera, demostró su desacuerdo con la exposición zoliana del proceso; este militar, participante en la guerra francoprusiana en los mismos frentes descritos en *La débâcle*, que había permanecido una temporada más en territorio francés como vigilante de la ejecución de las condiciones del tratado de paz, escribió un extenso artículo en el que se defendía el honor y la grandeza del ejército francés y su capacidad táctica hablando de las dificultades prusianas para conseguir la victoria y aportando gran cantidad de hechos demostrativos de lo que decía.

La respuesta de Zola no se hizo esperar. También el literato rebatió con hechos probados el ataque periodístico, ya que la labor de recogida de documentación para el relato de esta obra había sido una de las más exhaustivas de los *Rougon-Macquart*. Zola argumentaba que el interés del militar Tanera por exaltar al ejército napoleónico se debía al hecho de que, de este modo, se aumentaba la gloria del triunfo prusiano. Zola consideraba que su patriotismo no podía ser puesto en duda por esta novela cuando, por el contrario, en ella pretendía demostrar la grandeza de la Francia que resiste y tiene en potencia la fuerza para poder rehacerse tras veinte años del verdadero desastre y aniquilación del auténtico espíritu francés, que es lo que realmente había significado el último periodo histórico vivido, y era lo que él pretendía demostrar con su saga de la historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio, el peor régimen conocido en Francia.

La decadencia y falsedad de las instituciones imperiales quedan manifiestas en la guerra, necesaria, según Zola, incluso con el baño de sangre, para revitalizar todo el corpus social sumido en la degradación a que la había llevado la pérdida de valores, consecuencia de la nefasta política de Napoleón III, usurpador de todos los derechos constitucionales que el proceso revolucionario del 89 había conseguido, poniendo a Francia en cabeza de la democratización del mundo.

El protagonista de la novela es Jean Macquart, el cual también había sido un personaje principal de *La terre*. Jean, vuelto a enrolarse en el ejército tras la tragedia en que termina la novela citada, es en *La débâcle* un cabo responsable de un pequeño grupo de hombres a su mando, a través de cuya experiencia Zola va narrando los hechos históricos, hasta llegar a la derrota de Sedán y a los acontecimientos de la Comuna parisina, y, concluidos éstos, a la necesaria tarea de empezar la construcción del país destrozado con el ánimo de que la guerra ha servido de regeneración tras acabar con la podredumbre de un sistema surgido de la ilegitimidad; labor hacia la que se encamina Jean Macquart de regreso a su casa con intención

de trabajar la tierra, como vemos en las últimas páginas de la novela.

Las alusiones al tema de nuestro estudio son mínimas en *La débacle*, sólo hemos encontrado breves descripciones de las oraciones de algunos soldados de origen campesino, como Pache, que rezan de una manera maquinal y espontánea para asegurarse la protección al entrar en combate o el suministro de comida; frente a ellas las burlas de otros soldados, como Chateau, pintor de edificios en el parisino Montmartre, el cual critica la superstición de la gente del campo.

Le docteur Pascal.

Esta obra última de los *Rougon-Macquart* no despertó el interés esperado por tratarse de la novela que cierra la saga. Fueron muchas las críticas en contra de lo descrito en *Le docteur* y que vieron en la novela un final que no servía como demostración de las tesis zolianas trazadas en el plan general con el que fue concebida la saga, sino más bien un relato autobiográfico del propio Zola en sus aspectos ideológicoliterarios e íntimos.

Los paralelismos entre el propio Zola y el protagonista de la novela, el doctor Pascal son más que evidentes. Hay una identificación casi total entre los planteamientos filosóficos del autor y los de su personaje, además la vida de ambos, realidad y ficción, son muy parecidas sobre todo en lo referente a los años últimos de la madurez. Además, como detalle anecdótico, hay que recordar que Zola, durante el exilio de varios meses que, como consecuencia del asunto Dreyfus, pasó en Inglaterra, se hacía llamar precisamente M. Pascal.

La decantación del doctor Pascal por el positivismo científico, su única creencia como realidad verificable, coincide con la postura zoliana de la demostración a ultranza de los hechos, frente a la actitud de otros escritores, que, a partir de Renan sobre todo, se inclinan por el misticismo, el esoterismo y la imposibilidad de exponer de manera totalmente racional las cosas; tendencias predominantes a partir de los últimos años del XIX con las que Zola no se identifica para nada, radicalizándose, por el contrario en su idea del naturalismo determinista. Como Pascal, Zola, aunque no las comparta, tiene un respeto por determinadas creencias, por una cierta fe en lo indemostrable, pero rechaza cualquier tipo de desviación, por mínima que sea, hacia el fanatismo.

Pascal, el médico protagonista de la obra es el tercero de los hijos varones de Pierre y Felicité Rougon; es el único de la familia que no ha participado en ninguna de las maquinaciones por el éxito económico, social o político que se han descrito en las sucesivas novelas de la saga, aunque ha intervenido en algunas de ellas, pero siempre alejado del centro

motor del clan, más bien como un observador al margen y anotador de los hechos; pues verdaderamente ésta es la función que el médico zoliano tiene que cumplir, por una parte Pascal es un profesional de la nueva medicina, pero, por otra, es un investigador obsesionado por el estudio de las leyes de la herencia genética como determinantes de los comportamientos de los seres humanos, investigación que lleva a cabo con los miembros de su propia familia, a partir de Adélaïde Fouque, origen común del clan Rougon-Macquart; Pascal ha acumulado y estudiado una cantidad ingente de datos sobre todos sus parientes y como resultado ha escrito una serie de volúmenes acerca de su familia que no son del agrado de su madre, Felicité, la cual intriga hasta lo imposible para hacerse con el trabajo fruto de la investigación del hijo con el fin de destruirlo, ya que puede ser perjudicial, de hacerse público, para la reputación de la familia que al fin ha conseguido el ansiado poder.

La vida del médico ha sido la del sabio enclaustrado en su estudio pero consciente analizador de los que le rodean, con una actividad social humanitaria a través del ejercicio de su profesión. Una vida en solitario con la única compañía de su ama Martine, cuya fidelidad total por el bien del médico es a la larga perjudicial; y Clotilde, la sobrina.

Clotilde es hija del primer matrimonio de Aristide Rougon, quien, al enviudar y necesitar estar libre de responsabilidades familiares para lograr su ambiciosa carrera, se desembaraza de sus dos hijos y los envía a su ciudad natal, a Plassans. Clotilde, de siete años, es recogida por su tío Pascal, quien la educa utilizando el mismo método que él lleva en sus investigaciones, la demostración de la verdad total sin ningún tipo de encubrimientos o mentiras. Clotilde tiene también el ejemplo de Martine y su religiosidad simple; a causa de la influencia de esta última, la joven, en una determinada etapa, llega a caer en una especie de fanatismo, que amenaza con romper la larga y apacible relación con su tío; superado este periodo crítico, Clotilde y Pascal inician una relación de amor que termina con la muerte del médico, en el comienzo de su vejez, pero que se continúa con el nacimiento del hijo de ambos, representante del vitalismo positivista que recorre toda la obra.

Zola describe como ejemplar el amor de tío y sobrina, unión que tiene mucho que ver con la del propio escritor y su amante, también muchos años más joven que Zola, Jeanne Rozerot, con la que tuvo dos hijos, Denise y Jacques.

La Regenta. (LR en adelante. Citamos según la edición de Alianza Editorial, 1966).

La primera y más importante de las dos novelas largas escritas por Leopoldo Alas, significó la consagración como novelista de Clarín, hasta ahora famoso por los implacables artículos periodísticos de crítica sobre temas diversos, firmados con el seudónimo con el que se dio a conocer desde sus años de estudiante en Madrid.

Alas publica *LR* muy joven, con treinta y dos años, al comienzo de la madurez, y es plenamente consciente de que ha producido una obra de arte importante, de ello se enorgullece.

La novela rápidamente es encuadrada dentro del círculo de las producciones naturalistas que a partir de la publicación en 1881 de *La desheredada* de Galdós, empiezan a ver la luz en España, y que es engrosado por obras de otros importantes literatos como Galdós, Pardo Bazán, Valera, Pereda o Blasco Ibáñez, aunque no todos estos autores estén totalmente de acuerdo en formar parte de dicho grupo seguidor de la nueva corriente novelística nacida en Francia y que tiene como jefe de escuela a Émile Zola. Con el tiempo y con las peculiaridades diferenciadoras características del naturalismo español, basadas en la evolución del realismo clave de la novelística española a partir de Cervantes y la Picaresca, Leopoldo Alas es considerado el escritor representativo de la novela naturalista en España.

LR puede ser considerada como una novela de estudio psicológico, dado el tratamiento que hace Clarín de los protagonistas y de otros personajes secundarios; pero centrado sobre todo en la figura de Ana Ozores, de Fermín de Pas y de Álvaro Mesía, entre los que se establece un particular triángulo amoroso, al que se une, pero desde otra perspectiva, la figura de don Víctor Quintanar. La novela, de hecho, narra la historia de una mujer joven de una típica y tradicional ciudad española de provincias del periodo de la Restauración llena de frustraciones a lo largo de toda su vida aún corta.

Ana por su origen paterno pertenece a la clase alta de Vetusta. Don Carlos Ozores, era un heredero segundón de una antigua familia hidalga, pero el carácter inquieto, estudioso y liberal de Ozores lo aleja de las pautas habituales de su clase y se casa en Italia con una humilde modista que muere al nacer la niña. Este origen plebeyo materno será considerado por los miembros de la buena sociedad vetustense la causa de todas las posibles salidas de tono de la protagonista, a lo que añadirán las extravagancias del buen don Carlos, liberal radical que ha invertido y perdido toda su fortuna al servicio de causas sin futuro en la complicada política española de la segunda mitad del XIX. Huérfana de padre también al principio de su adolescencia, Ana es recogida como por caridad por sus dos solteronas tías paternas, que le hacen saber su pobreza y la única solución en un matrimonio por interés, al que Ana puede acceder por su belleza espectacular. Ana se casa con un respetable señor mayor, ex-regente

de la Audiencia de Vetusta, que le proporciona una tranquila vida en una rutinaria pero amable relación paterno-filial. Este matrimonio, si bien no hace desgraciada a la joven, en modo alguno satisface las necesidades biológicas y las intensas inquietudes espirituales de la Regenta; mujer inteligente acostumbrada desde la infancia a llenar su carencia de ternura y cariño, en medio de la soledad en que crece, con constantes reflexiones y ensufiaciones hasta conseguir crearse un mundo de fantasía donde refugiarse y ser feliz.

Casada, con veintisiete años, Ana ve transcurrir su vida con un tedio y una rutina insoportable. Acostumbrada a soñar, se le cruza por la cabeza la imagen del conquistador oficial de Vetusta, don Álvaro Mesía, que sobrepasa los cuarenta, por quien se siente atraída tanto por su aspecto atractivo y elegante como por la imagen que se ha forjado la Regenta del seductor como un hombre diferente a todos los otros que frecuenta en su círculo. Por su parte, el donjuán también se ha fijado en Ana, pero en él domina el deseo de conquista de la mujer máspreciada de la ciudad, cuya fama de honesta la hacen parecer una pieza inalcanzable; todo lo cual ya es suficiente para incitar a tan inmaduro caballero a la conquista de la hermosura oficial de Vetusta. Ana, por su parte, aunque no puede negar la atracción que siente por Mesía, por su honradez y el respeto que tiene para con su marido y para consigo misma, es incapaz de caer en una aventura frívola, como hacen otras señoras de su clase; la Regenta busca otro tipo de amor que, por su condición de casada, le parece imposible; por eso intenta sobrevivir a través de una pasión espiritual, en el sentimiento de lo religioso, que le proporcione el éxtasis místico.

El capítulo primero de la novela empieza justamente con la presentación de don Fermín de Pas, Vicario General, además de otras dignidades, de la catedral de Vetusta, el cual ha sido designado por su envejecido amigo, el arcipreste Ripamilán, como sucesor en la dirección espiritual de la Regenta. Una herencia de este tipo es muy apetecida por todos los curas de la diócesis y también por el orgulloso Magistral que accede así a una hija de confesión famosa tanto por su belleza como por su honorabilidad y que, tras la primera confesión, deja trastornado el espíritu del sacerdote.

Don Fermín había llegado al sacerdocio por obligación, tanto por parte de sí mismo como por exigencia de su madre, para la cual la única posibilidad de salida de su existencia miserable en una aldea de la cuenca minera, era conseguir que el hijo se ordenara sacerdote e hiciera carrera en la Iglesia. Esta imposición propia y de doña Paula, la madre, ha condicionado la vida de De Pas desde el principio; incluso llegó a tener vocación religiosa aventurera cuando estudiaba con los jesuitas en León, pero se trataba sólo de un sueño ya que con la Compañía no hubiera sido posible lograr la ambición personal de doña Paula, por eso hubo que dejar a

los jesuitas e ingresar en el seminario. Una vez ordenado sacerdote, su inteligencia y capacidad de trabajo le permiten situarse rápidamente en una buena posición, a lo que no es ajena la ayuda del obispo don Fortunato Camoirán, totalmente dominado por los deseos de su ama, doña Paula.

Establecido en la Curia de Vetusta, don Fermín ha conseguido mucho dinero para su madre, aunque no de manera lícita, y considerable poder para él, de hecho el Magistral es quien manda en la diócesis; cumple muy bien con su cometido externo de cura, otra cosa es su moral, que no es más que su gran egoísmo y conseguir la alabanza de su vanidad, pero en privado se permite la satisfacción de todos los deseos que su estado sacerdotal le veta, si bien con cubrir de forma adecuada las apariencias está solucionada una cuestión de la moralidad católica por la que don Fermín no siente ningún respeto.

Con todo, ha llegado un momento en que De Pas se siente insatisfecho y aburrido de las intrigas sucias para mantenerse en su puesto y mejorar de posición en la demasiado lenta carrera eclesiástica, para cuyos puestos más altos se ve suficientemente capacitado. Este hastío en que vive Fermín queda roto cuando, a los treinta y cinco años, conoce a la Regenta en el confesionario.

El otro protagonista en esta historia de pasiones amorosas es el marido, don Víctor Quintanar. El ex-regente vive completamente ajeno a todo lo que pasa por la cabeza y el corazón de su esposa, por la que se preocupa y a quien cuida en las enfermedades contraídas como consecuencia de las crisis nerviosas por las que atraviesa; pero don Víctor está enfrascado en las pequeñas pasiones que su acomodada jubilación le permite: la caza con su buen amigo Frigilis, los inventos y el teatro, su vocación frustrada.

Así las cosas, De Pas se enamora locamente de la Regenta, la cual asqueada de los sentimientos, para ella incompatibles con el estado sacerdotal de Fermín, abandona la relación de hermandad espiritual establecida con su confesor y se entrega a Don Álvaro. Don Víctor descubre el adulterio y es incitado por el Magistral a batirse en duelo con Mesía, el cual mata a Quintanar y se marcha lleno de cobardía a Madrid.

Ana cae gravemente enferma abandonada de todos excepto de Frigilis. Una vez recuperada, entra en la catedral buscando consuelo; don Fermín, mudo, la rechaza después de haber conseguido reprimir el deseo de estrangular a la mujer amada, que se desmaya ante la violencia de la escena.

Pero *LR* es mucho más que un excelente relato pasional a través del estudio pormenorizado y analítico de la psicología de los personajes. En *LR* Clarín expresa toda su crítica de la moral hipócrita de la sociedad española de la Restauración, sobre todo los estratos

acomodados. Un catolicismo por interés es la cobertura bajo la cual la gente bien de esta ciudad de provincias lleva una existencia decadente y corrompida, donde sólo guardar las apariencias es la regla moral que hay que seguir. La espiritualidad profunda que Alas había heredado de su madre por un lado, y su carácter de intelectual regeneracionista adquirido a través del Krausismo en su etapa de estudiante en Madrid por otro, hacen que Ciarín rechace el esquema social vigente, a través de un estilo irónico en extremo.

Oviedo se vio identificada en la imagen de Vetusta y el retrato no gustó a los sectores conservadores de la Iglesia y de la burguesía, los cuales acusaron a Alas de una inmoralidad que ha venido siendo asociada a su nombre en sectores oficialistas hasta bien adentrados en la década de los sesenta del presente siglo.

II. SOCIEDAD E IGLESIA EN EL SIGLO XIX

La segunda mitad del XIX supone el final del Antiguo Régimen y da paso a estructuras más o menos democráticas y participativas que liquidarán en mayor o menor medida, según las naciones, las instituciones del Absolutismo. Es a lo largo de esta segunda mitad del siglo XIX cuando la burguesía va a culminar su Revolución al llegar a detentar oficialmente el poder frente a los estamentos tradicionales, nobleza y clero, que quedan relegados a un segundo plano o que si participan en el gobierno es a través de pactos, hasta entonces inimaginables, con la burguesía dominante. Una burguesía que, por otro lado, para mantener y consolidar definitivamente sus intereses de clase no duda en apartarse de los otros subgrupos del llamado Tercer Estado del que ella misma formaba parte en el Antiguo Régimen.

Se produce pues, a partir del momento referido y concretamente, a partir de las diferentes revoluciones que se dan en diversos países europeos -Francia, Países Bajos, Austria, España, estados alemanes e italianos- un ordenamiento en medio del caos que hasta cierto punto supuso la Revolución del 89. La sociedad estamental absolutista ha dado paso a otro tipo de sociedad burguesa donde hay, por una parte, un pacto por la supervivencia de los elementos del primero y segundo estado, es decir, la nobleza y el clero -supervivencia por parte de estos dos sectores en espera de la coyuntura para retomar el poder- al menos al principio. De otra parte, una sociedad burguesa que se opone a cualquier tipo de reivindicación que vaya más allá de sus propios planteamientos de clase y que, deja de lado a sectores del antiguo Estado Llano menos favorecidos, la pequeña burguesía y los obreros de las ciudades y el campesinado.

Tanto en España como en Francia, la segunda mitad del XIX está ocupada por sucesivos periodos de turbulencia y relativa calma -sobre todo en el caso español- que no son más que los movimientos lógicos hasta conseguir el asentamiento en el poder por parte de la nueva clase burguesa triunfante. En el caso francés la burguesía se convierte en la clase dominante lo que se plasma en el funcionamiento del Segundo Imperio y, tras su caída, en la vuelta al sistema republicano. De todas formas, en Francia, el periodo imperial ejemplifica las nuevas relaciones interclases. En España quizá la situación no esté tan clara por la diversidad de subgrupos ideológicos y sociales diferentes y en constante oposición. Además, tras la pérdida de los territorios americanos continentales, España ha quedado relegada al papel de potencia de segundo orden frente a los nuevos imperios coloniales francés y británico del XIX que dominan el panorama económico, y con un ejército dividido y mal equipado y preparado que no tiene ni punto de comparación con la disciplina bismarkiana del nuevo y poderosísimo ejército alemán, pero que es muy consciente de su fuerza en la política interna del país, no

tanto en cuanto a mantener el orden democrático sino como responsable directo en los cambios de gobierno, a veces de carácter liberal radical.

A este cambio de valores económicos y políticos hay que añadir un factor determinante en el plano ideológico: el pensamiento de la Iglesia y, concretamente la Iglesia Católica, ya abierta y fuertemente cuestionada por los sectores laicos revolucionarios del XVIII e internamente también a lo largo de los diferentes pontificados del XIX con objeto de hallar un nuevo papel en un mundo que pone en tela de juicio su poder temporal y espiritual.

Es a partir de este periodo cuando se producen las mayores transformaciones entre la Iglesia y el Estado en dos direcciones: la relación del Estado, de cada estado, con su propia Iglesia nacional, y la relación del estado de cada país católico con la Santa Sede, que durante el XIX perderá prácticamente su poder político y temporal en beneficio de una centralización total de la Iglesia Católica en Roma y en la figura del Papa, reforzada a partir del dogma de la infalibilidad.

Con respecto a la relación de cada estado con la iglesia católica de su país (la iglesia nacional) tanto en Francia como en España aparecen dos aspectos fundamentales: el poder económico y el poder ideológico de la Iglesia Católica en su relación con el poder político. Una iglesia católica que, en palabras de G. Redondo,

[En el siglo XIX] buscó dar respuesta esencialmente a tres grandes cuestiones: en primer término, a sus relaciones con el estado, con la nueva estructura social que paulatinamente se levantó en todo el mundo; a la relación entre la fe y la razón, en segundo lugar: el problema de los fundamentos posibles de la Teología, del ser cristiano, que, tan duramente habían sido atacados por la Ilustración.

Esta doble tarea de reconstrucción práctica y teórica -que, además, hubo de realizarse bajo un ataque generalizado- llevó a la Iglesia a reafirmar una vieja doctrina -y tal es la tercera cuestión-: la doctrina de la unidad en torno a su cabeza, el Papa, tan atacada por las pretensiones de las iglesias nacionales, respaldadas con frecuencia por el poder temporal. Tres cuestiones distintas que descansaban sobre un impulso único: la aparición y afianzamiento de la ideología liberal. (Redondo, 1985, pág. 57).

Antecedentes en Francia: Sociedad e Iglesia hasta el Segundo Imperio.

Después del Terror, la burguesía, la nueva clase social poderosa tras su revolución, necesita fortalecer los logros obtenidos, uno de ellos, la seguridad en la posesión de los bienes nacionales confiscados en gran parte al clero. Para ello Napoleón en 1800, durante el periodo

del Directorio, inicia un acercamiento hacia Pío VII, que llevará al Concordato de 1801 por el cual la Iglesia de una parte reconoce un Régimen diferente del orden anterior, admite la secularización de las que habían sido sus propiedades y su venta y adquisición (ya la había realizado de hecho la burguesía) como bienes nacionales; y el Estado seguiría pagando al Clero.

A cambio, el Primer Cónsul y el Gobierno Francés reconocen a la Iglesia Católica no como la cabeza de la religión del Estado, sino como la de la mayoría de los franceses. El otro problema que afectaba tanto a Roma como a la República Francesa era el referido a la iglesia nacional frente al papado, al galicanismo que tras la Constitución Civil del Clero de la Revolución había llevado a la división del obispado francés en legitimistas y constitucionales. Por el Concordato de 1801

[...]el control que el Estado se dispuso ejercer sobre los nuevos obispos, haría ver a éstos que en su vinculación a Roma estaba la posibilidad casi única de afirmar su libertad de espíritu. (Redondo, 1985, pág. 33).

Durante los primeros años del Imperio de Napoleón continúan las buenas relaciones con Roma: se aumenta el número de seminarios pagados por el Estado, se crea el Ministerio de Cultos, las altas jerarquías eclesiásticas empiezan a ser incluidas en el protocolo imperial y se redacta el Catecismo Imperial (1806) ortodoxo, único y obligatorio en toda Francia y que señalaba en el cuarto mandamiento el respeto al emperador.

La caída definitiva de Napoleón lleva a la restauración borbónica con los reinados de Luis XVIII (1814-24) y Carlos X (1824-30), sobre todo con éste último, que se hace coronar con toda la magnificencia del Antiguo Régimen en Reims, despertando el entusiasmo popular en una sociedad en la que, aunque oficialmente aparece como de mayoría católica, hay un descenso en la práctica que se atribuye al progreso del racionalismo del XVIII y a los veinticinco años de vigencia de la Revolución en sus diferentes periodos. Hay, pues, una contradicción notoria en el intento restaurador por parte de la monarquía borbónica y la jerarquía de la antigua Iglesia galicana francesa en que aquella se apoya a través de la célebre alianza entre el Trono y el Altar (la misma del Carlismo español, del que hablaremos inmediatamente), y la burguesía francesa que defiende las libertades individuales y la tolerancia religiosa y que denunciará la referida alianza porque

[...]les affaires religieuses compromettent la stabilité politique et contribuent au pourrissement de la majorité. Le comte de Montlosier, vieux gallican, denonce en 1826 dans plusieurs mémoires la Congregation et les jésuites, le vieux noble redute les

empiétements du "parti prêtre" sur la volonté monarchique". (Duby, 1987, pág. 367).

Sin embargo también en el seno de la Iglesia se había producido una transformación durante el pontificado de Pío VII y si, por una parte, en el Congreso de Viena (1815) se habían recuperado los antiguos territorios de los Estados Pontificios, gracias tanto a los buenos oficios del representante romano, cardenal Consalvi, como al apoyo británico y francés que desconfiaban de una Italia dominada por Austria y que preferían el fraccionamiento peninsular y unos Estados Pontificios fuertes; por otra parte, la Iglesia no firma la Santa Alianza -en contra de resurgimientos liberales- órgano de control del Congreso de Viena y, por tanto, del intento de reforzar el Absolutismo.

Los breves pontificados de León XII (+ 1829) y Pío VIII (+ 1830) significan un periodo de continuación de la política de Pío VII, si bien con diferente actitud en política exterior, según la relación con un país concreto y la política interna de los recuperados Estados Pontificios.

España: Sociedad e Iglesia hasta La Restauración.

La sociedad española del XIX era una sociedad fundamentalmente agraria. La existencia de una gran cantidad de la tierra en régimen de propiedad de "manos muertas", pertenecientes a los mayorazgos y sobre todo a la Iglesia, hacía que la mayor parte de la superficie cultivable no se pudiera enajenar ni dividir -pero sí aumentar el patrimonio-. Esta situación es una continuación agravada de un estado de cosas con respecto a la propiedad de la tierra que ya en el XVIII había hecho considerar a los pensadores ilustrados, sobre todo a Jovellanos, en poner fin a la expansión de los bienes de esta naturaleza. Hasta este momento no se pensaba en la expropiación de bienes eclesiásticos, pero a fines del XVIII y principios del XIX, durante el gobierno de Godoy, ya tienen lugar las primeras apropiaciones de estas tierras de la Iglesia, proceso que continúa en el reinado de José Bonaparte y lleva a las Cortes de Cádiz a dar un decreto general de desamortización en septiembre de 1813.

Con respecto a este tema recogemos la siguiente cita del estudio de Herr:

Las víctimas de la desamortización fueron la Iglesia, los municipios y los campesinos pobres y proletarios agrícolas. Los primeros por razones obvias. Los

segundos, porque muchos de ellos habían venido beneficiándose de la propiedad eclesiástica o comunal (ya fuera en forma de caridad, de aprovechamiento de pastos y montes, de buenos términos de arrendamientos, etc.). En ellos se ha visto el origen social de las rebeliones campesinas de signo carlista o anarquista que se repiten a lo largo del siglo, hipótesis muy verosímil. (Citado en Tuñón, 1993, pág. 37).

Lo interesante del caso es que, en realidad, la desamortización fue más una medida económica que política, utilizada por uno y otro sector, conservador o liberal, ya desde la primera medida de Carlos IV en 1798 hasta las de Mendizábal, Madoz y el gobierno progresista de 1855-56. Justamente esta ley Madoz suspendida en 1856 se puso de nuevo en vigor en el 58 y permaneció con tal rango hasta 1895.

De todas maneras la ley Madoz surge cuando ya se había firmado el Concordato entre el gobierno español y la Santa Sede, molesta por todas las desamortizaciones anteriores. Esto es significativo porque, a partir del Concordato, hay un compromiso en dos direcciones, de una parte, los compradores de los bienes eclesiásticos serían respetados -recordemos lo ocurrido a los propietarios de bienes de esta índole procedentes de las desamortizaciones anteriores a 1814, cuando Fernando VII, en pleno periodo absolutista, los devuelve con intereses a sus antiguos poseedores eclesiásticos- y de otra, se fija una dotación para el culto y el clero, se proclama la unidad religiosa y el sistema católico como base de toda la enseñanza tanto pública como privada.

Como se ve, hay un compromiso entre España y Roma muy similar al que había habido entre Francia y la Santa Sede. De todas maneras hay que tener en cuenta que un sector de la Iglesia Católica española, justo el que representa la Iglesia nacional, va a desviarse hacia el Carlismo, en tanto que representante del Absolutismo, del sistema de valores del Antiguo Régimen.

En torno al infante Carlos María Isidro de Borbón se forma el núcleo Carlista en oposición directa al sector Isabelino. Elemento de cohesión del Carlismo era la especial concepción de su jefe, Carlos V, del Estado, que basaba su buen funcionamiento político y las relaciones entre los gobiernos en "que haya santo temor de Dios, y con esto hay buenas costumbres, virtudes, paz, tranquilidad, alegría y todo" (tal y como le decía a su hermano, Fernando VII, en 1826 para intentar alejarlo de cualquier proyecto de ideas liberalizadoras) (Tuñón, 1993, pág.175) y, a partir de ahí, se justificaba todo el sistema estamental en el que se venía viviendo.

Frente a los principios básicos del sistema liberal, personificado en Isabel II, el Absolutismo reacciona y, frente al centralismo del sistema liberal, el Carlismo se va

identificando con las reivindicaciones foralistas y gremiales y las tradiciones basadas en la herencia medieval y, muy importante en cuanto a lo que a nosotros nos interesa: frente a la libertad de cultos de los liberales, el carlismo propugna la integridad católica.

No es de extrañar que un amplio sector de la Iglesia sintiera al principio simpatías por el grupo de don Carlos y que, por las misma razón, los sectores liberales, sobre todo los partidos Progresista y Radical, consideraran a la Iglesia como principal enemigo por destruir por sostener el oscurantismo; aunque también estaba la postura intermedia del partido Moderado que proponía la reconciliación con la Iglesia, pero consciente también de que en cierta medida había que controlar la influencia de la Iglesia en la sociedad y el mantenimiento de la desamortización.

De esta manera nos encontramos con que la actitud que la Iglesia empieza a realizar a partir de la segunda mitad del XIX es un encerrarse sobre sí misma, en su propio ambiente sociocultural, pero, al mismo tiempo, ejerce una gran influencia sobre las capas populares - como hemos visto en el caso de Francia- y alejada de dos grupos sociales: el sector obrero industrial de las ciudades que la ve como perteneciente a otro mundo distinto del preconizado por los valores modernos; y los grupos intelectuales que en la ideología católica del momento no encuentran la libertad suficiente para el desarrollo de sus actividades.

Paralelismos entre Francia y España.

La Revolución del 68, la monarquía democrática de Amadeo de Saboya y la República Federal del 73 no consiguieron cambiar la estructura socioeconómica de la España Isabelina; es más, ni siquiera la alteraron en sus bases, y ante la inestabilidad que significan los sucesos del Sexenio en los años 68, 69 y 73, tanto en la clase dominante, que ostenta el poder, como en las clases medias tradicionales, que sustentan a aquélla, se va imponiendo la necesidad de una estabilidad, de un equilibrio, de una vuelta a la normalidad que se entiende como vuelta a lo anterior y que va a terminar en la Restauración del 74 en la persona de Alfonso XII.

En la España de los últimos momentos del sexenio las palabras "revolución", "democracia" se convierten en sinónimos de "anarquía"; el término "república" pasa a ser equivalente a "desorden". Tal y como había ocurrido en la Francia que desembocó en el Imperio de Napoleón I y el de Napoleón III, en cuanto garantes de los ideales burgueses frente al caos de las clases populares. Y esta necesidad de estabilidad de la sociedad desde las clases

en el poder a las clases medias se observa también en el ejército, factor fundamental en esta época española y caracterizado por un talante liberal pero en el que los cuadros superiores consideran que quizá se ha llegado demasiado lejos durante el Sexenio.

De la misma manera la Iglesia, que tras la firma del Concordato de 1851 con la monarquía isabelina, había llegado al tan buscado equilibrio por ambas partes, sacraliza el orden social establecido con un corpus ideológico en consonancia con los principios antiliberales, antidemocráticos y antisocialistas basados en los documentos pontificios de Pío IX. Para la Iglesia, la Restauración significa volver al orden cosas que ella misma había contribuido a establecer. La oposición eclesiástica sigue en el Carlismo, el señor Carraspique, representante del prototipo carlista en *LR*, afirma:

¡Estos liberales!- murmuraba cerca del Magistral.. ¡Qué Restauración ni qué niño muerto! Son los mismos perros con distintos collares...

-El Estado se burla de la Iglesia, sí, señor, eso es evidente, no hay concordato que valga; todo se promete, y no se hace nada. (*LR*, 249).

Son las voces de la reacción, pero

Los carlistas y liberales que llenaban el crucero celebraron la gracia, hubo cuchicheos, risas comprimidas, y en esto vio la Regenta un signo de paz universal. En aquel momento, pensaba ella, unidos todos ante el Dios de todos, que nacía, las diferencias políticas eran nimiedades que se olvidaban. (*LR*, 495).

En la sociedad decimonónica, tanto en la Francia del Imperio como en la España del Concordato del 51 y de la Restauración, el poder político y el poder religioso se identifican.

III. SOCIEDAD E IGLESIA: EL SEGUNDO IMPERIO Y LA RESTAURACIÓN

Instituciones sociales y moralidad.

En Francia, a los grupos dominantes del Antiguo Régimen, nobleza y alto clero, tras el triunfo del 89 hay que unir la burguesía, verdadera ostentadora del poder recién conquistado y asentado durante el imperio de Napoleón I y consolidado en el de Napoleón III.

Las dos castas dominantes laicas: la nobleza, de la sangre y de la tradición, y el nuevo grupo, la burguesía, van uniéndose lentamente por su comunidad de intereses y por la presión del clero que consigue la fusión de ambos contra las tentativas republicanas. Todo ello mediante un proceso muy lento de aproximación desde la sombra y dado el elevado número de los miembros de la Iglesia y la constancia que éstos ponen en el quehacer diario, como señala Zola en *La fortune*:

[...] Un prêtre, lorsqu'il désespère, n'en lutte que plus ardemment; toute la politique de l'Église est d'aller droit devant elle, quand même, remettant la réussite de ses projets à plusieurs siècles, s'il est nécessaire, mais ne perdant pas une heure, se poussant toujours en avant d'un effort continu. (*La fortune*, 99).

Retomemos los acontecimientos y recordemos que, incluso en 1830, la mayor parte de la población francesa permanece en el catolicismo practicante y como realistas fervientes, pero, poco a poco

[...] la foi s'en alla, la population ouvrière et bougeoise, desertant de la cause de la légitimité, se donna peu à peu au grand mouvement démocratique de notre époque. (*La fortune*, 98).

En la Revolución del 48, la nobleza y el clero se encuentran solas en sus propósitos realistas que consideran la llegada de un Orléans como un precedente de la de los Borbones. En los círculos liberales burgueses y en la masa popular el entusiasmo republicano es grande, pero no ocurre así con los círculos rentistas enriquecidos recientemente, los pequeños propietarios y comerciantes retirados que encontraban protegida su pequeña fortuna con la monarquía y que ven en la república su desastre. Es el momento de la reacción clerical de 1849. Este fenómeno se observará sobre todo en provincias como Plassans.

En la Francia de mediados del XIX, el clero se esconde tras la nobleza en el movimiento objetivo de "tuer la republique".

La entronización definitiva de Luis Napoleón (a quien habían considerado un mero instrumento) va a unir más a la nobleza y al clero resignado y, ya que el objetivo principal, matar la República, se logra, ambos sectores se vengan de su descontento uniéndose a los bonapartistas.

Algo similar ocurre en la España de la Revolución del 68 y de la Restauración posterior. Lo podemos observar si recordamos las palabras de De Pas en sus reflexiones desde el campanario de la catedral a la vista de otra ciudad provinciana como es Vetusta:

La Revolución había derribado, había robado, pero la Restauración, que no podía restituir, alentaba el espíritu de reedificación. (LR, 18),

y, por tanto, el mantenimiento de un orden con bases en el anterior.

Nos hallamos pues en un simbiótico proceso de identificación y legitimación mutua por parte de los poderes religioso y político. Una imagen poderosa de este asunto es la que presenta M. Rougon padre, primer elemento origen del árbol genealógico de los Rougon, cuando hace introspección en su despacho de alcalde y empieza mentalmente a relacionar su tan duramente conseguido triunfo con algo sagrado por medio de metáforas en progresión ascendente hasta llegar a

[...] Cette pièce, aux tentures fanées, puant les affaires étroites, les soucis misérables d'une municipalité de troisième ordre, étant un temple dont il devenait le dieu. El entrait dans quelque chose sacré, lui, qui, au fond, n'aimait pas les prêtres, il se rappela l'émotion délicieuse de sa première communion quand il avait cru avaler Jésus. (*La fortune*, 279).

Pero, al mismo tiempo, hay una identificación del funcionario civil y eclesiástico, y ahora recurrimos a Clarín y encontramos en LR:

El coro había terminado: los venerables canónigos dejaban cumplido por aquel día su deber de alabar al Señor entre bostezo y bostezo. Uno tras otro iban entrando en la sacristía con el aire aburrido de todo funcionario que desempeña cargos oficiales mecánicamente, siempre del mismo modo, sin creer en la utilidad del esfuerzo con que gana el pan de cada día. (LR, 33).

El orden religioso es garantía del orden burgués basado en un orden público represor de cualquier rebelión a la par que desarrolla un orden de la conveniencia y la apariencia.

Recordemos aquí el ejemplar discurso de Pierre Rougon, Ministro del Interior, ante la Cámara de Diputados:

On nous a accusé d'irréligion. On a menti! Nous sommes l'enfant respectueux de l'Église et nous avons le bonheur de croire... Oui, messieurs, la foi est notre guide et notre soutien, dans cette tâche de gouvernement, si lourde parfois à porter. Qu'advierait-il de nous, si nous ne nous abandonnions pas aux mains de la Providence? Nous avons la seule prétention d'être l'humble exécuter de ses desseins, l'instrument docile des volontés de Dieu. C'est là ce qui nous permet de parler haut et de faire un peu de bien... (*Son Excellence*, 427).

Es por lo que vemos la Iglesia la base del Estado y también la célula origen del estado burgués: la familia (cfr. Villacorta, 1993, pág. 163). Y así queda expuesto en los textos que a continuación citamos:

[...] Et il donna raison à l'abbé Maudit, quand ce dernier parla de la nécessité de croyances religieuses chez l'épouse et chez la mère. La conversation fut ainsi ramenée vers la religion et la politique, au point où ces messieurs l'avaient laissée. Jamais l'Église ne disparaîtrait, parce qu'elle était la base de la famille, comme elle était le soutien naturel de gouvernements. (*Pot-Bouille*, 124).

En *LR*, en una "conversación de hombres" rutinaria en el casino, el diputado Ronzal "defendía en tesis general la moralidad presente debida a la Restauración", y a la influencia del clero:

[...] En Vetusta la vida no tiene incentivos para el vicio. No digo que todo sea virtud, pero faltan ocasiones. Y la santa influencia del clero, sobre todo del clero de la catedral, hace mucho. (*LR*, 126).

Y el orden moral es la base del buen funcionamiento de todas las cosas. Pero se trata de una moral muy peculiar, basada principalmente en la apariencia. Vamos a verlo a través de algunas ideas desarrolladas por Lisa, una de las protagonistas de *Le ventre*, propietaria de una charcutería que le permite unos ingresos cada vez más sólidos, cimentadores de su posición en el nuevo peldaño de la clase social a la que ha conseguido con todo el esfuerzo de su marido ascender, y que no es otra que la pequeña burguesía con aspiraciones rentistas. Nuestra buena mujer, que no se considera en modo alguno una beata, hace las siguientes reflexiones:

[...] et elle finissait, en expliquant la nécessité absolue de la religion, pour les plus grand nombre; elle la regardait comme une police qui aidait à maintenir l'ordre, et sans

laquelle il n'y avait pas de gouvernement possible. (*Le ventre*, 306).

Lisa respondía a su marido cuando éste la provocaba con chanzas y chascarrillos contra los curas:

[...] On se massacrerait dans les rues, au bout d'un mois et l'on se trouverait forcé d'inventer un autre Dieu [...] moi je ne vis pas avec les curés mais je dis qu'il faut, parce qu'il en faut. (*Le ventre*, 305).

Y la manera de cooperar nuestra buena mujer con el buen funcionamiento que la Iglesia y sus ministros le garantizan es a través de mantener un comportamiento exterior correcto: la apariencia adecuada:

[...] Elle avait acheté un beau paroisien, qu'elle n'ouvrait jamais, pour assister aux enterrements et aux mariages. Elle se levait, s'agenouillait, aux bons endroits, s'appliquant à garder l'attitude décente qu'il convenait d'avoir. C'était, pour elle, une sorte de tenue officielle que les gens honnetes, les commerçants et les propriétaires, devoient garder devant la religion. (*Le ventre*, 306).

Lisa intuye en la religión lo que las tías de Anita Ozores, doña Anunciación y c' Águeda, tienen muy claro y es factor determinante de su pertenencia a la clase, la única posible:

[...] amaban la religión, porque éste era un timbre de nobleza, pero no eran muy devotas; en su corazón el culto principal era el de la clase. (*LR*, 84).

Seguimos ahora con los pensamientos religiosos de otro de los grandes personajes de *LR*, donde queda muy clara la unión de los antiguos poderes adaptada a la necesidad del momento histórico, se trata de don Álvaro Mesía:

"...Como en él lo principal era el político, transigía con la religión de los mayores de Paco y se reía de la separación de la Iglesia y el Estado [...]. En París había aprendido ya en 1867, cuando fue a la Exposición, que lo chic era el creer como el carbonero. Sport y catolicismo, esto era la moda que continuaba imperando. Pero es claro que lo de creer era decir que se creía. Él no tenía fe alguna "ni bendita la falta", a no ser cuando le entraba el miedo a la muerte [...]. Sin embargo, era bueno ilustrarse, fundar en algo aquel materialismo que tan bien casaba con sus ideas respecto del mundo y la manera de explicarlo [...] leyó Fuerza y materia de Bucher y algunos libros de Flammarion, pero éstos le disgustaron: hablaba bien mal de la Iglesia y bien del cielo de Dios, del alma... y precisamente él quería lo contrario. Flammarion no era

chic. (LR, 178).

Y lo *chic* es la clave del placer estético. O tal vez le podríamos preguntar a otra protagonista, aunque de segunda fila, zoliana, se trata de Mme. Deberle, la esposa del médico de *Une page*, de la cual nos dice su creador:

[...] Mme. Deberle était touchée. La religion lui plaisait comme une émotion de bon goût. Donner des fleurs aux églises, avoir des petites affaires avec les prêtres, gens polis, discrets et sentant bon, venir en toilette à l'église, où elle affectait d'accorder une protection mondaine au Dieu des pauvres, lui procurait des joies particulières d'autant plus que son mari ne pratiquait pas et que ses dévotions prenaient le goût du fuit défendu. (*Une page*, 192).

Para la señora Deberle el fruto prohibido era contradecir a su marido con sus especiales ideas y actividades religiosas. Pero, de todas maneras, la iglesia muestra su manga ancha ante frutos prohibidos mucho más rotundos y significativos, centrados sobre todo en lo relativo a la actividad sexual, que, aunque es pecaminosa y, por tanto, ilegal fuera del matrimonio -origen de la institución familiar, puede tolerarse siempre que no sea motivo de escándalo, siempre que se conserven las apariencias. De hecho, es el escándalo lo que no perdonará la clase a la Regenta y lo que la condena y aísla fuera de ese grupo social concreto.

De la tolerancia siempre que se evite el escándalo que rompe el necesario orden tenemos otros casos en Zola. Son muy significativos en *Nana*, la historia de una cortesana con amantes o clientes del gran mundo. Los comentarios de Zola ante el escándalo de vida del conde y la condesa Muffat -el conde es amante de Nana, pero la condesa también tiene sus amores-: "la religion tolérait bien des faiblesses, quand on gardait les convenances"; aunque llegados a un determinado punto:

[...] Alors, elle lui fit un peu de morale. D'ailleurs, ni l'un ni l'autre ne risquèrent une explication nette. C'était la religion qui voulait ce pardon mutuel; et il fut convenu entre eux par un accord tacite, qu'ils garderaient leur liberté. (*Nana*, 403).

Una libertad tolerada aunque no por todos, pues otra pareja, la hija de los Muffat, casada con el antiguo libertino reconvertido Daguinet, presentan un comportamiento diferente, acorde con lo que dicta la moralidad:

[...] Daguinet tremblait devant elle [su mujer]; maintenat, il l'accompagnait à la messe, converti, furieux contre son beau-père qui les ruinait avec une créature. (*Nana*, 426)

porque el conde, por esa libertad consentida sigue con Nana.

Algo parecido a lo que ocurre con el marqués de Vegallana, con varios hijos habidos de mujeres en los diferentes caseríos por donde se extienden sus amplias propiedades, pero que no causan, quizá por la lejanía del campo, el escándalo temido:

Y como sus aventuras eran todas rurales, salía el buen Vegallana a desafiar los elementos recorriendo las aldeas, entre lodo, hielo y nieve, en su coche de camino. Y así preparaba las elecciones, buscando votos para un porvenir lejano, según frase picaresca de don Cayetano Ripamillán, siempre dispuesto a perdonar toda clase de extravíos. (LR, 376).

Pero, a veces, hay que actuar con rapidez y contundencia porque como dice l'abbé Mauduit:

[...] Mes enfants, fini par dire le prêtre, vous donnez le mauvais exemple. Le grand crime est de pervertir autrui, de jeter de la desconsideration sur la maison où l'on habite... Oui, vous vivez dans une inconduite qui n'est malheureusement plus un secret pour personne, car vous vous battez depuis huit jours. (*Pot-Bouille*, 410).

Más adelante prosigue el mismo personaje:

Vous ne me comprenez pas, mes enfants. Vous ne pouvez continuer à vivre ensemble, vous offensez Dieu et les hommes... il faut vous mariez. (*Pot-Bouille*, 411).

El cura es el garante del orden, el sanador del cuerpo social, de ahí la imagen identificativa con el médico, como podemos observar en diferentes novelas de Zola: el doctor Juillerat, de *Pot-Bouille*, que representa la medicina tradicional, frente al ya aludido doctor Deberle, de *Une page*; o el doctor Pascal, de la novela del mismo nombre que cierra la saga de los *Rougon-Macquart*, ambos son el símbolo de la medicina experimental característica del XIX, los representantes de la verdad y el progreso científico.

Este doble aspecto del control del cuerpo social en sus aspectos físico y espiritual aparece muy claro en el siguiente fragmento del pensamientos de l'abbé Mauduit:

[...] L'abbé Mauduit, resté un moment seul au milieu du salon vide, regardait de loin l'écrasement des invités. Son visage gras et fin exprimait une tristesse. Lui que confessait ces dames et ces demoiselles, les connaissait toutes dans leur chair, comme le docteur Juillerat, et il avait dû finir par ne plus veiller qu'aux apparences, en maître de

cérémonie jetant sur cette bourgeoisie gâtée le marteau de la religion, tremblant devant la certitude d'une débâcle finale, le jour où le chancre se montrerait au plein soleil. Parfois, des révoltes le prenaient, dans sa foi ardente et sincère de prêtre. Mais son sourire reparut, il accepta une tasse de thé que Berthe vint lui offrir, causa une minute avec elle pour couvrir de son caractère sacré le scandale de la fenêtre; et il redevenait l'homme du monde, résigné à exiger uniquement une bonne tenue de ces pénitentes, qui lui échappaient et qui auraient compromis Dieu. (*Pot-Bouille*, 125).

También en *LR* nos encontramos con los representantes de la medicina tradicional y la nueva medicina, los doctores Robustiano Somoza, el médico de "la clase", de la aristocracia, de toda la vida; y el joven estudioso doctor Benítez, parco en palabras y de gran rigor científico. Ambos médicos son comparados en diferentes momentos de la enfermedad de los personajes con los directores espirituales ocupados de la curación de las almas y, como aquellos doctores del cuerpo son necesarios, éstos del alma también, y por eso deben ser aceptados. Y así lo hace el desventurado don Víctor Quintanar con De Pas

Le recibieron [al Magistral] Ana y don Víctor en el comedor, ya era amigo de confianza. Durante las dos enfermedades de la Regenta, el Magistral había prestado muchos servicios a don Víctor, y éste, aunque le era algo antipático el Magistral, se los había agradecido. Pero ya empezaba Quintanar, que siempre había sido regalista, a sospechar algo de la mala influencia del sacerdocio en su hogar, o sea, el imperio. "El clero era absorbente". Sobre todo don Fermín había sido un poco jesuita. "¡Jesuita!" ¡El casuismo!... ¡El Paraguay!... Careant consules". Aunque la cortesía, ley suprema, le obligaba al más fino trato, no menos que la gratitud, don Víctor estuvo un poco frío con el canónigo, pero de modo que el otro no lo echó de ver siquiera (*LR*, 450).

Por la gratitud y sobre todo la cortesía que imponen el trato del orden burgués es necesario para don Víctor renunciar a sus principios con objeto de que el sanador de almas ponga en orden el atribulado espíritu de Ana y vuelva el equilibrio -que no hubo nunca- al hogar de los Quintanar.

Pero hasta ahora nos hemos estado moviendo en el establecimiento del orden en la célula base de la sociedad burguesa, en la estructura familiar, a partir de la pareja; también la apariencia y la cobertura del manto de la religión las tenemos en las actividades exclusivamente económicas. En *L'argent* encontramos:

[...] La princesse, comme propriétaire, avait d'abord refusé, dans son haine de tout trafic d'argent: jamais son toit abriterait cette abomination. Puis, ce jour-là, mettant la religion dans l'affaire, émue de la grandeur du but, elle consentit. C'était une concession extrême, elle se sentait prise d'un petit frisson lorsqu'elle songeait à cette machine infernale d'une maison de crédit, d'une maison de Bourse et d'agio, dont elle laissait

ainsi établir sous elle les rouges de rouques de ruine et de mort. (*L'argent*, 136).

Recordemos que *L'argent* es la "santificación" de la Bolsa sobretexto de crear un banco para el interés de la Iglesia y sus obras de caridad (en nuestro tiempo hemos tenido el caso del Banco Ambrosiano). La apariencia de seriedad para hacer creíble su negocio la encuentra Saccard, el segundo hermano de la saga Rougon, en el comportamiento, una actitud concreta y menguadora de los trabajadores:

[...] Et comme il avait pour principe d'utiliser les circonstances imprévues, il s'ingénia des lors à développer cette apparence austère de la maison, il exigea de ses employés une tenue de jeunes officiants, on ne parla plus que d'une voix mesurée, on reçut et on donna l'argent avec une discrétion toute clericale. (*L'argent*, 172).

En *LR* no hemos encontrado un caso así ya que la relación se establece justo a la inversa: la simonía del Magistral y los negocios de su madre, pero de esto hablaremos en otro momento.

Con todos los fragmentos anteriores queda clara la necesidad de mantener la nueva sociedad mediante la identificación de la moral oficial católica (que no cristiana) y la moral burguesa, lo que no impide la contradicción y la crisis de la religiosidad profunda, como acaba por ocurrirle al ya presentado sacerdote Mauduit, de *Pot-Bouille*:

Oh! Seigneur, l'heure sonnait-elle de ne plus couvrir du manteau de la religion les plaies de ce monde décomposé? Devait-il ne plus aider à l'hypocrisie de son troupeau, n'être plus toujours là, comme un maître de cérémonie, pour régler le bel ordre des sottises et des vices? Fallait-il donc laisser tout crouler, au risque que l'Église elle-même fût éventrée par les décombres? Oui, tel était l'ordre sans doute, car la force d'aller plus avant dans la misère humaine l'abandonnait, il agonisait d'impuissance et de dégoût [...] La peur de Dieu le prenait aux entrailles, il voyait Dieu qui le reniait, qui lui défendait d'abuser encore de son nom, un Dieu de colère résolu à exterminer enfin le peuple coupable. Toutes les tolérances du mondain s'en allaient sous les scrupules déchaînés de cette conscience, et il ne restait que la foi du croyant, épouvantée, se débattant dans l'incertitude du salut. Oh! Seigneur, quelle était la route, que fallait-il faire au milieu de cette société finissante, qui pourrissait jusqu'à ses prêtres? (*Pot-Bouille*, 418).

Y que puede llegar más lejos, convertirse en constante histórica tal y como lo siente el Magistral hacia el final de la novela, al sentir cómo el orden se le impone a las ansias que De Pas considera humanas y legítimas:

[...] ¿Quién le tenía sujeto? El mundo entero... Veinte siglos de religión, millones de espíritus ciegos, perezosos, que no veían el absurdo porque no les dolía a ellos, que llamaban grandeza, abnegación, virtud a lo que era suplicio injusto, bárbaro, necio y sobre todo cruel... cruel. Cientos de papas, docenas de concilios, miles de pueblos, millones de piedras de catedrales y cruces y conventos..., toda la historia, toda la civilización, un mundo de plomo, yacían sobre él sobre sus brazos, sobre sus piernas, eran sus grilletes. (LR, 625).

La actividad de los agentes eclesiásticos en las relaciones de sociedad.

En la sociedad francesa del II Imperio y en la España del periodo correspondiente ha quedado clara cuál es la clase dominante: la burguesía que ha desplazado, integrándose en ella o integrándola en sí misma, a la aristocracia, la clase de toda la vida, en reciprocidad simbiótica. Si esto ha ocurrido con el sector de la sangre (la tradición medieval) y del dinero (la tradición burguesa) igual ocurre con el elemento eclesiástico a ambos lados de los Pirineos, pero, como la antigua división entre los clérigos de la Iglesia nacional (galicanos y seguidores carlistas) y la Iglesia centralizada en Roma, ya se ha superado a partir del pontificado de Pío VII, el elemento religioso se incorpora fácilmente a la clase social dominante como guardián del orden moral que regula los espacios privado y público.

En una sociedad como es la del XIX, con una división entre los sexos muy fuerte, hay una participación muy escasa, por no decir nula, de las mujeres en el espacio público en las clases dominantes, a pesar de que hay dos reinas (Isabel II, de España, y Victoria I, de Inglaterra) y una emperatriz consorte (Eugenia de Montijo); no ocurre lo mismo en las clases trabajadoras, aunque es una participación junto a los hombres por la supervivencia en condiciones de explotación atroz. De todas formas las mujeres pertenecientes a las clases dominantes, de forma más o menos cubierta, van a tener una especial importancia en la actividad social en aquellos lugares donde los dos sexos participan y donde se ejerce el poder más indirectamente y se manifiestan los mecanismos de control; nos estamos refiriendo a la reuniones y fiestas de sociedad.

En tales ocasiones los dos sexos se mezclan para formar alianzas que crean, fortalecen, glorifican y dan el poder a un determinado sector, a la par que debilitan, aniquilan y condenan al grupo opuesto, según el interés dominante en cada momento. Es en estas actividades donde la presencia del cura -al que muchas veces se ha denominado, con más o menos ironía o afán

de ridículo, el tercer sexo- es fundamental, y no sólo como controlador, guardián, o médico del orden moral, sino como claro activista en favor o en contra del sector que ha de triunfar o fracasar en la lucha por el poder.

Ya hemos visto que ser "religioso" tiene "chic", por esto la religión es utilizada por la dama y el caballero. Lo mismo que el cura ha de ser también un "señor". Pero vamos a comentar ejemplos más precisos.

En *LR*, al hablar de las fiestas en los salones de los marqueses de Vegallana se señala que:

[...] Algún canónigo solía dar mayores garantías de moralidad con su presencia, aunque, es cierto que no era esto frecuente, ni el canónigo pasaba allí mucho tiempo. El clero catedral prefería visitar a la marquesa de día. (*LR*, 144).

Más adelante y por extenso tenemos una descripción de una de estas reuniones o fiestas de la casa Vegallana:

[...] Doña Rufina reinaba y no gobernaba en aquella sociedad tan de su gusto, donde canónigos reían, aristócratas fátuos hacían el pavo real, muchachuelas coqueteaban, jamonas lucían carne blanca y fuerte, diputados provinciales salvaban la comarca, y elegantes de la lengua imitaban las amaneradas formas de sus congéneres de Madrid.

Cerca de ella [de la marquesa de Vegallana], triunfante, en pie, con un abanico de nácar en la mano derecha, dándose aire voluptuosamente, ostentaba Gloucester su buena figura torcida. Con la mano izquierda sujetaba, como un clavo romano, los pliegues del manteo, que caía con gracia camino del suelo, deteniéndose en brillante montón de tela negra sobre la falda color cereza de la siempre llamativa Obdulia Fandiño, quien, a los pies de la marquesa y a los pies del Arcediano [...] se inclinaba más graciosa que recatada y honesta sobre el regazo de su noble amiga. Estas tres personas formaban grupo en el balcón de la galería, y desde el gabinete, sentados aquí y allá, y algunos en pie oían a Gloucester tres canónigos más, el capellán de la casa, don Aniceto, tres damas nobles y la gobernadora civil, Joaquinito Orgaz y otros dos pollos vetustenses de los que estudiaban en la Corte. (*LR*, 256-57).

Se trataba de una fiesta de celebración del santo del marqués y de su hijo. Pero cuando tenemos la comida de los íntimos, nos encontramos también con miembros de la Iglesia:

Los convidados eran: Quintanar y señora, Obdulia Fandiño, Visitación, doña Petronila Rianzares -la señora que parecía un fraile-, Ripamilán [canónigo], Álvaro Mesía [activista en las cacicadas del marqués y donjuán], Saturnino Bermúdez [historiador y cronista vetustense], Joaquín Orgaz [estudiante en Madrid], y, a última hora, el Magistral, con algunos otros vetustenses ilustres, verbigracia, el médico Somoza. (*LR*, 260).

Si buscamos esto mismo en Zola, en *La conquête* tenemos un grupo de sacerdotes íntimamente fundidos con "la sociedad":

[...] Mouret resta songueur. En effect, pourquoi l'abbé n'allait-il pas chez M. Rastoil? Tout Saint-Saturnin y dînait, l'abbé Fenil, l'abbé Surin et les autres. Il n'y a pas un robe noir à Plassans qui n'eût pris les frais dans le jardin, devant la cascade. Le refus du nouveau vicaire était une chose vraiment extraordinaire. (*La conquête*, 80).

Más adelante

L'abbé Faujas, maintenant, laissait parler de politique devant lui: il donnait même parfois un avis, était pour l'union des esprits honnêtes et religieux. Alors, tous renchérisaient, M. Péqueur des Saulaies, M. Rastoil, M. de Bourdeu, jusqu'à M. Maffre. Il devait être si facile de s'entendre entre gens de bien, de travailler en commun à la consolidation des grands principes, sans lesquels aucune société ne saurait exister! Et la conversation tournait sur la propriété, sur la famille, sur la religion. Parfois le nom de Mouret revenait, et M. de Condamain murmurait:

Je ne laisse venir ma femme ici qu'en tremblant. J'ai peur, que voulez-vous!... Vous verrez de drôles choses, aux élections, s'il est encore libre!" (*La conquête*, 315).

Otro grupo de similares características encontramos en *Pot-Bouille*:

On voyait encore là Compardon, Théophile et Auguste Vabre, le docteur Juillerat, l'abbé Mauduit, faisant un groupe; tandis que Trublot et Octave, qui s'étaient retrouvés venaient de fuir de la musique, au fond de la salle à manger. (*Pot-Bouille*, 109).

Un poco más adelante, durante la misma fiesta, aparece el móvil económico:

[...] Compardon s'était emparé de l'abbé Mauduit: il s'agissait d'une réparation au Calvaire de Saint-Roch. L'architecte se disait tout prêt, car son diocèse d'Évreux lui donnait peu de besogne. Il avait simplement, là-bas, la construction d'une chaire et l'installation d'un calorifère et de nouveaux fourneaux dans les cuisines de Monseigneur, travaux que son inspecteur suffisait à surveiller. Alors, le prêtre promit d'enlever définitivement l'affaire, dès la prochaine réunion de la fabrique. (*Pot-Bouille*, 123).

Asistimos pues a una integración total del sacerdote en el grupo, pero, como indica el

Regente

"ya se sabía que él consideraba a los curas tan hombres como los demás" (LR, 261),

como hombres también pueden los sacerdotes establecer un duelo a muerte por la conquista de su parcela de poder en el grupo. La contenida y terrible lucha entre el Magistral De Pas y el Arcediano Mouruelo, conocido como Gloucester, provocan en éste último los siguientes sentimientos ante la entrada de D. Fermín en casa de los Vegallana:

El arcediano se quedó con el abanico abierto, inmóvil, como aspa de molino sin aire. Comprendió de repente que acababa de ser desbancado; de papel principal se convertía en partaquino. En efecto, su discurso, que escuchaban con deleite curas y damas, se ahogó sin que nadie lo echase de menos. Gloucester se sintió eclipsado de tal modo que hasta creyó tener frío, como si de pronto se hubiera escondido el sol. Sin embargo, Mouruelo, a fuer de canónigo de mundo, ocultó una vez más sus sentimientos y tendió la mano a su enemigo, acompañando la acción con una catarata de gritos guturales con que significaba su inmensa alegría (LR, 259).

Otra de estas luchas mudas es la que sostienen en *La conquête*, los curas Faujas y Fenil:

[...]un domestique en habit bleu les reçut dans le vestibule; il sourit à l'abbé Bourrette en lui enlevant la douillette, et parut très surpris à la vue de ce grand diable taillé à coups de hache, sorti sans manteau par un froid pareil. (*La conquête*, 85).

Ya dentro del salón:

[...] Dans son immobilité, le prêtre eut un geste aussitôt reprimée. Il venait d'apercevoir, derrière une véritable barricade de jupes, l'abbé Fenil, allongé dans un fauteil souriant discrètement. Leur yeux s'étant rencontrés, il se regardèrent pendant quelques secondes, de l'air terrible de deux duellistes engageant un combat à mort. Puis, il se fit un bruit d'étoffe, et le grand vicaire disparut de nouveau dans les dentelles des dames. (*La conquête*, 99).

Esta desaparición es muy similar a la que hace por su parte el cura Ripamilán en un viaje en coche entre las señoras que acudían a la residencia campestre de los Vegallana, el Vivero:

[...]Ripamilán, casi oculto en las faldas de Doña Petronila, a quien llevaba enfrente, iba en sus glorias, no por su contacto con el Gran Constantino, sino por ir entre damas, bajo sombrillas, oliendo perfumes femeniles, y sintiendo el aliento de los abanicos. ¡Salir al campo con señoras! ¡La bucólica cortesana o poco menos! El bello ideal del poeta setentón, el eterno amador platónico de Filis y Amarilis con corpiño de seda se

estaba cumpliendo. (LR, 283).

Es un contrapunto a la imagen de la rivalidad ya que Ripamilán, como l'abbé Bourrette de *La conquête*, son la otra cara de la moneda: el cura campechano, sencillo, que basa su alegría en los pequeños goces a través de los sentidos que pueden permitirse las clases medias, bien aprovechados por los conocimientos de los sistemas filosóficos epicúreo y estoico de los que el cura aragonés es buen conocedor en su lado de poeta y amante de los clásicos latinos; esto es lo que lo hace comparable a Mgr. Rousselot, el obispo de *La conquête*, un gran erudito pero sin la bondad franciscana del obispo de LR, la misma que podemos observar en algunos rasgos de Bourrette. Precisamente a veces, por circunstancias no exentas de cálculo, hay que recurrir a la participación de los "verdaderamente buenos", aunque también responderán inconscientemente a ocupar un puesto preestablecido en la trama. Por ejemplo, al presentar a Camoirán, el buen obispo vetustense, Clarín escribe:

¿Cómo había llegado a Obispo? En una época de nombramientos, de intrigas, de complacencias palaciegas, para aplacar las quejas de la opinión se buscó un santo a quien dar una mitra y se encontró al canónigo Camoirán. (LR, 232).

La auténtica bondad de este obispo es a modo de un escudo para ocultar maquinaciones, mientras que también tenemos la actividad no beligerante del ya aludido Mgr. Rousselot que, lo mismo que toda la ciudad de Plassans, observa:

[...] La ville, en effet, s'occupait passionnément de la lutte continue que l'abbé Faujas soutenait contre l'abbé Fenil, pour conquérir sur lui Mgr. Rousselot. C'était un combat de chaque heure, un assaut de servantes-maîtresses se disputant les tendresses d'un veillard. L'évêque souriait finement; il avait trouvé une sorte d'équilibre entre ces deux volontés contraires, il les battait l'un par l'autre, s'amusait de les voir à terre tour à tour, quitte à toujours accepter les soins du plus fort, pour avoir la paix. (*La conquête*, 213).

Una lucha a muerte, también es la del Magistral con Gloucester en la que cederá ligeramente al haberse enamorado pero sólo por esta causa, es decir, cuando está fuera del plar por el poder organizado y ahora se deja llevar por la locura amorosa, aunque, como bien sabemos, no hasta el final:

Alegre, rozagante, como nuevo, volvió de los baños de Termasaltas el señor Arcediano don Restituto Mouruelo, dispuesto a emprender otra campaña que esperaba fuese la última y decisiva "contra el despotismo del simoniac y lascivo enemigo de la Iglesia que, apoderado del ánimo del señor Obispo, tenía sojuzgada a la diócesis". Con

esta perifrasis aludía al señor Provisor el diplomático Gloucester.

Ha llegado Gloucester.

No le temía, ni a él ni a nadie..., ¡pero estaba tan cansado de luchar y aborrecer! (LR, 467).

Pero la ciudad vigila, la sociedad observa la conducta y los procedimientos utilizados por aquellos encargados de velar el orden aceptado que la rige, aunque, a veces, en las reuniones o en las fiestas locales se aprovechen los puntos más débiles de los guardianes para mostrar su flaqueza a través de la chanza, como ocurre con unas muchachas en *La terre*, que se aprovechan de la juventud inexperta de l'abbé Madeline:

[...] Pour comble de malheur, le hasard voulut que Suzanne et Berthe, que se promenaient ensemble, rencontrassent l'abbé Madeline, juste devant la porte; et ils s'étaient arrêtés tous les trois, ils attendaient. Un propre histoire, maintenant, avec tout ce beau monde, les yeux braqués! [...] Un rire enorme avait éclaté à la porte, parmi les paysans amassés, pendant que l'abbé Madeline, faible d'estomac, pâlisait entre Suzanne et Berthe, que l'emmenèrent avec des mots d'indignation. (*La terre*, 384-5).

Ya que, como decía Quintanar, son hombres como los demás, por qué no seducirlos para conseguir el propio provecho o placer, como hace Teresina en la fiesta aldeana, aunque se reserve todo su plan para el Magistral:

Petra se encargó de presidir el servicio de la mesa de aldea, aún vestida de aldeana del país, y colorada, echando chispas de oro de los rizos de la frente, y chispas de brasa de los ojos vivos, elocuentes, llenos de una alegría maligna que robaba los corazones de los aldeanos y de algunos clérigos rurales. (LR, 582).

Acabamos brevemente de ver la figura del cura en los acontecimientos sociales, los ejemplos siguientes sirven de esbozo a la importancia del sacerdote como amigo, casi pariente, de presencia casi diaria en la casa, aunque en estos casos no se llegue a las situaciones dramáticas de LR y *La conquête*.

En *La joie*, l'abbé Horteur, un solitario cura rural de un minúsculo pueblo castigado constantemente por el mar bravo, pasa las veladas como un miembro más de la familia protagonista:

[...]La journée finissait, une journée d'août très chaude, rafraîchi par la brise de mer. Déjà l'abbé Horteur était là, jouant aux dames avec Chanteau; tandis que Mme. Chanteau, près d'eux, brodait un mouchoir. Et, à quelques pas, debout, Pauline se tenait devant un banc de pierre, où elle avait fait asseoir quatre gziopins du village, deux filletes et deux petis garçons. (*La Joie*, 119).

El cura es un miembro integrado en el grupo, pero sin perder su carisma especial que es más tenido en cuenta por la familia que por el propio religioso, como se puede ver en el siguiente párrafo a la hora de la muerte de Mme. Chanteau:

A ce moment l'abbé Horteur entra. Il venait chercher des nouvelles, et il accepta une goutte de liqueur, pour faire comme tout le monde. Chaque jour, il s'était ainsi présenté, en bon voisin; car dès la première visite, Lazare lui ayant signifié qu'il ne le laisserait pas voir la malade de peur de l'effrayer, le prêtre avait répondu tranquillement qu'il comprenait ça. Il se contentait de dire ses messes à l'intention de cette pouvre demoiselle. Chanteau, en trinquant avec lui, le loua de sa tolérance.

"Vous voyez bien qu'elle s'en est tirée sans orémus.

- Chacun se sauve comme il l'entend", déclara le curé d'un ton sentencieux, en achevant de vider son verre. (*La joie*, 155).

Algo semejante ocurre con el buen cura de *Une page*, un verdadero gran amigo de Hélène, la protagonista, a la que aconseja en todo y a cuya casa no deja de ir a comer todos los martes en compañía de su hermano:

Alors, Mme. Deberle reprit l'entretien, en parlant de l'abbé Jouve, que toutes deux connaissaient. C'était un humble desservant de Notre-Dame-de-Grâce, la paroisse de Passy; mais sa charité faisait de lui le prêtre le plus aimé et le plus écouté du quartier.

[...]

- Il a été très bon pour nous, dit Hélène. Mon mari l'avait connu autrefois, à Marseille... Dès qu'il a su mon malheur, il s'est chargé de tout. C'est lui qui nous a installés à Passy. [...] L'abbé et son frère sont toute ma coeur. (*Une page*, 30-1).

La integración es completa tanto en los círculos amplios, las grandes fiestas de sociedad, como en la esfera familiar más íntima. Los curas son los garantes del orden, los que legitiman, hacen moral con su presencia la actividad social y, al mismo tiempo, son intermediarios en las complejas relaciones entre sexos, utilizando y dejándose utilizar, según los casos, a través del respeto (son el orden necesario) que les tienen los hombres y la obediencia ciega de las mujeres. Precisamente su cercanía a las señoras les facilita el conocimiento de las "maniobras subterráneas femeninas" en la conquista del poder, y es entre

[...]La journée finissait, une journée d'août très chaude, rafraîchi par la brise de mer. Déjà l'abbé Horteur était là, jouant aux dames avec Chanteau; tandis que Mme. Chanteau, près d'eux, brodait un mouchoir. Et, à quelques pas, debout, Pauline se tenait devant un banc de pierre, où elle avait fait asseoir quatre galopins du village, deux filletes et deux petis garçons. (*La Joie*, 119).

El cura es un miembro integrado en el grupo, pero sin perder su carisma especial que es más tenido en cuenta por la familia que por el propio religioso, como se puede ver en el siguiente párrafo a la hora de la muerte de Mme. Chanteau:

A ce moment l'abbé Horteur entra. Il venait chercher des nouvelles, et il accepta une goutte de liqueur, pour faire comme tout le monde. Chaque jour, il s'était ainsi présenté, en bon voisin; car dès la première visite, Lazare lui ayant signifié qu'il ne le laisserait pas voir la malade de peur de l'effrayer, le prêtre avait répondu tranquillement qu'il comprenait ça. Il se contentait de dire ses messes a l'intention de cette pouvre demoiselle. Chanteau, en trinquant avec lui, le loua de sa tolerance.

"Vous voyez bien qu'elle s'en est tirée sans oremus.

- Chacun se sauve comme il l'entend", déclara le curé d'un ton sentencieux, en achevant de vider son verre. (*La joie*, 155).

Algo semejante ocurre con el buen cura de *Une page*, un verdadero gran amigo de Héléne, la protagonista, a la que aconseja en todo y a cuya casa no deja de ir a comer todos los martes en compañía de su hermano:

Alors, Mme. Deberle reprit l'entretien, en parlant de l'abbé Jouve, que toutes deux connaissaient. C'était un humble desservant de Notre-Dame-de-Grâce, la paroisse de Passy; mais sa charité faisait de lui le prêtre le plus aimé et le plus écouté du quartier.

[...]

- Il a été très bon pour nous, dit Héléne. Mon mari l'avait connu autrefois, à Marseille... Dès qu'il a su mon malheur, il s'est chargé de tout. C'est lui qui nous a installées à Passy. [...] L'abbé et son frère sont toute ma coeur. (*Une page*, 30-1).

La integración es completa tanto en los círculos amplios, las grandes fiestas de sociedad, como en la esfera familiar más íntima. Los curas son los garantes del orden, los que legitiman, hacen moral con su presencia la actividad social y, al mismo tiempo, son intermediarios en las complejas relaciones entre sexos, utilizando y dejándose utilizar, según los casos, a través del respeto (son el orden necesario) que les tienen los hombres y la obediencia ciega de las mujeres. Precisamente su cercanía a las señoras les facilita el conocimiento de las "maniobras subterráneas femeninas" en la conquista del poder, y es entre

las mujeres donde van a encontrar sus aliados más sólidos y tenaces, aunque los fines no sean tanto la conquista del poder (recordemos los manejos del cura Faujas con Marthe) y se dirijan más a lograr la pasión privada para lo cual don Fermín utiliza a la criada Teresina, aunque también acepta la voluntaria colaboración de su gran beata doña Petronila Rianzares, o el Gran Constantino, bajo la complicidad del ropero de pobres y otras actividades de caridad organizadas y dirigidas por dicha señora.

Aunque también pueden ser utilizados los clérigos por algunas mujeres, como claramente se lo hace saber al abate Faujas la magnífica y temible Mme. Rougon (no hay ninguna otra mujer con su fuerza):

Écoutez, mon cher, lui repondit-elle, au bout d'un silence, vous manquez de tact [elemento imprescindible]; cela vous perdra. Faites la culbute, si ça vous amuse. Moi, en somme, je m'en lave les mains. je vous ai aidé, non pas pour vos beaux yeux, mais pour être agréable à nos amis de Paris. On m'écrivait de vous piloter, je vous pilotais... Seulement, retenez bien ceci: je ne souffrirai pas que vous veniez faire le maître chez moi [...] Mon mari a conquis Plassans avant vous, et nous garderons Plassans, je vous en préviens. (*La conquête*, 364).

La intervención en el poder como objetivo de la Iglesia.

La clave es plantearse el triunfo a largo plazo, a base de constancia, como escribe Zola en un fragmento ya citado

[...] toute la politique de l'église est d'aller droit devant elle, quand même, remettant la réussite de ses projets à plusieurs siècles, s'il est nécessaire, mais ne perdant pas une heure, se poussant toujours en avant d'un effort continu. (*La conquête*, 99).

Puede servirnos el siguiente fragmento que narra la presencia constante de Faujas en el palacio arzobispal hasta conseguir, si no atraerse al obispo, cuando menos trastornar su conciencia:

L'abbé Surin, le secrétaire particulier, racontait que "ce diable d'homme" restait enfermé pendant des heures entières avec Monseigneur, et que celui-ci était d'une humeur atroce après ces longs entretiens. Lorsque l'abbé Fenil revint, l'abbé Faujas cessa ses visites, s'effaçant de nouveau devant lui. Mais l'évêque resta inquiet; il fut évident que quelque catastrophe s'était produite dans son bien-être de prélat

insouciant... (*La conquête*, 134).

Y todo ello en medio de la discreción o el secreto:

[...] Moi, je te l'ai dit, ce qui me contrarie avec ses diables de curés c'est qu'on ne sait jamais ce qu'ils pensent ni ce qu'ils font. A part cela, il y a souvent des hommes très honorables parmi eux. (*la conquête*, 48),

ésta son las palabras con las que Mouret expresa a su esposa los sentimientos que experimenta hacia los sacerdotes, cuando aún no puede prever para nada el futuro que le espera al alquilar a Faujas y su madre las habitaciones del piso de arriba de la casa.

En poco tiempo, Faujas ejerce tal dominio sobre la señora Mouret que Mme. Faujas comenta con su hijo:

[...] Tu feras d'elle tout ce que tu voudras, lorsque tu ne la gronderas plus. Les jours de pluie, elle te porterait d'ici à la cathédrale, pour que tu ne te mouilles pas les pieds (*La conquête*, 279).

Y se ha llegado a esta situación al ganarse la confianza cada día en un proceso que ocupa la parte central de *La conquête* y que podemos entender de una manera resumida en los consejos que otro sacerdote, l'abbé Roustan, en *Le ventre*, da a Lisa para decidirla a la acción en una cuestión particular:

Voilà mon opinion... La discussion des moyens est toujours grave. Les moyens sont les grand piège où se prennent les vertus ordinaires [...] Mais je connais votre belle conscience. Pesez chacun de vos actes, et si rien ne proteste en vous allez hardiment. (*Le Ventre*, 310).

O dicho con menos sutileza "el fin justifica los medios" porque, para tranquilizar la conciencia:

[...] les natures honnêtes ont cette grâce merveilleuse de mettre du leur honnêtete dans tout ce qu'elles touchent. (*Le Ventre*, 310).

De esta manera, Lisa no va a considerar necesaria la introspección profunda sino que la memoria de las palabras del cura, llegado en el momento le permiten actuar con toda frialdad:

A cette heure grave, la belle Lisa se coiffa soigneusement, d'une main calme. Elle était très résolue, sans un frisson... Elle s'interrogeait et sa conscience lui répondit qu'elle allait accomplir un devoir. Quand elle mit sur ses larges épaules son châle tapis, elle sentit qu'elle faisait un acte de haute honnêteté. (*Le ventre*, 379).

Una vez establecidos los límites, una vez fijado el camino a seguir por qué no tolerar el intercambio de impresiones y de esas ideas si se dirigen todas hacia el mismo fin. De esta manera, el grupo cree poseer una libertad de decisión sobre lo que ya está de antemano decidido:

L'abbé Faujas, maintenant, laissait parler politique devant lui: il donnait même parfois un avis, était pour l'union des esprits honnêtes et religieux. Alors tous recherchaient, M. Péqueur des Saulaies, M. Rastoil, M. de Bourdeau, jusqu'à M. Maffre. Il devait être si facile de s'entendre entre gens de bien, de travailler en commun à la consolidation des grans principes, sans lesquels aucune société ne saurait exister! Et la conversation tournait sur la propriété, sur la famille, sur la religion. (*La conquête*, 315).

Es muy interesante el párrafo anterior porque queda claro que no son sólo los grupos constituidos por personas de una probada honestidad los que pueden discutir de manera correcta sobre asuntos sociales de trascendencia general; son ellos quienes conocen el camino exacto y hay que acabar con los intentos de todos los demás, que llevan a objetivos contrarios y, por tanto, equivocados. Tal y como ocurre en *LR* al hablar sobre la creación de una asociación cristiana y de carácter liberal:

Era el círculo algo como una oposición a las Hermanitas de los Pobres, o a la Santa Obra del Catecismo, a las Escuelas Dominicales, etc, etc. Desde luego se le declaró la guerra por el estamento religioso y a los pocos meses no había pobre en todo el Ayuntamiento de Vetusta que quisiera las limona, los premios ni la enseñanza de La Libre Hermandad. (*LR*, 241).

Y ya que ha habido una identificación en cuanto al orden establecido no es de extrañar que el clero aparezca directamente como petionario en defensa de derechos de los suyos ante el poder gubernamental, como ocurre en *Son Excellence*, donde la herencia de una anciana es disputada por unos familiares de la difunta y una congregación de monjas entre las que pasó la finada sus últimos momentos:

Vous avez affaire à forte partie. Mgr. Rochart, l'évêque de Faverolles, est venu en personne à Paris pour appuyer la demande des soeurs de la Sainte-Famille. Sans son intervention, il y a long temps que vous auriez gain de cause. Le clergé est malheureusement très puissant aujourd'hui... Mais je laisse ici des amis, j'espère pouvoir agir sans me mettre en avant. Vous avez attendu si longtemps que, si vous parlez demain... (*Son Excellence*, 73).

El dominio temporal de la Iglesia.

- Mais c'est abominable! s'écria le malheureux évêque, en s'agitant dans son fauteuil; je ne puis pas empêcher le candidat legitimiste de passer, moi! Est-ce que j'ai la moindre influence, est-ce que je me suis jamais mêlé de ces choses?... Ah! tenez, il y a des jours où j'ai envie d'aller m'enfermer au fond d'un couvent. J'emporterais ma bibliothèque, je vivrais bien tranquille... C'est Fenil qui devrait être évêque à ma place. Si j'écoutais Fenil, je me mettrais tout à fait en travers du gouvernement, je n'écouterais que Rome, j'enverrais promener Paris. Mais ce n'est pas mon tempérament, je veux mourir tranquille... Alors, vous dites que le ministre est furieux contre moi?" (*La conquête*, 173-4).

Tales son las palabras de Mgr. Rousselot, el obispo erudito, que se encuentra en el dilema, aludido al comienzo de este escrito, de un sector de la Iglesia católica que continúa con la tendencia galicana, la iglesia nacional, aunque cada vez más débil frente a la Iglesia supranacional, que es la Romana, y que será la determinante en este periodo justamente al quedar en entredicho el poder temporal del Papado frente a los revolucionarios peninsulares que desean la unificación territorial italiana. De todas formas, la llamada Cuestión de Roma agitó bastante la conciencia de las diferentes capas sociales francesas y esa puesta en duda del poder del pontífice y la pérdida total del mismo va a reforzar la tendencia romana en Francia, frente a la antigua iglesia galicana.

Es sobre todo en *L'argent* donde va a quedar más expresada la opinión de Zola sobre el asunto. Y precisamente va a aprovechar la trama de una sociedad bancaria para exponer la estructura económica que hay detrás de una aparente cuestión religiosa frente al liberalismo feroz del XIX que no respeta ni lo más sagrado.

Y puesto que la unificación italiana aparece como un hecho, Saccard, el especulador protagonista, sueña con el establecimiento del Papado en los territorios orientales tradicionales del cristianismo, en poder de los turcos otomanos, para los cuales, en ese momento, Jerusalén es un engorro por la lucha entre las varias comunidades que se disputan los Santos Lugares, y puede interesar desembarazarse de esta zona a cambio de dinero; pero sigamos el proyecto

de Saccard:

"[...]D'ailleurs, le pape aurait en Syrie un véritable appui parmi les Maronites, car vous n'ignorez pas qu'il a installé à Rome, un collègue pour leurs prêtres... Enfin, j'ai bien réfléchi, j'ai tout prévu, et ce sera l'ère nouvelle, l'ère triomphale du catholicisme. Peut-être dira-t-on que c'est aller trop loin, que le pape se trouvera comme séparé, désintéressé des affaires de l'Europe. Mais de quel éclat, de quelle autorité ne rayonnera-t-il pas, lorsqu'il trônera aux lieux saints, parlant au nom du Christ, de la terre sacrée où le Christ a parlé! C'est là qu'est son patrimoine, c'est là que doit être son royaume. Et, soyez tranquille, nous le ferons puissant et solide, ce royaume, nous le mettrons à l'abri des perturbations politiques, en basant son budget, avec la garantie des ressources du pays, sur une vaste banque dont les catholiques du monde entier se disputeront les actions." (*L'argent*, 94-5).

Algo similar es prácticamente imposible en la España del XIX. Relegada a un papel de segunda potencia política y económica en la esfera internacional y con demasiados problemas internos, España no puede preocuparse realmente, como de hecho ocurrió, de la opinión del país vecino, directamente implicado en los asuntos italianos y no a causa del papel de Francia como hija predilecta de Roma, aunque sí resultaba una cobertura ideal para la expansión política y económica del Segundo Imperio.

"[...] Jamais on ne touchera au pape, entendez-vous! sans que la France catholique entière se lève pour le défendre... Nous lui porterions notre argent, oui! tout l'argent de l'Universelle [la sociedad banquera de Saccard]! J'ai mon projet, notre affaire est là, et vraiment, à force de m'exaspérer, vous me feriez dire des choses que je ne veux pas dire encore!" (*L'argent*, 226-7).

Y así Saccard convierte su empresa en una nueva Cruzada, y nunca mejor dicho el símil si se recuerda que el objetivo fundamental de la Europa medieval en la zona de Oriente Próximo era básicamente el control de las famosas rutas de las especias y de la seda. Saccard convierte a sus accionistas en los nuevos cruzados, que en su mayoría serán mujeres movidas por el sentimiento de piedad ante la hipótesis del Padre Santo privado de sus dominios temporales, vagando sin rumbo fijo, si su banco no lo protegiera:

"[...]Commet, vous n'avez pas de l'Universelle? Mais il n'y a que ça! achetez vite de l'Universelle, si vous voulez qu'on vous aime!" C'était la nouvelle croisade, comme elles ôisaient, la conquête de l'Asie, que les croisés de Pierre l'Ermite et Saint Louis n'avaient pu faire, et dont elles se chargeaient, elles, avec leurs petites bourses d'or. (*L'argent*, 291).

Aunque la novela termina con la quiebra más absoluta del Universal, representante de la banca católica a manos de la banca judía.

De todas maneras, si el poder temporal del papa llega a cuestionarse en ese momento, en cuanto a monarca poseedor de los Estados Pontificios, lo que resulta siempre más que evidente, es el poder real de la Iglesia dentro de la estructura social, sobre todo desde que se la ha elevado a representante, por medio de la moral católica, del orden social establecido y por eso puede ejercer su poder a través del miedo:

[...] Ah! mais non! je n'aime ça! Alors, moi, je lui ai flanqué carrément Monseigneur à la tête, en le menaçant d'appeller Monseigneur à Paris pour expliquer l'affaire. Et, tout de suite, il es devenu poli, oh! d'une politesse! tenez, j'en vis encore! Vous savez qu'ils ont une peur de chien des évêques, en ce moment. Quand j'ai un évêque avec moi, je démolirais et je rebâtirais Notre-Dame, je me moque pas mal du gouvernement! (*Pot-Bouillé*, 319).

Sobre todo si se tiene en cuenta que ya desde Napoleón I, la jerarquía eclesiástica había sido incluida en las nuevas titulaciones nobiliarias y en el protocolo de la corte imperial. Otro tanto hará Napoleón III. Zola no va a dejar de referirse a este aspecto con bastante ironía, pues, al mismo tiempo que el emperador intenta reducir el Papado territorialmente eleva a las jerarquías eclesiásticas francesas a dignidades equiparables con los diferentes grados de la nobleza:

"Les archevêques... comença-t-il.

-Pardon, dit sèchement le ministre de Justice, les archevêques ne doivent pas êtres que barons. Laissez-moi lire le décret tout entier."

"[...]Le titre de baron sera concédé: [...] aux archevêques et aux ministres plénipotentiaires, après cinq ans d'exercice dans leurs fonctions, ou s'ils ont obtenu le grade de commandeur de la légion d'honneur..."

Et il continua ainsi. [...] les évêques [...], devraient être faits barons [...]"(*Son Excellence*, 329).

O mejor aún, en la cita en la que, aunque aparentemente hay una contradicción, no es tal en cuanto que los miembros de la iglesia elevados a la dignidad de nobles participan directamente en la Asamblea de Diputados.:

[...]Mais, a droite, le groupe compact de députés cléricaux, près d'une centaine de membres, attentifs, soulignaient les moindres passages par leur assentiment, applaudissaient chaque fois que leur collègue nommait le pape, avec une légère salutation dévote." (*Son Excellence*, 426).

Las órdenes religiosas y las sectas.

Es muy curioso que tanto en los *Rougon-Macquart* (los veinte volúmenes) como en *La Regenta*, la presencia de la Iglesia es más que evidente, sin embargo ambos autores tratan muy de soslayo la cuestión de las órdenes religiosas como sector fundamental de la Iglesia, quizá porque los dos novelistas prefieren exponer tal cuestión de manera global y totalizadora, sin dar mucha importancia a las partes que la integran; tal es el caso, sobre todo, de Zola, mientras que quizá en Clarín podamos destacar una identificación de una parte, la orden religiosa, en este caso los jesuitas, con el todo.

Pero vamos a ir viendo algunos ejemplos. En tres novelas zolianas, *L'Assommoir*, *Nana* y *Pot-Bouille*, hay breves referencias a los jesuitas y, concretamente en dos aspectos: estableciendo una relación con el mundo del dinero, con la acaparación de dinero:

[...] A propos de la saleté des propriétaires qui entraient demander de l'argent dans les maisons où il y avait un mort, il dit brusquement:

"C'est un jésuite, ce salaud, avec son air de servir la messe!... Mais, moi, à votre place, je lui planterais là sa boutique". (*L'Assommoir*, 358).

La relación con el dinero usa el símil jesuítico no sólo para señalar al acaparador, también para hacer referencia a la actividad económica directa de la Compañía:

[...] Fauchery, que son arrivée gênait sans doute, expliquant à Georges et à Dagueneu les sources de sa fortune, un gros procès dont les Jésuites l'avaient chargé, autrefois; et selon lui, ce bonhomme un terrible monsieur avec sa mine douce et grasse, trempait maintenant dans tous les tripotages de la pètraile. Les deux jeunes gens qui s'étaient mis à plaisanter, car ils trouvaient un air idiot au petit veillard. L'idée d'un Venot inconnu, d'un Venot gigantesque, instrumentant pour le clergé, leur semblait une imagination comique. (*Nana*, 192-3).

O bien desde el punto de vista de la moral, esa moral burguesa cristiana imprescindible para que sobreviva el orden, el control del sistema social, y los jesuitas por su especial preparación son los más adecuados en los puntos más débiles o en los de "la clase":

-Monsieur Venot, dit Georges stupéfait. Pas possible! C'est un jésuite.

-Précisément, j'ai flairé ça. Oh! vous n'avez pas idée de la conversation! Ça été drôle!... Il m'a parlé du comte, de son ménage désuni, me suppliant de rendre le bonheur à une famille. Très poli d'ailleurs, très souriant... Alors, moi, je lui ai répondu que je ne demandais pas mieux, et je me suis engagée à remettre le comte avec sa femme. (*Nana*, 342).

O bien una llamada reserva jesuítica que raya en la hipocresía:

Elle se livrait, lui permettait les caresses les plus vives et les plus secrètes, ne le repoussant, d'un mouvement de brusque vigueur nerveuse, que s'il tentait le seul acte défendu. Et, dans son obtination, il y avait comme une réserve jesuitique, une peur du confessionnal, une certitude de obtenir le pardon des petits péchés, tandis que le gros lui conservait trop d'ennuis avec son directeur. (*Pot-Bouille*, 253-4).

Estamos pues dentro del control del orden moral garantía del orden de la sociedad burguesa. En *LR*, la única mención a las órdenes religiosas masculinas -también, como en la producción zolesca hay referencias a congregaciones religiosas femeninas dedicadas a la oración o la beneficencia- es la referida a los jesuitas, tanto directa como indirectamente, porque los comienzos religiosos del Magistral precisamente tuvieron lugar con los jesuitas en León, si bien De Pas no ingresa en la Orden por el interés de doña Paula, la madre, que ve cómo perdería todo el capital invertido en su hijo si éste no seguía la carrera eclesiástica normal hasta llegar a obtener el capelo cardenalicio, pero sin deberse a la voz del director de la Compañía que lo quería para sí, para todo el colectivo, para la Iglesia poderosa, por tanto; y lo apartaría de la madre que había sacrificado todo por él. Por eso los rasgos educacionales de los jesuitas marcan a De Pas; tanto en la manera de actuar y de enfrentarse a los problemas de la diócesis como a los problemas del confesionario, don Fermín trata de solucionarlos a la manera jesuítica, es decir, mediante el ejercicio del poder obtenido a base de tesón y constancia, como hemos visto anteriormente, hasta convertirse en un imperio absoluto que viene a ser el de toda la Iglesia en cuanto a poseedora de poder temporal y su inmiscusión en dicha esfera. De aquí las referencias a la Compañía en los pensamientos de Quintanar y de su esposa en diferentes momentos de la novela. Para don Víctor, como ya hemos citado:

[...] "El clero era absorbente". Sobre todo don Fermín había sido un poco jesuita. "¡Jesuita!" ¡El casuismo!... ¡El Paraguay!... ¡Careant consules!" (*LR*, 450).

Y más adelante vuelve a aparecer en los pensamientos del Regente la idea del Paraguay, es decir, del sistema comunal conocido por "Reducciones del Paraguay" que los jesuitas impulsaron en aquella zona del antiguo imperio español y para don Víctor es la representación del poder temporal de la Iglesia entrometida en asuntos que deben atañer exclusivamente al poder político:

Don Víctor llegó a reconocer, pero sin confesarlo a nadie, que él era menos enérgico de lo que había creído; "no, no tenía fuerza para oponerse al jesuitismo que había invadido su hogar". ¡Oh, por algo él vacilaba antes de consentir a De Pas apoderarse del ánimo de su esposa! Si..., al fin había sido jesuita... Quintanar acabó por comparar el poder del Provisor en el caserón de los Ozores con el que tuvieron los jesuitas en el Paraguay. "Si, mi casa es otro Paraguay". Y cada día se encontraba más incapaz de oponerse a la perniciosa influencia. No sabía más que poner mala cara y parar poco en casa. (LR, 473).

Por eso, cuando en un momento determinado, se siente liberado de la presión que ejerce el Magistral en su casa, vuelve a insistir en el mismo símil:

[...] "Allí era él el amo, prueba de ello que su mujer había ido al baile: se había acabado el Paraguay, no más misticismo; una prudente piedad heredada de nuestros mayores y basta y sobra. Por lo demás, actividad, industria y artes... mucha comedia, mucha caza, y mucho martillazo.. ¡zas, zas, zas, pum! ¡Viva la vida!" (LR, 528).

La cita clara a los jesuitas aparece al hacer referencia a los sermones, los de Cuaresma y los de la novena de los Dolores. Para la Cuaresma llegan a Vetusta el padre Maroto y el padre Goberna; el primero sirve para ironizar sobre el carácter militarista de la Compañía mientras que el segundo, francés melifluido, es una sátira de cierta erudición jesuítica. Pero veamos las palabras exactas de Clarín:

Los jesuitas misioneros habían pasado también por allí como una granizada; las flores de amor y alegría que sembró el Carnaval las destruyeron a penitencia limpia el Padre Maroto, un artillero retirado que predicaba a cañonazos y sacaba el Cristo, y el Padre Goberna, un melifluido padre francés que pronunciaba el castellano con la garganta y las narices y hablaba de *Gomogga* [...], que sabía dar *color local* a sus oraciones, no decía en Vetusta que no somos más que un poco de polvo, sino un poco de barro. ¿Polvo en Vetusta? ¡Dios lo quiera! (LR, 532-33).

La referencia al interés económico de la Compañía la encontramos al hablar de la novena de los Dolores:

Los sermones se encomendaron a *otro jesuita*, el P. Martínez, que vino de muy lejos y cobrando muy caro. (LR, 535).

Zola, para hablar de la utilización del misticismo recurre a otra orden religiosa, a los capuchinos. No es inocente esta referencia ya que dicha orden no tiene, por ejemplo, el voto de obediencia al Papa de la Compañía de Jesús, ahora bien, aunque de manera diferente

también ejercen el control tras convencer sobre el mundo desconocido del más allá a la feligresía, en su mayor parte mujeres:

Puis, brusquement, tout s'aggrave encore. Un capucin de grande santeté, comme il en passe souvent dans les villes du Midi, était venu à Plasans faire une retraite. La chaire de Saint-Saturnin ratentissait des éclats de sa voix. C'était une sorte d'apôtre, une éloquence populaire et enflammé, une parole fleurie, abondante en images. Et il prêchait sur le néant de la science moderne, dans une envolée mystique extraordinaire, niant la réalité de ce monde, ouvrant l'inconnu, le mystère de l'au-de-la. Toutes les dévotes de la ville en étaient bouleversées." (*Le docteur*, 125).

Por tanto, las órdenes religiosas en Zola ejercen, incluso representan con más fuerza el poder de la Iglesia Católica en la vertiente mística, moral y económica de la sociedad en que se desenvuelven. Hay una identificación casi total entre la esfera de la religiosidad y la esfera del comportamiento social.

En *Clarín* la identificación no es tan absoluta, pues si bien el poder temporal del Papado en *LR* queda clarísimamente expuesto en las alusiones a los jesuitas, el misticismo, la vertiente mística por la que Don Fermín ha tratado de llevar a la Regenta le falla completamente al final, justo por ser un misticismo hipócrita que envolvía los verdaderos fines del cura:

[...] Y tanto misticismo, y tanto hermano mayor del alma... ¿para qué había servido? Farsa, hipocresía, hipocresía inconsciente. (*LR*, 593).

La única orden religiosa a la que se hace mención en *LR* es la Compañía de Jesús en cuanto brazo derecho de la acción directa de la Iglesia en la esfera del poder temporal.

IV. LA RELIGIÓN Y EL INTELLECTUAL.

IV. LA RELIGIÓN Y EL INTELLECTUAL.

Los casos de Alas y Zola.

Se ha hablado y escrito mucho de la religiosidad y el anticlericalismo de Clarín, quizá sobre todo por las contradicciones que emanan de su obra, que, si de una parte presenta en ocasiones ejemplos de extrema crítica y animosidad contra la institución eclesiástica y sus representantes más claros: los curas; de otra, no faltan los momentos -en realidad no se trata de momentos, sino de la mitad de la obra- en los que la religión, o por lo menos una religión clariniana, es lo principal. Y es que en Clarín está presente la íntima necesidad de la religión, pero considerada como una creencia que se manifiesta en una actuación social por medio de la honradez moral y la ternura; la religión no debe ser el conjunto de normas básicamente represivas que la institución eclesiástica desde el poder elabora y que no sirven más que para mantener el orden sustentador del poder dominante en un círculo vicioso, alejado cada vez más de la cotidiana realidad humana. El problema para Clarín, el anticlericalismo de Clarín, no es contra la Iglesia en sí, sino contra la manera de funcionar la Iglesia y sus representantes, contra la, llamémosla, perversión que la jerarquía de dicha Institución ha ido haciendo de la religión, instrumentalizándola en orden al poder material y de control de la realidad sociopolítica, apartada del fin esencial que tenía en los primeros tiempos de compartir una espiritualidad común.

Para Zola es diferente. En Zola no hay contradicción entre Iglesia y religiosidad. La Iglesia para Zola es un instrumento de poder social ejercido directamente por la propia Iglesia para sí misma, o bien al servicio de la clase que ostenta el poder en cada momento histórico determinado. Se puede llamar religión al conjunto de dogmas y normas por los que la institución eclesiástica se rige y gobierna el corpus social; pero también puede ser religión la observancia rigurosa de las leyes de la Naturaleza, basada en la ética natural que se deriva de la razón y controlada por el rigor demostrable de la ciencia como verdad suprema. El primer concepto de religión es para Zola identificable con la idea que él tiene de la Iglesia; el segundo concepto queda lejos de lo que es propiamente una religión.

Clarín ataca a la Iglesia en defensa de la verdadera religión. Zola ataca a la Iglesia en defensa de la Naturaleza.

Vamos a escoger diferentes citas sobre esta dualidad Iglesia y religión que, sobre todo en Clarín, ha producido muchos estudios.

Lissorgues a este respecto escribe:

"Efectivamente, para Clarín, la religión fue siempre otra cosa que un conjunto de dogmas o de preceptos, muy otra cosa que una institución. Frente a la Iglesia Española de su tiempo mantuvo durante toda su vida una posición fuertemente crítica y no sólo durante los años de lucha militante por el libre examen y la libertad del periodo madrileño (1875-82)." (Lissorgues, 1984, pág. 3).

Clarín sobre todo era una mentalidad liberal y es evidente que en la España en que vivió esta ideología existía, o, al menos, había muchas personas que sinceramente la tenían pero que públicamente quizá tuvieran comportamientos un tanto conservadores como oposición a los falsos liberales, o a los que habían hecho una mala interpretación del liberalismo (más adelante veremos algunos ejemplos) y también frente a los católicos -los neos- que se habían unido, como hemos visto, a los sectores reaccionarios en contra de la nueva sociedad de la Edad Moderna y que había llegado al extremo de la alianza antigua del Trono y del Altar.

Pero si la religión no es un conjunto de dogmas, el catolicismo para Alas "no es la Verdad Absoluta", es tan sólo "una hipótesis" que se debe acatar porque es un ingente esfuerzo del espíritu humano para liberar al hombre de la materia (Lissorgues: 1984). Todo ello porque para Clarín, si seguimos a Eduardo T. Gil de Muro.

"[...]llegó un momento en que lo nocivo no era haberse convertido en un librepensador sin orden ni concierto, lo peor era haberse estancado en esa postura mostrenca que tenía su equivalencia -por otro lado- en el mostrenco ordenancismo de quienes se creían en posesión de la verdad y del dogma." (Gil de Muro, 1981).

La religión de Leopoldo Alas parece que es algo más íntimo pero, al mismo tiempo, más práctico en cuanto a que es más real y también más social porque, como dice F. Wiers Weber, en la novelística de Clarín "las escenas religiosas se convierten en escenas de amor y viceversa" (Weber, 1966b). Para Clarín la religión es amor. A partir de esta igualdad surge la oposición con la interpretación social de estas realidades: religión y amor; ambas corrompidas, o por lo menos bastante alejadas de como deberían concebirse: la religión se convierte en un instrumento de poder y el amor se pervierte en manifestaciones lascivas o adúlteras, mentirosas y, por tanto, lejos de lo que debe ser el verdadero amor, tal es el pensamiento que también recoge Brian (1974).

Para Zola, como veremos en su momento, la Iglesia católica castra cualquier tipo de

verdadero amor.

Se puede establecer el siguiente esquema con tres protagonistas de *LR*:

Don Fermín	Ana	Don Álvaro
religión	religión = amor	erotismo
poder		religión

y así tenemos, por ejemplo, que se satiriza el liberalismo de D. Álvaro, cuya religión, dice W. Weber (1966b) "le lleva a la cínica convicción de que "nadie podía resistir los impulsos naturales". Aquí es necesario hacer un inciso y recordar el recurso novelístico utilizado por el que se llega a una igualdad entre el erotismo de D. Álvaro y los sacramentos tales como la confesión y la Eucaristía: D. Álvaro "confiesa" a sus amantes, o la cena con los socios del Casino, en el que al hecho de la cena se unen las confesiones de las aventuras eróticas de los socios; otro tanto ocurre con el pobre don Santos Barinaga que muere porque le falta más que el pan para el alma el pan para el cuerpo.

También otros personajes establecen otras identificaciones de la religión: para Don Víctor el arte es una religión, don Pompeyo Guimarán (el ateo oficial de Vetusta, quizá el personaje más creyente por la misma razón) no admite otra religión que la del hogar. Frigilis practica el culto a la Naturaleza a través de la caza y las investigaciones con plantas y animales. Estos tres personajes poseen también sus religiones secundarias donde encontrar refugio.

Hay otros muchos investigadores que, en mayor o menor medida, defienden la igualdad clariniana religión-amor a la que acabamos de hacer referencia, como Maximiliano Arboleya (1978, pp.45-50); Marino Gómez Santos (1951) que, a su vez, cita un pensamiento de Pérez de Ayala "en Clarín el amor se transportaba en emoción religiosa". También es muy interesante en este sentido la investigación de Eduard J. Gramberg (1958) que es citada por Carlos Luis Álvarez (1981) y la profesora Brian (1974); ambos establecen una relación más en el binomio religión-amor, y es la tolerancia, que busca sobre todo comprender y ser comprendido (baste recordar la estrecha relación que Clarín mantenía con el Obispo de Oviedo a la que se refiere Cabezas, el biógrafo de Alas, (Cabezas, 1936). El amor permite comprender incluso lo que no se puede comprender porque quizá se aleja de las demostrabilidad científica ya que, como dice Carlos Luis Álvarez a partir de una cita de Clarín:

"La religión es principalmente [...] la capacidad de enamorarse del misterio" (1981,

pág. 113) y, continúa Álvarez " el misterio lleva a la duda, la duda sobre la misma existencia de Dios, sobre la salvación."

Por su parte García Pavón (1955), después de estudiar el clásico trabajo de Arboleya, "Alma religiosa de Clarín", los escritos de Azorín sobre Alas, así como la obra novelística de Alas, en especial los cuentos (*Pipá, Viaje Redondo, El cura de Vericuetto*), llega a las siguientes conclusiones:

1º- Sentimiento innato e imperecedero de Dios, de un Dios poco clarificado y desde luego no adscrito con decisión a ninguna religión positiva. A Él llega con frecuencia a través del arte, y la poesía de la Iglesia Católica; a través del amor a la familia; a la Naturaleza, a la Humanidad, a través de algún sacerdote ejemplar.

2º- Una posición crítica, racionalista sarcástica a veces frente a la Iglesia y sus sacerdotes. (García Pavón, 1955, pág. 348).

También Lissorgues está de acuerdo con este sentimiento de la religión y señala:

"[...]pero este carácter abierto de la religiosidad de Clarín es todo lo contrario del diletantismo religioso también de moda en ciertos sectores del decadentismo europeo finisecular. Para quien en sus meditaciones [...] la preocupación espiritual es algo fundamental, esencial, tanto más que debe conducir a la constante búsqueda del bien, o sea, a la armonía entre el pensar y el obrar que es fuente de la autenticidad humana" (Lissorgues, 1984, pág. 3).

Detrás, como base de este pensamiento y sentimiento clariniano, encontramos al autor de la *Vida de Jesús* y al Krausismo, a los que solamente hacemos referencia sin hacer ningún tipo de profundización que nos alejaría de nuestro plan de estudio, pero citamos a Pérez Gutiérrez, para quien Renan, como antes el Krausismo, impidió la caída de Leopoldo Alas en el positivismo y en el descreimiento que acabaron por asfixiar a tantos hijos de su siglo (1979, pág. 329).

Y, aunque no estemos de acuerdo con los términos utilizados por Pérez Gutiérrez si que es verdad que tanto Renan como el Krausismo influyen en Clarín haciéndolo diferente de otros autores de su momento con producciones sobre la problemática social y religiosa. Sobre todo el Krausismo, tan básico para el sector progresista de la España del XIX cuando en el resto de Europa apenas si hubo trascendencia ya que eran otros pensadores con una ideología y una concepción social más clara y más comprometida con las clases trabajadoras los que influían (tal y como ocurre en Zola). Si bien Renan y su *Vida de Jesús*, están clarísimamente dentro del misticismo religioso de ese momento en toda Europa.

Lo que es indudable es que la religión es fundamental para un hombre que como Alas

reconoce se pasa media vida pensando en Dios, con toda la problemática que esto lleva consigo evidentemente. Zola también tiene su preocupación en su culto a las leyes de la Naturaleza y hemos utilizado la palabra "culto" de forma consciente porque en el caso de Zola se trata así mismo de religión, aunque se trate de otra religión, y por ello se pasa media vida pensando en la Naturaleza. Ambos autores dejan bien expuestas en las obras respectivas, *LR* y la saga *Rougon-Macquart*, de manera clara la peculiar forma de entender cada uno el fenómeno de lo religioso.

En el caso de Clarín es un estudio más concentrado al tratarse de un sólo libro, el que estudiamos, *La Regenta*, y en ella tanta importancia tiene la preocupación por lo que es la religión, o las diversas "religiones", según los personajes como acabamos de ver, como la preocupación por la educación, la hipocresía de la clase media y alta de la España de fin de siglo. *LR* es una novela sobre todo y no puede ser enjuiciada como un artículo periodístico de religión, moral o filosofía, tan frecuentes en Alas, ni como un cuento o relato corto. Para Clarín en el corpus social actúa la religión en sus variantes de creencia oficial, que no tiene porqué ser la acertada, y la religión como creencia que lleva a una práctica personal y de acción social, que no coincide precisamente con la primera. Este factor religioso es fundamental en el desarrollo de sus personajes y de la acción de la novela. Se elige la forma de la "novela de cura", pero no es sólo una "novela de cura", sino más bien una novela de religión o de religiones, a través de la cual se expone la especial visión clariniana del tema. Hemos de tener en cuenta, como Clarín escribe a M. Pelayo, que él se pasa media vida pensando en Dios, mientras que Zola, como hemos dicho, pasa media vida pensando en la Naturaleza.

Y es que Alas es un hombre de religión, pero entendido tal concepto como hombre de fe y no como hombre de iglesia (Pérez Gutiérrez, 1975, pág. 303). Su sentimiento de la religiosidad es minoritario en su época, pues, como escribe Gil de Muro "En el fondo, Clarín era un hombre próximo al espíritu ecuménico que hoy impera en la mejor capa social de la Iglesia (1981, pág. 116)", es decir, el del Vaticano II".

El caso de Zola no es así. Colette Becker en su edición de *La faute* (Becker, 1972) recoge unas palabras que publicó Zola en el *Echo du Nord* de 19 de julio de 1864:

"Non [escribe Zola], je ne puis avoir rien en commun avec un prêtre que se fait gloire de ne pas vivre la vie commune. Il me répugne comme tout ce qui est hors nature";

y, por tanto, fuera de la religión natural positiva. Inmediatamente explica Zola el porqué:

"il n'y a pas de sexe, et, dans la rue, je m'écarte, quand il passe, sentant en lui je ne sais

quel mystère des âges antiques" (ib. anterior).

El "misterio" produce la incomprensión, no la duda.

Pero la figura del sacerdote es fundamental en los *Rougon-Macquart*. En los veinte libros que forman esta historia natural y social de una familia en el Segundo Imperio -tal y como fue concebido por Zola el plan de la obra-, en todos, excepto en *La bête humaine*, el tema de la religión a través del cura aparece, aunque sea de forma breve. Por otro lado, hay en esta saga novelas donde el cura es protagonista, sobre todo en dos, *La conquête* y *La faute*; pero también en *Le rêve*, el tema del cura y el tema de la interpretación de la religión ocupa un lugar principal. En las restantes dieciséis novelas de esta obra, con un mayor o menor protagonismo, con una mayor o menor frecuencia, aparece como constante la figura del sacerdote. Esto no debe extrañar puesto que si el objetivo es estudiar a una familia en su vida en la sociedad del II imperio, es inevitable que la religión esté presente.

En la primera lista de temas de E. Zola envía al editor Lacroix en 1868, ya aparece la intención de escribir una "novela de cura":

"J'étudierai [...] la grande lutte de la nature et de la religion. Le prêtre amoureux n'a jamais, selon moi, été étudié humainement. Il y a là un fort beau sujet de drame, surtout en plaçant le prêtre sous des influences héréditaires".

Según esto nos encontramos ante la descripción del tema que se desarrolla en *La faute*, que, sin embargo, es posterior a *La conquête*, en la que se narra también el tema del cura; pero ahora es el cura político.

La faute corresponde al estudio del cura como ser humano inadaptado en cuanto a que no funciona dentro de la Naturaleza porque vulnera sus leyes fundamentales (sexo, reproducción, amor).

Probablemente el hecho de que la primera novela con el cura protagonista trate del cura político se deba a las circunstancias histórico sociales de Francia en 1873, cuando el republicanismo de Zola se radicaliza y justo cuando empieza a escribir *La conquête*. Dejar para un segundo momento el estudio de la infracción al orden natural que el cura representa y se centra en el estudio del sacerdote, el hombre obsesionado por el poder a cualquier precio, pero que utiliza precisamente la estructura eclesiástica y su influencia en la sociedad para conseguir el poder. El estudio genético de la familia se hace a través del matrimonio Mouret, cuyos miembros son primos hermanos; Marthe va del misticismo a la histeria y termina en la locura, diferentes fases del amor que siente por l'abbé Faujas, el cura político que se aprovecha de esta

situación exclusivamente para conseguir el poder. Y Zola critica y satiriza ese poder. En *La conquête* aparece el carácter positivista y librepensador zoliano adquirido tanto por las lecturas de Michelet, Taine, Larousse y Littré, y por su actividad periodística (en ese mismo momento Zola es cronista parlamentario del periódico republicano "La Cloche") así como el radical republicano zoliano en la época (1872-73) del Ordre Moral en la que los grupos conservadores, en palabras de Henri Mitterand

"les partisans de l'Empererur déchu, ceux du comte de Chambord, prétendant légitimiste au trône, les députés ruraux, les pères jésuites, monseigneur Dupanloup, etc. C'est le moment où l'archevêché de Paris se prépare à faire édifier une basilique sur la colline de Montmartre, en expiation des crimes de la Commune, et pour préserver la capitale de poisons de l'athéisme et des mauvaises mœurs politiques et morales. Zola ne supporte pas la collusion de la hiérarchie catholique et du pouvoir". (Mitterand, 1990, pág. 439).

A *La conquête* le sucede cronológicamente *La faute*, que es una continuación ya que el personaje principal de ésta, l'abbé Serge Mouret, el cura enamorado, es el hijo de Marthe, la desafortunada y enferma protagonista de *La conquête*.

La faute fue recibida por la crítica con una fortísima radicalización de opiniones muy explicable. De una parte, los críticos conservadores la consideran inmoral, indecente, Maxime Gaucher (*La Revue Blue*): "il n'y a un animal mâle lâché au milieu des bois avec un animal femelle" (recogido Becker, 1972, pág. 11). Los amigos de Zola, Maupassant, Huysmans, reciben esta novela como un gran poema sobre el amor. El juicio de estos últimos está en consonancia con la idea de Zola de la religión natural.

"Ce roman, escribe Zola al principio de su esquema preparatorio, est l'histoire d'un homme frappé dans sa virilité par une education première, devenue être neutre, se réveillant homme à 25 ans, dans les sollicitations de la nature, mais retombant à l'impuissance". Más adelante añade "je veux, autant que possible, effacer le monde clérical autour de mon personnage. Je ne fais pas une étude, mais une étude sur un tempérament et sur une question particulière, dans un cadre d'art".

Al estudio sobre el temperamento se une una visión de la religión católica bastante negativa, representada por el fiero y terrible abbé Archangias, un verdadero gendarme de un Dios colérico que nada tiene que ver con la religión que acaba identificando naturaleza y amor.

La verdadera falta de Serge Mouret no es su amor por la joven semisalvaje Albine y sus relaciones sexuales en el jardín del Paradou; el pecado de Serge es dejar morir con Albine al niño que esperaba. Serge no ha podido enfrentarse al cancerbero de la religión: abbé

Archangias, y se aparta del camino naturalmente lógico que es aceptar su paternidad.

Si una gran parte de la crítica en el momento de su aparición consideró inmoral a *La faute*, ocurre todo lo contrario con *Le rêve*, la única novela de los *Rougon-Macquart* considerada como constructiva por las "buenas familias" que podían permitir leerla incluso a sus hijas.

Esta novela podemos entenderla si la encuadramos en el plan general de la obra que elaboró Zola en el que dice que a "une ouvre apparemment "bonhomme" et même "un peu jeanjean", suit une ouvre de violence et de mort". En una carta al crítico holandés Van Sauten Kolf (16 noviembre 1888) que recoge H. Mitterand en su edición, Zola escribe "Le rêve avait sa place marquée dans la serie; la place de l'au-delà, de l'inasaisissable. Il répond à la philosophie générale de mon ouvre entière". (Mitterand, 1986, pág. 10).

Por tanto, esta novela puede responder a la necesidad de disposición en el plan general de la obra o a la moda del misticismo del momento, al que hace alusión el buen amigo de Zola, Huysmans, en una carta a Zola: "Si l'on n'est pas pessimiste, il n'y a qu'a être chrétien ou anarchiste" (Mitterand, 1986, pág. 12).

En *Le rêve* hay una trasposición a la Edad Media, aunque el tiempo real siga siendo el Segundo Imperio, pero toda la vida de los personajes se desenvuelve tal y como pudiera haber sido muchos siglos atrás, en el medioevo, cuando podía haber una justificación social de la religión en el Antiguo Régimen.

Los jóvenes protagonistas enamorados, la bordadora huérfana recogida (hija natural de Sidonie Rougon, éste es el lazo con la saga) y Félicien, el pintor de Vidrieras tras el que se esconde un gran noble de Francia, a través del éxtasis amoroso llegan al éxtasis místico.

Al éxtasis místico se llega también a través de la contemplación de la belleza del arte medieval, inseparable de la religión. Los protagonistas se dedican precisamente a bordar vestimentas religiosas (casullas, sobrepellices, capas pluviales) y a restaurar vidrieras; en ambos oficios se representan milagros y leyendas tradicionales cuando la religión se identificaba totalmente con el poder temporal, Zola llega al extremo al hacer que el protagonista Hautecoeur, uno de los grandes de Francia, viudo justo cuando nace su hijo Félicien, haya ingresado en el orden sacerdotal y sea ahora obispo; la alta jerarquía política y eclesiástica se funde en una misma persona, aunque consideramos que no es casualidad que el obispo Hautecoeur sea un hombre de religión sólo después de haber amado y haber tenido un hijo y sólo la muerte de su mujer le lleva al celibato. Hautecoeur terminará dando su brazo a torcer y permitirá el matrimonio de su hijo, Félicien, con la pobre bordadora, a la que incluso rescatará de la muerte por medio de un milagro: "Si Dieu veut, je veux", las palabras mediante

las cuales los Hautecoeur tenían la capacidad de sanar desde la Edad Media. Una Edad Media que, insistimos, no parece que haya pasado en el no-tiempo en que se desenvuelve la historia que leemos.

El escenario de *Le rêve*, lo mismo que el de *La faute* es un jardín (El jardín del Obispado, Le Paradou) que simboliza el paraíso perdido (el tiempo perdido, quizá). Como escribe H. Mitterand

"c'est que *Le rêve* est à *La faute* ce que le jardin de l'Evêché est au Paradou: une réplique épurée de toute ardeur et de toute senteur dangereuses -au moins pour une lecture au premier degré. La "grâce" (en *Le rêve*) y est victorieuse sans combat. Tandis que toutes les forces de la nature se liquaient contre la chasteté et la foi de Serge Mouret, tout ce qui entoure Angelique concourt à la sanctifier. Le problème est évidemment de savoir si cette santeté ne cache pas un envers, et si les signes qui composent son univers ne parlent pas un double langage -en cela plus subtils que la puissante et evidente sensualité du Paradou." (Mitterand, 1986, pág. 11).

Nos inclinamos por esto último.

ZOLA	exposición	Faujas (el poder)
	temperamentos	Serge (el amor)
		Hautecoeur (el orgullo de clase)

CLARÍN	exposición	poder
	moral	Fermin
		amor

orgullo: la clase no vale nada, él puede con
D. Álvaro, él puede con la clase.

Ateos, agnósticos y anticlericales

En modo alguno se puede decir que hay un discurso ateo en *LR* y tampoco en la serie de novelas que forman los *Rougon-Macquart*, pero sí que aparece en ambas obras la figura del ateo, como tenía que ocurrir en dos autores para los que la religión es un tema central, aunque desde diferentes perspectivas. Tanto Zola como Clarín presentan un personaje que se define a sí mismo como ateo y que es considerado como tal por la sociedad en la que vive.

En *La faute*, el anciano Jeanbernat, el guardián de Le Paradou, metafórico jardín del Paraíso, mantiene al comienzo del libro una conversación con el joven abbé Mouret y con el tío de este último, el Doctor Pascal, de la que extraemos:

-Ça ne vous empoisonnera pas, monsieur le curé, dit-il. Un verre de bon vin n'est pas un péché... par exemple, c'est bien la première fois que je trinque avec un soutane, soit dit sans vous offenser. Ce pauvre abbé Caffin, votre prédécesseur, refusait de discuter avec moi... il avait peur...

Et il eut un large rire, continuant:

-Imaginez-vous qu'il s'était engagé à me prouver que Dieu existe.... Alors, he ne le rencontrais plus sans le défier. Lui, filait l'oreille basse, je vous assure.

-Comment, Dieu n'existe pas! s'écria l'abbé Mouret, sortant de son mutisme.

-Oh! comme vous voudrez, reprit railleusement Jeanbernat. Nous recommencerons ensemble, si cela peut vous faire plaisir... Seulement, je vous préviens que je suis très fort. Il y a là-haut, dans une chambre, quelques milliers de volumes sauvés de l'incendie du Paradou, tous les philosophes du dix-huitième siècle, un tas de bouquins sur la religion. J'en ai appris de belles, là-dedans. Depuis vingt ans, je lis ça... Ah! dame, vous trouverez à qui parler, monsieur le curé. (*La faute*, 81).

Jeanbernat, como él mismo ha indicado, es un filósofo autodidacta a partir de sus lecturas, pero, como el doctor Pascal señala y como se deduce del comportamiento del anciano guardián, angel bueno protector del Paraíso, es un panteísta y sobre todo un anticlerical en el sentido estricto de la palabra pues nunca se opondrá a la relación de su sobrina Albine con el abbé Mouret, pero es enemigo mortal del "angel castigador", abbé Archangias.

Por sus lecturas también, y no es el único, uno de los personajes secundarios de *Pot-Bouille* aparece como ateo:

Mais Théophile éleva des objections. Leur père ne pratiquait pas; il avait même eu jadis des idées avancées, car il lisait Voltaire; enfin, le mieux était de s'abstenir, du moment qu'on ne pouvait le consulter. Dans le feu de la discussion, il ajouta même:

- C'est comme si vous apportiez le bon Dieu à ce meuble. (*Pos-Beuille*, 246).

Algo similar ocurre con Lazare Chanteau en *La joie* y con otros más. El supuesto ateo por la lectura es un personaje relativamente frecuente.

En la obra de Alas ocurre algo parecido con don Carlos Ozores, padre de la Regenta, del que sabemos en su presentación que la gente de Vetusta decía que "se había hecho masón, republicano y por consiguiente ateo" (LR, 65), pero al que Clarín un poco más adelante, al hablar de su biblioteca privada, califica como "don Carlos era un librepensador que no leía libros de santos, ni de curas, ni de neos como él decía. Pero San Agustín era una de las pocas excepciones. Le consideraba como filósofo" (LR, 75). Ozores es un buen hombre sabio y arruinado que busca el refugio en su casa de la aldea de Loreto y que ama la polémica:

"De noche, en la biblioteca, discutían don Carlos, un clérigo de Loreto y varios aficionados a la filosofía y a la buena sidra, que prodigaba el arruinado Ozores con tal de tener contrincantes. Decía que pensar a solas es pensar a medias. Necesitaba una oposición. El capellán quería dejar bien puesto el pabellón de la Iglesia y pasar agradablemente las noches que se hacían eternas en Loreto, aun en primavera" (LR, 76).

En una de esas discusiones nocturnas a propósito de los maniqueos hace una defensa de un tipo de Dios:

"- Menos absurdo me parece creer en un Dios bueno y otro malo, que creer en Jehová Eloím que era un déspota, un dictador, un polaco". (LR, 77).

Así seguía conversando noche tras noche don Carlos "...disparataba sin conciencia, porque él, incapaz de calumniar a sus semejantes, cuando se trataba de santos y curas creía que no estaba de más" (LR, 78).

Pero la figura de don Carlos queda en un segundo plano ante la del ateo oficial de Vetusta "el único" como a él le gustaba considerarse. Nos estamos refiriendo a don Pompeyo Guimarán, en el que a la sátira y la ironía clariniana se aplica ternura.

Don Pompeyo no es un intelectual ni un lector como don Carlos Ozores -"...¡Mis principios son fijos! ¡fijos!, ¿entiende usted? Y yo no necesito manosear librotos [...] para llegar a mi conclusión categórica" (LR, 415)- parece que la única obra que le hace mella es la de Comte para definirse como un "filósofo altruista" y ejercer de ateo oficial.

- Mirarón me dice que no hay Dios; no hay más que Justicia. (LR., 415).

Aunque la causa de su ateísmo, que los vetustenses equiparan a anticlericalismo y liberalismo, para sus convicciones esté en que sus propiedades provienen en su mayor parte de las desamortizaciones:

¡Claro -decían las beatas en los corrillos de San Vicente de Paúl, y los ultramontanos en la redacción de *El Lábaro*-, claro, como lo que tiene lo debe a los despojos impíos de los liberalotes! ¿Cómo no ha de aborrecer al clero si se está comiendo los bienes de la Iglesia? (LR, 411).

Porque don Pompeyo es básicamente ateo a su manera, y no se siente por nada obligado a ser anticlerical:

- Señores, no confundamos las cosas, el mal está en la raíz... El clero no es malo ni bueno; es como tiene que ser... (LR, 413).

Y por la justicia en la que cree Don Pompeyo reconoce que el Obispo Fortunato Camoirán, prelado de Vetusta en el tiempo en que transcurre la acción de *LR*, es una persona respetable, "un varón virtuoso, digno; equivocado, equivocado de medio a medio, pero digno" (LR, 415). Cuando el antecesor de don Fortunato y el alto claro le pusieron en apuros al amenazarlo con la excomunión y las complicaciones domésticas que esto le trajo, ni siquiera entonces insultó al clero. Lo mismo que "Cuando estalló la Revolución de Septiembre, Guimarán tuvo esperanzas de que el librepensamiento tomase vuelo. Pero, nada. ¡todo era hablar mal del clero" (LR, 414). Y esto lógicamente para don Pompeyo, tenía más que ver con la mala crianza y con la desfachatez que con la filosofía, de ahí su perplejidad ante el comportamiento de los anticlericales del Casino en la cena que celebran en honor del ateo y en la que Clarín se permite alusiones paródicas a la Última Cena y al sacramento de la Confesión (LR, cáp. XX).

El ateísmo de D. Pompeyo es excentricidad y lo cultiva justamente porque él es el único, "el raro" de su comunidad; aunque ni siquiera la propia iglesia lo considera un peligro ya que "león enamorado de una doncella, una fiera sin dientes" son los calificativos que le aplica el arcediano Moruelo, alias Gloucester. Además en nombre de esa Justicia, única cosa digna en la que creer, don Pompeyo traba amistad con don Santos Barinaga, arruinado por el negocio de objetos de culto del Magistral y de su madre, doña Paula, y en defensa de los legítimos intereses del nuevo amigo es cuando radicaliza más su ateísmo e incluso llega a atacar a don Fermín, pero siempre dentro de los límites de la educación y la probidad.

Tras la muerte y el entierro civil de Barinaga, don Pompeyo llega a la misantropía y no soporta la inmoralidad de costumbres que lo rodean por todas partes, sólo en su casa, con su mujer y sus cuatro hijas alrededor se encuentra a gusto "al fin, hay una religión, la del hogar". Poco después Guimarán enferma mortalmente, y por esta religión del hogar, para "complacer" a su familia don Pompeyo decide confesarse y recibir los Sacramentos, pero ha de ser el Magistral el que se los administre. El ateísmo oficial de Vetusta es derrotado por completo pues.

Otro considerado como ateo es el intelectual naturalista Frigilis que presenta estrecha relación al mismo tiempo con el Jeanbernat zoliano, por su vida en medio de la Naturaleza y la observación y experimentación constante, y con el grupo de doctores de Zola y Alas del que hablaremos más adelante. Pero Frigilis pertenece a "la clase" y por ello es considerado excéntrico, pero no se le excluye como a Jeanbernat, la clase lo salva y lo respeta, lo cual no impide que incluso el ateo oficial, Don Pompeyo Guimarán, piense que tiene demasiadas lecturas en su cabeza y que su darwinismo es una memez. El único que comparte las ideas de Frigilis es su buen amigo don Víctor, pero Quintanar es un creyente convencido aunque tenga sus dudas.

Los ateos militantes de Zola y de Clarín son figuras que nada tienen de agresivo, más bien son comprensivas y sólo parecen intolerantes ante la prepotencia y la misma intolerancia. La sátira del ateo que hace Clarín con el señor Guimarán llega al extremo cuando al final de su vida, don Pompeyo se "convierte" y es el propio Magistral el que le administra los últimos sacramentos, es precisamente la iglesia del poder la que triunfa, la causante de la conversión, aunque podía haber sido el Obispo Camoirán, pero entonces no habría sido igual y por eso la ironía clariniana.

Tienen muy poco que ver estos ateos autodeclarados con los considerados socialmente como ateos, aunque deberían ser entendidos más como anticlericales que como ateos y el mejor representante es el Jesús-Christ de *La terre*, el hijo mayor de los Fouan, alcohólico empedernido, llamado así no tanto a causa de su aspecto de Cristo doliente sino por la mayor de las ironías por parte de sus convecinos que lo apodan de tal forma al no dejar su boca de proferir blasfemias o de realizar gestos soeces y groseros. Esta es su descripción:

[...]cet Hyacinthe que tout le pays connaissait sous le surnom de Jésus-Christ: un paresseux et un ivrogne, qui, à son retour du service, après avoir fait les campagnes d'Afrique, s'était mis à battre les champs, refusant tout travail régulier, vivant de braconnage et de maraude, comme s'il eût rançonné encore un peuple tremblant de Bédouins.

"Un gran gaillard entra, dans toute la force musculéuse de ses quarante ans, les

cheveux bouclés, la barbe en pointe, longue et inculte, avec une face de Christ ravagé, un Christ soûlard, violeur de filles et détrousseur de grandes routes. Depuis le matin à Cloyes, il était gris déjà, le pantalon boueux, la blouse ignoble de taches, une casquette en loques renversée sur la nuque; et il fumait un cigare d'un sou, humide et noir, qui empestait. Cependant, au fond de ses beaux yeux noyés, il y avait de la goguenardise pas méchante, le coeur ouvert d'une bonne crapule."(*La Terre*, 42).

Pero es su vida desordenada de alcohólico inmoral la que le equipara a la idea asociada al ateo del grupo humano con el que convive, que saca más conclusiones a partir de la educación, que es ninguna, que da a su hija Olympe, una muchacha salvaje de doce años, abandonada por su madre a los tres años y a la que todo el mundo, empezando por su padre, llama La Trouille. La relación entre ambos es prácticamente de bestias, pero padre e hija se adoran y se comprenden en su modo animal.

La vida que arrastra alcoholizado o pensando cómo obtener alcohol hacen a Jesús-Christ completamente irrespetuoso con el poder y sobre todo irreverente con la Iglesia, mucho más si su representante es un joven cura recién llegado que no se acostumbra a la rudeza del campo. Así se comporta Hyacinthe:

Derrière eux, venait Jésus-Christ, qui, acharné contre la soutane, recommençait sa plaisanterie dégoutante, dans une regolade obstinée d'ivrogne. Tous les cinq pas, il levait la cuisse et en lâchait un la garce se mordait les lèvres pour ne pas rirer, le prêtre affectait de ne pas entendre et très graves, accompagnés de cette musique, ils continuaient d'échanger des idées pieuses, à la queue du train roulant des vendanges. (*La terre*, 381).

Esta es la imagen de los ateos en esa sociedad del último tercio del XIX, tanto los autodeclarados como los así considerados por el grupo. Pero la actitud mayoritaria ante la religión propiamente dicha es la de aceptar la religión por conveniencia o ser indiferentes.

Don Álvaro Mesía

[...]era profundamente materialista, y esto no lo confesaba a nadie. Como en él lo principal era el político, transigía con la religión de los mayores de Paco [los Vegallana] y se reía de la separación de la Iglesia y el Estado. Es más, le parecía de mal tono llevar la contraria a los católicos de buena fe. En París había aprendido ya en 1867, cuando fue a la exposición que lo *chic* era el creer como el carbonero. *Sport y catolicismo*, esta era la moda que continuaba imperando. Pero es claro que lo de creer era decir que se creía. Él no tenía fe alguna "ni bendita la falta" a no ser cuando le entraba el miedo de la muerte. Cuando caía enfermo y se encontraba en la fonda solo, abandonado de todo cariño verdadero, entonces sentía sinceramente, a pesar de haber corrido tanto no ser un cristiano sincero. Pero sanaba y decía: "¡Bah! todo eso es

efecto de la debilidad". Sin embargo bueno era ilustrarse, fundar en algo aquel materialismo que tan bien casaba con sus demás ideas respecto del mundo y la manera de explotarlo (LR, 178).

Y como el principal frente del donjuán de Vetusta es la conquista de mujeres, de las relaciones entre éstas y los curas no piensa nada bueno:

No creía en la virtud; aquel género de materialismo que era su religión le llevaba a pensar que nadie podía resistir los impulsos naturales, que los clérigos eran hipócritas necesariamente, y que la lujuria mal refrenada se les escapaba a borbotones por donde podía y cuando podía. (LR, 266).

Y sigue con sus pensamientos de religión de conveniencia:

[...]Sí, este cura quiere hacer lo mismo que yo, sólo que por otro sistema y con los recursos que le facilita su estado y su oficio de confesor. (LR, 267).

Esta faceta de la confesión, por su secreto, es una de las armas más atrayentes del sacerdocio y en las que los curas se apoyan conociendo su ventaja, de modo que

[...] don Álvaro tenía celos, envidia y rabia. Su materialismo subrepticio era más radical que nunca. "Nada, nada, fuerza y materia, no hay más que eso", pensaba.

Y si no fuera porque los partidos avanzados nunca son poder o lo son poco tiempo, se hubiera declarado demagogo y enemigo de la religión del Estado." (LR, 423).

Es también significativo con respecto a la religión por conveniencia el pensamiento del hijo de los marqueses de Vegallana, cuando se trata de restituir a don Pompeyo, el ateo, en el casino:

Paco, el marquesito, a pesar de que como buen aristócrata se creía obligado a ser religioso en la forma por lo menos, se opuso al principio a los proyectos de Foja y Orgaz, pero considerando que su amigo, su ídolo Mesía, deseaba tener allí al otro [a Guimarán] para que lo ayudara a desacreditar al Provisor, y considerando que iban a divertirse de veras en el *gaudeamus* de la noche, falló que debía ayudar y ayudaba a los enemigos del Magistral. (LR, 424).

La misma religión de conveniencia la encontramos en *Pot-Bouille*, pero lo más interesante es que se trata de las reflexiones de un cura ante la evidencia:

[...]L'abbé Mauduit, resté un moment seul, au milieu du salon vide, regardait de loin l'écrasement des invités. Son visage gras et fin exprimait une tristesse. Lui qui confessait ces dames et ces demoiselles [...] et il avait dû finir par ne plus veiller qu'aux apparences, en maître de cérémonie jetant sur cette bourgeoisie gâtée le manteau de la religion [...] resignée à exiger uniquement une bonne tenue de ces pénitentes, que lui échappaient et qui auraient compromis Dieu. (*Pot-Bouille*, 125).

De la conveniencia a la indiferencia se pasa con bastante facilidad en frecuentes ocasiones, como el caso de la jovencísima Mme. Pichon que después de haber sido educada tal y como deben serlo las jóvenes de clase media según su madre le repite, le comenta a su vecino -terminará siendo su amante- Octave Mouret:

[...] Il lui demanda par curiosité si elle revenait de la messe, la croyant dévote. Elle répondit que non. Avant de la marier, sa mère l'y conduisait très régulièrement. Pendant les six premiers mois de son ménage, l'habitude étant prise, elle y était retournée, avec la continuelle crainte d'arriver en retard. Puis elle ne savait pourquoi, après quelques messes manquées, elle n'y avait pas remis les pieds. Son mari détestait les prêtres, et sa mère, maintenant, ne lui ouvrait même plus la bouche. (*Pot-Bouille*, 97).

Hay otros personajes con una diferente actitud ante la religión, que no tiene que ver con lo expuesto, porque en determinados momentos de cierta tensión pueden llegar a expresar la negación de Dios, si bien se trata de un ateísmo accidental ya que su comportamiento normal está más cerca del agnosticismo o la indiferencia sin más, pero se trata de una indiferencia meditada o resultado de la experiencia.

La postura más cercana a los modelos de ateos militantes que representan Jeanbernat o Guimarán, la encontramos en el agnosticismo a causa de los estudios científicos. El es el caso del doctor Deberle, de *Une page d'amour*; del doctor Juillierat de *Pot-Bouille*, y del doctor Pascal de la novela a la que da nombre. No es de extrañar que sean precisamente médicos los tres como ocurre también con el doctor Benítez de *LR*. Pero el ateísmo científico se expresa de diferentes formas.

En el caso de Deberle a través de la duda a la que le ha llevado su profesión, de él piensa la mujer divertida cuando su marido, movido por el interés que siente por Hélène, va a la iglesia a recoger a las dos mujeres, la esposa y la amiga:

Et Juliette, ne plaisantait pas seulement Hélène, elle prétendait qu'Henri lui-même tournait à la devotion, Est-ce que, maintenant, il n'entrait pas les attendre dans l'église! Un athée, un païen qui déclarait avoir cherché l'âme au bout de son scalpel et ne pas l'avoir trouvé encore! (*Une page*, 199).

Por su parte el doctor Pascal está a punto de renegar hasta de su particular concepción de Dios cuando recibe la respuesta de su sobrino el sacerdote Mouret al saber que Albine, que espera un hijo suyo, está a punto de morir:

- Dieu lui fera miséricorde, dit-il.
- Dieu! Dieu! murmura le docteur sourdement; il ferait mieux de ne pas se jeter dans nos jambes. On arrangerait l'affaire. (*La faute*, 296).

Pero su fuerte creencia en la vida le permite no desesperar.

Sin embargo a la negación de Dios por la desesperación se llega en *Germinal*. Los Maheu, una familia minera de generación en generación, mantienen una conversación de la que extraemos:

- Encore si ce que les curés racontent était vrai, si les pauvres gens de ce monde étaient les riches dans l'autre!

Un éclat de rire l'interrompait, les enfants eux-mêmes haussaient les épaules, tous devenus incrédules au vent du dehors, gardant la peur secrète des revenants de la fosse, mais s'égayant du ciel vide.

- Ah! ouiche, les curés! s'écriait Maheu. S'ils croyaient ça, ils mangeraient moins et ils travailleraient davantage, pour se réserver là-haut une bonne place. Non, quand on est mort, on est mort. (*Germinal*, 219).

También la desesperación por su vida miserable lleva por el mismo camino a don Santos Barinaga, de quien nos dice Clarín al hablar de la amistad que aquél entabla con don Pompeyo Guimarán:

Don Santos había sido siempre un buen católico; es más de la Iglesia vivía, pues su comercio era de objetos de culto. Pero desde que el monopolio mal disfrazado de competencia de *La Cruz Roja* había empezado a *labrar su ruina*, iba sintiendo cada día más vacilante el alcázar de su fe... y más vacilantes las piernas. Empezaba, como otros muchos, por negar la virtud del sacerdocio [...] Poco trabajo le costó a Guimarán hacer un prosélito de don Santos. De día en día y de copa en copa avanzaba la impiedad en aquel espíritu; y llegó a creer que Jesucristo no era más que una constelación, disparate que había leído don Pompeyo en un libro viejo que compró en la feria. Guimarán tenía la impiedad fría del filósofo; Barinaga los rencores del sectario, la ira del apóstata. (*LR*, 417).

Los prototipos de personajes anticlericales son diferentes de los anteriores. Si hay que buscar alguna similitud con ellos no la encontraremos con los personajes considerados o presentados como "ateos" sino con los que hemos llamado "creyentes por conveniencia" y su

principal representante es don Álvaro Mesía cuyas creencias y sentimientos hemos citado más arriba.

No es en balde que cuando Clarín utiliza la palabra "anticlerical" sea para definir con sarcasmo a un sector del liberalismo que no parece haber entendido, según Alas, en qué consiste tal ideología:

En la mesa de enfrente gritaba un señor que había sido alcalde liberal y era usurero con todos los sistemas políticos; malicioso y enemigo de los curas, porque así creía probar su liberalismo con poco trabajo. (LR, 116).

Casi podríamos decir que nos encontramos con un anticlerical por conveniencia con este socio del Casino de Vetusta, se trata de Foja, quien siempre arrima el ascua a su sardina.

Hemos visto el argumento económico en dos ocasiones claras como causa o explicación del ateísmo: las propiedades de don Pompeyo Guimarán, procedentes de las desamortizaciones, hacen que le consideren ateo algunos sectores y ahora la usura del ex-alcalde liberal, practicada con todos los grupos políticos. Por su parte, en la clase trabajadora aparecen las ideas anticlericales justo por el poder económico más que político de los curas, y en especial de Don Fermín. La contradicción entre poder político, leáse concretamente económico, y espiritual del colectivo que analizamos a continuación se une a los razonamientos que acabamos de ver de la familia minera Maheu. El fragmento siguiente es una análisis acertadísimo de este asunto y Alas lo agota por completo de manera que no volverá en toda la LR a referirse a este asunto, por eso lo copiamos íntegro:

Entre *el pueblo bajo* corría la historia de las aras, de la ruina de don Santos, de los millones del Magistral depositados en el Banco; con tal motivo algunos obreros de la Fábrica vieja hablaban de ahorcar al clero en masa. A esto lo llamaban cortar por lo sano. Los trabajadores carlistas dudaban; tenía entre ellos amigos el Magistral, pero si le respetaban por sacerdote, le temían por rico... y sospechaban algo. De lo que no hablaba la multitud era del asunto *de las faldas*. Allá cuando la Revolución, se había dicho si tenía o no tenía don Fermín aventuras en los barrios bajos; pero ya nadie se acordaba por allí de tales cuentos. Los obreros que entonces llevaban la voz en la propaganda revolucionaria habían muerto o habían envejecido, o se habían dispersado, o estaban desengañados de *la idea*; la generación nueva no era clerófoba más que a ratos; era amiga de la taberna, no del club. Se hablaba sólo de revolución social, y ya se decía que los curas no son ni más ni menos malos que los demás *burgueses*. Malo era el fanatismo, pero el *capital* era peor. No había en los barrios bajos un elemento de activa propaganda contra las sotanas. El Magistral era allí más despreciado que aborrecido. Pero el escándalo de don Santos el de los Cristos, como le llamaban; dos o tres rasgos de despotismo de la curia eclesiástica, el dineral que costaba casarse -

como si antes no costara lo mismo- y las acciones del Banco, volvieron a encender los odios, y esta vez se habló de colgar al Provisor y demás clerigalla. (LR, 420).

No es necesario comentar más.

Poco después, en el Casino, el círculo de los enemigos del Magistral utilizarán el tema de la explotación económica, entre otros argumentos, contra el Vicario General en la resolución adoptada en medio de la borrachera:

-A ese clero que condena a la tisis del hambre a dignos comerciantes, a padres de familia; a ese clero que dispersa los hogares y hunde en alcantarillas inmundas, mal llamadas celdas, a las vírgenes del Señor, y que entiende que las entrega a Jesús, entregándolas a la muerte. (Frenéticos aplausos.) Juremos todos ser trompetas del escándalo, para que tanto sea, y a tales oídos llegue, que la ruina del enemigo común sea un hecho. Porque, señores, nadie como yo respeta al clero parroquial, ese clero honrado, pobre, humilde..., pero al alto clero... muera... , sobre todo... muera el señor Provisor..., el... (LR, 434).

En Zola los personajes anticlericales básicos aparecen, como era de esperar, en *La Conquête*.

Mouret, protagonista principal, tiene dos razonamientos en dos direcciones, de una parte, como buen burgués, siente una gran tranquilidad hacia los curas en cuanto que son elementos ordenados y sobre todo con el dinero:

-Bah! reprit Mouret, un prêtre, ce n'est pas bien gênant. Il vivra chez lui, et nous chez nous. Ces robes noires, ça se cache pour avaler un verre d'eau... Tu sais si je les aime, moi! Des fainéants, la plupart... Eh bien! ce qui m'a décidé à louer, c'est que justement j'ai trouvé un prêtre. Il n'y a rien à craindre pour l'argent avec eux, et on ne les entend pas même mettre leur clef dans la serrure. (*La conquête*, 29).

Por otra parte, esa tranquilidad burguesa suya termina alterándose por el misterio que la figura de un cura encierra para él, puesto que no puede "controlar", no puede saber qué hacen o qué piensan exactamente los curas, como podemos ver en los fragmentos siguientes:

[...] Désormais, il aurait une occupation, un amusement, qui le tirerait de sa vie de tous les jours. Il n'aimait pas les curés, comme il le disait, et le premier prêtre qui tombait dans son existence l'intéressait à un point extraordinaire. Ce prêtre apportait chez lui une odeur mystérieuse, un inconnu presque inquiétant. Bien qu'il fût l'esprit fort, qu'il se déclarât voltairien, il avait en face de l'abbé tout un étonnement, un frisson de bourgeois, où perçait une pointe de curiosité gaillarde. (*La conquête*, 45).

Segue alterándose:

Cela acheva de mettre Mouret d'une exécutable humeur. Il déblatéra contre les prêtres: c'étaient tous des cachottiers; ils étaient dans un tas de manigances, auxquelles le diable ne reconnaîtrait rien; ils affectaient une pruderie ridicule, à ce point que personne n'avait jamais vu un prêtre se débarbouiller. Il finit par se repentir d'avoir loué à cet abbé qu'il ne connaissait pas. (*La conquête*, 46).

Finalmente:

- [...] Moi, je te l'ai dit, ce qui me contrarie avec ces diables de curés, c'est qu'on ne sait jamais ce qu'ils pensent ni ce qu'ils font. A part cela, il y a souvent des hommes très honorables parmi eux. (*La conquête*, 48).

Por tanto su anticlericalismo surge exclusivamente al principio por el misterio.

Macquart, tío de François Mouret, piensa de forma parecida, pero para él los curas no tienen ningún misterio, sabe perfectamente lo que quieren "ces soutaines n'aiment qu'à godailler" y no son muy buenas personas precisamente en su opinión:

- [...] Mouret n'a qu'à venir me demander conseil; je lui donnerai même un coup de main, s'il veut. Je n'ai jamais pu les souffrir, ces animaux-là... J'en connais un, l'abbé Fenil, qui a une maison de l'autre côté de la route. Il n'est pas meilleur que les autres, mais il est malin comme un singe, il m'amuse. Je crois qu'il ne s'entend pas très bien avec ton curé, n'est-ce pas? (*La conquête*, 275.)

Por eso mismo, Macquart, cuya moralidad a lo largo de la saga no es precisamente de las mejores, no dudará en aliarse o ayudar a algún cura cuando él saca su propio provecho, pero utilizará su famoso anticlericalismo como prueba irrefutable cuando una sirvienta dice haberlo visto en medio de la noche hablando con un sacerdote, como en realidad hizo, para planificar uno de los crímenes más impresionantes de toda la historia familiar:

Je m'en moque, après tout, murmura-t-il. Vous avez raison, tous les curés, ça se vaut, c'est hypocrite et compagnie... Je sais maintenant avec qui vous avez pu me voir. J'ai rencontré l'épicière; elle avait une robe noire, vous aurez pris ça pour une soutane. (*La conquête* 385).

Hay un discurso anticlerical en boca de algunos personajes en *LR* y en *los Rougon-Macquart*, pero no hay un discurso antirreligioso; esto queda claro en *Alas*, en *Zola*, en todo caso se trata de presentar una religión distinta, o por lo menos, una creencia diferente. En

ambos autores la religión nueva o la necesidad de una creencia pasa por la apertura del espíritu mediante el conocimiento científico y la experiencia, una creencia viva, y se deja a un lado la creencia oscurantista, la fe muerta de la iglesia todopoderosa que critican. Ambos autores presentan la pareja religión/ciencia a través de pares de curas y médicos, sanadores del alma/sanadores del cuerpo, como veremos más adelante.

La Regenta:

/ Doctor Somoza: El médico de "la clase". La ciencia atrasada, no estudia, no investiga. La ciencia muerta. En religión se le considera volteriano.

Magistral

/ Doctor Benítez: La nueva medicina, el estudio, la investigación. La ciencia viva.

En Zola hemos encontrado en siete novelas de las veinte de la saga de los *Rougon-Macquart* estos emparejamientos.

La última novela de la historia familiar, El doctor Pascal, tiene como protagonista a un médico, el hijo menor de Pierre y Felicité Rougon, al que ya nos hemos referido, y que tiene intervenciones en otras novelas del grupo, sobre todo en *La faute*, en la que llega a una oposición violenta a la religión que representa su sobrino, l'abbé Serge Mouret, protagonista del libro. Al hacer referencia a la historia de Serge, Pascal hace la siguiente reflexión:

- Ah! chérie, ce serait trop beau, si les hommes ne gâtaient pas tout! Albine est morte, et Serge est maintenant curé à Saint-Eutrope, où il vit avec sa soeur Désirée, une brave créature, celle-ci, qui a de la chance d'être à moitié idiote. Lui est un saint homme, je n'ai jamais dit le contraire... On peut être un assassin et servir Dieu. (*Le docteur*, 98).

En esta misma novela que cierra el ciclo aparece otro hombre de religión, aunque de forma breve, en este caso un capuchino que predica unos ejercicios espirituales y ante la situación a la que llega Clotilde, la sobrina de Pascal, el doctor actuará ante los hechos según sus ideas:

Un capucin de grande sainteté, comme il en passe souvent dans les villes du Midi, était venu à Plassans faire une retraite. [...] C'était une sorte d'apôtre, une

éloquence populaire et enflammée, une parole fleurie, abondante en images. [...] Dès le premier soir, comme Clotilde, accompagnée de Martine [el ama], avait assisté au sermon, Pascal s'aperçut de la fièvre qu'elle rapportait. [...] Pascal, inquiet, voulut avoir une explication avec Martine. Il descendit, un matin, de bonne heure, comme elle balayait la salle à manger.

- Vous savez que je vous laisse libres, Clotilde et vous, d'aller à l'église, si cela vous plaît. Je n'entends peser sur la conscience de personne... Mais je ne veux pas que vous me la rendiez malade. (*Le docteur*, 125).

Ya hemos conocido por referencias anteriores las ideas del médico coprotagonista de *Une page* sobre la religión; sin embargo, el buen abbé Jouve opina sobre el doctor Deberle:

L'abbé Jouve en fit un gran éloge, bien que le docteur ne fût guère dévot. Il le citait comme un homme d'un caractère droit, d'un cœur charitable, très bon père et très bon mari, donnant enfin les meilleurs exemples. (*Une page*, 42).

En *Pot-Bouille* es donde en diferentes situaciones Zola se refiere al "sanador de almas" y su relación con el médico. Copiamos, aunque resulte un poco largo, el fragmento siguiente porque demuestra a la perfección lo que hemos dicho:

"Ils [l'abbé Maudit y el doctor Juillerat] avaient de ces aveus, iorsqu'ils sortaient côté à côté d'une agonie ou d'une naissance. Malgré leurs croyances opposées, ils s'entendaient parfois sur l'infirmité humaine. Tous deux étaient dans les mêmes secrets: si le prêtre recevait la confession de ces dames, le docteur, depuis trente ans, accouchait les mères et soignait les filles.

- Dieu les abandonne, reprit le premier.

- Non, dit le second, ne mettez donc pas Dieu là-dedans. Elles sont mal portantes ou mal élevées, voilà tout.

[...]

- Je suis plus religieux que vous, finit-il par conclure.

Le prêtre semblait avoir écouté silencieusement. Mais il n'entendait pas, il était tout entier à sa rêverie désolée. Après un silence, il murmura:

- S'ils son inconscients, que le ciel les prenne en pitié.

Alors, ils quittèrent la maison, ils suivirent doucement la rue Neuve-Saint-Agustin. Une peur d'avoir trop parlé les tenait muets, car ils avaient l'un et l'autre bien des ménagements à garder, dans leurs positions. (*Pot-Bouille*, 415-6).

Es interesante la exclamación "je suis plus religieux que vous..." si se acepta que el médico representa la religión renovada por la ciencia.

En *La conquête*, una "novela de cura", aunque no se da un emparejamiento estrecho entre el sacerdote protagonista principal, l'abbé Faujas, y el médico, doctor Porquier, cuando

Marthe Mouret está a punto de morir el médico subordina la ciencia a la voluntad de Dios por encima de todo:

"Que voulez-vous? les décrets de Dieu sont insondables, la science est bien souvent impuissante." (*La conquête*, 403).

En *La joie de vivre*, el doctor Cazenove y l'abbé Horteur forman una pareja similar a la que acabamos de ver pero no tan matizada ideológicamente.

Igualmente hay otra pareja, aunque apenas esbozada en *Germinal*, formada por l'abbé Joire y el doctor Vanderhaguen.

La necesidad de una nueva actitud ante la religión o una nueva religión lleva a Zola en *Germinal* a una exposición en dos vertientes. De una parte, el minero picador Étienne Lantier hace una defensa de las ideas socialistas:

Il se raillait de ses illusions de néophyte, de son rêve religieux d'une cité où la justice allait régner bientôt, entre les hommes devenus frères (*Germinal*, 291).

Y continua citando a Marx y a Proudhon. Después interviene el maquinista Souvarine, el más instruido en las ideas igualitarias y de justicia social a partir de "Bakounine l'exterminateur":

Étienne tendait les oreilles, très attentif. Il brûlait de s'instruire, de comprendre ce culte de la destruction, sur lequel le machineur ne lâchait que de rares paroles obscures, comme s'il en eût gardé pour lui les mystères.

- Mais enfin explique-moi... Quel est votre but?

- Tout détruire. Plus de nations, plus de gouvernements, plus de propriété, plus de Dieu ni de culte. (*Germinal*, 295).

El culto de la destrucción anarquista no llega a ser comprendido totalmente por Étienne (ni a Zola le interesa obviamente que lo comprenda), pero si es necesaria una religión del socialismo:

Lui, continuait. C'était la conquête du monde avant trois ans. Et il énumérait les peuples conquis. De tous côtés pleuvaient les adhésions. jamais religion naissante n'avait fait tant de fidèles. Puis, quand on serait les maîtres, on dicterait des lois aux patrons, ils auraient à leur tour le poing sur la gorge. (*Germinal*, 301).

Étienne se convierte en el propagandista de estas ideas, en el nuevo predicador, y el efecto conseguido entre la muchedumbre de mineros es:

Une exaltation religieuse les soulevait de terre, la fièvre d'espoir des premiers chrétiens de l'Église, attendant le règne prochain de la justice. Bien des phrases obscures leur avaient échappé, ils n'entendaient guère ces raisonnements techniques et abstraits, mais l'obscurité même, l'abstraction élargissait encore le champ des promesses, les enlevait dans un éblouissement. Quel rêve! être les maîtres, cesser de souffrir, jouir enfin! (*Germinal*, 340).

Pero en la propaganda a Étienne le aparece un competidor: el representante de la renovación de la religión, el sustituto del convencional abbé Joire, l'abbé Ranvier, "ce prêtre maigre aux yeux de braise rouge":

Il recommença, il parla du déplorable malentendu entre l'Église et le peuple. Maintenant, en phrases voilées, il frappait sur les curés des villes, sur les évêques, sur le haut clergé, repu de jouissance, gorgé de domination, pactisant avec la bourgeoisie libérale, dans l'imbécillité de son aveuglement, sans voir que c'était cette bourgeoisie qui le dépossédait de l'empire du monde. La délivrance viendrait des prêtres de campagne, tous se lèveraient pour rétablir le royaume du Christ, avec l'aide des misérables; et il semblait être déjà à leur tête, il redressait sa taille osseuse, en chef de bande, en révolutionnaire de l'Évangile, les yeux emplis d'une telle lumière, qu'ils éclairaient la salle obscure. Cette ardente prédication l'emportait en paroles mystiques, depuis longtemps les pauvres gens ne le comprenaient plus. (*Germinal*, 449).

Efectivamente, los mineros no comprenden y les falta la fe que las palabras de su compañero Étienne despierta.

Es este un punto muy importante pues Zola en *Le docteur* va a resaltar la fuerza de la fe, o la alegría de la fe, y por eso Pascal es justamente respetuoso con su sobrina Clotilde porque puede comprender la necesidad de esta fuerza:

[...]ce fut elle [Martine, el ama] qui éleva l'enfant [Clotilde], la menant à l'église, lui communiquant un peu de la flamme dévote dont elle avait toujours brûlé; tandis que le docteur, d'esprit large, les laissait aller à leur joie de croire, car il ne se sentait pas le droit d'interdire à personne le bonheur de la foi. Il se contenta ensuite de veiller sur l'instruction de la jeune fille, de lui donner en toutes choses des idées précises et saines. (*Le docteur*, 58).

Aunque Pascal tiene también esta alegría, esta fuerza que le da su fe en la ciencia:

Le docteur Pascal n'avait qu'une croyance, la croyance à la vie. La vie était l'unique manifestation divine. La vie, c'était Dieu, le grand moteur, l'âme de l'univers. Et la vie n'avait d'autre instrument que l'hérédité, l'hérédité faisait le monde; de sorte que, si l'on avait pu la connaître, la capter pour disposer d'elle, on aurait fait le monde

à son gré. (*Le docteur*, 85).

En *Clarín* no hay un planteamiento de una nueva religión, pero como se vio en el párrafo anteriormente citado (pág. 420 de *LR*), expone también el desarrollo de las ideas socialistas anteriores a *La Gloriosa*; pero se inclina más bien por el cristianismo del obispo Camoirán que también posee la alegría de la fe y que se manifiesta como ese motor vital al que se refiere Zola. Como así mismo tiene fe por encima de todo el Regente, aunque al profundizar en las lecturas que por consejo-mandato de su mujer y del Magistral hace, llegue a afirmaciones muy particulares respecto a la religión, pero su fe permanece inalterable aunque empiece a experimentar cierto anticlericalismo:

[...] Si bien seguía creyéndose profundamente piadoso, don Víctor hacía distinciones sospechosas entre la religión y el clero, entre el catolicismo y el ultramontanismo. "Yo soy tan católico como el primero", ésta era su frase cada vez que decía alguna herejía o algo parecido; pero se metía a interpretar a su modo los textos del Antiguo y Nuevo Testamento y hasta se atrevía a decir delante de curas y señoras que el hombre virtuoso es siempre un sacerdote, y que un bosque secular es el templo más propio de la religión pura, y que Jesucristo había sido liberal[...]. (*LR*, 472-3).

En el lado opuesto, Ana Ozores, que llega a no creer pero conoce la fuerza de la creencia, reza:

[...] Pero rezaba para creer. ¡Oh!, malo sería que el Magistral no saliese inocente de aquella prueba... si él, si el hermano mayor no era más que un hipócrita..., y había que dar la razón en muchas cosas a don Carlos, al que después de todo era su padre. ¡Sí, sí, era su padre, aquel padre que había llorado ella con lágrimas del corazón, el que decía que la religión es un homenaje interior del hombre a Dios, a un Dios que no podemos imaginar como es, y que no es como dicen las religiones positivas, sino mucho mejor, mucho más grande!... ¡Era su padre quien decía todas estas herejías!" Y rezaba, rezaba, porque el meditar ya no servía para nada bueno. (*LR*, 534).

En *L'oeuvre* se habla de otro tipo de creencia que sirve de estímulo para sobrevivir. Estas son las palabras del pintor Sandoz:

"Est-ce qu'on sait? est-ce qu'il ne vaudrait pas mieux vivre et mourir inconnu? Quelle duperie, si cette gloire de l'artiste n'existait pas plus que le paradis du catéchisme, dont les enfants eux-mêmes se moquent désormais! Nous qui ne croyons plus à Dieu, nous croyons à notre immortalité... Ah! misère!" (*L'oeuvre*, 299).

Cualquier creencia puede ser válida justamente para vivir, pero en el caso de Zola se resalta como fundamental la creencia en la vida misma. Para demostrarlo volvemos al doctor Pascal en la exposición de su credo que hace con energía a Clotilde:

- Veux-tu que je te dise mon "Credo", à moi, puisque tu m'accuses de ne pas vouloir du tien... Je crois que l'avenir de l'humanité est dans le progrès de la raison par la science. Je crois que la poursuite de la vérité para la science est l'idéal divin que l'homme doit se proposer. Je crois que tout est illusion et vanité, en dehors du trésor des vérités lentement acquises et qui ne se perdront jamais plus. Je crois que la somme de ces vérités, augmentées toujours, finira par donner à l'homme un pouvoir incalculable, et la sérénité, sinon le bonheur... Oui, je crois au triomphe final de la vie. (*Le docteur*, 90).

Evidentemente en *LR* no hay ninguna declaración de principios en este sentido porque aunque con la duda y la difícil aceptación de determinados dogmas de la doctrina católica (en *LR* y en otras producciones clarinianas hay referencias, por ejemplo, a la infalibilidad), Alas no presenta ninguna alternativa válida al catolicismo que no sea el cristianismo.

Otra cuestión que no debemos dejar de lado justo por su escasa frecuencia es la superstición. No es de extrañar que en dos autores para los que el tema religioso es una preocupación constante, la superstición no tiene ninguna importancia ya que no hemos encontrado prácticamente ejemplos dada la extensión de la obra que hemos estudiado.

La razón de esta ausencia es normal ya que Zola y Alas consideran la superstición como un vestigio del oscurantismo de la forma de religión oficial con la que no están de acuerdo, y, sobre todo, porque la superstición, que no puede tener conexión con la fe, está reñida con el conocimiento científico que ambos defienden y es fundamental en su momento histórico.

En *La conquête*, Mouret, que ha alquilado unas habitaciones de su casa a un cura, al observar que su mujer, Marthe, no está muy satisfecha con la idea dice:

[...] Tu ne crois pas au moins que les prêtres portent malheur, comme on dit. Ils ne portent pas bonheur non plus, c'est vrai (*La conquête*, 30).

El primer personaje supersticioso aparece en la sexta novela de los Rougon, *Son Excellence*, y la supersticiosa es una joven dama italiana; parece que Zola identifica en cierto modo superstición y meridionalidad; a propósito de haber pisado inintencionadamente el diplomático Monsieur de Plougern un rosario de dicha muchacha, Clorinde, se entabla entre ellos el siguiente diálogo:

Et elle le lui arracha. Elle pleurait comme une enfant.

"Là, là, disait M. de Plouguern riant toujours. Voyez-vous ma dévote! L'autre matin, elle a failli me crever les yeux, parce qu'en apercevant un rameau de buis au fond de son alcôve, je lui demandais ce qu'elle balayait avec ce petit balai-là... Ne pleure plus, grosse bête! Je ne lui ai rien cassé au bon Dieu.

- Si, si, cria-t-elle, vous lui avez fait du mal!"

[...]

"C'est le pape qui m'en a fait le cadeau, la première fois que je suis allé le voir avec maman. Il me connaît bien, le pape; il m'appelle *son bel apôtre*, parce que je lui ai dit un jour que je serais content de mourir pour lui... Un chapelet que me portait bonheur. Maintenant, il n'aura plus de vertu, il attirera le diable...". (*Son Excellence*, 104-5).

Más adelante, la misma Clorinde seguirá con su actitud supersticiosa ya que para este personaje de mujer intrigante sin límites la religión es superstición; en una conversación con Pierre Rougon:

"C'est donc terrible? Vous craignez que je ne puisse pas payer ma dette, peut-être?... Attendez, je vais tâcher de deviner... Vous avez écrit au pape et vous avez mis tremper quelque bon Dieu dans mon pot à eau, sans que je m'en aperçoive?"

Ef

Mais elle se fâcha de cette plaisanterie. Elle menaçait de s'en aller, s'il continuait.

"Ne riez pas de la religion, disait-elle. Ça vous porterait malheur." (*Son Excellence*, 278).

En las novelas siguientes las creencias supersticiosas las muestran personajes de la clase trabajadora y son representativas de su incultura.

En *Une page*, el joven Zéphyrin, novio de la criada de la protagonista, tiene que hacer el servicio militar "malgré deux messes dites par M. le curé". La religión pone en relación con un mundo mágico del que se puede obtener algo mediante intercambios, es una concepción supersticiosa.

En *Pot-Bouille*, una de las criadas al llegar el cura a administrar la extremaunción cuando ya ha muerto quien iba a recibirla exclama:

- C'est mauvais signe, disait Clémence aux autres domestiques, réunis à la porte de l'antichambre. On ne dérange pas le bon Dieu pour rien... Vous verrez qu'il reviendra dans la maison, avant un an. (*Pot-Bouille*, 249).

Casi al final de la novela la misma criada vuelve a su tema:

Justement, un matin, Mme. Duveyrier allait se rendre chez l'abbé Mauduit,

lorsque Clémence lui annonça que le prêtre montait l'extreme-onction à M. Josserand. La femme de chambre, après s'être trouvée dans l'escalier, sur le passage du bon Dieu, était rentrée à la cuisine, en s'écriant:

- Ça nous a porté malheur à tous.

Cette fois, le bon Dieu n'arriva pas en retard: c'était un signe excellent pur l'avenir. (*Pot-Bouille*, 403).

Pero poco después, en la conversación mantenida con Mme. Duveyrier, l'abbé Maudit dirá:

- J'ai prié, madame, dit le prêtre. Dieu triomphera. (*Pot-Bouille*, 404).

En *Germinal*, en la vida promiscua y terrible del interior de las fosas, las muchachas se preocupan más por una superstición que por la moral católica:

- C'est qu'on trouve, des amoureux, quand on vit tous ensemble, n'est-ce pas?

- Bien sûr.

- Et puis, ça ne fait du mal à personne... On ne dit rien au curé.

- Oh! le curé, je m'en fiche!... Mais il y a l'Homme noir.

- Comment, l'Homme noir?

- Le vieux mineur qui revient dans la fosse et qui tord le cou aux vilaines filles.

(*Germinal*, 95).

En *La terre*, tras el desmayo sufrido por l'abbe Madeline mientras oficiaba la misa, algunas mujeres:

[...] Coelina, Flore, toutes, montrèrent un grand apitoiement de ce qu'il était tombé le nez sur l'autel, et elles déclarèrent que c'était un signe de mort prochaine pour les mariés. (*La terre*, 412-3).

Por su parte Alas en *LR* no hace referencia a ninguna superstición popular, cuando habla de superstición es para referirse a la muy particular opinión que tenía don Álvaro Mesía de la confesión:

Cada día aumentaba en don Álvaro la superstición del confesonario, cada día creía más poderosa la influencia del cura sobre la mujer que le cuenta sus culpas. Y mirando a las damas que iban y venían, unas elegantes, lujosas, otras enlutadas o con hábito humilde, todas deseando a su modo agradar, todas procurándolo, Mesía imaginaba secretos hilos invisibles que iban de faldas a faldas, de la sotana a la basquiña, del cura a la hembra. (*LR*, 423).

Además Clarín explica que Ana Ozores estima a Frigilis "por ver en él prendas morales raras en Vetusta, a saber: la tolerancia, la alegría expansiva y la despreocupación en materias supersticiosas" (*LR*, 98).

V. LOS HOMBRES DE LA IGLESIA

Al leer *LR* es normal que, ya que se trata de una de las llamadas "novelas de cura", además del protagonista masculino, don Fermín De Pas, encontremos toda una relación de personajes eclesiásticos como actores secundarios, o a quienes hace referencia de mayor o menor importancia el autor, Alas. De los ciento cincuenta personajes mencionados en *LR* que aparecen en la guía de Mariano Baquero Goyanes en su edición de la novela (1985), diecinueve, además del Magistral, pertenecen a la carrera sacerdotal y ocupan diferentes cargos en la Diócesis de Vetusta.

En la extensa saga de los *Rougon-Macquart* son veinticinco los eclesiásticos a los que Zola da vida, aunque sea, como mínimo, con un nombre. En diecinueve novelas de las veinte que componen los *Rougon-Macquart* hay alusiones a la Iglesia o a la religión, sólo en *La bête humaine*, que es el relato número diecisiete del ciclo, no hemos encontrado nada de interés para esta investigación. Pero ya en el primer libro de la serie, *La fortune de les Rougon*, hay una referencia explícita a la Iglesia en una explicación de su poderío e influencia a través de sus ministros en Plassans, la ciudad origen del clan protagonista. La primera intervención de un sacerdote (como personaje secundario) la tenemos en la tercera novela, *Le ventre de Paris*; y sucesivamente, la cuarta, *La conquête de Plassans*, y la quinta, *La faute de l'abbé Mouret*, son justo eso: novelas de cura, si consideramos como tales aquellas obras en las que se hace un estudio de este tipo de persona, aunque el análisis y los sujetos analizados pueden ser muy diferentes, casi opuestos, como son l'abbé Faujas y l'abbé Mouret, protagonistas respectivos de la primera y de la segunda obras citadas. En otras ocho novelas, que ya veremos, aparece por lo menos un sacerdote en un papel más o menos relevante, y en las siete restantes, aunque se trate de una insignificancia, hay alguna referencia a la actividad religiosa o a lo estrictamente eclesiástico.

Breve relación y descripción de personajes eclesiásticos.

DON FERMÍN DE PAS. Magistral de la catedral y provisor de la diócesis de Vetusta.

Personaje masculino principal, objeto de estudio detallado más adelante.

DON FORTUNATO CAMOIRÁN. Obispo de Vetusta, protector del Magistral desde el principio de su carrera por la presión de Paula Raíces, que fue su ama de llaves y es la madre de don Fermín. Su cristianismo es piedad y caridad, ese es su mundo. Su tolerancia puede ser también considerada ineficacia al no saber atajar los males de su diócesis, pero para sus feligreses es ante todo un santo.

DON RESTITUTO MOURELO. Conocido por Gloucester. Arcediano. Hombre ambicioso de poder e influencia, desprecia al obispo y es enemigo del Magistral.

DON CUSTODIO. Beneficiado, director de las Escuelas para niños pobres.

DON CAYETANO RIPAMILÁN. Campechano y sencillo, poeta bucólico, intenta siempre comprender y perdonar. Defensor de don Fermín ante los enemigos del cabildo.

CAMPILLO. Llamado "El Chato", segundo organista de la Catedral, espía para don Fermín y doña Paula, como ya lo hacía con sus compañeros en el seminario. Personaje sin apenas importancia.

Estos personajes intervienen activamente en la obra en mayor o menor medida. De los personajes que citamos a continuación sólo conocemos la información directa del narrador sobre sus actuaciones.

OBISPO DE NAUPLIA. Compañero en el Hotel de la Paix, en Madrid, de Obdulia Fandiño, de la que, al parecer no se separaba. El Magistral, al final de la novela, pretexto visitarlo al paso por Vetusta del prelado.

UN CURA. No se especifica su nombre, pero tras la experiencia de Ana en la barca con Germán la confiesa para saber qué ha pasado y su veredicto es que Ana es muy niña y "por ignorancia o por malicia, ocultaba sus pecadillos".

CLÉRIGO DE LORETO. Contertulio del padre de la Regenta allá en la aldea, transige con el radicalismo de don Carlos Ozores.

PÁRROCO DE MATALAREJO. El cura joven al que sirvió en primer lugar la madre del Magistral, para muchos era el padre de don Fermín.

PÁRROCO DE CONTRACAYES. Sometido a un proceso ante el Magistral por seducir a sus feligresas.

EL CHANTRE. Apenas si interviene, pero cuando lo hace brevísimamente es en defensa de la Regenta.

PADRES GOBERNA, MAROTO Y MARTÍNEZ. Jesuitas. Predican sermones para la Cuaresma y la novena de los Dolores de gran influencia en la ciudad.

Los personajes que siguen sólo son citados por su nombre para indicar una función muy secundaria.

ANACLETO. Familiar del obispo.

DON ANICETO. Capellán de los Marqueses de Vegallana.

DON ANTERO. Párroco que quiere confesar al ateo Barinaga a la hora de su muerte.

DEAN. Citado como poco hablador.

ESCOSURA. Rector del Seminario, muy conservador.

CARLOS PELÁEZ. Notario eclesiástico, se considera muy influyente, incluso con el Magistral.

FAMILIARES DEL OBISPO. Secretarios privados del obispo, pero no miembros de su familia. Se les describe jugando al tute en la antesala de obispo.

UN PAJE. Un familiar eclesiástico como los anteriores.

PRIMO DEL MAGISTRAL. Joven sacerdote con funciones de secretario en la Curia.

En los *Rougon-Macquart* son protagonistas de dos novelas l'abbé FAUJAS, en *La conquête*, y l'abbé MOURET, en *La faute*. Los restantes eclesiásticos son personajes de importancia relativa según cada novela de la saga por orden de publicación de éstas encontramos:

En *Le Ventre de Paris* (3):

L'ABBÉ ROUSTAN. Cura de Saint-Eustache. Es sobre todo hombre sabio y consejero.

[...] C'était un bel homme, d'une quarentaine d'années, l'air souriant et bon; un homme distingué, de bon conseil. (*Le ventre*, 305).

En *La Conquête de Paris* (4), además del citado abbé Faujas:

MONSEIGNEUR ROUSSELOT. Obispo ilustrado, vive en su mundo de libros y teme tanto a Faujas como al abbé Fenil que se disputan encarnizadamente su poder, teme a los dos. Son muchos los autores que ven en él un precedente del obispo Camoirán, pero en realidad son muy diferentes, Camoirán hemos señalado que es considerado un santo, Roussetot es un gran intelectual y literato, quizá más cerca del arcipreste Ripamilán por sus gustos; la coincidencia es que ambos obispos dejan el poder en manos de sus privados, De Pas, en el caso de Camoirán; Fenil y Faujas, en el caso de Roussetot.

L'ABBÉ FENIL. Enemigo principal del cura protagonista, ejerce una verdadera tiranía sobre el obispo. Intrigante y ambicioso. Pertenece a la Iglesia galicana frente a la tendencia que defiende la iglesia de Faujas, ligada al Segundo Imperio:

[...] Le vieux, que vous apercevez un peu arrière, est un de nos grands vicaires, M. L'abbé Fenil. C'est lui qui dirige le séminaire. Un terrible homme, plat et pointu comme un sabre. Je regrette qu'il ne se tourne pas; vous verriez ses yeux... (*La conquête*, 62).

L'ABBÉ BOURRETTE. Defensor de Faujas, carece de maldad y de inteligencia, y teme a Fenil.

L'ABBÉ COMPAN. Párroco de Saint Saturnin, íntimo de Bourrette (que espera sucederle a su muerte en la parroquia, pero su puesto será ocupado por Faujas) teme también el

poder de Fenil.

L'ABBÉ SURIN. Joven secretario particular del obispo a quien este aconseja para su posterior "vida en sociedad".

En *La faute de l'abbé Mouret* (5), además del protagonista encontramos a

LE FRÈRE ARCHANGIAS. Enseña el catecismo a los niños Personaje bruto, zafio y sucio:

[...]son grand corps taillé à coups de hache. Le soleil tapait sur sa nuque, au cuir tanné, mettant dans l'ombre sa dure face de paysan, en lame de sabre" (*La faute*, 65).

Misógino empedernido: la mujer es el principal motivo de pecado para el hombre, hay que exterminarla: [...] la femme pousse toujours en elles. Elles ont la damnation dans leurs jupes (*La faute*, 66).

En *Une page d'amour* (8):

L'ABBÉ JOUVE. Cura Ecónomo de Notre-Dame-de-Grace, la parroquia de Passy. Muy buen hombre, sobre todo caritativo y comprensivo "sa charité faisait de lui le prêtre le plus aimé et le plus écouté du quartier" (*Une page*, 31).

En *Nana* (9):

M. VENOT. Jesuita. Quiere convencer a Nana para que deje de ser la querida del conde de Muffat, al mismo tiempo procura que el matrimonio Muffat se reconcilie. Esgrime la moral social y de la Iglesia,

- A propos, reprit Nana, connaissez-vous un petit vieux bien propre, avec des dents mauvaises?... Un monsieur Venot... Il es venu me voir ce matin. (*Nana*, 342).

En *Pot-Bouille* (10):

L'ABBÉ MAUDIT: Vicario de Saint-Roche. El cura representante y defensor de los valores de la moral burguesa. Encarna el papel de sanador del alma y sanador del orden espiritual y social establecido.

En *La joie de vivre* (12):

L'ABBÉ HORTEUR, párroco del pueblo: "Un homme trapu, à encolure de paysan, dont les cinquante ans n'avaient pas encore pâli les cheveux roux" (*La joie*, 16); "payé à peine, [...], il serait mort de faim, s'il n'avait fait pousser quelques légumes" (*La joie*, 237). Caritativo, pero considera también que la caridad empieza por uno mismo.

En *Germinal* (13):

L'ABBE JOIRE. Párroco de Montsou. Representa la Iglesia tradicional: no quiere tener nada que ver con la situación de los mineros, los ignora prácticamente lo mismo que éstos hacen con él: "Le curé de Montsou, l'abbé Joire, passait en retroussant sa soutane, avec des délicatesses de gros chat bien nourri, qui crainte de mouiller sa robe. Il était doux, il affectait de ne s'occuper de rien, pour ne fâcher ni les ouvriers ni les patrons" (*Germinal*, 139).

L'ABBÉ RANVIER. Sustituto del anterior, habla a los mineros de una Iglesia poderosa con la base de los curas rurales y los desheredados, gran orador, pero nada más; los mineros no lo entienden, no les llega al corazón, sólo dice palabras.

En *La Terre* (15):

L'ABBÉ GODARD. Párroco de Bazoches-le-Doyen, encargado también de Rognes. "Gros et court, la nuque rouge, le cou si enflé que la tête s'en trouvait rejetée en arrière, il se forçait à cet exercice, par hygiène" (*La terre*, 74). Caritativo, protestón con los feligreses a quienes les gusta llevarle la contraria sólo por placer.

L'ABBÉ MADELINE. Joven, educado, no conoce el mundo, "l'air d'une vraie perche, triste

comme s'il portait le von Dieu en terre. Cependant, il saluait devant chaque vigne, il disait un mot aimable à chacun, et l'on finit par le trouver bien poli, bien doux, pas fort, enfin". (*La terre*, 378). No se adapta a la parroquia de Rognes y vuelve a la suya del en medio de las montañas.

En *Le Rêve* (16):

L'ÉVÊQUE HAUTECOEUR. No es en modo alguno un prototipo de sacerdote. Jefe de noble familia de origen medieval representa la antigua fusión de la aristocracia y la Iglesia. Necesita un análisis aparte ya que significa la fusión de los dos viejos poderes del Antiguo Régimen, solamente justificados porque se trata de un sueño, como repite en reiteradas ocasiones Zola, y en ese mundo de la ilusión todo es posible.

L'ABBE CORNILLE. Siempre llamado como le bon abbé Cornille, intermediario e informador entre el obispo Hautecoeur y la familia de la protagonista.

Los personajes que citamos a continuación sólo los conocemos por referencias del narrador o de algún otro de los personajes.

En *La Conquête de Plassans* (4):

L'ABBÉ CHARDON. Preferido de Fenil.

L'ABBÉ VIAL. Se alude a su marcha a Roma.

En *La faute de l'abbé Mouret* (5):

L'ABBÉ CAFFIN. Antiguo Párroco de Les Artaud a donde llega casi como desterrado después de una historia de sexo "c'était, pourtant un bien saint homme, et qui possédait un caractère d'or [...] il aimait les choses délicates"; (*La Faute*, 277).

En *Son Excellence Eugène Rougon* (6):

MONSEIGNEUR ROCHART. Obispo de Faverolles. Interviene en círculos poderosos,

incluso en el palacio imperial, en favor de las monjas de la Santa Familia envueltas en un sórdido juicio de herencias.

En *L'assommoir* (7):

UN VIEUX PETIT PRÊTRE. Al ir a concertar su matrimonio el compañero de la protagonista "alla lui-même à l'église marchander; et, pendant une heure, il s'attrapa avec un vieux petit prêtre, en soutane sale, voleur comme une fruitière" (*L'assommoir*, 87).

En *Au Bonheur des Dames*:

LE CURÉ DE LA MADELEINE. Bendice el almacén: "ce bon vivant ne venait-il pas de faire bénir ses magasins par le curé de la Madeleine, suivi de tout son clergé!" (*Au Bonheur*, 482).

En *Le Docteur Pascal*:

UN CAPUCHINO. Predica unos sermones que influyen en la protagonista.

En las restantes novelas del ciclo, excepto como ya hemos dicho *La Bête Humaine*, si bien no encontramos un personaje eclesiástico concreto, sí hallamos referencias a la religión o a la Iglesia Católica.

En la primera novela, *La fortune des Rougon*, a la hora de describir la ciudad y sus diferentes grupos sociales Zola escribe: "Tout se passe entre le clergé, la noblesse et la bourgeoisie. Les prêtres, très nombreux, donnent le ton à la politique de l'endroit" (*La Fortune*, 97).

En la segunda novela, *La curée*, Sidonie, una de las hijas del matrimonio Rougon, beata hipócrita, busca un apartamento para su hermano, conocido como Saccard, y escoge justamente el de un cura que se acaba de ir a Roma (pág. 103). Aunque no hay ninguna otra referencia es obvio que la relación de la política de Napoleón III con la Santa Sede, es un punto siempre presente en el de Médan.

Bastantes alusiones tenemos en *L'assommoir* donde los protagonistas a lo largo del relato reciben diferentes sacramentos, pero Zola destaca que es la costumbre social la que los

mueve a tales ceremonias.

En *L'argent*, una de las últimas de la serie, con ninguna referencia a ningún eclesiástico concreto, si no tenemos en cuenta las veces que se nombra al Papa; pero esta novela cuenta la fundación de una sociedad financiera, una "banca católica", cuyo objetivo principal en apariencia es defender los intereses del Pontífice.

En *La débâcle* las breves oraciones de los soldados tienen significados diferentes.

Funciones.

Como acabamos de ver son muchos y diferenciados entre sí los personajes de curas de Alas y de Zola, lo que demuestra la importancia que ambos autores dan a la institución eclesiástica tal y como corresponde al momento histórico de la sociedad novelada y al que ambos escritores pertenecen. De todas formas hay una diferencia fundamental ya que enfrentamos una sola historia, la de Clarín, a una historia compuesta de historias, como es la de Zola.

Clarín escribe la novela de *Vetusta*, de la sociedad provinciana. Zola escribe las novelas de la sociedad del Segundo Imperio francés centralizado en París. Por eso mismo, los curas principales de las novelas de Zola, Faujas y Mouret, van a representar justamente la sociedad imperial. El caso del primero, considerado por muchos convecinos de Plassans como un agente político al servicio de Pierre Rougon, ministro de Napoleón III, representa la política de alianza con Roma; Faujas (lo mismo que Felicité Rougon, la madre de Pierre) sigue órdenes de París, el centro vital, la vida en provincias no tiene otro aliciente que fortalecer a la capital; por eso Faujas tendría que ser el ganador en la lucha que mantiene contra los otros curas (los otros grupos políticos, por tanto) de Plassans.

Mouret, protagonista de la otra novela en la que los personajes principales masculinos son sacerdotes, representa por el contrario al inadaptado, a un místico o a un inmaduro, que se aleja del centro de poder y de la intriga y que terminará, casi como un ermitaño, de párroco en Saint-Eutrope.

El don Fermín de Alas se queda en medio. Él estaba en el camino del episcopado, del cardenalato, tal vez, pero, en el tiempo en que transcurre *LR*, ve estos sueños como algo muy lejano. Por eso el Magistral necesita dominar *Vetusta* que para él se ha convertido en el único centro de poder por sí misma, en cuanto ambición posible de lograr; una ambición de poder que, dejada de lado la ambición de dinero de la madre, doña Paula, es exclusivamente egoísta, pues De Pas, aunque tuviera otros ideales (como irse a las misiones) en sus primeros años con

los jesuitas y en el seminario, ahora piensa en sí mismo y utiliza la institución para obtener y fortalecer el dominio que ansía.

En ambas obras hay un estudio bastante extenso de otros personajes de curas muy diferentes, aunque, por cuestiones obvias dada la especialización en subgrupos sociales de los *Rougon-Macquart*, aquí encontraremos más desdibujados al cura rural o al cura que entra en contacto directo con la clase trabajadora; que en *LR* sólo conocemos de manera anecdótica. En una y otra obra estos personajes de cura cumplen una serie de funciones que se repiten en diferentes partes de la novela o en diferentes novelas. A través de estas funciones o actividades concretas de cada sacerdote es como la Iglesia desempeña su papel en la sociedad, y en la descripción de estas labores es donde Alas y Zola realizan el análisis y la crítica de la relación entre el poder temporal y el espiritual. Aunque en los personajes protagonistas, como De Pas, Faujas o Mouret, hay un estudio minucioso y globalizador de cada uno de ellos, en los personajes secundarios la descripción literaria se centra sobre todo el modo de actuar y comportarse del cura en cuestión más que las características personales de un clérigo concreto; en realidad se presenta al eclesiástico como simple ejecutor de alguna de las funciones que se identifican con la tarea sacerdotal. La función tiene mucho más valor que la personalidad del sujeto actor, esto queda demostrado en la repetición de dichas funciones por curas diferentes en una o varias novelas de las que hemos estudiado. La reiteración de estas acciones funcionales agudiza la ironía, la crítica, el rechazo o la comprensión que Zola y Alas manifiestan por la institución eclesiástica; el sistema organizado de la Iglesia, en la mayoría de los personajes secundarios, se impone a las acciones particulares de la propia individualidad.

1. El sanador.

Ya hemos hablado por extenso, en dos ocasiones, en esta investigación de la estrecha relación que establecen Zola y Clarín entre los médicos y los sacerdotes; ello no debe extrañarnos ya que unos y otros se ocupan en teoría del buen funcionamiento de la materia y el espíritu humano, al tratarse de dos aspectos de un sólo sujeto es obvio que aparezca la frecuente unión de unos y otros profesionales, mucho más cuando los protagonistas se consideran expertos en sus materias respectivas.

De Pas por sí mismo establece este simil y considera el confesonario el hospital de las almas en la conversación que mantiene con Ana Ozores. Como señala Frank Durand (1984, pág. 21) esta función de médico del alma la presenta el Magistral a Ana más bien desde un punto de vista práctico que desde el puramente religioso, le habla de la necesidad de desahogar

el espíritu y cómo en las sociedades protestantes, donde no hay confesión

"Las señoras protestantes, que no tienen padre espiritual, acuden a la prensa. ¿No es esto ridículo?" (LR, 167).

Claro que don Fermín no utiliza el término "psiquiatra", ¡el psicoanálisis aún no había empezado!, pero sí habla directamente del médico, como sanador ideal frente a las soluciones a lo "miss lonely hearts" anglosajonas de las revistas y por eso Ana, al padre espiritual

"No debía ella acudir allí sólo a pedir la absolución de sus pecados; el alma tiene, como el cuerpo, su terapéutica y su higiene; el confesor es médico higienista" (LR, 167).

Como se ve, la identificación es absoluta. No encontramos en Zola nada igual con respecto a la psiquiatría, pero sí encontramos la equiparación con el médico de cabecera. Ya hemos aludido en este trabajo a la aparición en seis de los libros de los *Rougon-Macquart* de la pareja formada por un eclesiástico y un doctor, por la simple razón de que ambos tienen la función de sanadores del alma y del cuerpo, del buen estado espiritual y físico de la sociedad. La identificación es total en todas las parejas encontradas a las que hemos hecho referencia, pero es en *Pot-Bouille* donde l'abbé Mauduit, completamente abatido, reflexiona sobre la salud moral de su parroquia, de la cual se siente responsable:

Oh! Seigneur, l'heure sonnait-elle de ne plus couvrir du manteau de la religion les plaies de ce monde décomposé? [...] Toutes les tolérances du mondain s'en allaient sous les scrupules déchâtrés de cette conscience, et il ne restait que la foi du croyant, épouvantée, se débattant dans l'incertitude du salut. Oh! Seigneur, quelle était la route, que fallait-il faire au milieu de cette société finissante, qui pourrissait jusqu'à ses prêtres? (*Pot-Bouille*, 418).

En LR hemos hablado de los dos médicos, Somoza y Benítez, que aparecen y que, en realidad no forman pareja ninguno de los dos con don Fermín. Aunque en el capítulo XXVII, vemos como el Magistral, en apariencia absorto en la lectura de un periódico, escucha muy atentamente la conversación que Quintanar mantiene con Benítez a propósito de la mejoría en la salud de la Regenta durante la estancia en El Vivero. El joven doctor alude a la dolencia de Ana como algo psíquico:

-Doña Ana, amigo mío, no estaba enferma; se lo he dicho a usted cien veces; lo que tenía se curaba sin más que cambiar de vida; pero no era enfermedad...; por eso

no puede decirse con exactitud que se ha curado. (LR, 583).

Sigue más adelante:

Ayer era mística, estaba enamorada del cielo; ahora come bien, se pasea libre, entre árboles y flores... y tiene el amor de la vida alegre, de la naturaleza, la manía de la salud... (LR, 584).

El Magistral escucha toda la conversación y es muy consciente de que la enfermedad del alma de Ana se le escapa de las manos, la enfermedad de la Regenta necesita de una alegría vital que las prácticas espirituales no le proporcionan.

Benítez y De Pas son dos expertos en sanar que intentan solucionar respectivamente la enfermedad del psiquismo o del alma de la protagonista, según queramos llamarlo, pero Alas presenta el camino de la curación no sólo como diferente sino como opuesto.

2. El hombre sabio, el consejero.

El grupo social en que vive el sacerdote considera a éste, por su educación superior, una persona más preparada (aunque en algunos casos la realidad sea diferente) que la mayor parte de la gente con la que convive; mucho más si se trata de una sociedad iletrada: el sacerdote es el hombre sabio. La opinión del cura ha de ser tomada siempre en cuenta y no sólo en materia de religión, por eso se convierte en el modelo perfecto de consejero que de forma, aparentemente desinteresada, ayuda a tomar decisiones, aunque, como es obvio, para dar un consejo es necesario poseer información de la situación consultada, por lo cual se puede interpretar que el consejo se da a cambio de unos conocimientos y, por tanto, de poder, pero como existe el secreto de confesión hay una garantía de seguridad para la consulta.

En *Le Ventre*, Lisa, tiene un grave problema familiar: su cuñado, a quien toca en herencia la mitad del negocio de carnicería y charcutería que regenta el marido de Lisa y que la llena de orgullo pequeño burgués, al cabo de los años regresa clandestinamente del penal donde había sido confinado a perpetuidad por cuestiones políticas. La carnicera reflexiona y se dice "qu'elle devait prendre conseil de l'abbé Roustan, un homme sage", pues aunque ella "n'était point dévote" considera que "les prêtres étaient généralement de braves gens". Cuando Lisa, decidida, habla con l'abbé Roustan Zola nos presenta cómo era la relación entre ambos:

Jamais il n'était question entre eux de religion. Elle ne se confessait pas, elle le consultait simplement dans les cas difficiles, à titre d'homme discret et sage, qu'elle préférait, disait-elle parfois à ces hommes d'affaires louches qui sentent le baigne. Lui, se montrait d'une complaisance inépuisable; il feuilletait le code pour elle, lui indiquait les bons placements d'argent, résolvait avec tact les difficultés morales, lui recommandait des fournisseurs, avait une réponse prête à toutes les demandes, si diverses et si compliquées qu'elles fussent, le tout naturellement, sans mettre Dieu de l'affaire, sans chercher à en tirer un bénéfice quelconque à son profit ou profit de la religion. Un remerciement et un sourire lui suffisaient. (*Le Ventre*, 309-10).

La ironía zoliana es evidente, mucho más cuando sabemos a continuación que l'abbé Roustan sabía por su ama de llaves lo bien considerada que estaba en el barrio la bella charcutera Mme. Quenu.

Igual ocurre en *Pot-Bouille*. L'abbé Mauduit desempeña una función semejante a la que acabamos de ver de l'abbé Roustan en uno de los escándalos que estallan en la casa de vecinos de clase media, tema central de la novela:

Lorsqu'on fut d'accord, Clotilde choisit l'abbé Mauduit comme négociateur. C'était délicat, un prêtre pouvait seul intervenir, sans se compromettre. L'abbé, justement, éprouvait un grand chagrin des catastrophes déplorables qui s'abbataient sur une des maisons les plus intéressantes de sa paroisse; et il avait déjà offert ses conseils, son expérience, son autorité, pour mettre fin à un scandale dont les ennemis de la religion auraient pu se réjouir. (*Pot-Bouille*, 394).

En *LR* sabemos que la relación entre Ana Ozores y Fermín de Pas se establece porque el antiguo director espiritual de la Regenta, el viejo don Cayetano Ripamilán, no se considera al día para asesorarla en sus cuitas y decide trasladar al Magistral a su hija de confesión favorita para que la dirija, la aconseje espiritualmente: "el Arcipreste había aconsejado a la Regenta que acudiese a la capilla del Magistral, puesto que él se retiraba del confesonario". Don Fermín no sólo va a dar a la Regenta consejos de tipo espiritual o moral sino que también se extenderá a otros de tipo práctico, como el vestido adecuado para ir al baile del Casino, según conviene a la moral, aunque son los celos los que dictan las palabras del Magistral:

- ¿Y es de etiqueta el baile?
- Creo... que sí...
- ¿Hay que ir escotada?
- ¡Ps!..., no. Aquí la etiqueta es para los hombres. Ellas van como quieren; algunas completamente "subidas".
- Nosotros iremos... "subidos", ¿eh? (*LR*, 507).

y don Fermín queda muy satisfecho del vestido que le descubre Ana en el confesonario.

3. El mediador.

Por la función de hombre sabio y consejero el sacerdote también es un mediador entre partes en conflicto ya que se le supone neutral en nombre de la religión y la justicia. Esta función la tenemos clarísima en *Pot-Bouille* como ya hemos visto con l'abbé Mauduit que una vez consultado:

- Madame, dit alors le prêtre avec une douceur un peu gênée, voyez dans ma démarche l'ardent désir de reconcilier deux familles. (*Pot-Bouille*, 399).

Aunque puede tratarse justamente de lo contrario, es decir, el cura que aprovecha su función de mediador para no actuar y en nombre de la neutralidad mantenerse al margen, como hace l'abbé Joire en *Germinal*:

Il était doux, il affectait de ne s'occuper de rien, pour ne fâcher ni les ouvriers ni les patrons. (*Germinal*, 139).

A veces la mediación se centra en favorecer que se produzcan matrimonios para evitar escándalos como ocurre con l'abbé Mauduit de *Pot-Bouille*. A Mauduit le preocupa el bienestar de su pequeño grupo, de su pequeña sociedad, que debe permanecer con una moral sólida y estable, por eso, ante las discusiones constantes de una pareja que venía conviviendo sin casarse, el cura se ve en la necesidad de decir a ambas partes:

-Vous ne me comprenez pas, mes enfants. Vous ne pouvez continuer à vivre ensemble, vous offensez Dieu et les hommes... Il faut vous marier. (*Pot-Bouille*, 411).

En *La terre* l'abbé Godard aconseja el matrimonio hablando con el padre de un muchacho cuya novia está embarazada:

"Ah! c'est vous, père Fouan... Je suis pressé, je désirais aller vous voir... Que faisons-nous, dites? Il n'est pas possible que votre fils Buteau laisse Lise dans sa position, avec ce ventre qui grossit et qui crève les yeux... Elle est fille de la Vierge, c'est une honte, une honte!" (*La terre*, 74-75).

Esta misión de casamentero puede terminar en sórdida tercería, como veremos en breve

al hablar de determinados negocios o comercios, como en *L'oeuvre*.

4. El consolador.

Pero a veces la mediación no es posible o en medio de la desgracia este hombre sabio es un excelente consolador como último recurso, esta es la actuación de l'abbé Horteur que cuando sabe la gravedad de la enfermedad de Mme. Chanteau, irá a su casa día tras día para estar al lado de la familia: "le curé était venu de grand matin reprendre son poste de consolateur" (*La joie*, 219). Y cuando esta señora muere, el sacerdote continúa sus visitas

Le prêtre, gêné d'être tombé au milieu d'un accouchement, ne trouvait pas ses paroles habituelles de consolation. Il finit par se retirer, après avoir promis de revenir, lorsqu'il aurait rendu visite aux Gonin, où le vieil infirme était très malade. (*La joie*, 347).

En *Une page d'amour*, cuando Hélène desesperada ante la enfermedad mortal de su hija cuenta todo su drama a l'abbé Jouve el sacerdote la consuela calmándola con la promesa del perdón (pág. 427).

Es interesante tener en cuenta que en *LR* estas funciones de consejero, mediador y consolador son realizadas con total lealtad por Tomás Crespo, Frigilis, un hombre sabio también pero seglar, y no por un sacerdote. Cuando Quintanar pone en conocimiento de su amigo que ha descubierto el adulterio de Anita, Frigilis rápidamente media entre los esposos, aunque Ana está ausente y llama a don Victor a la reflexión sobre el comportamiento del matrimonio e inmediatamente aconseja al regente calma y máxima cautela para evitar empeorar aún más la situación. Instantes después, el Magistral en vez de aconsejar, de mediar, ya que en realidad no puede por ser parte ultrajada como él mismo se considera, incita a Quintanar a la venganza y lo hace predicándole la moral cristiana. De la misma manera, Crespo es el verdadero consolador de Ana cuando tras la muerte de don Victor se queda completamente soia

Frigilis era el amigo constante, el compañero de sus tristezas.
Hablaba poco.
Pero a ella la consolaba el pensar: "Está Crespo ahí". (*LR*, 673)

Don Fermín, al buscar la Regenta el consuelo de la religión se la niega:

El Magistral extendió un brazo, dio un paso de asesino hacia la Regenta [...] El Magistral se detuvo. Cruzó los brazos sobre el vientre. No podía hablar ni quería. temblábale todo el cuerpo; volvió a extender los brazos hacia Ana..., dio otro paso adelante..., y después, clavándose las uñas en el cuello, dio media vuelta, como si fuera a caer desplomado, y con piernas débiles y temblonas salió de la capilla. (LR, 676).

Una actitud nada consoladora como corresponde a la función del sacerdote.

5. El buen amigo.

Una función que guarda mucha relación con las que acabamos de ver es la del buen amigo, ya que el sacerdote es el conocedor de los aspectos familiares e íntimos de las personas que entran en relación con él, bien desde la religión en concreto, bien desde la esfera social. Muchas veces la amistad es una consecuencia de la habitualidad. El roce y la presencia constante convierten al sacerdote no ya en un amigo sino en otro miembro de la familia, especialmente en los núcleos rurales. Ahí el personaje que más claramente realiza esta función es l'abbé Horteur de *La joie* que pasa las veladas una tras otra en compañía de los Chanteau, la familia protagonista, como si fuera un elemento más de ella:

La journée finissait, une journée très chaude, rafraîchie par la brise de mer. Déjà l'abbé Horteur était là, jouant aux dames avec Chanteau; tandis que Mme. Chanteau, près d'eux, brodait un mouchoir. Et, à quelques pas, debout, Pauline se tenait devant un banc de pierre, où elle avait fait asseoir quatre galopins du village, deux fillettes et deux petits garçons. (*La joie*, 119).

Esta relación de familiaridad hace que veamos aún más lógica la función de consolador ejercida por l'abbé Horteur.

Una amistad mucho más profunda y sólida es la que tiene la viuda Mme. Hélène Grandjean con l'abbé Jouve y el hermano de éste, M. Rambaud, en *Une page*; la protagonista dice del sacerdote:

-Il a été très bon pour nous, dit Hélène. Mon mari l'avait connu autrefois, à Marseille... Dès qu'il a su mon malheur, il s'es chargé de tout. C'est lui qui nous a installées à Passy. (*Une page*, 30-1).

Y también se fortalece esta relación por la frecuencia de los contactos:

Chaque mardi, Hélène avait à dîner M. Rambaud et l'abbé Jouve. C'étaient eux qui, dans les premiers temps de son veuvage, avaient forcé sa porte et mis leurs couverts, avec un sans-gêne amical, pour la tirer au moins une fois par semaine de la solitude où elle vivait. Puis, ces dîners du mardi étaient devenus une véritable institution. Les convies s'y retrouvaient, comme à un devoir, juste à sept heures sonnantes, avec la même joie tranquille. (*La joie*, 39).

La amistad de los dos hombres con Hélène y su hija Jeanne, moverá a l'abbé Jouve a realizar también la misión de "casamentero", al proponer a Hélène que contraiga matrimonio con su hermano, M. Rambaud, el cual tiene una maravillosa relación paternal con Jeanne y esta es una de las causas que llevan a l'abbé Jouve a dar su consejo: "Ma fille, il faut vous remarier". Al principio Hélène no aceptará esta propuesta, pero su adulterio posterior con el doctor Deberle la hará sentirse culpable de la muerte de Jeanne, y, entonces, Hélène, tras haber recibido el perdón de l'abbé Jouve como sacerdote y su comprensión como amigo, accederá a la proposición matrimonial repetida por el cura:

[...]Quand elle eut vu les dernières personnes disparaître, elle s'agenouilla péniblement devant le caveau. L'abbé Jouve, en surplis, ne s'était point encore relevé. Tous deux prièrent longtemps. Puis, sans parler, avec son beau regard de charité et de pardon, le prêtre l'aïda a se mettre debout.

"Donne-lui ton bras", dit-il simplement à M. Rambaud. (*La joie*, 455).

En *LR* un papel muy parecido al de l'abbé Jouve tiene el buen Arcipreste Ripamilán, muy amigo de tres de los protagonistas: Quintanar, la Regenta, e incluso el Magistral. Pero se trata de una amistad muy matizada. Don Cayetano es amigo del regente como de un compañero de la misma edad, y tiene una amistad paternal con Anita y llena de respeto por el inteligente don Fermín.

Ripamilán ejerce de tercero con Anita a favor de Quintanar.

Has de saber, Anita mía, que yo tengo para ti un novio, paisano mío. Vuélvete a casa, que allá iré yo y te hablaré del asunto. Aquí sería una profanación [están en la iglesia]. (*LR*, 98).

Es muy correcto el final que hace don Cayetano, tal y como le corresponde al personaje creado por Alas, pero lo cierto es que, por su amistad, cumple la función de mediador de amores.

La relación entre la Regenta y el Magistral no es precisamente una relación de amistad, de hecho es la comidilla de toda Vetusta; como al final la gente también criticará la íntima amistad de Don Víctor y don Álvaro, calificada de escandalosa. Aunque los protagonistas, Ana

y don Fermín, no dejen de llamarse o de considerarse el uno al otro con palabras como "amigo del alma", "hermano mayor", "hermano menor de sexo diferente, etc., como ya hemos dicho, el comportamiento no entra en la función del cura amigo que acabamos de señalar.

Por contra sí se establece una aparente amistad, guardando, claro, las distancias, en la relación del cura y los jóvenes.

En *La Conquête*, l'abbé Faujas, una vez que se ha convertido en el árbitro de la buena sociedad de Plassans, nota la preocupación de algunos de los miembros del grupo por la vida poco recomendable que empiezan a llevar algunos de sus hijos; el cura ante esto propondrá la creación de un "Círculo de la juventud", dice:

[...]Je vous répète que les jeunes gens doivent pouvoir se réunir pour causer ensemble, fumer des cigarettes, jouer même une partie de billard ou d'échecs... Ils se permettront tout, si vous ne leur tolérez rien... Seulement, vous devez bien penser que je ne les enverrais pas dans tous les cafés. Je voudrais pour eux un établissement particulier, un cercle, comme j'en ai vu dans plusieurs villes. (*La conquête*, 188).

Y más adelante, ante la incomprensión a priori de alguno de sus contertulios que piensa que está hablando de una sociedad religiosa, Faujas matiza:

"Eh non! finit par s'écrier le prêtre impatienté; vous n'aurez personne, on se moquera des rares adhérents. Comprenez donc qu'il ne s'agit pas de mettre quand même la religion dans l'affaire; au contraire, je compte bien laisser la religion à la porte. Nous voulons distraire honnêtement la jeunesse, la gagner à notre cause, rien de plus". (*La conquête*, 189).

Para la joven burguesía masculina de Plassans (de las muchachas no se habla para nada) la pertenencia al círculo se llega a convertir en un signo de distinción, sobre todo cuando en vez de encontrarse con el monaguillo que les sirve vasos de agua azucarada como si diera la comunión, suposición de algunos jóvenes más reacios a entrar en el Círculo, uno de los primeros miembros del grupo le asegura que en el "Cercle de la Jeunesse"

"[...]on se croirait absolument dans un des cafés du Cours, le café de France ou le café des Voyageurs... On boit de la bière, du punch, du madère, ce qu'on veut, tout ce qu'on boit ailleurs." (*La conquête*, 192).

Faujas en persona visitará el círculo algunas veces para pasar un rato leyendo el periódico o comentando alguna partida de billar con los jóvenes, pero siempre sin que aparezca

para nada algo que tenga que ver con la religión.

No ocurre así en *Vetusta*, o por lo menos a Alas no le interesa presentar a ninguno de los sacerdotes de la novela, ni siquiera al protagonista, De Pas, en función de amigo de los jóvenes de buena clase. Sin embargo, en la ciudad clariniana se crea también un círculo recreativo del que que sabemos:

La Libre Hermandad se había fundado con ciertos aires de institución independiente de *todo yugo religioso*, y su primer presidente fue el señor don Pompeyo Guimarán, que de milagro no estaba excomulgado y que no comulgaba jamás.

Era el Círculo algo como una oposición a *Las Hermanitas de los Pobres*, a la *Santa Obra del Catecismo*, a las *Escuelas Dominicales*, etc., etc. Desde luego se le declaró la guerra por el elemento religioso y a los pocos meses no había un pobre en todo el Ayuntamiento de *Vetusta* que quisiera las limosnas, los premios ni la enseñanza de la Libre Hermandad. (*LR.*, 241).

Don Fermín rechaza por completo esta institución laica y se enfada con el obispo Camoirán cuando éste promete a las damas "protectrices" del centro asistir a una entrega de premios; promover las relaciones a través de esta sociedad es negativo. Para el Magistral es más conveniente para los jóvenes asistir a la Santa Obra del Catecismo, donde él personalmente se siente feliz rodeado de las niñas y muchachas de las mejores familias vetustenses.

En *Zola*, si tenemos incluso un ejemplo claro de sólida amistad entre un cura y un joven. En *La conquête*, vemos que l'abbé Mouret, entonces el joven de diecinueve años Serge Mouret, tiene como mejor amigo a un sacerdote, l'abbé Faujas, que vive alquilado en casa de esta familia y que, a partir de una simple relación de intercambio de libros y de consejos prácticos sobre la afición de Serge de herborizar, irá conquistando, al igual que ha hecho con la ciudad, el cerebro y el corazón de este joven tímido y delicado hasta convencerlo para entrar en el seminario (*La conquête*, cap. XIII).

6. Cura rico. Cura pobre.

En *LR* y en los *Rougon-Macquart* abundan las referencias a la relación de los curas con el dinero en particular y con la economía de una manera más abstracta son lógicas y bastantes en ambas obras. Pero es curioso que no se señale una función única para explicar esta relación sino que haya dos figuras opuestas representativas del cura rico y el cura pobre.

La división en los tradicionalmente llamados alto y bajo clero está clara en *LR*. En el

brindis de la cena homenaje a Guimarán, uno de los comensales en su discurso distingue:

[...]porque, señores, nadie como yo respeta al clero parroquial, ese clero honrado, pobre, humilde..., pero al alto clero... muera... y, sobre todo..., muera el señor Provisor... (LR, 434).

De la misma manera, en *Germinal*, Zola, pone en boca de l'abbé Joire la diferencia entre los dos grupos:

[...]il frappait sur les curés des villes, sur les évêques, sur le haut clergé, repu de jouissance, gorgé de domination, pactisant avec la bourgeoisie libérale [...] La délivrance viendrait des prêtres de campagne, tous se lèveraient pour rétablir le royaume du Christ, avec l'aide des misérable. (*Germinal*, 449).

El cura puede presentar la función de hombre pobre, de hombre humilde entre los humildes. El caso más notorio es el del obispo Fortunato Camoirán "que no tenía un cuarto, porque toda la paga repartía antes de cobrarla" (LR, 385) por lo que vive endeudado con el Magistral y su madre.

Parecida en su pobreza es la figura de l'abbé Horteur de *La joie*:

[...] il aperçut l'abbé Horteur au fond de son potager qu'un mur bas séparait seulement du cimetière. En vieille blouse grise, chaussé de sabots, le prêtre bêchait lui-même un carré de choux; et le visage tanné par l'air âpre de la mer, la nuque brûlée de soleil, il ressemblait à un vieux paysan, courbé sur la terre dure. Payé à peine, sans casuel dans cette petite paroisse perdue, il serait mort de faim, s'il n'avait fait pousser quelques légumes. Son peu d'argent allait à des aumônes, il vivait seul, servi par une gamine, obligé souvent de mettre sa soupe au feu. (*La joie*, 337-8).

En *La conquête*, la pobreza de l'abbé Faujes es palmaria a su llegada a Plassans con su madre y por ello despierta comentarios en casa de los Mouret; hasta Rose, la criada, se sorprende:

- " Pour ça, il n'apporte certainement pas le Pérou dans sa malle... Elle est lourde, sa malle! Je l'aurais soulevée du bout de mon petit doigt." (*La conquête*, 39).

Más adelante, cuando M. Mouret le pregunta si sabe qué han comido los nuevos inquilinos informa Rose:

- Je ne sais pas au juste, monsieur. Ça m'a puru un reste de pâté, dans un journal. Ils avaient aussi des pommes, des petites pommes de rien du tout. (*La conquête*, 43).

Y posteriormente describe los muebles que han comprado los Faujas para instalarse:

- Certainement, monsieur, je m'étais mise sur la porte. Ils ont tous passé devant moi, ce qui même n'a pas paru faire plaisir à Mme. Faujas. Attendez... On a d'abord monté un lit de fer, puis une commode, deux tables, quatre chaises... Ma foi, c'est tout... Et des meubles pas neufs. Je n'en donnerais pas trente écus. (*La conquête*, 47).

De esta forma l'abbé Faujas queda catalogado como cura pobre y no despierta más la curiosidad una vez que la gente cree que puede conocer sus intenciones:

L'abbé Faujas fut regardé comme un prêtre sans moyens, sans ambition aucune, tout à fait en dehors des intrigues du diocèse; on le crut honteux de sa pauvreté, acceptant les mauvaises besognes de la cathédrale, s'effaçant le plus possible dans l'ombre où il semblait se plaire. (*La conquête*, 55).

La función del cura como hombre rico es más frecuente, pero en la obra zoliana que nos ocupa no podemos decir que exista un personaje concreto que cumpla estas características; en Clarín, por contra, es evidente. De todas formas, más que de hombre rico se trata de la función del sacerdote como hombre de negocios, o del cura y determinados tipos de comercios.

En Zola no hay una individualización, hay una identificación de todo el colectivo de la Iglesia dominante entre el poder y el dinero, y la Iglesia es poderosa porque es rica y viceversa. En *L'argent*, no hay ningún cura personalmente implicado, o que por lo menos exponga su opinión, pero es una novela que se basa precisamente en la creación teórica de un banco católico, de un banco por y para la Iglesia. Aunque lo que acabamos de decir no es más que el pretexto para que el protagonista de la novela, Saccard -cuyo nombre real es Aristide Rougon- embauque, sobre todo a una serie de mujeres creyentes de buena fe o beatas simples, para conseguir su propio interés so pretexto de lo que iba a suponer la pérdida del poder temporal del Papado con la unificación italiana, en la que la política del Segundo Imperio francés estaba tan comprometida:

[...] il parla [Saccard] du triomphe définitif du catholicisme, le pape trônant aux lieux saints, dominant le monde, assuré d'un budget royal, grâce à la création du Trésor du Saint-Sépulcre. La princesse, d'une ardente dévotion, ne fut guère frappée que de ce

projet suprême, ce couronnement de l'édifice, dont la grandeur chimérique flattait en elle l'imagination déréglée qui lui faisait jeter ses millions en bonnes oeuvres d'un luxe colossal e inutile. Justement, les catholiques de France venaient d'être atterrés et irrités de la convention que l'empereur avait concu avec le roi d'Italie [...], on voyait déjà le pape chassé, réduit à l'aumône, errant par les villes avec le bâton des mendiants; et quel dénouement prodigieux, le pape se retrouvant pontife et roi à Jerusalem, installé là et soutenu par une banque dont les chrétiens du monde entier tiendraient à honneur d'être actionnaires! C'était si beau, que la princesse déclara l'idée la plus grande du siècle, digne de passionner toute personne bien née ayant de la religion. *L'argent*, 135).

La relación con el dinero la hemos visto ya al referimos a las órdenes religiosas en el caso concreto de los jesuitas, tanto en altas como en bajas capas sociales. En *L'oeuvre* hay breves referencias a ciertos extraños comercios religiosos cuando se habla de Mathilde (personaje muy secundario, perfumista, modelo y amante de artistas e incluso practicante de abortos) cuya relación con los curas, aunque tampoco encontramos a un sólo sacerdote directamente aludido, es su principal fuente de ingresos. Veamos la información que hay sobre esta mujer y su negocio:

[...]On raconte que les prêtres l'avaient mariée au petit Jabouille, un veuf dont l'herboristerie prospérait alors, grâce à la clientèle pieuse du quartier. La vérité était qu'on apercevait parfois de vagues ombres de soutanes, traversant le mystère de la boutique, embaumée par les aromates d'une odeur d'encens. Il y régnait une discrétion de cloître, une onction de sacristie, dans la vente des camules; et les dévotes qui entraient, chuchotaient comme au confessionnal, glissaient des injecteurs au fond de leur sac, puis s'en allaient, les yeux baissés. Par malheur, des bruits d'avortement avaient couru: une calomnie du marchand de vin d'en face, disaient les personnes bien pensantes. (*L'oeuvre*, 92).

Hay otras dos referencias a esta extraña tienda y a sus especiales clientes la última de ellas concluye:

[...]Une boutique très chic, une débauche à curés, avec son empoisonnement de parfumeuse louche, installée dans le recueillement d'une chapelle. (*L'oeuvre*, 203).

En *L'argent* hay otra referencia a la discreción eclesiástica en asuntos económicos. A propósito de la sociedad financiera creada por Saccard como Banco de la Iglesia, Zola hace la siguiente descripción sobre el funcionamiento de la institución:

Et, comme il [Saccard] avait pour principe d'utiliser les circonstances imprévues, il s'ingénia dès lors à développer cette apparence austère de la maison, il

exigea de ses employés une tenue de jeunes officiants, on ne parla plus que d'une voix mesurée, on reçut et on donna l'argent avec une discrétion toute clericale. (*L'argent*, 173).

En *LR*, como es bien sabido, la relación del clérigo con el dinero o el comercio se establece a través del protagonista, figura que levanta grandes polémicas sobre su actividad económica, aunque, como en una de las votaciones realizadas en el Casino de Vetusta:

Ganada la votación, para contentar a la minoría, el presidente del Casino declaró imparcialmente que el verdadero pecado del Provisor era la simonía. (*LR*, 126).

Esta opinión de don Álvaro es compartida por casi todos los miembros de este club. A Clarín le interesa bastante el tema y expone largamente la historia de la ruina de don Santos Barinaga, cuyo negocio de objetos de culto entró en quiebra con la competencia de *La Cruz Roja*, cuyos verdaderos dueños son el Magistral y su madre, aunque el propietario oficial es Froilán Zapico a quien doña Paula tiene en un puño por haberle librado de la cárcel y haberle casado con una de las criadas que dormían cerca de don Fermín; pero lo importante era el negocio:

Allí lo serio era el dinero. Las cuentas siempre ajustadas, limpias. Froilán era fiel por conveniencia y por miedo. En aquella casa el recuento de la moneda era un culto. Desde niño se había acostumbrado don Fermín a la seriedad religiosa con que se trataban los asuntos de dinero y al respeto supersticioso con que se manejaba el oro y la plata. Allá abajo, en la trastienda de *La Cruz Roja*, a la que no se pasaba, desde la casa del Magistral por sótanos, como suponía la malediciencia, sino por ancha puerta abierta en la medianería, en el piso terreno, doña Paula, subida a una plataforma, ante un pupitre verde, repasaba los libros del comercio y en serones de esparto y bolsas grasientas contaba y recontaba el oro, la plata y el cobre o el bronce que Froilán iba entregándole, en pie, en una grada de la plataforma, más baja que la mesa en que el ama repasaba los libros. (*LR*, 316-7).

El proceso de la decadencia moral y física de don Santos es narrado intercaladamente en varios capítulos. Don Santos es el acusador principal de don Fermín de simoníaco:

-¡Miserables! -decía con voz patética de bajo profundo-, ¡miserables!... ¡Ministro de Dios! ¡Ministro de un cuerno!... El ministro soy yo, Santos Barinaga, honrado comerciante, que no hago la forzosa a nadie..., que no robo el pan a nadie..., que no obligo a los curas de toda la diócesis..., eso, eso, a comprar en mi tienda cálices, patenas, vinajeras, casullas, lámparas [iba contando con los dedos, que encontraba con dificultad] y demás, con otros artículos..., como aras. Sí, señor, ¡que nos oigan los sordos, señor Magistral! Usted ha hecho renovar las aras de todas las

iglesias del obispado..., y yo, que lo supe, adquirí una gran partida de ellas, porque creí que era usted... una persona decente..., un cristiano... ¡Buen cristiano te dé Dios! Jesús..., que era un gran liberal, como el señor Foja..., eso es..., un republicano..., no vendía aras, y arrojaba a los mercaderes del templo... Total, que estoy empeñado, embargado, desvalijado..., y usted ha vendido cientos de aras al precio que ha querido... ¡Se sabe todo, todo, señor apagaluces..., don Simón el Mago... Torquemada... Calomarde [...].(LR, 319).

Pero el Magistral básicamente tiene ambición de poder y la ambición económica ocupa un segundo plano y si la sigue es porque es la ambición de su madre, aunque, en la época de gran enamoramiento no reconocido por la Regenta, De Pas llega a pensar:

[...]Le parecía que era otro Provisor aquel de quien el público se quejaba. "¡Ambición, simonía, soberbia, sordidez, escándalo!..., ¿qué tenía él que ver con todo aquello? ¿Para qué perseguían a aquel pobre don Fermín si ya había muerto? (LR, 449).

Pues la ambición del Magistral es ahora el amor inconfesado como antes era el poder. Por eso sus enemigos dentro de la misma curia eclesiástica quedan muy bien representados con la definición que hace uno de los que más envidia al Magistral

Alegre, rozagante, como nuevo volvió de los baños de Termasaltas el señor Arcediano don Restituo Mourelo, dispuesto a emprender otra campaña, que esperaba fuese la última y decisiva, "contra el despotismo del simoníaco y lascivo enemigo de la Iglesia que, apoderado del ánimo del señor Obispo, tenía sojuzgada a la diócesis". Con esta perífrasis aludía al señor Provisor el diplomático Gloucester. (LR. 467).

El jesuita Padre Martínez también parece interesado por el dinero, y con él la alusión a la Compañía es directa, cuando Alas habla de las novenas a la Virgen de los Dolores y a la de la Concepción:

[...] Los sermones se encomendaron a otro jesuita, el P. Martínez, que vino de muy lejos y cobrando muy caro. (LR, 535).

El Magistral y l'abbé Faujas de *La conquête* ambicionan el poder por el poder puro, pero tienen que satisfacer la ambición de sus madres y en el caso de Faujas también la de su hermana y su cuñado. Por ello la función del cura relacionado con el dinero, incluso con la simonía, la ejecutan dos personajes que no ambicionan precisamente el dinero para ellos como fin principal. Sin embargo, en *La faute*, l'abbé Mouret, que había vivido sin otra ambición que su propio misticismo, cuando conoce el amor de Albine, en los momentos de lucha consigo

mismo, con el hombre y con el sacerdote:

[...]Maintenant, voilà qu'il miait Dieu. C'était la pente fatale. La fornication tuait la foi. Puis, le dogme croulait. Un doute de la chair plaidant son ordure, suffisait à balayer tout le ciel.[...]Alors venaient les autres tentations: l'or, la puissance, la vie libre, une nécessité irrésistible de jouir, qui ramenait tour à la grande luxure, vautrée sur un lit de richesse et d'orgueil. Et l'on volait Dieu. (*La faute*, 339),

pues Serge Mouret llega a pensar en vender objetos del altar para conseguir dinero.

Aspecto, apariencia: las descripciones.

En relación estrecha con las funciones que acabamos de ver están las diferentes presentaciones de los sacerdotes en las diversas novelas estudiadas, así como el aspecto o apariencia típicos que por sí mismos cumplen una función o determinan aún más las que acabamos de citar. Es obvio que ya que tratamos de las descripciones de los eclesiásticos su pertenencia al grupo del "cura pobre" o "cura rico" es la más evidente.

Cuando nos encontramos con el cura pobre, la descripción de la pobreza va unida a la de la limosna, puesto que estos religiosos que viven modestamente emplean la mayor parte de sus pequeños o grandes ingresos en limosnas, se trata de una pobreza franciscana, de compartir con los más desfavorecidos de su parroquia o del grupo social donde tienen influencia.

En *La joie de vivre* en las primeras páginas nos encontramos con el párroco, que ya sabemos que cumple la función de amigo y consolador y que ayuda como puede a sus feligreses miserables:

Ayant levé les yeux, Chanteau reconnut le curé, l'abbé Horteur, un homme trapu, à encolure de paysan, dont les cinquante ans n'avaient pas encore pâli les cheveux roux. Devant l'église, sur le terrain du cimetière, le prêtre s'était réservé un potager; et il était là, regardant ses premières salades, en serrant sa soutane entre ses cuisses, pour que l'ouragan ne la lui mit pas sur la tête. (*La joie*, 16).

Del bueno de don Fortunato Camoirán, obispo de Vetusta, cincuentón, pero a diferencia del anterior, con "la cabeza llena de nieve", sabemos que sus preocupaciones son "el culto de la Virgen, los pobres, el púlpito y el confesionario (las funciones de amigo, consolador, hombre sabio y consejero) pero Clarín insiste:

En limosnas se le iba casi todo el dinero que le daba el Gobierno y mucho de lo que él había heredado. ¡Pero ay del sastre si le quería engañar cobrándole caros los remiendos de sus pantalones! ¿No sabía él lo que eran remiendos? ¿No había zurcido su ropa y cosido botones S.I. muchas veces? En cuanto al zapatero, que era de los más humildes, aguzaba el ingenio para que las piezas y medias suelas que ponía a los zapatos del obispo estuvieran bien disimuladas. (LR, 233).

Las economías en su atuendo personal para poder dar más a los pobres llevan a don Fortunato a constantes reprimendas de don Fermín, pues, para este último, el aspecto es una cuestión de primer orden:

- Esto es absurdo -decía De Pas-. ¿Quiere usted ser el Obispo de *Los Miserables*, un obispo de libro prohibido? ¿Hace usted eso para darnos en cara a los demás, que vamos vestidos como personas decentes y como exige el decoro de la Iglesia? ¿Cree usted que si todos luciéramos pantalones remendados como un afilador de navajas o un limpiachimeneas llegaría la Iglesia a dominar en las regiones en que el poder habita? (LR, 233).

Pero, por mucho que se enfade y proteste don Fermín, Camoirán no cambia y se sigue empeñando con la madre del Magistral para poder hacer limosnas. El obispo y l'abbé Horteur, con dignidad, viven asimilados a los pobres y desposeídos, pero su apariencia y su comportamiento no es el de otros eclesiásticos, también de aspecto pobre, pero grosero y zafio, como es el cura de Contracayes, llamado así por su parroquia en una aldea de la montaña:

[...] era un buen mozo, moreno, de cejas muy pobladas, ceño adusto, ojos de color de aveílana que echaban fuego, boca grande, orejas puntiagudas, cuello muy robusto y abultada muez. Parecía todo él tiznado, y no lo estaba; tenía tanto de carbonero como de cura; aquel matiz de las púas negras entre la carne amoratada de las mejillas, se hubiera creído que le cubría todo el cuerpo. (LR, 245).

o el Frère Archangias de *La faute*:

Frère Archangias haussa les épaules. Il marcha un instant en silence, dénanchant son grand corps maigre taillé à coups de hache. Le soleil tapait sur sa nuque, au cuir tanné, mettant dans l'ombre sa dure face de paysan, en lame de sabre. (*La faute*, 65).

Ambos personajes son en extremo burdos, pero mientras el de Contracayes se presenta ante el Magistral acusado de hacer del confesionario un lugar de perdición, el hermano

Archangias es un misógino radical, para él la mujer es la única causa de pecado y de todas las desgracias del mundo. Ambos tienen aspecto grotesco y su comportamiento es así también aunque en polos opuestos.

Unas líneas más arriba hemos hablado de las recriminaciones del Magistral al Obispo por su manera de vestirse, por su pobreza extrema que pone en ridículo a la Iglesia según don Fermín.

- No es eso, hijo mío, no es eso -respondía el Obispo, sofocado, con ganas de meterse debajo de tierra-. Si es una gloria veros vestidos de nuevo; si así debe ser; si ya lo sé. ¿Crees tú que no gozo yo mirándoos a ti y a don Custodio y al primo del ministro, tan buenos mozos, tan relucientes, tan lechuguinos, con vuestro sombrero de teja, cortito, abierto, felpudo..., pues ya lo creo..., si eso es una bendición de Dios; si así debe ser... (LR, 234).

Con estas palabras de don Fortunato coinciden los pensamientos de don Álvaro Mesía con respecto a la apariencia de estos tres sacerdotes:

[...] Solían juntarse en el Espolón los tres mejores mozos del Cabildo: el chantre, alto y corpulento; el pariente del ministro, más fino, más delgado, pero muy largo también, y don Fermín, el más elegante y poco menos alto que la dignidad. Gastaban entre los tres muchas varas de paño negro reluciente, immaculado; eran como firmes columnas de la Iglesia, enlutadas con fúnebres colgaduras. Y a pesar de la tristeza del traje y de la seriedad del continente, don Álvaro adivinaba en aquel grupo una seducción para las vetustenses; iba allí el prestigio de la Iglesia, el prestigio de la salud, de la fuerza y de la carne. (LR, 423).

Este es el aspecto "como Dios manda" de un ministro de la Iglesia, de alguien que tiene que procurar atraerse la confianza de quienes lo rodean. Esto es igual en la provinciana Vetusta como en el mismo París. En esta última capital es donde transcurre *Le Ventre*: Lisa, la bella charcutera protagonista conoce a l'abbé Roustan, "un homme distingué, de bon conseil, dont l'amitié lui paraissait très sure". Cuando Zola nos presenta a este sacerdote nos lo describe como:

C'était un bel homme, d'une quarantaine d'années, l'air souriant et bon. Quand il reconnut Mme. Quenu, il lui serra les mains, l'appela "chère dame", l'emmena à la sacristie, où il ôta son surplis, en lui disant qu'il allait être tout à elle. (*Le Ventre*, 309).

Es decir, l'abbé Roustan es un perfecto caballero, y como tal, sabe comportarse con las damas, y hemos hablado ya en varias ocasiones de la importancia de este asunto.

Por esta misma razón, Felicité Rougon al terminar de aleccionar al recién llegado a Plassans, l'abbé Faujas le dice:

"[...] Eh bien! croyez-moi, ne vous faites pas terrible; soyez aimable, plaisez aux femmes. Retenez bien ceci, plaisez aux femmes, si vous voulez que Plassans soit à vous." (*La conquête*, 101).

Estos consejos son necesarios ya que Faujas en su obsesión por el poder puro, deja de lado elementos anejos que puede ser conveniente utilizar como medio para conseguir el dominio social. Vamos a ver cómo se presenta Faujas en casa de los Mouret casi al principio de la novela:

[...] C'était un homme grand et fort, une face carrée, aux traits larges, au teint terreux [...] La haute figure noire du prêtre faisait une tache de deuil sur la gaieté du mur blanchi à la chaux. (*La conquête*, 31-2).

Unos párrafos después Zola nos describe la visión que tiene Marthe de Faujas con el último sol de la tarde:

[...] Comme le soleil allait disparaître, il se découvrit, étouffant sans doute. Marthe, placée devant la fenêtre, aperçut sa grosse tête nue, aux cheveux courts, grisonnant déjà vers les temps. Une dernière lueur rouge alluma ce crâne rude de soldat, où la tonsure était comme la cicatrice d'un coup de massue; puis, la lueur s'éteignit, le prêtre, entrant dans l'ombre, ne fut plus qu'un profil noir sur la cendre grise du crépuscule, (*La conquête*, 38).

Pero para Faujas el aspecto no tiene importancia alguna ya que el piensa conquistar el poder en una batalla directa, él es el guerrero y no necesita de extraños e inútiles aliados, que es lo que su misoginia le hace pensar de las mujeres. El lema de este sacerdote es la lucha contra todo sin ningún tipo de miramientos, pero ya habiaremos de esto más adelante. Cuando Faujas ha conquistado Plassans, casi de inmediato, volverá a tener la apariencia astrosa del principio:

Plassans, en effet, dut le prendre mal peigné. Du prêtre souple se dégageait une figure sombre, despotique, pliant toutes les volontés. Sa face redevenue terreuse avait des regards d'aigle; ses grosses mains se levaient, pleines de menaces et de châtements. La ville fut positivement terrifié, en voyant le maître qu'elle s'était donné grandir ainsi démesurément, avec la défroque immonde, l'odeur forte, le poil roussi d'un diable. La peur sourde des femmes affermit encore son pouvoir. Il fut cruel pour ses pénitentes, et pas une n'osa le quitter; elles venaient à lui avec des frissons dont elles goûtaient la

fièvre. (*La conquête*, 358).

El abandono del aspecto de Faujas está muy en contra de las palabras que hemos visto en boca del Magistral cuando reprende al obispo. Don Fermín es muy exigente con Camoirán, consigo mismo no lo es menos. La elegancia de don Fermín es de todos conocida, hasta el punto de que, Bismarck, el monago pillastre en las primeras páginas de *LR*, apenas puede ver a De Pas desde su posición, pero piensa:

Bismarck, detrás de la Wamba, no veía del canónigo más que los bajos, y los admiraba. ¡Aquello era señorio! ¡Ni una mancha! Los pies parecían los de una dama; calzaban media morada, como si fueran de obispo; y el zapato era de esmerada labor y piel muy fina, y lucía hebilla de plata, secilla pero elegante, que decía muy bien sobre el color de la media. (*LR*, 11).

Un elegante cuidado de la ropa y el vestido realzan aún más el físico de don Fermín, a quien Alas minuciosa y exhaustivamente describe en el capítulo primero deteniéndose en cada una de las partes del rostro del sacerdote y haciendo comentarios y reflexiones: la frente, los ojos, la nariz, la boca, para terminar:

[...] La barba puntiaguda y levantisca, semejaba el candado de aquel tesoro. La cabeza, pequeña y bien formada, de espeso cabello negro muy recortado, descansaba sobre un robusto cuello, blanco de recios músculos, un cuello de atleta, proporcionado al tronco y extremidades del fornido canónigo, que hubiera sido en su aldea el mejor jugador de bolos, el mozo de más partido, y a lucir entallada levita, el más apuesto azotacalles de Vetusta. (*LR*, 12).

Hasta Ripamilán, que siempre quiere ver el lado bueno de las cosas, encuentra disculpas para todo porque:

- La verdad es que don Fermín es muy buen mozo, y si las beatas se enamoran de él viéndole gallardo, pulcro, elegante y hablando como un Crisóstomo en el púlpito, él no tiene la culpa ni la cosa es contraria a las sabias leyes naturales. (*LR*, 39).

Detrás de todo ello está la necesidad de gustar que tiene De Pas y de la que carece l'abbé Faujas.

En *Germinal* encontramos dos tipos de sacerdotes opuestos cuya apariencia no es más que el espejo de su actitud vital. L'abbé Joire, el párroco de Montsou, tiene "delicatesses de gros chat

bien nourri", además "il était doux, il affectait de ne s'occuper de rien, pour ne fâcher ni les ouvriers ni les patrons". Muy diferente es su sucesor el revolucionario abbé Ranvier, al que ya hemos citado, "ce prêtre maigre aux yeux de braise rouge", opuesto a Joire "comme on était loin de la discrétion souriante de celui-ci, de son unique soin d'homme gras et doux à vivre en paix avec tout le monde!". Frente a este hombre pacífico el espíritu nervioso, agresivo y visionario de Ranvier produce pánico a los patronos e incompreensión a los mineros.

La actitud de l'abbé Joire, es la que le gustaría poder tener a Mgr. Rousselot, el obispo de *La conquête*, para no tener que tomar partido y seguir dedicado al estudio de sus clásicos en su biblioteca, pero desgraciadamente vive a merced de los curas Fenil y Faujas en medio de la lucha de ambos por el poder, y su máscara de permanecer por encima del bien y del mal le sirve muy poco.

Aficionado como el anterior a la literatura, e incluso poeta bucólico el mismo, es el bueno del arcipreste don Cayetano Ripamilán

[...] un viejecillo de setenta y seis años, vivaracho, alegre, flaco, seco, de color de cuero viejo, arrugado como un pergamino al fuego [...] Tenía sin duda mucho de pájaro en figura y gestos, y más, visto en su sombra. Era anguloso, puntiagudo, usaba sombrero de teja de los antiguos, largo y estrecho, de alas muy recogidas [...], era miope y corregía el defecto con gafas de oro montadas en nariz larga y corva. (*LR*, 34).

Ripamilán intenta llevarse bien con todos, pero a diferencia de los anteriores, cuando es preciso sabe defender sus ideales y sale en defensa de sus amigos, como por ejemplo, don Fermín. Por lo demás, el arcipreste es un bon vivant siempre que puede.

En *La Terre* hay un gran contraste entre dos sacerdotes, l'abbé Godard y l'abbé Madeline. Al primero, párroco forzoso de dos parroquias por no haber dotación económica suficiente, nos lo presenta Zola en plena caminata para officiar la misa en el segundo pueblo que no tiene sacerdote propio y con cuyos habitantes está en discusión continua:

Gros et court, la nuque rouge, le cou si enflé que la tête s'en trouvait rejetée en arrière, il se forçait à cet exercice [la caminata fuerte], par hygiène. Mais, ce dimanche-là, comme il se sentait en retard, il soufflait terriblement, la bouche grande ouverte dans sa face apoplectique, où la graisse avait noyé le petit nez canard et les petits yeux gris [...], il balançait son tricorne, la tête nue, embroussaillée d'épais cheveux roux grisonnants. (*La Terre*, 74).

Por su temperamento sanguíneo, l'abbé Godard estallará en frecuentes cóleras contra sus feligreses temporales que gozan viéndolo protestar y quejarse airadamente y que en muchas

ocasiones sólo buscan sulfurarlo. Como párroco definitivo de Rognes, la localidad cuyas oficios religiosos cubría Godard obligatoriamente, el obispado envía a l'abbé Madeline, cuya aparición en el pueblo cae como una bomba:

[...] Franchement, l'impression ne fut guère favorable: l'air d'une vraie perche, triste comme s'il portait le bon Dieu en terre. Cependant, il saluait devant chaque vigne, il disait un mot aimable à chacun, et l'on finit par le trouver bien poli, bien doux, pas fort enfin. (*La Terre*, 378).

Madeline es el prototipo del cura místico.

El misticismo será llevado a sus últimas consecuencias por l'abbé Mouret, de la novela que lleva su nombre, el cual:

[...] Il ignorait même encore, les yeux fermés, fixés sur l'âme, n'ayant que du mépris pour la nature damnée. Longtemps, aux heures de recueillement, lorsque la méditation le prosternait, il avait rêvé un désert d'ermite, quelque trou dans une montagne, où rien de la vie, ni être, ni plante, ni eau, ne le viendrait distraire de la contemplation de Dieu. (*La faute*, 59).

Madeline no podrá soportar la vida fuerte y ardiente de los habitantes de la llanura de Beauce, a los que considera irreligiosos y sólo preocupados por las prácticas exteriores, con los que se establece una relación mutua de incomprensión, por eso "ses yeux pâlassaient, il s'était décharné davantage, on disait qu'il s'en allait de la poitrine" y no habrá más remedio que enviarlo de nuevo a sus montañas de Auvergne casi moribundo.

De igual manera, sabemos que l'abbé Mouret, después de su "pecado", lleva una vida de santidad total como párroco de la aldea de Artaud, según nos informa su tío, el doctor Pascal, en la novela del mismo nombre.

A estos dos temperamentos contemplativos se oponen en ambas novelas los del abbé Godard de *La Terre*, buen conocedor de los campesinos, que volverá tras la marcha de Madeline a hacer las funciones elementales de la parroquia sin titular, protestando y quejándose de los feligreses (Don Camilo, de Giovanni Guareschi es un abbé Godard del siglo XX); y, ante el misticismo exacerbado de Serge Mouret, Zola opondrá la zafiedad extrema del hermano de las Escuelas cristianas, Archangias, campesino también de origen pero que siente un desprecio absoluto por los habitantes del pueblo a los que considera desde su fanatismo

[...] Les Artaud se conduisent en bêtes, voyez-vous! Ils sont comme leurs chiens qui n'assistent pas à la messe, qui se moquent des commandements de Dieu et de l'Eglise.

Ils forniqueraient avec leurs pièces de terre, tant ils les aiment! (*La feute*, 65).

En otro orden de cosas y para demostrar la importancia de la apariencia, en *L'argent*, Zola aunque no presentará a ningún eclesiástico, hará que el protagonista Saccard, al fundar su banco católico exija un ambiente especial:

Et, comme il avait pour principe d'utiliser les circonstances imprévues, il s'ingénia dès lors à développer cette apparence austère de la maison, il exigea de ses employés une tenue de jeunes officiants, on ne parla plus que d'une voix mesurée, on reçut et on donna l'argent avec une discrétion toute clericale". (*L'argent*, 172).

La sotana.

La característica más evidente del aspecto de un sacerdote es su sotana, las referencias a esta prenda son abundantes tanto en la obra de Alas como en la de Zola.

Para indicar la enemistad contra el clero, o mejor, contra don Fermín, sus enemigos utilizan precisamente la sotana como elemento identificador del clero y de don Fermín en particular, mucho más cuando conocemos la elegancia en el vestir característica del Magistral. Por ello en las conversaciones y discursos del Casino, si no anticlericales, pues los miembros de esta institución dejan claro que ellos tienen respeto por la Iglesia, si "antimagistrales", abundan los ataques refiriéndose esta prenda. Para Foja, uno de los socios principales, la derrota de don Fermín será:

[...]el día que haya en España un gobierno medio liberal siquiera, ese hombre [De Pas] saldrá de aquí con la sotana entre las piernas. He dicho. (*LR*, 127).

También con la palabra sotana identificará al sacerdocio Clarín cuando describe cómo era la situación de la clase trabajadora vetustense con respecto a los curas:

[...] Malo era el fanatismo, pero el capital era peor. No había en los barrios bajos un elemento de activa propaganda contra las sotanas. El Magistral era allí más despreciado que aborrecido. (*LR*, 420).

El mismo don Fermín cuando el arcediano Mourelo, alias Gloucester, en el coro anuncia el desmayo de la Regenta la noche anterior en brazos de Mesía, noticia que hiere de lleno el corazón del Magistral, califica a su enemigo declarado como "¡Aquel sapo, aquel pedazo de sotana podrida, sabía dar aquellas puñaladas!" (*LR*, 522).

Hay una identificación total entre sotana y cura. Igualdad que tiene muy presente Mme. Felicité Rougon cuando, en *La conquête*, en charla aleccionadora con el ambicioso abbé Faujas, cuyos planes de dominio de la ciudad no le son ajenos, justamente hace una referencia al descuido de su ropa:

[...] Tenez, excusez ma franchise, je trouve que vous tournez le dos au succès. Vous n'avez commis que des fautes, en allant vous loger chez mon gendre, en vous claquemurant chez vous, en portant une soutane qui fait la joie des gamins dans les rues. (*La conquête*, 100-1).

Consejos que se apresura a seguir hasta conquistar el poder, pero una vez que lo ha conseguido volverá a las andadas:

[...] Son triomphe était de s'asseoir tel qu'il était, avec son grand corps mal taillé, sa rudesse, ses vêtements crevés, au milieu de Plassans conquis.

Mme. de Condamín blessé de cette odeur âcre de combattant qui montait de sa soutane, voulut un jour le gronder maternellement. (*La conquête*, 356).

Pero para Faujas su sotana es su armadura de guerrero y su olor es el del sudor de la batalla, así de fácil.

Ya sabemos la preocupación de la Curia vetustense por su aspecto. En el capítulo XVIII asistimos a una nueva reprimenda del Magistral al obispo don Fortunato porque Camoirán ha encargado unas sotanas nuevas para unos familiares y, al haber gastado otra vez todo su dinero en limosnas, pide prestado al Magistral, el cual se enfurece, no por las sotanas sino por el hecho de que sea el prelado quien las pague.

La sotana puede ser la causa del atractivo que tanto interesa tener al sacerdote ya que le da un carácter de ser superior y hasta seráfico. como vaticina la cocinera Rose, en *La conquête* ante el ingreso de Serge Mouret en el Seminario: "Et comme il sera gentil, le mignon en soutane!".

Otra característica de esta vestimenta es simbolizar el misterio que envuelve a los eclesiásticos como algo desconocido, tal es la obsesión de Mouret, propietario de la casa donde vive l'abbé Faujas que por la relación de vecindad con el clérigo cree saber más que nadie en el pueblo sobre sus costumbres y comenta "légères anecdotes où il mettait son effarement inquiet de libre penseur en face de cette mystérieuse soutane tambant jusqu'aux talons de son hôte." (*La conquête*, 117).

Asociada al misterio hay otra aparición de la sotana en *L'oeuvre*, al referirse al extraño

herbolario de Mathilde, una modelo de artistas, a quien las malas lenguas atribuyen la práctica de abortos:

[...] La vérité était qu'on apercevait parfois de vagues ombres de soutanes, traversant le mystère de la boutique, embaumée par les aromates d'une odeur d'encens. (*L'œuvre*, 93).

Por el contrario la sotana puede ser el símbolo de la naturalidad, de la relajación, la llamada a la intimidad de la amistad, al hacer una separación con la pompa eclesiástica; esto se desprende de cómo se presta l'abbé Roustan, tras terminar su labor de confesionario, a escuchar las confidencias de la bella charcutera Mme. Quenu, que viene a hacerle alguna de sus consultas:

[...] l'emmena à la sacristie, où il ôta son surplis, en lui disant qu'il allait être tout à elle. Ils revinrent, lui en soutane, tête nue, elle se carrant dans son châle tapis, et ils se promenèrent le long des chapelles latérales, du côté de la rue de Jour. (*Le Ventre*, 309).

En este caso la sotana da la confianza del andar en mangas de camisa, todo lo contrario al misterio ante lo desconocido de lo que hemos hablado antes.

Pero para Zola la sotana puede tener un significado diabólico por la combinación de los colores negro y rojo, tradicionalmente asociados con el infierno. Hay varias referencias a la combinación de estos colores, como cuando en los primeros paseos por Plassans, l'abbé Faujas anda pegado a las paredes para disimular su sotana descolorida que con los rayos del sol brilla con extrañas tonalidades cobrizas; pero, sobre todo al final de la novela, cuando Marthe Mouret, agoniza en casa de sus padres, los Rougon, al abrir repentinamente los ojos, en medio del resplandor rojo del fuego en que arde su casa ve la figura negra de su hijo Serge, que se ha ordenado y muere aterrorizada:

Un hoquet secoua Marthe. Elle ouvrit des yeux surpris, se mit sur son séant pour regarder autour d'elle. Puis, elle joignit les mains avec une épouvante indicible, elle expira, en apercevant, dans la clarté rouge, la soutane de Serge. (*La conquête*, 417).

Algunos estudiosos de Zola, como Marc B. de Launay (1990), ven en estos colores una referencia clarísima al Rojo y Negro sthendaliana, también una novela con curas.

De todas formas es claro que la sotana de su propio hijo es la razón del miedo de la desgraciada Mme. Mouret. Don Fermín, de igual modo, considera la sotana causa de sus

desgracias en diversos momentos, pero sobre todo cuando su amor por la Regenta es algo que no se puede ocultar. Ante el adulterio de Ana, el Magistral reacciona:

[...]él, que tenía sed de sangre, ansias de apretar el cuello del infame, de ahogarle entre sus brazos, seguro de poder hacerlo, seguro de vencerle, de pisarle, de patearle, de reducirle a cachos, a polvo, a viento; él, atado por los pies con un trapo ignominioso, como un presidiario, como una cabra, como un rocín libre en los prados; él, misérrimo cura, ludibrio de hombre disfrazado de anafrodita; él tenía que callar, morderse la lengua, las manos, el alma, todo lo suyo, nada del otro, nada del infame, del cobarde que le escupía en la cara porque él tenía las manos atadas. (LR, 625).

Más adelante prosiguen sus pensamientos contra su vestimenta:

[...] Había paseado pisando con ira, con pasos largos, como si quisiera rasgar la sotana con las rodillas; aquella sotana que se le enredaba entre las piernas, que era un sarcasmo de la suerte, un trapo de carnaval colgado al cuello. (LR, 646).

Y no hay manera de librarse de esa tortura por muchos paseos que dé de un lado a otro sin rumbo:

La sotana, azotada por las piernas vigorosas, decía: "ras, ras, ras"; como una cadena estridente que no ha de romperse. (LR, 646).

Lo que era armadura para l'abbé Faujas es cilicio para el Magistral:

Pero aquella sotana le quemaba el cuerpo. La idea de maníaco de que estaba vestido de máscara llegó a ser una obsesión intolerable. Sin saber lo que hacía, y sin poder contenerse, corrió a un armario, sacó de él su traje de cazador, que solía usar algunos años allá en Matalarejo, para perseguir alimañas por los vericuetos y se transformó el clérigo en dos minutos en un montañés esbelto, fornido, que lucía apuesto tallo con aquella ropa parda ceñida al cuerpo fuerte y de elegancia natural y varonil, lleno de juventud todavía. Se miró al espejo. "Aquello ya era un hombre." La Regenta nunca le había visto así. (LR, 650).

Esta prenda que tortura hasta lo indecible a don Fermín y de la que se ve obligado a desprenderse, aunque sea un momento para recobrar su identidad, es la ropa que salva a l'abbé Serge Mouret de la tentación de volver a la vida libre que, de manera totalmente inconsciente por su enfermedad, había empezado con Albine en Le Paradou. La sotana y la tonsura, que nuevamente ha desposeído su cráneo de la larga cabellera del tiempo en el jardín ahora

prohibido, son el símbolo del camino en la santidad voluntariamente elegido tras la vuelta del paraíso a su parroquia de Artaud:

L'abbé Mouret, en soutane, la tête nue, était revenu s'agenouiller au pied de l'autel. Dans la clarté grise tombant des fenêtres, sa tonsure trouait ses cheveux d'une tache pâle, très large, et le léger frisson qui lui pliait la nuque semblait venir du froid qu'il devait éprouver là. (*La faute*, 270).

Pero la sotana es salvadora sólo hasta cierto punto: es también el símbolo de todo lo que ha perdido Serge:

[...] A cette heure, il ne semblait plus avoir de chair, le poil lui était honteusement tombé, toute sa virilité se séchait sous cette robe de femme qui le laissait sans sexe. (*La faute*, 309).

Aún más tras las palabras de Albine:

Est-ce ta robe noire qui te gêne? Arrache-la. Quand tu seras nu, tu te souviendras peut-être. (*La faute*, 312).

Como símbolos representativos es interesante señalar que Zola, en *Le rêve*, no habla de sotanas sino que la palabra clave relacionada con la vestimenta clerical es la mitra, y es lógico ya que el protagonista eclesiástico de esta curiosa novela de la mística de la religión medieval es un obispo.

De la misma manera que hay una identificación de la sotana con los curas, Clarín, por su vestimenta y aspecto asocia a otros personajes al estamento clerical: por un lado Tomás Crespo, Frigilis, que con su larga levita negra hacía pensar en una sotana; y lo mismo hace con el erudito Bermúdez. Pero la comparación un tanto cruel y muy satírica con los curas es la de la viuda doña Petronila Rianzares, descrita como "señora que parecía un fraile" por su porte y vestida siempre de hábito, del Carmen, de los Dolores, etc; a esta gran beata, más papista que el Papa, el mismo arcipreste Ripamilán la llama "el obispo madre".

VI. LAS MUJERES Y LA IGLESIA

Acabamos de hablar de la sotana y no es de extrañar la relación cultural que se establece entre faldas, como piensa don Álvaro Mesía en alusión a lo que es prenda común de las mujeres y los sacerdotes tradicionalmente:

Y mirando a las damas que iban y venían, unas elegantes, lujosas, otras enlutadas o con hábito humilde, todas deseando a su modo agradar, todas procurándolo, Mesía imaginaba secretos hilos invisibles que iban de faldas a faldas, de la sotana a la basquiña, del cura a la hembra. (LR, 423).

Es un hecho que la influencia de unos y otras en la sociedad católica está en estrecha conexión. Se establece una mutua dependencia pues si bien el poder lo ostenta el sacerdote en las diferentes funciones de amigo, consejero, hermano mayor o simplemente confesor (que ya es mucho), una de las maneras de ejercer aquél el dominio sobre el ambiente en que vive es indirectamente a través de las mujeres, para las que se ha constituido en alguno de los valores mencionados como funciones; no hay más que recordar los consejos de Mme. Rougon a l'abbé Faujas: "Retenez bien ceci, plaisez aux femmes, si vous voulez que Plassans soit à vous".

En los salones de la burguesía es donde podemos observar de forma nítida la relación referida. Recordemos la descripción del salón de los marqueses de Vegallana en el capítulo XIII:

[...]Doña Rufina, vestida de azul eléctrico, empolvada la cabeza que adornaban flores naturales que parecían, sin que se supiera por qué, de trapo, doña Rufina reinaba y no gobernaba en aquella sociedad tan de su gusto, donde canónigos reían, aristócratas fatuos hacían el pavo real, muchachuelas coqueteaban, jamonas lucían carne blanca y fuerte, diputados provinciales salvaban la comarca, y elegantes de la lengua imitaban las amaneradas formas de sus congéneres de Madrid. (LR, 256).

Cuando en este círculo se entabla, por ejemplo, una discusión sobre un tema trillado "si la mujer puede servir a Dios lo mismo en el siglo que en el claustro, etc.:

La gobernadora se exaltaba, accionaba con el abanico cerrado y puesto sobre su cabeza, y llamaba *señor mío* al Arcediano.

Glocester defendía el claustro, pero batiéndose en retirada por galantería, sonriendo y abanicándose. (LR, 257).

Tras esta recepción entre los convidados, los íntimos se quedan a la comida, entre ellos

se encuentran dos sacerdotes, Ripamilán y el Magistral. Repitamos el fragmento en que se expresa la alegría que invade a don Cayetano al participar en la excursión propuesta a la finca El Vivero tras el almuerzo, esta felicidad está determinada por el tipo de compañía que con el buen arcipreste comparte la carretela:

[...]Ripamilán, casi oculto en las faldas de doña Petronila, a quien llevaba enfrente, iba en sus glorias; no por su contacto con el Gran Constantino, sino por ir entre damas, bajo sombrillas, oliendo perfumes femeniles, y sintiendo el aliento de los abanicos. ¡Salir al campo con señoras! ¡la bucólica cortesana, o poco menos! (LR, 283).

En *La conquête*, en los capítulos dedicados a la descripción del salón de Mme. Felicité Rougon, o a las veladas en los jardines de las familias Rastoil y Pécqueur des Saulaies, encontramos la misma atmósfera: hemos hablado ya de los consejos que da Mme. Rougon a l'abbé Faujas. En casa de Rastoil, informa Mouret a su cura inquilino, se reúne entre lo más granado de la sociedad de Plassans toda la Curia; este jardín de los Rastoil será el campo de batalla de miradas entre l'abbé Fenil y l'abbé Faujas por desbancarse el uno al otro en el dominio de esa pequeña sociedad

Mais l'abbé Faujas n'écoutait plus. Son regard se croisait à tout instant avec celui de l'abbé Fenil. Il ne détournait pas la tête, il soutenait l'examen du grand vicaire avec une froideur parfaite. Il s'était installé plus carrément sur la barre d'appui, et ses yeux semblaient être devenus plus grands (*La conquête*, 64).

Enfrentamientos mudos que se repiten en todos los encuentros siempre atentos para con su público femenino:

Dans son immobilité, le prêtre dont les regards fouillaient le salon, sous ses paupières à demi closes, eut un geste aussitôt réprimé. Il venait d'apercevoir, derrière une véritable barricade de jupes, l'abbé Fenil, allongé dans un fauteuil, souriant discrètement. Leurs yeux s'étant rencontrés, ils se regardèrent pendant quelques secondes, de l'air terrible de deux duellistes engageant un combat à mort. Puis, il se fit un bruit d'étoffe, et le grand vicaire disparut de nouveau dans les dentelles des dames. (*La conquête*, 99).

En cuanto a lo que aquí nos interesa hemos de decir que en "las novelas de cura" el tema central es una relación entre faldas: entre un sacerdote y una mujer.

Hemos visto que los curas cumplen una serie de funciones con respecto a la sociedad en general y en particular con respecto a sus feligresas. A continuación vamos a centrarnos en

los principales diferentes tipos de mujeres que aparecen en *La Regenta* y en los *Rougon-Macquart* en cuanto a su vinculación con el sacerdote.

La mujer fuerte.

En primer lugar hemos encontrado dos ejemplares de mujer que hacen frente al poder del cura desde el propio poder, es decir, considerándose sus iguales. Se trata de la rica viuda Doña Petronila Rianzares, de *LR*, y de Mme. Félicité Rougon, que vamos a encontrar presente, aunque sea sólo por su nombre, en casi todas las veinte novelas de la saga ya que Mme. Félicité Rougon es la matriarca del clan de hecho (la matriarca verdadera en tanto que fue su fundadora, Adélaïde Fouque, por su locura lleva una vida solitaria encerrada en un manicomio, únicamente podemos considerarla como matriarca biológica, aunque esto no es más que una aclaración que no tiene que ver con nuestro tema de estudio). Estas mujeres en modo alguno temen y apenas respetan a los curas, aunque les secunden en algunas ocasiones a conseguir sus fines, a pesar de que estos no sean muy limpios.

Doña Petronila Rianzares, o el Gran Constantino, o el Obispo madre, como la llamaba siempre el buen arcipreste Ripamilán en referencia jocosa al poderío de tal dama, brindará su casa como lugar de cita del Magistral y de la Regenta a petición de don Fermín para poder hablar en lugar tranquilo con Ana. Es decir, la labor de doña Petronila es una especie de "tercería mística". Con el mismo apelativo podemos designar la actuación de Mme. Félicité en *La conquête*, cuando llega incluso a avivar la pasión de su hija por l'abbé Faujas para que Marthe Mouret apoye a este sacerdote en la consecución de prestigio y poder, el motivo es que los triunfos del cura redundan a la larga en el grupo político que tanto Mme. Rougon como el presbítero defienden.

Mme. Rougon, una vez que l'abbé Faujas ha conseguido un triunfo que fortalece el partido, y cuando el sacerdote se vanagloria de su poder, no duda en dirigirle las siguientes palabras:

"Écoutez, mon cher, lui répondit-elle au bout d'un silence, vous manquez de tact; cela vous perdra. Faites la culbute, si ça vous amuse. Moi, en somme, je m'en lave les mains. Je vous ai aidé, non pas pour vos beaux yeux, mais pour être agréable à nos amis de Paris. On m'écrivait de vous piloter, je vous pilotais... Seulement, retenez bien ceci: je ne souffrirai pas que vous veniez faire le maître chez moi. Que le petit Pêcheur, que le bonhomme Rastoil tremblent à la vue de votre soutane, cela est bon. Nous autres, nous n'avons pas peur, nous entendons rester les maîtres. Mon mari a conquis Plassans avant vous, et nous garderons Plassans, je vous en préviens." (*La*

conquête, 364).

Con respecto a Doña Petronila escribe Clarín:

Era la de Rianzares viuda de un antiguo intendente de La Habana, quien le había dejado una fortuna de las más respetables de la provincia; gran parte de sus rentas la empleaba al servicio de la Iglesia, y especialmente en dotar monjas, levantar conventos y proteger la causa de don Carlos, mientras estuvo en armas el partido. Creíase poco menos que papisa, y se hubiera atrevido a excomulgar a cualquiera provisionalmente, segura de que el Papa sancionaría su excomunión; trataba de potencia a potencia al Obispo [...] No reconocía entre todo el clero vetustense más superior que el Magistral, a quien consideraba más que al Obispo; "era todo un gran hombre que por humildad vivía postergado". El Magistral trataba a la de Rianzares como a una reina, según el Arcipreste, o como si fuera el obispo-madre, ella se lo agradecía y se lo pagaba siendo su abogado más elocuente en todas partes. (LR. 275-6).

Esta mujer fuerte tiene su fortaleza en su emancipación económica (de doña Petronila sabemos ya que es una viuda rica y de Mme. Rougon sabemos que, aunque casada con Pierre Rougon, ella fue la que llevó las cuentas y las riendas de la familia desde el principio). En el caso de Mme. Rougon no dudará en acabar con l'abbé Faujas y quizá no sea muy ajena al trágico final que le espera al sacerdote y que permitirá al matrimonio Rougon un reinado sobre Plassans sin ningún tipo de oposición o peligro. En el caso del gran Constantino, además de la simbiosis de su relación con don Fermín, hay una relación de reflejo en el espejo pues ella se contempla en el Magistral porque lo considera perfecto y diferente de los demás, como hace consigo misma, el triunfo de don Fermín para esta señora es su propio éxito.

Los tipos de mujer encontrados quedan agrupados bajo los epígrafes siguientes:

La madre del cura

En LR la madre de don Fermín ocupa un lugar básico para comprender al Magistral y el desarrollo de la novela. En la saga de los *Rougon-Macquart* hay dos madres de curas que, aunque, como es lógico tienen puntos en común, son muy diferentes.

Tanto Pauia Raíces, la madre del Magistral, como Mme. Faujas, la madre de l'abbé Faujas de *La conquête*, son el prototipo de la madre abnegada y sacrificada hasta lo indecible por sus hijos. Frente a ellas, Mme. Mouret, la madre del abate Mouret de la novela *La faute*, y protagonista de la especial novela de cura que es *La conquête*, debió ser también una madre abnegada en la infancia de sus hijos pero no dudará en postergarlos cuando cae víctima de la

locura amorosa por un sacerdote.

Por todo esto podemos distinguir básicamente tres tipos del personaje de la mujer como madre del cura:

1. Madre acaparadora:

Paula

Don Fermín

Doña Paula no se enternecía, tenía esa ventaja. Llamaba mojigangas a las caricias, y quería a su hijo mucho, a su manera, desde lejos. Era el suyo un cariño opresor, un tirano. Fermo, además de su hijo era su capital, una fábrica de dinero. Ella le había hecho hombre, a costa de sacrificios, de vergüenzas de que él no sabía ni la mitad, de vigiliias, de sudores, de cálculos, de paciencia, de astucia, de energía y de pecados sórdidos; por consiguiente no pedía mucho si pedía intereses al resultado de sus esfuerzos, al Provisor de Vetusta. El mundo era de su hijo, porque él era el de más talento, el más elocuente, el más sagaz, el más sabio, el más hermoso; pero su hijo era de ella, debía cobrar los réditos de su capital, y si la fábrica se paraba o se descomponía, podía reclamar daños y perjuicios, tenía derecho a exigir que Fermo continuase produciendo. (LR, 305-6).

Paula Raíces ha dado, en apariencia, toda su vida por su hijo, se ha sacrificado en extremo en la taberna que tenía para los mineros de Matalarejo, su pueblo, y después ha sabido dominar al bueno de Camoirán hasta hacerlo aceptar un obispado, todo ello a fin de labrar el porvenir de su Fermo y al mismo tiempo el suyo. Cuando don Fermín, al principio de su carrera en el Seminario y con los jesuitas en León, piensa que sería hermoso marcharse a las Misiones, la madre le hace abandonar rápido tal idea pues no se ha inmolado ella para otros y sería ingratitud si el hijo ahora la abandonara.

Establecidos ya en Vetusta con la protección del buen obispo Fortunato (que teme a doña Paula por encima de todo y ella maneja este terror como quiere), Paula Raíces a través de su hijo y con la protección inocente del obispo ("Fortunato es una malva", le dice a su hijo) es la verdadera dueña y señora de la Curia. Ella es la que dirige el negocio "La Cruz Roja" de objetos de culto, cuyo propietario oficial es un tal Zapico, al que ha casado doña Paula con una antigua criada suya que prestaba ciertos servicios al "señorito", como don Fermín era llamado en casa. Y es que Paula Raíces domina a todo el que cae a su alrededor.

Al llegar a los momentos duros de su drama, don Fermín, que odia su estado sacerdotal por impedirle -piensa él- el amor de la Regenta, no se rebela contra la situación, no se rebela contra los muchos siglos que tiene la institución eclesiástica porque no ha podido rebelarse contra su madre desde el principio de la relación con Ana, como nos expone Alas al describir, al comienzo del capítulo XV, el regreso del Magistral a su casa, tras el almuerzo en casa de los Vegallana y la excursión al Vivero:

Y salió del despacho. El Provisor hizo un gesto de paciencia y salió tras ella. "No era todavía hora de cenar, faltaban más de cuarenta minutos, pero ¿quién se lo decía a ella [la madre, doña Paula]?" (LR, 301).

Tienen madre e hijo la más hipócrita de las relaciones en los niveles afectivos pues, si bien ambos coinciden en luchar juntos por conseguir su ambición de poder y dinero respectivamente, en los asuntos personales no hay ninguna comunicación porque el estado sacerdotal (que Paula ha elegido para su hijo al "meterle por la cabeza una sotana") es el mejor pretexto para construir un muro de silencio. Doña Paula conoce las tendencias sexuales de su hijo y contrata como criadas a muchachas campesinas que ella misma busca minuciosamente y que deben dormir cerca del señorito; como recompensa a sus buenos servicios estas buenas mozas son casadas por doña Paula en condiciones muy favorables. Pero doña Paula cuando nombra a la Regenta a su hijo o alude a los problemas "amorosos" con una cierta brigadiera, que hace años le habían causado trastornos; no quiere comprender para nada el problema íntimo del hijo, piensa sólo en que no marcha "por el camino recto que ella le había trazado" y en que si se aparta de él pierde su poder y su dinero.

Cuando en una conversación con Anita, ésta se queja de su orfandad, don Fermín interiormente la compadece porque piensa "era verdad, no tenía madre como él, estaba más sola que él." Sin embargo en el momento fatal en que don Fermín es informado por la criada Petra del adulterio de Ana, el Magistral se siente en la más completa soledad; incluso su madre no puede acercarse a él, piensa De Fas, por su condición de sacerdote:

Y ni siquiera lástima le podía tener el mundo; ni su madre, que creía adorarle, podía darle un consuelo, el consuelo de sus brazos y de sus lágrimas... Si él estuviera muriendo, su madre estaría a sus pies mesándose el cabello, llorando desesperada; y para aquello, que era mucho peor que morirse, mucho peor que condenarse..., su madre no tenía llanto, ni brazos, desesperación, ni miradas siquiera... El no podía hablar, ella no podía adivinar, ni debía... No había más que un deber supremo, el disimulo; silencio..., ¡ni una queja, ni un movimiento! (LR, 625).

De la misma manera, Paula Raíces, que sabe a la perfección todo lo que entre su hijo y la Regenta ha pasado, considera que no puede dar ningún paso:

[...] El orgullo de la madre daba brincos de cólera dentro de doña Paula. "Su hijo era lo mejor del mundo. Era pecado enamorarse de él, porque era clérigo; pero mayor pecado era engañarle, clavarle aquellas espinas en el alma... ¡Y pensar que no había modo de vengarse! No, no lo había." (LR, 649).

En doña Paula prima sobre todo el miedo a perder el estatus tan arduamente conseguido.

2. Madre amantísima.

Abbé Faujas

Mme Faujas

Pero también puede darse la abnegación total. Si en el caso anterior había una comunidad de intereses entre madre e hijo pero a partir de los de doña Paula, con este modelo que hemos decidido llamar "madre amantísima" tenemos el proceso contrario, pues, aunque hay también fusión de intereses entre Mme. Faujas y su hijo, son los fines del sacerdote los que ocupan el primer puesto. Esta mujer, que no entiende con exactitud lo que persigue su hijo (sabemos que el dinero y el sexo no le atraen en modo alguno) está dispuesta a todo con tal de poder estar a su lado. De este modo renuncia y restituye a su lugar los objetos robados en abierta competencia con su hija Olimpya por la posesión de la casa de los Mouret, donde las tres familias viven; es decir, renuncia a su ambición de campesina pobre y sin escrúpulos (modelo similar al de Paula Raíces) ante la amenaza de l'abbé Faujas de no mantenerla consigo si no se comporta de la manera adecuada para conseguir lo que a él de verdad le interesa: el poder, el poder por sí mismo, cosa que no logra entender la madre. Pero a Mme. Faujas le da igual, el amor a su hijo es su motor y a la voluntad del sacerdote se somete por completo porque es Faujas el que gobierna la situación, a la madre no le queda otra salida que la de convertirse en sombra protectora; aunque para ella es más importante la parte de hombre que tiene l'abbé Faujas que la de cura y, cuando, al saber que su hijo y Mme. Mouret están juntos hablando, sospecha ella que quizá pueda ocurrir algo, tal vez no muy conveniente de saberse en público, no dudará en plantarse ante Mme. Paloque, para impedirle el paso y para evitar

así lo que ella supone, aunque, como sabemos, Faujas desprecia el sexo.

Es sorprendente cómo esta mujer vive dominada por cumplir fielmente el más mínimo deseo de su hijo, mucho más si pensamos que se trata de una mujer fuerte, muy fuerte, que no duda en enfrentarse a cualquiera, a la muerte misma, con tal de estar con su hijo y de intentar salvarlo:

Elle le chargea [a l'abbé Faujas] sur ses épaules comme un enfant, et cette mère sublime, cette vieille paysanne, dévouée jusqu'à la mort, ne chance'a point sous le poids écrasant de ce grand corps évanoui qui s'abandonnait. Elle éteignait les charbons sous ses pieds nus, s'ouvrait un passage en repoussant les flammes de sa main ouverte, pour que son fils n'en fût pas même effleuré. Mais, au moment où elle allait descendre, le fou, qu'elle n'avait pas vu, sauta sur l'abbé Faujas, qu'il lui arracha des épaules. Sa plainte lugubre s'achevait dans un hurlement tandis qu'une crise le tordait au bord de l'escalier. Il meurtrissait le prêtre, l'égratignait, l'étranglait. [...] Et il roula avec le corps le long des marches embrasées; pendant que Mme. Faujas, que lui avait enfoncé les dents en pleine gorge, buvait son sang. (*La conquête*, 401).

Una mujer así se deshace ante la mirada o la palabra de su hijo: lo importante es su hijo, el sacerdote es una circunstancia accidental.

Sobejano (1981) y Oleza (1994) en las ediciones que hacen de *LR*, hablan del paralelismo entre Mme. Faujas y Paula Raíces, nosotros observamos esta similitud en cuanto al origen social de ambas y a su voluntarismo; pero, por lo que acabamos de escribir, consideramos que responden a personajes bien distintos.

3. Madre indiferente.

Mme Mouret

l'abbé Mouret

Hemos utilizado este calificativo para el tipo de madre que representa Marthe Mouret en *La conquête*. En realidad este adjetivo lo tendríamos que aplicar a la palabra "mujer" pues sería la manera mejor de definir a Marthe, pero aquí lo que nos interesa es su faceta maternal y, en concreto, como madre de cura (en *La conquête* del futuro cura)

Mme. Mouret en los primeros años de su matrimonio y durante la infancia de sus hijos se ha dedicado intensamente a los trabajos caseros y a la rutina de la educación superficial de sus niños en medio de una atmósfera de dulzura y tranquilidad. Marthe se ha refugiado en esta

vida del dejar hacer y del dejar pasar doméstico para evitar la reflexión que daría rienda suelta a su complicada espiritualidad, que a ella tanto la aterroriza porque ve en estos sentimientos desequilibrios que pueden llevarla a enloquecer, hasta terminar recluida en una casa de salud, como le ha ocurrido a su abuela, Adélaïde Fouque (a la que Zola presenta como origen del clan a partir de su matrimonio con el primero de los Rougon). No es que Marthe no quiera a sus hijos, sólo que los quiere para acariciarlos, para abrazarlos, en medio del ambiente de ternura que reina en su casa (y en la relación con su marido, François Mouret, del que, además, es prima hermana) despreocupándose del proceso de educación de los mismos, dejándolos, si por ella fuera, a la simple y lógica acción de la Naturaleza. Este clima de indolencia hacia su familia llega al máximo cuando Mme. Mouret se enamora de su inquilino, l'abbé Faujas, que activa todos los sentimientos de vida interior adormecidos en el cerebro de Mme. Mouret, con la pasión de la religión, que, rápidamente, se convierte en convulsiva y exclusiva pasión amorosa por el sacerdote. Esos momentos en los que Marthe quiere encerrarse en su particular mundo del espíritu coinciden con los de la adolescencia y primera juventud de sus tres hijos. En *La conquête* vemos cómo los tres muchachos, ante la casi impasividad de su padre y la indiferencia materna, van abandonando el hogar: Octave, el hijo mayor, será enviado a Marsella para empezar a trabajar en el mundo del comercio; Désirée, la menor, discapacitada, ante el abandono y el descuido en que vive desde que su madre anda tras l'abbé Faujas, será llevada por Mouret con su antigua nodriza. Serge, el segundo hijo, ingresa en el seminario.

Entre Serge y Marthe ha habido siempre una identificación ya que ambos tienen el mismo temperamento nervioso y soñador. Serge acompaña a su madre a misa y defiende el mundo de silencio interior en que a ella le gusta vivir, como también sale valedor de su amigo, l'abbé Faujas, ante las burlas y sarcasmos primero y la frustración e impotencia de su padre después. Entre madre e hijo hay un ideal común de vida contemplativa; en los repetidos intentos que Mouret hace por enviar a su hijo a estudiar Derecho a París encuentra que:

Marthe, avec sa douceur indifférente, se contentait de murmurer chaque fois:

"Il n'a pas encore vingt ans. Ce n'est guère prudent d'envoyer un enfant si jeune à Paris... D'ailleurs il ne perd pas son temps ici. tu trouves toi-même qu'il travaille trop." (*La conquête*, 197).

De esta forma el muchacho continúa en su casa, en Plassans, dedicado al estudio, a conversar con l'abbé Faujas y a acompañar a su madre en los momentos de recogimiento espiritual que tanto gustan a ambos. Después de una enfermedad que durante tres semanas tiene al débil muchacho al borde de la muerte, Serge se marchará de casa, no camino de la Universidad

como quería su padre, sino camino del seminario con la aprobación indiferente de la madre que ve esta decisión como algo normal dado el carácter del muchacho y que le permite a ella seguir en su particular mundo:

[...] Elle se détachait chaque jour davantage de ce qui l'entourait; elle crut même, tant la maison lui parut paisible, lorsqu'elle n'entendit plus, à toute heure, la voix grondeuse de Mouret, que celui-ci s'était raisonné, qu'il s'était arrangé comme elle un coin de bonheur. Cela la tranquillisa, l'autorisa à s'enfoncer plus avant dans son rêve. (*La conquête*, 202).

Además, el hecho de que Serge haya entrado en el seminario es una garantía de felicidad para el muchacho, piensa Marthe, allá puede llevar el tipo de vida espiritual que anhela y que son iguales a los de ella. Pero en los últimos momentos de la novela, que coinciden con la muerte de Mme. Mouret, Marthe queda aterrorizada ante la imagen de su hijo, con sotana, que ha sido traído del seminario para auxiliar a su madre en la agonía. El lúcido terror en el que expira Marthe es la ruptura de esta relación, más entre dos amigos, casi cómplices, de sensibilidad especial que entre madre e hijo. Pero la muerte de Mme. Mouret para Serge es un apoyo para continuar por el camino del misticismo; Marthe para su hijo no es la madre fuerte, la madre protectora como los casos anteriores de Mme. Faujas y Paula Raíces. Mme. Mouret es para su hijo la muchacha, la joven con la que puede compartir las mismas inclinaciones y sentimientos. En las identificaciones que la mente de Serge hace de la Virgen María, más que la madre de Cristo es la muchacha, o en todo caso, la madre joven de vida espiritual (como vemos en *La faute*), y Mme. Mouret cumple esta función para su hijo, no la de madre.

La enamorada.

Vamos a hablar de forma muy breve sobre este tema ya que nos centraremos en la reacción del sacerdote ante la mujer que se enamora de él o la mujer que él ama.

1. El objeto utilizado.

En este caso, la mujer tiene en el amor la función de sujeto agente. Marthe Mouret, el mismo ejemplo que hemos utilizado de "madre indiferente", nos sirve de modelo de la mujer apasionada, y esto no es de extrañar porque la vida de indiferencia que llevaba, evitando enfrentarse a un mundo de pensamientos y sensibilidad semidormidos, gira de forma violenta

y arrebatadora a partir del sentimiento de la religión, de un cierto misticismo, que desemboca en el amor desenfrenado hacia el sacerdote, el hombre que ha sabido despertarle el espíritu. Pero Marthe es muy consciente de que ama a un sacerdote y no tiene ningún tipo de repugnancia por la contradicción entre su amor y sus creencias, y se lo hace saber a Faujas:

"Écoutez, Ovide, murmura-t-elle, je vous aime, et vous le savez, n'est-ce pas? Je vous ai aimé, Ovide, le jour où vous êtes entré ici... Je ne vous le disais pas. Je voyais que cela vous déplaisait. Mais je sentais bien que vous deviniez mon coeur. J'étais satisfaite, j'espérais que nous pourrions être heureux un jour, dans une union toute divine... Alors, c'est pour vous que j'ai vidé la maison. Je me suis traîné sur les genoux, j'ai été votre servante... Vous ne pouvez pourtant pas être cruel jusqu'au bout. Vous avez consenti à tout, vous m'avez permis d'être à vous seul, d'écarter les obstacles qui nous séparaient. (*La conquête*, 370).

Lo dramático es que Mme. Mouret es la enamorada hasta la muerte a cambio sólo del calculado uso que hace de ella l'abbé Faujas. Para seguir los insistentes consejos de la astuta Mme. Rougon ("rappelez-vous ce que j'ai dit... Plaisez aux femmes, si vous voulez que Plassans soit à vous") es muy conveniente utilizar a su bella propietaria, Mme. Mouret, y mucho más cuando la propia madre de ésta, Mme. Rougon, le dice "vous savez que vous êtes le cavalier de ma fille". Pero, una vez conseguido el objetivo de hacerse el dueño de la ciudad, la principal artífice de su triunfo, Marthe, se convierte para Faujas, misógino en toda regla, en algo demasiado molesto, de lo que hay que desembarazarse. A la confesión de amor que acabamos de ver de Marthe, no hay otra respuesta que

-Je vous ai déjà trop approchée, continua-t-il. Si j'échoue, ce sera vous, femme, qui m'aurez ôté de ma force par votre seul désir. Retirez vous, allez-vous-en, vous êtes Satan! Je vous battraï pour faire sortir le mauvais ange de votre corps." (*La conquête*, 371).

Es ahora cuando Mme. Mouret comprende todo y el absurdo de la ilusión que se había forjado cuando no era más que simple instrumento de poder. La tisis y el cerebro desequilibrados encuentran en la naturaleza de Marthe un camino fácil para causarle una muerte rápida.

2. El objeto amado.

La mujer también es sujeto paciente. Hay bastante similitud entre Marthe y Ana en el refugio que ambas encuentran en el misticismo a sus verdaderos problemas psicológicos, pero

también diferencias. Marthe ama conscientemente a un cura, dispuesta a aceptar todas las posibles consecuencias, como hemos visto. Ana, por su parte, conoce la pasión amorosa, pero no por el Magistral sino por don Álvaro Mesía, lo cual no le impide coquetear o jugar de manera, sólo hasta cierto punto, ingenua e inocente, con don Fermín, como podemos ver en el primer encuentro cara a cara de los dos hombres ante la Regenta:

Ambos le parecieron a la Regenta hermosos, interesantes, algo como San Miguel y el Diablo, pero el Diablo cuando era Luzbel todavía; el Diablo Arcángel también; los dos pensaban en ella, era seguro; don Fermín como un amigo protector, el otro como un enemigo de su honra, pero amante de su belleza. Ella daría la victoria al que la merecía, al ángel bueno, que era un poco menos alto, que no tenía bigote -que siempre parecía bien-, pero que era gallardo, apuesto a su modo, como se puede ser debajo de una sotana. Se tenía que confesar la Regenta, aunque pensando un instante nada más en ello, que le complacía encontrar a su salvador, tan airoso y bizarro, tan distinguido, como decía Obdulia, que en esto tenía razón. Y sobre todo, aquellos dos hombres mirándose así por ella, reclamando cada cual con distinto fin la victoria, la conquista de su voluntad, eran algo que rompía la monotonía de la vida vetustense, algo que interesaba, que podía ser dramático, que ya empezaba a serlo. (LR, 278).

Por este amor don Fermín se replantea el absurdo sacrificio en que había caído al hacerle su madre seguir la carrera eclesiástica; un amor que es incapaz de manifestar a la Regenta en sus aspectos humanos, por eso él también se presta al juego al hablar a Ana como el hermano mayor, o como un alma amiga a otra, espíritus asexuados, cuando la realidad es, como sabemos, bien diferente. Ana Ozores es amada por don Fermín como cualquier hombre ama apasionadamente a una mujer, aunque el desenlace de la historia la convierta en el objeto amado imposible.

3. El objeto inmolado.

Es otro caso de mujer agente. Ella llevará la rienda en la defensa de su relación amorosa con un sacerdote. Se trata de Albine, la protagonista femenina de *La faute*. Como se verá, l'abbé Mouret es la víctima de la educación en el seminario, según Zola más bien de una contraeducación por negar e intentar extirpar en el hombre joven las inclinaciones naturales, contra las que no pueden ir las leyes humanas. Serge Mouret vive el misticismo de su infancia consciente y orgulloso de su diferencia de las personas que lo rodean; él se conserva puro y casto, consagrado a Dios en su mundo espiritual. El conocimiento en el simbólico Paradou, un inmenso jardín abandonado, de Albine (su nombre no es casualidad), una muchacha

educada de manera libre, casi semisalvaje, por un anciano tío seguidor de las ideas enciclopedistas del XVIII, despierta en el joven Serge unos sentimientos fuertes y desconocidos que lo aterrorizan, sobre todo a partir de la identificación que su cerebro hace de Albine con la imagen de la Virgen María, como muchacha joven, de quien desde niño ha sido muy devoto.

Una grave enfermedad, durante la cual Albine se ocupa de Serge bajo la indicación del doctor Pascal, que ha llevado al joven abate al Paradou, será el desencadenante del amor en Serge, pues, cuando se cura físicamente, ha perdido por completo la memoria y, con ella, todo el lastre de su educación en el seminario. El amor nacido entre ambos jóvenes en el jardín paradisiaco se desenvuelve como una parte más de la naturaleza que los rodea; pero, cuando l'abbé Mouret recupera la noción de quién es y quién ha sido por obra y gracia del hermano Archangias (símbolo de la serpiente en este peculiar paraíso), rechaza completamente a su amante, ella representa el pecado cometido por ambos porque su amor es monstruoso en la normativa eclesíastica, por muy lógico y natural que parezca desde el punto de vista humano.

Albine va en busca de Serge. Mientras lo estuvo cuidando durante la enfermedad había creído que el muchacho había abandonado el sacerdocio, pero, al comprobar el regreso de su compañero a la parroquia, no duda en ir por él y en la misma iglesia le propone marchar a cualquier lugar donde nadie los conozca:

-Voyons, décide-toi! Serge. Tu nous fais perdre un temps, là! Il n'y a pas besoin de tant de réflexions. Je t'emmène, pardi! c'est simple... Si tu désires ne pas être vu, nous nous en irons par le Masclé. Le chemin n'est pas commode; mais je l'ai bien pris toute seule; nous nous aiderons, quand nous serons deux... (*La faute*, 308).

Los antiguos enamorados hablan ahora un lenguaje diferente. Albine no comprende quién es ese Dios al que l'abbé Mouret la sacrifica:

-¿Qui ça. Dieu? cria Albine affolée, redevenue la grande fille lâchée en pleine nature. Je ne le connais pas, ton Dieu, je ne veux pas le connaître, s'il te vole à moi, qui ne lui si jamais rien fait. Mon oncle Jeanbernat a donc raison de dire que ton Dieu est une invention de méchanceté, une manière d'épouvanter les gens et de les faire pleurer... Tu mens, tu ne m'aimes plus, ton Dieu n'existe pas. (*La faute*, 310).

Ante la imposibilidad de llevarse consigo a Serge, Albine se marcha y el sacerdote permanece ante el altar rezando y llorando. La naturaleza delicada de Albine no puede soportar el dolor del amor y muere. El doctor Pascal comunicará a su sobrino, l'abbé Mouret, el fin de

la muchacha y que estaba embarazada. Serge reacciona retirándose a la penitencia más absoluta en su parroquia de les Artaud.

Esta novela se llama como sabemos *La faute de l'abbé Mouret* y el verdadero pecado de Serge ha sido sacrificar a la muchacha amante embarazada, sacrificar la vida, a un dios cruel de leyes antinaturales.

La madre y la amante, con las diferencias expuestas, ocupan lo que podríamos llamar las mujeres en el espacio privado del sacerdote, la relación más íntima, de amor, odio, ternura, necesidad, rechazo, perdón; se trata de relaciones sentimentales que afectan directamente al cura y a la mujer implicada.

Colectivos femeninos.

Al comienzo de este capítulo hemos repetido la relación tan estrecha que en la sociedad se establece entre sacerdotes y mujeres. Hemos hablado de la mujer fuerte que mira como a un igual al sacerdote. Es obvio que esto no es lo más frecuente, en el espacio público lo que se establece es una subordinación frente a la superioridad del cura, ministro de Dios. A pesar de la superioridad social concedida al clérigo, no está exento de mofas por un grupo bastante amplio de mujeres. Este colectivo presenta una actitud cambiante pues, si bien las mujeres tienen una cierta hostilidad socarrona hacia el sacerdote, no dudan en cooperar con él, o con sus allegados, para cumplir unos objetivos que pueden ser beneficiosos para alguno de los colaboradores o para todos, de ahí que sea posible la ayuda mutua aunque en el fondo haya burla y o desprecio por ambas partes.

El grupo de señoras jóvenes, supuestas amigas de la Regenta, está integrado principalmente por Obdulia Fandiño, Visitación Ollas de Cuervo, familiarmente, Visita, y Olvido Páez. La primera, una viuda correcales, mujer alocada y lujuriosa, antigua amante de Álvaro Mesía; es ella la que queda colgada de un columpio y para recatarla de allí queda en entredicho la fortaleza de Mesía frente al poderoso Magistral. Visita también tuvo sus escándalos de joven con el donjuan vetustense, ahora disfrutaria viendo caer a la Regenta en el mismo lugar donde cayeron todas, entretanto se divierte revoloteando por las casas de las mejores familias descuidando la suya propia y derrochando por doquier su hiperactividad. La tercera, Olvido, hija de un rico indiano, es una muchacha caprichosa que oscila entre la admiración por el Magistral y las ganas irremediables de hacer daño.

Las tres rivalizan obsesionadas por ser el centro de cualquier actividad, incluidas las relacionadas directamente con la Iglesia o la religión: asisten a la misa del Gallo como un

acontecimiento social de primer orden, se presentan ante el Obispo para que presida el reparto de premios de la Libre Hermandad, sociedad filántropica a la que ya nos hemos referido, con ello provocan la cólera de don Fermín al no ser dicha institución la más adecuada para ser visitada por la máxima jerarquía de la diócesis.

En *La conquête*, a partir de la idea de Faujas de crear una casa refugio para las niñas abandonadas hay toda una commoción entre las damas de la sociedad dispuestas a colaborar en la fundación y desarrollo de dicho centro. Aunque extensa, merece la pena leer la nota siguiente en la que se narra el acontecimiento:

Trois jours plus tard, le comité des dames patronnesses se trouvait constitué. Ces dames ayant nommé Marthe présidente, celle-ci, sur les recommandations de sa mère, qu'elle consultait en secret, s'était empressée de désigner Mme. Paloque comme trésorière. toutes deux se donnaient beaucoup de mal, rédigeant des circulaires, s'occupant de mille détails intérieurs. Pendant ce temps, Mme. de Condamain allait de la sous-préfecture à l'évêché, et de l'évêché chez les personnages influentes, expliquant avec sa bonne grâce "l'heureux projet qu'elle avait conçu", promenant des toilettes adorables, récoltant des aumônes et des promesses d'appui; de son côté, Mme. Rastoil, dévotement, racontait aux prêtres qu'elle recevait le mardi, comment lui était venue la pensée de sauver du vice tant de malheureuses enfants, tout en se contentant de charger l'abbé Bourrette de faire des démarches auprès des socurs de Saint-Joseph, pour obtenir qu'elles voulussent bien desservir l'établissement projeté; tandis que Mme. Delangre faisait au petit monde des fonctionnaires la confiance que la ville devrait cet établissement à son mari, à la gracieuseté duquel le comité était déjà redevable d'une salle de la mairie, où il se réunissait et se concertait à l'aise. Plassans était tout remué par ce vacarme pieux. Bientôt il n'y fut plus question que de l'oeuvre de la Vierge. (*La conquête*, 133).

L'abbé Faujas tras su triunfo no reconoce esta ayuda del círculo de devotas, las desprecia. Cuando al final de la novela el clérigo muere en el incendio de la casa de los Mouret, se oye el siguiente intercambio de opiniones entre dos de sus antiguas colaboradoras:

"Bah! disait la femme du juge, personne ne le pleurera, si ce n'est cette grosse bête de Bourrette. Il était devenu insupportable, nous étions tous esclaves. Monseigneur doit rire à l'heure qu'il est... En fin, Plassans est délivré!
- Et les Rougon! fit remarquer Mme. de Condamain, ils doivent être enchantés.
- Pardieu! les Rougon sont aux anges. Ils vont hériter de la conquête de l'abbé... Allez, ils auraient payé bien cher celui qui se serait risqué à mettre le feu à la baraque."
(*La conquête*, 415-6).

En *La terre* hemos hecho referencias a las burlas de que es objeto l'abbé Madeline por

parte de sus parroquianos, sobre todo las mujeres

[...] Il n'allait pas bien, il regrettait ses montagnes depuis qu'il vivait dans le plate Beauce, navré de l'indifférence religieuse de ses nouveaux paroissiens, si bouleversé des commérages et des disputes continuelles des femmes, qu' il n'osait même plus les menacer de l'enfer. (*La terre*, 412).

O, l'abbé Godard que, ante la marcha por enfermedad de l'abbé Madeline, tiene que volver a hacerse cargo de la misma parroquia.

En *La faute*, en el capítulo XIII hay una descripción de los preparativos para el mes de mayo. Las muchachas del poblado acuden a ayudar a l'abbé Mouret y a su asistente La Teuse a colocar los ramos ofrecidos en honor de la Virgen y a preparar las oraciones, pero las chicas, como muy claro comprende la criada, no hacen más que burlarse de la devoción del cura y acuden a la iglesia con objeto de bromear y de librarse de labores más pesadas del campo. L'abbé Mouret intenta comprender el revuelo y el comportamiento de las muchachas:

[...] Il avait tenté de faire taire la Teuse, il commençait à être gêné au milieu de ces grandes filles éhontées, emplissant l'église, avec leurs brassées de verdure. Elles se poussaient jusqu'au degré de l'autel, l'entouraient d'un coin de forêt vivante, lui apportaient le parfum rude des bois odorants, comme un souffle monté de leurs membres de fortes travailleuses. (*La faute*, 114).

La indignación del ama llega al extremo cuando entre las jóvenes descubre a la Rosalie, que tiene la desfachatez, según la Teuse, de participar en la ofrenda a la Virgen entre sus compañeras luciendo su embarazo más que evidente, el problema es que ¡no está casada! En la segunda parte de la novela, en el capítulo I, durante la celebración de un matrimonio (el cura ha conseguido que la Rosalie se case) l'abbé Mouret hace una apasionada homilía -Serge interiormente recuerda su drama con Albine- sobre el matrimonio cristiano y la Rosalie y su novio, Fortuné; los contrayentes escuchan con aparente atención porque quieren una ceremonia tradicional y que después el cura vaya a bendecir la alcoba como es la costumbre, pero ni ellos ni los acompañantes hacen mucho caso a las palabras del clérigo:

- Que dit-il? demanda Lisa qui entendait mal.
- Pardi! il dit ce qu'on dit toujours, répondit la Rouse. Il a la langue bien pendue, comme tous les curés. (*La faute*, 265).

L'abbé Mouret ha dicho su plática de autoconversión y los jóvenes han conseguido el

matrimonio que ansiaban.

1. Las beatas.

[...] Necesita usted objetos que le sugieran la idea santa de Dios, ocupaciones que le llenen el alma de energía piadosa, que satisfagan sus instintos, como usted dice, de amor universal...Pues todo eso, hija mía, se puede lograr, satisfacer y cumplir en la vida, aparentemente prosaica y hasta cursi, como la llamaría doña Obdulia, de una mujer piadosa, de una... *beata*, para emplear la palabra fea, *escandalosa*. Sí, amiga mía -el Magistral reía al decir esto-, lo que usted necesita para calmar esa sed de amor infinito... es ser *beata*. (LR, 364).

Estas son las palabras que don Fermín dirige a la Regenta en una de sus conversaciones. Son muchas las mujeres que establecen su relación con el cura por medio de la devoción, de la piedad. En LR, destaca como beata oficial Celestina Barinaga y a ejercer la beatería dedica todo su tiempo, sin ningún otro tipo de actividad.

Celestina, la hija de Barinaga, era una beata ofidiana, confesaba con don Custodio y trataba a su padre como a un leproso que causa horror. (LR, 321)

El negocio de La Cruz Roja, propiedad de don Fermín y su madre ha arruinado a don Santos Barinaga la tienda de objetos de culto con la que se había mantenido toda su vida. La catástrofe económica produce la ruina moral en el padre y la hija: don Santos se hace ateo por hambre, como ya hemos visto. Celestina toma el camino contrario, se acerca todo lo posible a la iglesia a través de don Custodio y de Gloucester. Ella pretende utilizarlos contra don Fermín, los clérigos recurren a Celestina (don Santos por su ateísmo es imposible) para intentar destruir al Magistral acusándolo de simonía; lo que se consigue en verdad es a un enfrentamiento a muerte entre padre e hija como cuenta Clarín en el capítulo XXII, y las cosas llegan al máximo cuando Celestina quiere que su padre moribundo se reconcilie con Dios:

- ¡Ah, grandísima hipocritona, si me levanto, mala pécora! La que mata a su padre de hambre, la que echa cuentas de rosario y pelos en el caldo, la que me echa en las narices el polvo de la sala, la que se va a misa de alba y vuelve a la hora de comer... ¡Infame, si me levanto!

- Padre, por Dios, por Nuestra Señora del Amor Hermoso, tranquilícese usted... Está aquí doña Petronila, está un señor sacerdote...

- Será tu don Custodio..., el que te me ha robado..., el majo del cabildo... ¡Ah, barragana, si os cojo a los dos!...

- ¡Jesús, Jesús! Vámonos de aquí -gritó doña Petronila buscando la escalera.
(LR, 480).

Esta doña Petronila Rianzares es también una beata ya conocida nuestra. Sabemos de las ínfulas de grandeza de esta señora que, como se dice vulgarmente, es más papista que el papa; incluso en cuestiones de religión poco le falta para considerarse infalible. Su tipo de beatería consiste en la devoción constante y la actividad religiosa y limosnera, a través de las cuales logra centrar la atención en ella, que, como es obvio, es el general en jefe de cualquier acontecimiento religioso o caritativo de carácter social: ella dirige el ropero para pobres, las visitas de caridad y limosnas desde su propia casa, en realidad cuartel de la beatería de Vetusta. El Magistral utiliza este domicilio para sus encuentros con la Regenta, con objeto de poder tener tranquilidad, dice, y no molestar a don Víctor. Por su parte Ana, en un intento de buscar el equilibrio y la paz de espíritu decide:

Más resuelta a huir de los extremos, a *ser como todo el mundo*, insistió en seguir a las *demás beatas* en todos sus pasos, y aunque sin gusto, entró en todas las cofradías, fue hija y hermana, según se quiso, de cuantas juntas piadosas lo solicitaron.
(LR, 407).

Por su parte el personal de la central de Rianzares espera con impaciencia la llegada de la nueva, del "ángel hermosísimo" que va a engrosar sus filas:

Las beatas que servían de cuestores de palacio en el del Gran Constantino, las del *cónclave*, como las llamaba Ripamilán, esperaban con ansiedad mística y con gran curiosidad maligna a la nueva compañera que tanto prestigio traería con su juventud y su hermosura a la piadosa y complicada empresa de salvar el mundo en Jesús y por Jesús; pues nada más os que esto se proponían aquellas devotas de armas tomar, militantes como coraceros. (LR, 377).

Y Ana llega y colabora, pero la atmósfera de calma sosegada y espiritual terminan repugnando a la señora de Quintanar cuando se da cuenta perfecta de que don Fermín la ama como un hombre. Además, la Regenta encuentra en la untuosidad pegajosa de los sentimientos religiosos de las beatas hipocresía incalificable, y en los maternales besos y caricias del obispo-madre ve segundas intenciones:

[...] ¡Querían corromperla! Aquella casa..., aquel silencio..., aquella doña Petronila... Ana sintió asco, vergüenza, y corrió a buscar la puerta. Salió sin despedirse. (LR, 528).

El silencio monástico y la dulzura pegajosa definen el hogar del Gran Constantino, una casa donde podría vivir también la otra beata que hemos visto, Celestina Barinaga, a quien Clarín ah definido con el epíteto "ofidiana", es decir, hay una utilización de adjetivos que indican un modo frío, sin ruidos, donde se mueven misteriosa y resbaladizamente este tipo de personas semejantes a serpientes, que parecen muertas por ese hielo y muy inteligentes y astutas en la consecución de sus intereses, al mismo tiempo que trabajan para sus directores espirituales, artífices de tales mujeres seleccionadas desde niñas. Para dejar completamente clara la autoría del padre espiritual, Alas cuenta, en la descripción de la escena de las niñas del catecismo, cómo es la muchacha favorita del Magistral, quien nos es presentada pronunciando un discurso; el fragmento, aunque un poco largo merece la pena ya que da una definición de la perfecta walquiria de esta Iglesia combativa por el poder:

[...] Una joven de quince años, catorce oficialmente, se adelantó y colocada cerca de la mesa recitó con desparpajó una filípica un tanto moderada por los eufemismos de la retórica jesuítica contra los materialistas modernos que negaban la inmortalidad del alma [...] La rubia hermosa, con brazos de escultura griega, no entendía cabalmente lo que iba diciendo, pero adivinaba el sentido de su arenga, y le daba el tono de intolerancia y de soberbia que le convenía. También ella parecía una estatua de la soberbia y de la intolerancia: una estatua hermosísima. Sus compañeras, los catequistas, el escaso público esparcido por la nave, la oían con asombro, sin pensar en lo que decía, sino en la belleza de su cuerpo y el tono imponente de su voz metálica. Era la obediencia ciega de mujer hablando; el símbolo del fanatismo sentimental, la iniciación del *eterno femenino* en la eterna idolatría. El Magistral, con la boca abierta, sin sonreír, ya con las agujas de las pupilas erizadas, devoraba a miradas aquella arrogante amazona de la religión, que labrara con arte la naturaleza, por fuera, y él por dentro, por el alma. Sí, era obra suya aquel fanatismo deslumbrador; aquella rubia era la perla de su museo de beatas; pero todavía estaba en el taller. (LR, 448).

Zola, en *La conquête*, describe cómo l'abbé Faujas, a través de la dirección espiritual intentará convertir en una beata a Mme. Mouret con el fin de utilizarla en la consecución de sus planes para conquistar Plassans, pero Marthe, lo mismo que Ana Ozores, no es el prototipo de la beata.

De todas formas, este elemento humano parece ser muy antipático a Zola, o por lo menos las referencias, aunque escasas, a estos tipos las pintan como seres degenerados, muy perversos.

La beata más característica de Zola, que tiene en común con las de Alas esta "ofidianidad" aludida, es Sidonie Rougon, nacida en Plassans, hija de Pierre y Felicité Rougon. En *La curée*, la segunda novela del ciclo zoliano, una vez casada, Sidonie, marcha con su

marido a París, como había hecho su hermano Eugène Rougon, a hacer fortuna. En la capital el matrimonio instala un miserable comercio de frutería pero muy pronto el marido la abandona sin que se vuelva a saber nada de él, y Mme. Sidonie abrirá en su local de dos plantas una mercería y una tienda de pianos con entradas por calles diferentes. Es muy escasa la clientela de Mme. Sidonie en la misteriosa tienda que sirve de modelo en *L'oeuvre* a otro comercio del que hemos hablado al tratar el tema de la sotana, en el capítulo II. Asistimos a la descripción de este comercio de la hija de Mme. Rougon y conocemos a sus clientes, gente misteriosa que, más que comprar lo que allí se vende, parece ir a por otra cosa. Sidonie completa su actividad comercial ofreciendo mercancías en visitas a importantes casas privadas, siempre con una actitud de profundo recogimiento religioso, envuelta en su sencillo y descolorido vestido negro:

D'allures timides et discrètes, d'ailleurs, avec une vague senteur de confessional et de cabinet de sage-femme, elle se faisait douce et maternelle comme une religieuse qui, ayant renoncé aux affections de ce monde, a pitié des souffrances du coeur. (*La Curée*, 93).

Pero bajo esta suavidad devota Zola nos cuenta el verdadero carácter de dicha señora:

Elle ne parlait jamais de son mari, pas plus qu'elle ne parlait de son enfance, de sa famille, de ses intérêts. Il n'y avait qu'une chose qu'elle ne vendait pas, c'était elle; non qu'elle eût des scrupules, mais parce que l'idée de ce marché ne pouvait lui venir. Elle était sèche comme une facture, froide comme un prôter, indifférente et brutale au fond comme un recurs. (*La curée*, 94).

Mme. Sidonie se va introduciendo por todos los ambientes de la capital hasta conocer el más amplio y variopinto número de personas, de influencias, por eso, la terrible y servicial señora puede eficazmente conseguir desde un apartamento hasta cómo deshacerse de un bebé que no es muy querido, o que resulta inoportuno -el suyo propio-, todo ello a través de una red de conocimientos que su amabilidad untuosa ha sabido ganarse entre mujeres y sacerdotes porque, escribe Zola al hablar del alojamiento que Mme. Sidonie encuentra para su hermano Saccard:

[...] C'était le logement d'un jeune abbé, parti subitement pour l'Italie, et dont la servante avait reçu l'ordre de trouver un locataire. Cette servante était une amie de Mme. Sidonie, qui donnait une peu dans la calotte; elle aimait les pretres, de l'amour dont elle aimait les femmes, par instinct, établissant peut-être certaines parentés nerveuses entre les soutanes et les jupes de soie. (*La curée*, 103).

En *L'oeuvre* Mathilde, una modelo, personaje secundario en la novela, tiene el mismo papel que Mme. Sidonie, ambas mujeres son hasta cierto punto beatas, como son también otras cosas, la suya, más que ninguna otra, es una beatería de circunstancias, un medio de conseguir contactos para fines muy concretos.

En *LR*, las tías de Ana, doña Asunción y doña Águeda Ozores, son beatas especiales también en cuanto a que son mujeres de religión, pero hay que entender esto por el hecho de que la religión está relacionada con la aristocracia -la vieja alianza Altar-Trono- y el culto a la clase es la principal dedicación de estas señoras:

[...] Amaban la religión, porque éste era un timbre de su nobleza, pero no eran muy devotas; en su corazón el culto principal era el de la clase, y si hubieran sido incompatibles la Visita a la Corte de María y a la tertulia de Vegallana, María Santísima, en su inmensa bondad, hubiera perdonado, pero ellas hubieran asistido a la tertulia. (*LR*, 84).

En estratos socioculturales bajos es donde la beatería produce subordinación absoluta ante la concepción cultural de superioridad del cura, que no va a dudar en utilizar esta fidelidad inquebrantable. El límite entre piedad y beatería es muy difícil de establecer. Prometer un futuro de felicidad a cambio de soportar pruebas y pesares del Valle de Lágrimas es un atractivo para quienes en su desprotección y desesperación necesitan alguna palabra que los dignifique humanamente. Si las palabras de comprensión y las promesas de premio a la abnegación vienen de los ministros de la iglesia, mucho mejor, en agradecimiento se esclavizarán a sus menores deseos.

2. Las criadas.

El fenómeno descrito anteriormente lo observamos en diversos personajes de criadas que aparecen en *LR* y en *Los Rougon-Macquart*.

Un ejemplo clarísimo de lo que acabamos de decir es la breve descripción de la criada de la casa Carraspique:

El Magistral se dejó introducir en el estrado por una criada sesentona, que ladraba a los pobres como los perros malos. A los cura les lamería los pies de buen grado. (*LR*, 222).

Vegallana algunos comensales hablan de que se ha invitado al Magistral con objeto de que Obdulia Fandiño coquetee con el cura y, Saturnino Bermúdez, platónico enamorado de la viuda, tenga un ataque de celos; ante la broma don Víctor expresa su opinión igualitaria, fuera de irreverencias.

Del mismo pensar es Mesía y, al contemplar de paseo por el Espolón a don Fermín junto a otros tres clérigos, piensa que aquellos hombres atraen a las mujeres exactamente igual que tres monjas hermosas atraerían a los hombres de Vetusta y en los saludos que entre las señoras y los tres curas se intercambiaban, don Álvaro creía ver "ocultos deseos, declaraciones inconscientes de lascivia refinada y contrahecha".

La misma Regenta, a veces siente hacia el Magistral una inocente atracción, que hace decir al narrador

Ana salió tras él, ensimismada, sin acordarse de que había en el mundo maridos, ni días, ni noches, ni horas, ni sitios inconvenientes para hablar a solas con un hombre joven, guapo, robusto, aunque sea clérigo. (LR, 367).

En círculos populares, cuando se reunían a hablar algunos con talante revolucionario en el café de la Paz, cuando se hablaba de don Fermín, que era el centro de las conversaciones anticlericales dada su importancia en la Curia, se recordaba que

[...]Allá cuando la Revolución, se había dicho si tenía o no tenía don Fermín aventuras en los barrios bajos; pero ya nadie sea acordaba por allí de tales cuentos. (LR, 420).

El mismo Vicario General de la diócesis vetustense no duda en amenazar con tremendos castigos al párroco de Contracayes, un cura de su jurisdicción que había caído en el mismo pecado que se le atribuía cometer a don Fermín con sus hijas de confesión

-Señor mío, estoy enterado de todo, y tengo el disgusto de decirle que su asunto tiene muy mal arreglo. El concilio Tridentino considera el delito que usted ha cometido como semejante a la herejía. No sé si usted sabrá que la Constitución *Universi Domini* de 1622, dada por la santidad de Gregorio XV, le llama a usted y a otro como usted execrables traidores, y la pena que señala al crimen de solicitar *ad turpia* a las penitentes es severísima, y manda además que sea usted degradado y entregado al brazo secular. (LR, 245-6).

Pero ¿cuál es el verdadero comportamiento del Magistral? Pues el Vicario de la diócesis de Vetusta es un hipócrita redomado. Don Fermín nunca ha tenido los problemas que

En *L'oeuvre* Mathilde, una modelo, personaje secundario en la novela, tiene el mismo papel que Mme. Sidonie, ambas mujeres son hasta cierto punto beatas, como son también otras cosas, la suya, más que ninguna otra, es una beatería de circunstancias, un medio de conseguir contactos para fines muy concretos.

En *LR*, las tías de Ana, doña Asunción y doña Águeda Ozores, son beatas especiales también en cuanto a que son mujeres de religión, pero hay que entender esto por el hecho de que la religión está relacionada con la aristocracia -la vieja alianza Altar-Trono- y el culto a la clase es la principal dedicación de estas señoras:

[...] Amaban la religión, porque éste era un timbre de su nobleza, pero no eran muy devotas; en su corazón el culto principal era el de la clase, y si hubieran sido incompatibles la Visita a la Corte de María y a la tertulia de Vegallana, María Santísima, en su inmensa bondad, hubiera perdonado, pero ellas hubieran asistido a la tertulia. (*LR*, 84).

En estratos socioculturales bajos es donde la beatería produce subordinación absoluta ante la concepción cultural de superioridad del cura, que no va a dudar en utilizar esta fidelidad inquebrantable. El límite entre piedad y beatería es muy difícil de establecer. Prometer un futuro de felicidad a cambio de soportar pruebas y pesares del Valle de Lágrimas es un atractivo para quienes en su desprotección y desesperación necesitan alguna palabra que los dignifique humanamente. Si las palabras de comprensión y las promesas de premio a la abnegación vienen de los ministros de la iglesia, mucho mejor, en agradecimiento se esclavizarán a sus menores deseos.

2. Las criadas.

El fenómeno descrito anteriormente lo observamos en diversos personajes de criadas que aparecen en *LR* y en *Los Rougon-Macquart*.

Un ejemplo clarísimo de lo que acabamos de decir es la breve descripción de la criada de la casa Carraspique:

El Magistral se dejó introducir en el estrado por una criada sesentona, que ladraba a los pobres como los perros malos. A los cura les lamería los pies de buen grado. (*LR*, 222).

Con tan pocas palabras Clarín nos muestra la subordinación absoluta de ese mundo pues pocos renglones más arriba nos ha indicado que

Don Francisco de Asís Carraspique era uno de los individuos más importantes de la Junta Carlista de Vetusta, y el que hizo más *sacrificios pecuniarios* en tiempo oportuno. Era político porque se le había convencido de que la causa de la Religión no prosperaría si los buenos cristianos no se metían a gobernar. (LR, 222).

En *La conquête*, Rose, la criada, o mejor la cocinera, pues este es su principal quehacer, va a pasar de un extremo a otro en su comportamiento para con l'abbé Faujas. Al principio de la novela, Rose va a convertirse en la espía de l'abbé Faujas y su madre, recién llegados como inquilinos a casa de los Mouret. Rosa comparte la curiosidad de su amo por los huéspedes y traba conversación con Mme. Faujas con objeto de conseguir información; aunque el resultado es justo lo contrario pues será ella la que informe a la madre del cura de todo lo que Faujas desea saber sin recibir nada a cambio por su manera de parlotear sin pensar. Rose deja de respetar a François Mouret cuando su esposa, Marthe, empieza a vivir dedicada a las actividades religiosas y de caridad, tras las que se oculta su amor por l'abbé Faujas; la cocinera sigue a su ama porque el señor para ella está atontado o enloquecido y es la señora quien manda. De igual modo que los Faujas se van apoderando lenta e inexorablemente del hogar de los Mouret, el cura y su madre van ejerciendo la función del amo ante Rose, hasta que l'abbé Faujas se convierte en el verdadero señor de la casa, como veremos en el capítulo XVI, donde asistimos a la degradación de Mouret y a las atenciones de Marthe y Rose por el sacerdote

Marthe servait. Elle insistait, avec des yeux suppliants, pour qu'il acceptât les bons morceaux. Elles commençait toujours par lui, fouillait le plat, tandis que Rose, penchée au-dessus d'elle, lui indiquait du doigt ce qu'elle croyait le meilleur. Et elles avaient même courtes querelles sur l'excellence de telles ou telles parties d'un poulet ou d'un lapin. Rose poussait un coussin de tapisserie sous les pieds du prêtre. Marthe exigeait qu'il eût sa bouteille de bordeaux et son pain, un petit pain doré qu'elle commandait tous les jours chez le boulanger. (*La conquête*, 257).

Este tipo de criada representado por Rose, fiel al señor, es el resto de una relación medieval en la que el criado es según lo que sea el amo; cuanto más poderoso es el señor más poder tiene quien lo sirve. Rosa obedecerá a Mouret, su amo primero y después a Faujas, el usurpador, porque es éste quien, tras el enfermizo aislamiento de Mouret, ejerce de dueño de la casa; el hecho de que se trate de un sacerdote no influye para nada, Rose ve en Faujas al

hombre patrón, nada más.

Cuando, al final de *La conquête*, Mme. Felicité Rougon envía a Rose al seminario en busca de su nieto Serge Mouret para que asista a la agonía de su madre, lo hace la sirvienta a regañadientes

"Vous voulez donc le tuer aussi, ce pauvre petit! dit-elle. Ça lui porterait un coup trop rude, d'être réveillé au milieu de la nuit, pour venir voir une morte... Je ne veux pas être son bourreau." (*La conquête*, 403).

Para ella todos absolutamente han perdido la compostura, nadie sabe atenerse al papel que le ha tocado en la vida, pero ella sí, y, al final, obediente, irá por el seminarista.

La Teuse, el ama de *La faute*, es una copia exacta de Rose. Zola quiere que el joven sacerdote Serge Mouret tenga por asistenta una mujer con el mismo carácter que la que estaba en la casa paterna. Aunque l'abbé Mouret tiene un carácter débil y dulce, tolera las intromisiones en su vida privada, que cualquiera tomaría como faltas de respeto, por el paralelismo de las dos mujeres Rose y la Teuse. Si ambas se permiten esta familiaridad con el patrón, Rose con François Mouret, al principio, la Teuse con l'abbé Serge, es por la identificación total que tienen de su honor con el del amo. Tampoco le importa a la Teuse que su señor sea un presbítero, de hecho su jefe anterior también lo era, pero lo que sí le molesta, como hemos visto cuando hablábamos de "las burladoras", son las chanzas de las muchachas que no saben respetar el poder de la autoridad, porque el sacerdote, su señor, necesita una consideración que si él no está dispuesto a exigir, ella defenderá con rabia porque minusvalorar al amo es una ofensa a ella. Para la Teuse también, en el cura es más importante el hombre que el religioso, por eso no comprende la extremada sensibilidad y espiritualidad de su joven patrón, y, cuando le cuenta a Serge la historia de su antecesor, l'abbé Caffin", desterrado a la misérrima parroquia de les Artaud por un desliz habido con una joven, la Teuse sabe disculparlo: el fallo de l'abbé Caffin para ella es natural, lógico

- Ce bon monsieur Caffin! il n'était pas fier avec moi, il me parlait souvent de son péché. Ça ne l'empêche pas d'être dans le ciel, je vous en répons! Il peut dormir tranquille, là, à coté, sous l'herbe, car il n'a jamais fait de tort à personne... Moi, je ne comprends pas qu'on en veuille tant à un prêtre, quand il se dérange. C'est si naturel! Ce n'est pas beau, sans doute, c'est une saleté qui doit mettre Dieu en colère. Mais il vaut encore mieux faire ça que d'aller voler. On se confesse donc, et on est quitte!... N'est-ce pas, monsieur le curé, lorsqu'on est vrai repentir, on fait son salut tout de même?(*La faute*, 277).

Por esta misma razón, la Teuse entiende la historia de l'abbé Mouret y Albine, lo que no le gusta es que la muchacha sea precisamente una chica marginal, sin verdadera familia, solamente al cuidado de un viejo tío de ideas volterianas, el terror de la buena gente. La Teuse se da perfecta cuenta de que Albine ha entrado en la iglesia para intentar llevarse a Serge consigo, pero el ama no hace nada para impedir el paso a la chica, como tampoco hará nada para consolar a la triste muchacha cuando se va sola ante la negativa a acompañarla de l'abbé Mouret, que sí sabe mantenerse en su sitio.

La criada del Doctor Pascal es muy parecida a las dos anteriores. Martine traiciona a su amo, el doctor Pacal porque la madre de éste, Felicité Rougon consigue convencerla de que la excéntrica bondad de su hijo es perjudicial para los intereses de toda la familia, es decir, el doctor Pascal no sabe comportarse, no sabe demostrar todo lo que vale y, sobre todo, el doctor Pascal es para ella un ateo que no sigue las normas de la moral dominante y es peligroso incluso para sí mismo

- C'est bien vrai, Monsieur, que vous qui êtes un saint, comme je le dis partout, vous devriez nous accompagner à l'église... Sûrement, Dieu vous sauvera. Mais, à l'idée que vous pourriez ne pas aller droit en paradis, j'en ai tout le corps qui tremble. (*Le docteur*, 58).

Creemos que no es coincidencia que estas tres servidoras, Rose, la Teuse y Martine, sean tan semejantes. Hay que resaltar la fidelidad absoluta de las tres a sus señores por considerarse participantes de la fama o el desprestigio social que los amos tienen. Las traiciones al patrón no son nunca por interés propio sino por lo que ellas entienden como un intento de colaborar para que el poder del señor continúe con toda su fuerza. Que el amo sea seglar o eclesiástico no parece tener mucha importancia en las criadas de Zola, aunque, eso sí, el hecho de convivir con sacerdotes les resulta más atractivo ya que ellas controlan por completo la vida doméstica; el mismo caso es cuando se sirve a un solterón como el doctor Pascal

A ce moment, Martine entra, l'unique servante, devenue la vraie maîtresse de la maison, depuis près de trente ans qu'elle était au service du docteur. Bien qu'elle eût dépassé la soixantaine, elle gardait un air jeune, elle aussi, active et silencieuse, dans son éternelle robe noire et sa coiffe blanche, que la faisait ressembler à une religieuse, avec sa petite figure blême et reposée, où semblaient s'être éteints ses yeux couleur de cendre. (*Le docteur*, 57).

Pero el caso de Pascal es una curiosa excepción. De todas formas servir a curas se convierte

en una garantía de seguridad material y espiritual y de influencias beneficiosas.

La belle Héléne de *Une page* tiene por sirvienta a Rosalie

Rosalie était un cadeau de l'abbé Jouve. Il l'avait prise à la gare d'Orléans, le jour où elle débarquait, de façon qu'elle ne connaissait pas un pavé de Paris. C'était un ancien condisciple de séminaire, le curé d'un village beauceron, que la lui avait envoyée. Elle était courte, grasse, la figure ronde sous son étroit bonnet, les cheveux noirs et durs, avec un nez écrasé et une bouche rouge. Et elle triomphait dans les petits plats, car elle avait grandi au presbytère, avec sa marraine, la servante du curé. (*Une page*, 41).

La relación mantenida por l'abbé Jouve con la joven Rosalie es la misma de su amigo el parroco beauceron: protección paterno filial, unos lazos que se extienden también a Zéphyrin Lacour, el novio de la muchacha, llegado a Paris a hacer el servicio militar, quien comenta:

[...]Le curé aussi s'en mêlait, et c'est peut-être bien pour ça que notre amitié tient toujours... On devait nous marier après le tirage au sort. Puis, va te faire fiche! les choses ont mal tourné. La Rosalie a dit qu'elle servirait à Paris pour s'amasser une dot en m'attendant... Et voilà, et voilà... (*Une page*, 100).

Rosalie va a velar por la religiosidad de su novio en esa Babilonia que, para ella, es Paris

[...] Tous les dimanches, il devait lui jurer qu'il était allé à la messe et qu'il avait dit religieusement ses prières matin et soir. (*Une page*, 110).

La relación entre la pareja se malogra cuando Zéphyrin empieza a faltar a sus deberes religiosos, algo que no puede soportar Rosalie, tan constante en sus lealtades y devociones:

- Tu mens! reprit violemment Rosalie. Je vois bien que tu mens, ton nez remue!... Ah! Zéphyrin, tu te perds, tu n'as seulement plus de religion... Méfie-toi!" (*Une page*, 250).

En LR el grupo de las criadas presenta diferencias notables. Hablamos al principio de esta sección de la criada de los Carraspique, modelo de sumisión total muy propio del Antiguo Régimen. La doméstica de doña Petronila Rianzares es igual. No hay nada de extraño en ello, Carraspique y Rianzares son defensores de la Causa, su mundo sigue siendo el del Absolutismo.

En esta obra hay un personaje secundario que es un tipo de sirvienta bastante curioso, hablamos de Servanda, la cocinera de Ana Ozores, fiel al cumplimiento de sus deberes, jamás llega a intimar con la señora

[...]La cocinera, Servanda, iba y venía con tazas de tila, silenciosa, sin disimular su indiferencia; era nueva en la casa y venía del monte. (LR, 389).

No tiene la sumisión de la relación medieval, pertenece a un mundo aparte, la barrera de clase existe y no se puede traspasar: cada uno tiene que estar en su lugar y ser allí lo que se es ("Allá abajo, en la cocina, quedaba Servanda"); no hay identificaciones, ni siquiera la más mínima piedad

Y nadie más hablaba, porque Anselmo apenas sabía hablar, Servanda iba y venía como una estatua de movimiento... y los demás vetustenses no entraban en el caserón de los Ozores después de la muerte de don Víctor. (LR, 668).

Además de estos personajes, en LR, hay otras sirvientas que ponen sus intereses en primer lugar y para las que el hecho de ser las amas, dueñas verdaderas de las casas por trabajar para un cura es un negocio. Recordemos que la madre del Magistral labró su futuro trabajando para el párroco de Matalarejo, a cuya criada, Rita, había sabido muy astutamente desplazar, y que después, acaba con el buen Camoirán, al que obliga a aceptar el obispado de Vetusta

[...] Su fama de perfecta ama de cura corrió por toda la provincia. El párroco de la Virgen tenía la imprudencia de alabar su talento culinario, su despacho, su integridad, su pulcritud, su piedad y demás cualidades delante de otros clérigos, a la mesa, después de comer bien y beber mejor. Cundió la fama de Paula, y un canónigo de Astorga se la arrebató al cura de la Virgen. Fue una traición y Paula una ingrata. Sin embargo, el canónigo era un santo, la traición no había sido suya. Don Fortunato Camoirán no era capaz de traiciones. Le propusieron una ama de llaves y la aceptó, sin sospechar que a los pocos meses sería él su esclavo. (LR, 313).

Paula Raíces, buena conocedora del oficio, buscará en su lugar natal, en torno a Matalarejo, muchachas que sirvan en su casa con una condición bastante especial: dormir cerca del señorito. La primera de ellas, Juana, termina casada, como ya sabemos, con Froilán Zapico

Este matrimonio era una recompensa para Juana, la mujer de Froilán. Zapico oyó la proposición de su ama con aire socarrón. Creía comprender. Pero él era un

filósofo; no se paraba en ciertos requisitos que otros miran mucho. El ama, al proponerle el matrimonio, había pensado: "Esto es algo fuerte; pero ¡ay de él si se subleva!" Froilán no se sublevó. Juana era muy buena moza, y sabía cuidar a un hombre. Se casó Zapico, y al día siguiente de la boda, doña Paula, que le miraba de soslayo, con un gesto de desconfianza, tal vez algo arrepentida "de haber estirado mucho la cuerda", observó que el novio estaba muy contento, muy amable con ella y hecho un almibar con su mujer. (LR. 316).

En los tiempos en que empieza la dirección espiritual de Ana Ozores, es Teresina la doncella de doña Paula y don Fermín; una buena moza pero recatada, tal y como corresponde a la casa donde sirve, va vestida de negro, con el hábito de la Virgen de los Dolores. Cuando de Pas y Ana están en el cénit de su relación de hermandad espiritual en el capítulo XXI, don Fermín no duda en acudir a Teresina

Resuelto a que su amistad "con aquel ángel hermoso" no acabase de mala manera, en una aventura de grosero materialismo llena de remordimientos y dejos repugnantes; seguro de que aquella mujer ponía en aquel lazo piadoso toda la sinceridad de un alma pura, y que degradarla, caso de que se pudiera, sería hacerle perder su mayor encanto, el Magistral, que vivía ya nada más de esta refinada pasión que según él no tenía nombre, luchaba con tentaciones formidables, y sólo conseguía contrarrestar las rebeliones súbitas y furiosas de la carne con armisticios vergonzosos que le parecían una especie de infidelidad. En vano pensaba: ¿qué le importa a mi doña Ana que mi corpachón de cazador montañés viva como quiera cuando me aparto de ella? Nada de mi cuerpo me pide ella; el alma es toda suya, y nada del alma pongo al saciar, lejos de su presencia, apetitos que ella misma sin saberlo excita [...] (LR, 474).

Con la llegada del verano, doña Paula se marcha al pueblo a cobrar algunas cuentas y el todo Vetusta, incluida la Curia, está de vacaciones en el mar o en el balneario, excepto don Víctor y su esposa que, por prescripción facultativa tras la enfermedad de la Regenta, deciden quedarse en la ciudad. Ese mes de Agosto, el Magistral es feliz: puede ver a Ana a diario sin el control de su madre ni del arcediano Mourelo, y, además, en su casa hay una atmósfera muy alegre todos los días

Cuando oía, desde su despacho, muy temprano, el "Santo Dios, Santo Fuerte", que cantaba, como si fueran malagueñas, Teresina, que hacía la limpieza allá fuera, tentaciones sentía de cantar él también. No cantaba, pero se levantaba, salía al pasillo.

- Teresina, el chocolate -gritaba alegre, frotándose las manos.

Y pasaba al comedor.

La doncella, a poco, llegaba con el desayuno en reluciente jícara de china con ramitos de oro. Cerraba tras sí la puerta, y se acercaba a la mesa; dejaba sobre ella el servicio, extendía la servilleta delante del señorito... y esperaba inmóvil a su lado.

Don Fermín, risueño, mojaba un bizcocho en chocolate; Teresa acercaba el rostro al amo, separando el cuerpo de la mesa; abría la boca de labios finos y muy rojos, con gesto cómico sacaba más de lo preciso la lengua, húmeda y colorada; en ella depositaba el bizcocho don Fermín, con dientes de perlas lo partía la criada, y el *señorito* se comía la otra mitad.

Y así todos los días. (LR, 466).

La felicidad como mujer y como hembra de Teresina es completa también, se utilizan mutuamente el Magistral y su barragana que, además, será bien casada por doña Paula, como ya era tradicional, en agradecimiento a sus servicios y discreciones.

Petra, la doncella de Ana Ozores, tiene un aspecto distinto del de Teresina, no sólo por su físico sino también por su cuidadoso descuido para poder exhibir todos sus encantos. Había intentado, sin conseguirlo, hacerse hija de confesión de don Fermín, porque creía las historias legendarias sobre los deslices que se contaban. Desde el principio, Petra cree que su ama tiene un amante, el Magistral, don Álvaro, o los dos a la vez "lo que yo me temía: los tiene a pares: uno diablo y otro santo".

Petra es el correo entre Ana y don Fermín. Se hace amiga de Teresina, a la cual envidia, pues, si bien ella vive en un ambiente rodeada de señoritos, a Teresina se le promete un final mucho más rentable, por eso ambiciona su puesto y quiere ser la sustituta oficial para cuando la amiga se case y se vaya. Para ello se propone agradar al Magistral. La mejor ocasión es durante la temporada de convalecencia de los Quintanar en Vivero, la propiedad de los Vegallana, cuando en la romería de San Pedro los invitados acuden a la finca, también va don Fermín, que es recibido por Petra. El pretexto de llevar al Magistral a la ermita donde ya están todos los romeros, permite a Petra intimar con el cura y hacerle ver lo que sabe por Teresina; el Magistral no desaprovecha la ocasión, Petra es muy útil: está muy bien tener un aliado en casa de la Regenta

"[...] además a él le convenía tener de su parte a la doncella de la Regenta, hacerla suya, completamente suya..." (LR, 581).

El momento oportuno es cuando deciden descansar de la fatiga del camino en la solitaria casita del leñador. Pero, a pesar del móvil por una buena colocación, de un buen matrimonio después tras los que corre Petra, su ambición de mujer provocativa que se cree bonita es muy grande, después de lo pasado en el campo acaricia sueños en este sentido con el Magistral: Petra quiere tener unos amores reales con el sacerdote, lo que para ella supondría un triunfo sobre su ama, pero se da cuenta de que don Fermín está completamente enamorado de la señora de Quintanar

y entonces siente despecho por haberse utilizada, quiere vengarse; el sueño de los amores señoritos lo tiene con Mesía, el cual pretende comprar así el silencio de la doncella sobre el adulterio de Ana.

[...] A la chica se le ocurrió ser, o fingirse, desinteresada, preferir los locos juegos del amor a las propinas, ofrecer sus servicios, con discretísimas medias palabras y buenas obras, a cambio de un cariño que Mesía no estaba en circunstancias de prodigar. (LR, 617).

En el capítulo XXIX, Petra decide que la complicidad con el Magistral le es más ventajosa que la del envejecido y desgastado don Álvaro. Se dirige a casa de don Fermín y lo pone en conocimiento, con todo detalle, del adulterio de su señora fingiendo grandísima tristeza y escándalo; informa al Magistral de que los Quintanar quieren echarla de su servicio y De Pas le ofrece el ya vacante puesto de Teresina, pero ella debe, a cambio, hacer "algo" para salvar el honor de don Víctor y, en medio de sollozos y palabras de gratitud, llegan a un acuerdo don Fermín y la sirvienta

[...] cediendo cada cual un poco de su tesón, se fueron acercando al infame convenio, a la intriga asquerosa y vil; al principio fingiendo pulcritud, invocando santos intereses, después olvidando estas fórmulas; y por fin el Magistral ofreció a la moza asegurar su suerte, colmar su ambición, y ella poner ante los ojos de Quintanar su vergüenza de modo tan evidente, tan palpable, que aquel señor, si corría sangre de hombre por su cuerpo, tuviese que castigar a los traidores como tenían bien merecido. (LR, 626).

Aquí ya no hay ningún tipo de subordinación. Centrados en los personajes que nos interesan: Petra desprecia a De Pas y el cura a la muchacha, pero la colaboración por sus intereses es una cooperación casi de supervivencia. Si hay una identificación es el desprecio mutuo de ambos que se saben simples instrumentos para fines no muy limpios.

3. Las prostitutas.

No debe extrañar que en LR no aparezca nadie que tenga como profesión el sexo, la prostitución. Zola dedica toda una novela a la historia de una prostituta, *Nana*, a la que hemos visto nacer en *L'Assommoir*, hija de Gervaise Macquart, y que llegará a ser una cortesana del todo París.

Con respecto a la relación que estas profesionales tienen con la Iglesia hay que resaltar

que para los sacerdotes no son más que causa de desastre de las familias y perdición de los hombres; sin embargo, para ellas, el sentimiento de la religión las dignifica ante sí mismas.

En el capítulo VI de *Nana*, un grupo de jóvenes prostitutas en un paseo en coche ven a Irma d'Anglars, una leyenda entre las del oficio, con noventa años, edad a la que no consigue llegar ninguna de ellas, y que ahora es respetada e incluso ocupa un lugar privilegiado en el templo cuando asiste a misa

Mais il y eut une forte émotion. Gaga, tout à coup, dit que c'était elle, Irma en personne, qui se tenait là-bas, devant l'église. Elle la reconnaissait bien; toujours droite, la mâtime, malgré son âge, et toujours ses yeux, quand elle prenait son air. On sortait des vêpres. Madame, un instant, resta sous le proche. Elle était en soie feuille-morte, très simple et très grande, avec la face vénérable d'une vieille marquise, échappée aux horreurs de la Révolution. Dans sa main droite, un gros paroissien luisait au soleil. Et, lentement, elle traversa la place, suivie d'un laquais en livrée, qui marchait à quinze pas. L'église se vidait, tous les gens de Chamont la saluaient profondément; un vieillard lui baisa la main, une femme voulut se mettre à genoux. C'était une reine puissante, comblée d'ans et d'honneurs. Elle monta le perron, elle disparut. (*Nana*, 200-1).

Pero Nana, la protagonista, es una perdedora, muere joven en la miseria y sola, afirmando la importancia que ella ha dado siempre a la religión:

[...] Ah! oui, ils m'ont assommée! Sans eux, mon cher, sans ce qu'ils on fait de moi, je serais dans un couvent à prier le bon Dieu, car j'ai toujours eu de la religion... (*Nana*, 448).

En *LR*, al tratarse Vetusta de una ciudad provinciana, la prostitución no tiene el gran comercio organizado de las capitales, como Madrid, París, etc., y la gente de las clases acomodadas vetustenses cuidan mucho los lugares que frecuentan por temor a ser descubiertos; además en el mundo campesino, tan próximo para ellos, encuentran una serie de satisfacciones mucho más fáciles de disimular.

4. Las monjas.

Si muchas veces ante la sotana se olvida el dicho alemán, "unter der Soutane der Pfarrer hat das Unterhose", sólo la mente de Mesía, como hemos citado ya, puede imaginar la mujer en la monja en algunas ocasiones.

Ara Ozores había confesado al buen Arcipreste sus deseos de entrar en un convento

cuando éste le habla de las proposiciones matrimoniales de don Victor Quintanar y le dice

" [...] Todo eso de hacerse monja sin vocación estaba bien para el teatro; pero en el mundo no había Manriques ni Tenorios que escalasen conventos, a Dios gracia. La verdadera piedad consistía en hacer feliz a tan cumplido y enamorado caballero como el señor Quintanar, su paisano y amigo. (LR, 101).

En el capítulo XII de LR, asistimos a una acalorada discusión entre el médico de la aristocracia, don Robustiano Somoza, y el Magistral en casa del carlista Carraspique; el médico, primo de la dueña de la casa, está muy enfadado por la enfermedad mortal de su sobrina Rosita, sor Teresa, desde que entró en el convento de las Salesas, o mejor, en un albañal dadas las condiciones higiénicas del edificio. Es curioso que Somoza, que no es precisamente una lumbrera en conocimientos médicos, exponga con bastante sentido común la causa del ingreso de sus sobrinas y de muchas otras jóvenes de iguales características en un convento; el médico lo atribuye a la pésima educación de las muchachas, que no conocen absolutamente nada de la vida ni del mundo; cuando el Magistral habla de que profesar es una elección libre exclama

-¡Libremente!, ¡libremente! Ríase usted, señor Magistral, ríase usted, que es una persona tan ilustrada, de esa pretendida libertad. ¿Cabe libertad donde no hay elección? ¿Cabe elección donde no se conoce más que uno de los términos en que ha de consistir? (LR, 225).

Y claro que no hay libertad con el sistema educativo que se ha seguido con estas niñas bien y que expone con brillantez don Robustiano, con palabras que conviene reproducir aquí a pesar de la extensión del fragmento, porque explica mejor que nada el porqué quieren meterse a monjas las hijas de las llamadas buenas familias

-Hasta que tienen quince o dieciséis años, las hijas de mis primos no ven el mundo. A los diez o los once van al convento; allí sabe Dios lo que les pasa; ellas no lo pueden decir, porque las cartas que escriben las dictan las monjas y están siempre cortadas por el mismo patrón, según el cual "aquello es el Paraíso". A los quince años vuelven a casa; no traen voluntad; esta facultad del alma, o lo que sea, les queda en el convento como un trasto inútil. Para dar una satisfacción al mundo, a la opinión pública, desde los quince a los dieciocho o diecinueve se representa la farsa piadosa de hacerles ver el siglo... por un agujero. Esta manera de ver el mundo es muy graciosa, mi señor don Fermín. ¿Recuerda usted el convite de la cigüeña? Pues eso. Las niñas ven el mundo dentro de la redoma, pero no lo pueden catar. ¿A los bailes? Dios nos libre. ¿Al teatro? Abominación. ¿A la novena, al sermón! Y de Pascuas a Ramos un

paseito con la mamá por el Espolón o el Paseo de Verano; los ojitos en el suelo; no se habla con nadie; y en seguida a casa. Después viene la gran prueba: el viaje a Madrid. Allí se ven las fieras del Retiro, el Museo de Pinturas, el Naval, la Armería; nada de teatros ni de bailes, que aún son más peligrosos que en Vetusta: correr calles, ver mucha gente desconocida, despearse y a casa. Las niñas vuelven a su tierra diciendo de todo corazón que se han aburrido en la Corte, que su convento de su alma, que cuánto más se divierten allí con las madres y las compañeras. Vuelta a Vetusta. Un mozalbete se enamora de cualquiera de las niñas. ¡Vade Retro! Se le despide con cajas destempladas. En casa se rezan todas las horas canónicas, maitines, visperas..., después el rosario con su coronilla, un padrenuestro a cada santo de la Corte Celestial; ayunos, vigiliat; y nada de balcón, ni de tertulia, ni de amigas, que son peligrosas... Eso sí, tocar el piano si se quiere y coser a discreción. Como artículo de lujo se permite a las niñas que se rían a su gusto con los chistes del Arcediano, el diplomático señor Mourelo, alias Gloucester. Suelta el buen mozo torcido una gracia babosa, las niñas la rien, al papá se le cae la baba también, ¡miseró Carraspique! y *tutti contenti*. El arcediano no es el cura que hay aquí oculto, no; ese representa la parte contraria, el demonio o el mundo; pero, como es natural, a las niñas les parece que el atractivo mundanal reducido al gracejo de Mourelo es poca cosa; y en cambio el claustro ofrece goces puros y cierta libertad, sí, señor, cierta libertad, si se compara con la vida archimonástica de lo que yo llamo la Regla de doña Lucía, mi prima carnal. ¡Oh, señor De Pas, fácil victoria la de la Iglesia! Las niñas, en vista de que Vetusta es andar de templo en templo con los ojos bajos; Madrid ir de museo en museo rompiéndose los pies y tropezando; el hogar un cuartel místico, con chistes de cura por todo encanto, resuelven, *libremente* meterse monjas, para gozar un poco de... autonomía, como dicen los liberalotes, que nos dan una libertad parecida a la que gozan las hijas de Carraspique. (LR, 226).

Pero cuando las novicias no son de familias acomodadas ya sabemos que tradicional y secularmente el claustro ha sido, sobre todo en España (Tuñón, 1993)), un lugar de refugio contra el hambre y la miseria, y que personas acaudaladas, como doña Petronila Rianzares, inviertan -les reporta beneficios en cuanto fama de caritativos y generosos, y les gana constantes rezos por sus intenciones de las monjas agradecidas- gran parte de su fortuna en dotar muchachas para que tomen los hábitos. En LR ya sabemos que don Fermín está detrás de todo este asunto de las jóvenes monjas hijas de Carraspique, y que la muerte de la pobre sor Teresa le acarrea un quebradero de cabeza, como el discurso de intenciones contra el Vicario General, que los socios del Casino hacen en honor del ateo Guimarán:

"[...]a ese clero que dispersa los hogares y hunde en alcantarillas inmundas, mal llamadas celdas, a las vírgenes del Señor", (LR, 434).

Otra referencia a las monjas, aunque muy breve, está en la amenaza de la institutriz a Ana tras la experiencia de la Barca:

-He escrito a tu papá diciéndole lo que tú eres. En cuanto cumplas los once años, irás a un colegio de Recoletas. (*LR*, 55).

La amenaza tiene su origen en que esta orden religiosa era considerada la más disciplinada y rigurosa.

En el capítulo I de *LR*, al seguir el catalejo del Magistral y sus reflexiones nos enteramos de otra orden religiosa femenina y lo que con ella acontece:

[...] pero la Restauración, que no podía restituir, alentaba el espíritu que reedificaba; y ya las Hermanitas de los Pobres tenían coronado el edificio de su propiedad, tacita de plata que brillaba cerca del Espolón, al Oeste, no lejos de los palacios y chalets de la Colonia, o sea el barrio nuevo de americanos y comerciantes del reino. (*LR*, 18).

Al hablar del omnipresente poder del Magistral, Foja dice:

[...] Y del confesonario nada quiero decir; y de la Junta de las Paulinas tampoco; y de las niñas del Catecismo...(*LR*, 127).

Las Paulinas, como explica Sobejano en su edición, son "miembros femeninos de las asociaciones de legos católicos para prestar asistencia a los pobres".

No hay otras alusiones a las religiosas en *LR*, si citamos además las descripciones que hace Alas de la criada del obispo-madre

[...]Una criada, de hábito negro también, entró con una lámpara antigua de bronce, que dejó sobre un velador después de decir con voz de monja acatarada: "¡buenas noches!", sin levantar los ojos de la alfombra de fieltro a cuadros verdes y grises. (*LR*, 386).

La referencia más extensa a este tema en la serie de Zola la encontramos en la novela *Son Excellence*, en la cual unos personajes secundarios, el matrimonio Carbonnell, se desplazan desde provincias a París con objeto de que su conocido Eugène Rougon -que ha llegado a ministro- medie a favor de ellos en un contencioso contra las monjas de la Sagrada Familia de Faverolles, que han sido nombradas herederas en el testamento de un pariente de los Carbonnell. Por su parte, las monjas tienen el apoyo y la protección del obispo.

Tras el juicio, cuando los Charbonnell llegan a Faverolles para tomar posesión de la herencia de su primo, comentan que faltan muchas cosas y acusan a las religiosas de haberlos desvalijado; acuden nuevamente a Rougon y éste telegrafía que se proceda de inmediato a un

registro domiciliario del convento, pero el comisario y la policia no encuentran, al parecer nada, y estalla el escándalo. El ministro Rougon, caído momentáneamente en desgracia, dialoga con unos colegas:

"Oh! je vous ai défendu, nous vous avons tous défendu. Mais là, entre nous, vous étiez allé un peu loin... On a eu surtout à coeur votre dernière affaire pour les Charbonnel; vous savez, ces pauvres religieuses..."

M. de Marsy réprima un sourire. Rougon répondit avec sa bonhomie des jours heureux.

"Oui, oui, la visite chez les religieuses... Mon Dieu, parmi toutes les bêtises que mes amis m'ont fait commettre c'est peut-être la seule chose raisonnable et juste de mes cinq mois de pouvoir." (*Son Excellence*, 403).

Hay bastante ironía en la conversación que Rougon y sus amigos mantienen. La opinión que Rougon expresa sobre el asunto de las monjas en esta ocasión parece hacer referencia a una contradicción entre el mundo espiritual y el mundo material, al que las religiosas debían haber renunciado con su voto de pobreza.

Otro tipo de religiosas zolianas son las dedicadas a la enseñanza, en especial las monjas de la Visitación a cuyos colegios asistirán varias protagonistas, como Renée, en *La curée*, y Estelle y su hija Élodie, dos generaciones de una familia educada por la misma orden, en *La Terre*. Pero, aunque sin nombrar la orden, también estudiarán en colegios de monjas Mme. Pichon, de *Pot-Bouille* y Mme. Robineau, de *Au Bonheur*. Es decir, Zola destaca el papel de las religiosas en una sociedad que educa a sus hijas en sus centros.

En *Nana*, a raíz de la entrada en un convento de una joven tras la muerte de su novio, uno de los habituales del salón de la protagonista comenta

"Parbleu! elles épousent Dieu, lorsqu'elles n'ont pu épouser leur cousin, dit entre ses dents Vandevres, que cette question ennuyait, et qui venait rejoindre Faucheray. Mon cher, avez-vous jamais vu une femme aimée se faire religieuse?" (*Nana*, 82).

El claustro como lugar de refugio para cualquier desgracia material y espiritual es el modelo que se esboza en *L'oeuvre*. La triste historia de Christine, la mujer de Claude, el pintor protagonista. Cuando se conocen, ella le cuenta cómo tras morir su madre, ella, señorita culta pero inútil para ganarse la vida, había estado quince meses en el convento de la Visitación, en el que hubiera profesado de no haberle buscado la superiora un trabajo como señorita de compañía de la sola y acaudalada Mme. Vanzade (*L'oeuvre*, 121).

No tiene mucha simpatía Zoia por el convento: Un lugar cerrado es como un asilo para personas que dan la espalda a la vida por falta de recursos económicos o de fuerzas para luchar contra las adversidades, que son partes de la vida misma. Es interesante, en este sentido negativo también, la única referencia que hace Zola al mundo del convento en *Germinal*

[...]Six heures sonnèrent, le ciel terreux pâlisait, s'éclairait d'une aube rogeâtre, lorsque l'abbé Ranvier déboucha d'un sentier, avec sa soutane relevée sur ses maigres jambes. Chaque lundi, il allait dire une messe matinale à la chapelle d'un couvent, de l'autre côté de la fosse. (*Germinal*, 477).

Aquí, el mundo cerrado y duro de la mina es un refugio del dolor como el mundo hermético y triste del convento.

La misoginia.

Don Fermín de Pas, al conocer el adulterio de Ana por boca de Petra, recibe una herida moral y, en medio de la desesperación, intenta escribir una carta a la Regenta y le salen a la vez lamentos, quejas y reproches

[...] "Y por quién dejaba Ana la salvación del alma, la compañía de los santos y la amistad de un corazón fiel y confiado!... ¡Por un don Juan de similor, por un elegantón de aldea, por un parisiense de temporada, por un busto hermoso, por un Narciso estúpido, por un egoísta de yeso, por un alma que ni en el infierno la querrian de puro insubstancial, sosa y hueca!..." "Pero ya comprendía él la causa de aquel amor; era la impura lascivia, se había enamorado de la carne fofa, y de menos todavía, de la ropa del sastre, de los primores de la planchadora, de la habilidad del zapatero, de la estampa del caballo, de las necedades de la fama, de los escándalos del libertino, del capricho, de la ociosidad, del polvo, del aire... Hipócrita..., hipócrita..., lasciva, condenada sin remedio, por vil, por indigna, por embustera, por falsa, por... (*LR*, 647-8).

Esta acusación a Ana de lascivia es fruto del dolor de don Fermín. En su trato con la Regenta don Fermín principalmente había buscado la unión de almas gemelas, muy lejos de la consideración medieval de la mujer como causa de todos los males del mundo, corruptora y peligro del hombre, criatura inferior que debería ser aniquilada de la superficie del planeta de no ser por su imprescindible labor reproductora.

No, no hay misoginia en *LR* por parte del Magistral ni de los demás miembros de la

Iglesia; ni siquiera el arcediano Mourelo llega a este punto.

Si hay misoginia en *LR* es justo en la mentalidad del donjuán Mesía, para el cual, como ya se sabe, existe una estrecha relación entre faldas. Cuando en el Vivero, Obdulia Fandiño ha quedado colgada en el columpio y don Álvaro, sin conseguirlo, ha intentado bajarla, ante la fortaleza del magistral, que sí le permite a don Fermín realizar la hazaña, don Álvaro se avergüenza y reflexiona

[...] Además, él, que miraba a los curas como flacas mujeres, como un sexo débil especial a causa del traje talar y la lenidad que les imponen los cánones, acababa de ver en el Magistral un atleta; un hombre muy capaz de matarle de un puñetazo si llegaba esta ocasión inverosímil [...] (*LR*, 282).

Pero no sólo desde el punto de vista físico consideraba Mesía a la mujer y a sus semejantes, los cuaras, inferiores, débiles; también piensa que la mujer, lo sabe por su dilatada experiencia, tiene abyectas intenciones y cuando ve al Magistral junto a otros dos jóvenes y vistosos sacerdotes paseando por El Espolón:

[...] Él se figuraba tres monjas hermosas, buenas mozas, que tuviesen además talento, gracia; se las figuraba paseando por el Espolón..., y estaba seguro de que los ojos de los hombres se irían tras ellas. Pues lo mismo debía de suceder trocados los sexos. Y, en efecto, en los saludos que las señoras que todavía paseaban en el Espolón dedicaban a los tres buenos mozos del Cabildo, a las tres torres davídicas, creía ver el Presidente del Casino ocultos deseos, declaraciones inconscientes de lascivia refinada y contrahecha. (*LR*, 423).

En *La conquête*, Zola reproduce la misoginia medieval en l'abbé Faujas en diferentes ocasiones. En la página de esta novela¹³⁰, cuando l'abbé Faujas habla con Marthe sobre la puesta en marcha del hogar para niñas abandonadas, "L'oeuvre de la Vierge", origen de su triunfo social, le dice de malos modos

"Vous avez eu tort de me nommer tout de suite, lui dit-il rudement en la voyant si émue, si abandonnée devant lui. Mais vous êtes comme toutes les femmes, les meilleures causes se gâtent dans vos mains."

Elle le regarda, surprise de cette sortie brutale, reculant, éprouvant cette sensation d'épouvante qu'elle ressentait parfois encore en face de sa soutane. Il lui semblait que des mains de fer se posaient sur ses épaules et la pliaient. Pour tout prêtre, la femme, c'est l'ennemie. (*La conquête*, 131).

Al declarar Marthe su amor a Faujas, un sentimiento tan bien conocido por el

sacerdote, que había sabido despertarlo y utilizarlo en su provecho, el cura grita despreciativamente toda la doctrina ancestral contra la mujer

"Ah! misérable chair! dit-il. je comptais que vous seriez raisonnable, que jamais vous n'en viendriez à cette honte de dire tout haut ces ordures... Oui, c'est l'éternelle lutte du mal contre les volontés fortes. Vous êtes là tentation d'en bas, la lâcheté, la chute finale. Le prêtre n'a pas d'autre adversaire que vous, et l'on devrait vous chasser des églises, comme impures et maudites.

-Je vous aime, Ovide, balbutia-t-elle encore; je vous aime, secourez-moi.

-Je vous ai déjà trop approchée, continua-t-il. Si j'échoue, ce sera vous, femme, qui m'aurez ôté de ma force par votre seul désir. Retirez-vous, allez-vous-en, vous êtes Satan! Je vous battrai pour faire sortir le mauvais ange de votre corps." (*La conquête*, 371).

Para Faujas está muy claro, y así se lo había hecho saber el cura a su madre, la mujer es el enemigo que hay que destruir si se quiere triunfar

"Non, jamais, jamais, dit-il avec un orgueil âpre. Vous vous trompez, mère... Les hommes chastes sont les seuls forts". (*La conquête*, 249).

El misógino por excelencia de los *Rougon-Macquart* es el hermano Archangias, de *La faute*, que constantemente hace comentarios como el que sigue a propósito de las mujeres

- Cette Rosalie! Poursuivit le Frère, elle a juste dixhuit ans. Ça se perd sur les bancs de l'école. Il n'ya pas quatre ans, je l'avais encore. Elle était déjà vicieuse... J'ai maintenant sa soeur Catherine, une gamine de onze ans qui promet d'être plus éhontée que son aînée. On la rencontre dans tous les trous avec ce petit misérable de Vincent... Allez, on a beau leur tirer les oreilles jusqu'au sang, la femme pousse toujours en elles. Elles ont la damnation dans leurs jupes. Des créatures bonnes à jeter au fumier, avec leurs saletés qui empoisonnent! Ça serait un fameux débarras si l'on étranguait toutes les filles à leur naissance. (*La faute*, 66).

El mismo templo debería ser un lugar vedado a las mujeres, dice Archangias al hablar del Mes de Mayo

- Un joli usage, marmotta le Frère. Quand je les vois déposer chacune leurs rameaux, j'ai envie de les jeter par terre, pour qu'elles confessent au moins leurs vilanies, avant de toucher à l'autel... C'est une honte de souffrir que des femmes promènent leurs robes si près des saintes reliques. (*La faute*, 110).